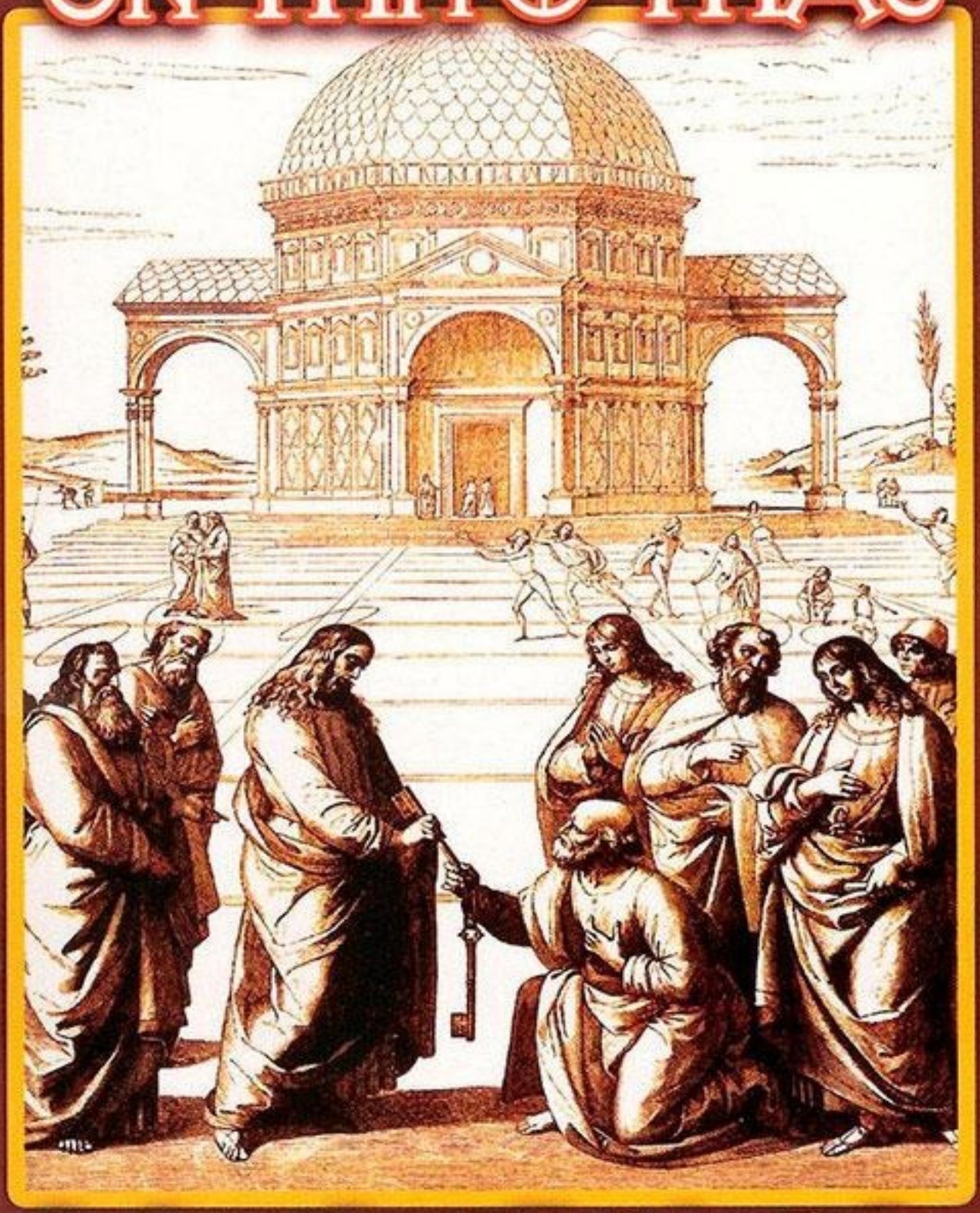
El Cristianismo un Mito Más



Salvador Freixedo

Lectulandia

Mito es una creencia falsa basada en hechos reales acaecidos hace mucho tiempo. Yahve y Cristo existieron en la realidad y en torno a ellos la mente humana se ha dedicado a fabular hasta llegar a construir esta mastodóntica institución hueca que se llama iglesia Cristiana, que en la actualidad amenaza ruina por todas partes. El autor prueba con sólidos argumentos por que el cristianismo es un mito religioso mas, en nada diferente de los otros que han entontecido las mentes de los humanos a lo largo de los milenios. Las bases de su argumentación son la historia de la iglesia tan desconocida de sus fieles y la comparación de las creencias cristianas con las otras religiones. Salvador Freixedo no teme que los jerarcas eclesiásticos lo excomulguen por que sabe que estos ya no creen ni en la esencia ni en la eficacia de semejante maldición canónica, y prefieren ignorar y seguir recalentado el viejo y rancio caldo dogmático-litúrgico con el que mantienen dormidas las mentes de los simples fieles. El hecho de ser el autor un sacerdote y sus treinta años de permanencia de la orden de los jesuitas hacen de esta obra un documento denunciador de primer orden.

Lectulandia

Salvador Freixedo

El cristianismo, un mito más

ePub r1.0
Balhissay 24.11.15

Título original: *El cristianismo, un mito más*
Salvador Freixedo, 1986

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los obispos y sacerdotes católicos y a los pastores protestantes que se empeñan en seguir siendo «ciegos y guías de ciegos».

Primera parte

MÍTICA

1
QUÉ ES UN MITO

La tarea de definir qué es un mito no es nada fácil. De hecho, los grandes investigadores del tema (Mircea Elíade, Levi-Strauss, Jan de Vries, E. Buess, Andrew Lang, Friedric Müller, E. Siecke, C. G. Jung, Goldhammer, etc.) discrepan entre sí acerca de su significado sociológico y de su interpretación. Comienzan por hacer grandes distinciones entre lo que es un mito, una leyenda, una saga, un cuento popular o una tradición, llegando a unas profundidades psicosociológicas bastante difíciles de entender, que por otro lado, en nada ayudarían a la mejor comprensión del propósito de este libro.

Por eso, sin dejar de tener en cuenta lo que aquellos autores han dicho sobre las características fundamentales del mito, nosotros nos fijaremos más en la idea general que la gente tiene de los mismos.

Según la acepción más común, un mito es un conjunto de creencias falsas que se refieren a dioses, héroes, o seres imaginarios, que, en tiempos pasados, intervinieron positiva o negativamente en las vidas de los hombres.

Estas creencias conllevan ciertos ritos, ceremonias y tradiciones, supuestamente exigidos o sugeridos por este tipo de seres. Los mitos, al tratar de seres extrahumanos —y con frecuencia suprahumanos— que trascienden los límites de las vidas de los mortales, suelen tener un carácter religioso, aunque sus protagonistas no sean, con frecuencia, un modelo de bien obrar, y sus acciones dejen bastante que desear, según los cánones de la moral humana.

Otra característica de los mitos es la complejidad y confusión de las mutuas relaciones entre los diversos dioses y héroes. Cuando estos son seres humanos glorificados, sus acciones se distorsionan y se exageran enormemente de modo que estén a la altura de las de los seres suprahumanos.

Parte importante de las creencias mitológicas es la relación que los dioses tienen con los mortales, haciendo que estos cambien sus hábitos de vida o adquieran costumbres y tradiciones nuevas que, con frecuencia, son bastante raras y antinaturales.

Prescindiremos en parte de lo que algunos mitólogos nos dicen acerca de que los mitos, en el fondo, son ideas arquetípicas o modelos que la humanidad debe tratar de imitar, o hacia los cuales debe tender. Sin embargo, sí tendremos en cuenta las características fundamentales que aquellos les asignan a los mitos, para ver si las mismas están presentes en el cristianismo.

Hay otra corriente de pensamiento en cuanto a los mitos, que sostiene que estos, lejos de ser una pura fábula irreal, son, por el contrario, una realidad distorsionada, tanto por el paso del tiempo como por la mente del pueblo. Pero en el fondo, tanto mitos como leyendas, proceden de hechos históricos. Estos hechos históricos pueden haber sucedido hace muchos miles de años y esta es la razón de que hayan llegado hasta nosotros tan deformados y en la actualidad parezcan tan fantásticos y hasta tan absurdos en muchas ocasiones.

Por lo tanto la diferencia fundamental entre la primera y la segunda manera de ver un mito, consiste en la existencia o no existencia de un hecho real que haya dado lugar a la creencia posterior. Sin embargo los dos puntos están de acuerdo en admitir que los hechos, tal como se cuentan en la actualidad, son inadmisibles, o, en otras palabras, no pudieron suceder tal como son narrados ahora.

Los defensores de la irrealidad sostienen que la mente humana crea el mito inconsciente y paulatinamente para ponerse una meta que alcanzar o bien llenar ciertas profundas necesidades anímicas.

Por otro lado, los defensores de la realidad propugnan que la mente humana, alrededor de un hecho remoto y de alguna manera extraordinario, se dedica a fabular, convirtiéndolo igualmente en propósito que conseguir o en motivo que recordar. Pero, real o irreal en sus principios, ambas posiciones sostienen como ya apuntamos que lo que en la actualidad se cuenta y tal como se cuenta, dista mucho de ser objetivo.

Para los propósitos de este libro, ambas posiciones son válidas, si bien el autor se inclina más a pensar que la mayor parte de las leyendas y mitos son hechos reales pero deformados por el paso del tiempo y por los inconscientes deseos del ser humano.

Debido a la gran distorsión con que estos hechos han llegado hasta nosotros, en nuestros días la palabra mito se ha hecho sinónima del adjetivo «falso». Un mito es por lo tanto, en la mente del pueblo, una creencia falsa, no importa su antigüedad, su complejidad doctrinal o todos los ritos misteriosos y venerables de que esté rodeado.

¿Cae el cristianismo dentro de esta definición? Creemos que sí, a pesar de su antigüedad, a pesar de sus millones de fieles en todo el mundo, a pesar de su elaborada teología, y a pesar de los muchos hombres ilustres que a lo largo de los siglos se han declarado cristianos.

He aquí lo que dice Rudolf Bultmann, uno de los teólogos cristianos más eminentes de los últimos tiempos:

«El Nuevo Testamento anuncia a Jesucristo: no solo su predicación acerca

del reino de Dios, sino ante todo su persona, que fue mitologizada desde el mismo inicio del cristianismo. Los especialistas del Nuevo Testamento no están de acuerdo sobre si Jesús se proclamó a sí mismo como el Mesías… o sobre si creyó que era el Hijo del Hombre que iba a venir sobre las nubes del cielo. Si así fuera, Jesús se hubiera entendido a sí mismo a la luz de la mitología… Sea como fuera, la primitiva comunidad cristiana lo vio así: como una figura mitológica.

Esperaba que volviese, como el Hijo del Hombre, sobre las nubes del cielo, para traer la salvación o la condena, en su calidad de juez del mundo. También consideraba a su persona a la luz de la mitología, cuando decía que había sido concebido por el Espíritu Santo y había nacido de una virgen; y ello resulta aún más evidente en las comunidades cristianas helenísticas, donde se le consideró como el Hijo de Dios en un sentido metafisico, como un gran ser celeste y preexistente que se hizo hombre por nuestra salvación y tomó sobre sí el sufrimiento, incluso el sufrimiento de la cruz. Tales concepciones son manifiestamente mitológicas, puesto que se hallaban difundidas en las mitologías de judíos y gentiles y después fueron transferidas a la persona histórica de Jesús.

En particular, la concepción del Hijo de Dios preexistente, que desciende al mundo en forma humana para redimir a la humanidad, forma parte de la doctrina gnóstica de la redención y nadie vacila en llamar mitología a esta doctrina…

Para el hombre de nuestro tiempo, la concepción mitológica del mundo, las representaciones de una escatología, de un redentor y de una redención, están ya superadas y carecen de valor». (*Jesucristo y Mitología*. Edic. Ariel. Barcelona).

Pero a pesar de esto, Bultmann sigue siendo cristiano. Porque piensa que «hay algo más profundo que permanece oculto bajo el velo de la mitología cristiana». Y a eso más profundo, es a lo que él quiere llegar a través de su método:

«A este método de interpretación del Nuevo Testamento, que trata de redescubrir su significado más profundo, oculto tras las concepciones mitológicas, yo lo llamo desmitologización. No se propone eliminar los enunciados mitológicos, sino interpretarlos».

Esta es nuestra gran diferencia con Bultmann, un teólogo inteligente y sincero, que no encubre la evidente realidad de las formas míticas del dogma cristiano como hacen otros. Nosotros, en cambio, no queremos interpretar la mitología cristiana de una manera diferente a como se interpretan las otras mitologías. Puesto que es igual a

ellas, habrá que interpretarla de una manera semejante.

Para nosotros el judeocristianismo es una mitología más, basada en la aparición, hace unos 4.000 años, de un misterioso personaje llamado Yahvé, que se manifestó repetidamente al pueblo hebreo, de ordinario en una especie de nube; y basada también en la existencia real de otro extraordinario personaje llamado Jesús. Las apariciones del primero, y las enseñanzas y actuaciones del segundo, han llegado a nosotros muy deformadas, pero no son susceptibles de una interpretación diferente a la que se le da a las demás mitologías.

Es notable el contraste del pensamiento crítico con que los seguidores del judeocristianismo se enfrentan a los otros grandes mitos-religiones, y la ceguera que manifiestan cuando se enfrentan a los evidentes rasgos míticos de su propia religión. E igual que les sucede a los seguidores del judeocristianismo, les sucede a los seguidores de las otras religiones. Ello es una prueba de que los mitos tienen unas raíces muy profundas en el ser humano, que van más allá de su racionalidad y que tienen que ver con sus genes, con el desconocido funcionamiento de su cerebro y de su mente, con el inconsciente colectivo, y quién sabe si hasta con vidas anteriores, o con la existencia de espíritus en torno a nosotros, que sin que caigamos en la cuenta, teledirigen la existencia humana. Es cierto que la ciencia no admite esto; pero también es cierto que aunque la ciencia sabe mucho de cosas materiales, de todo lo referente al espíritu y al más allá, no sabe nada.

En las páginas que vienen, trataremos de probar que el judeocristianismo no es ninguna excepción entre los grandes mitos que a lo largo de los milenios han ido brotando en la humanidad.

2
LOS MITOS DESDE EL PUNTO DE VISTA CRISTIANO

Al hablar de mitos y mitologías hay que tener muy en cuenta el punto de vista o las creencias del que habla de ellas. Para el que ha sido educado en una cultura y con unas tradiciones, fruto precisamente de esos mitos, todos loa personajes mitológicos y sus hazañas son básicamente reales. En cambio, para el que las estudia fríamente desde afuera, muchos siglos después de que las culturas inspiradas por esos mitos hayan dejado de existir, sin que las creencias mitológicas hayan tenido nada que ver con la propia formación, tales relatos heroicos y leyendas carecen por completo de sentido.

Para un sincero cristiano, Júpiter por ejemplo, con todas sus liviandades olímpicas y extraolímpicas, y Osiris con sus incestos, son puras supercherías, fruto de la mente fecunda de los autores antiguos.

Y sin embargo, ese sincero cristiano —incluso con títulos universitarios— oye con devoción los sabios rebuznos de la burra de Balaam porque ve que su amada Biblia (¡la palabra de Dios!) así se lo dice expresamente en el libro de los Números.

Es cierto que hoy los escrituristas tienen muchas maneras de explicar racionalmente toda esta facundia asnal, o cualquier otro de los muchos hechos peregrinos que nos encontramos en la Biblia. Hoy día el sector más avanzado del cristianismo dista mucho de leer la Biblia al pie de la letra y ha dejado muy atrás los años en que se veía el dedo de Dios en cada verbo, en cada adjetivo y en cada coma de los «libros sagrados». (Aunque en contraste con esta postura inteligente, hay que decir que en el seno de protestantismo hay una ola creciente de fundamentalismo irracional y fanático que todavía sigue tragando sin masticar toda la mitología bíblica como si hubiese sido dictada al pie de la letra, por el mismo Dios en persona).

Los teólogos y escrituristas inteligentes dentro del cristianismo, aquellos a quienes el hecho de haber mamado conjuntamente la leche y la fe no les ha privado de la capacidad de la autocrítica ni de la visión panorámica, defienden muy bien sus creencias y dogmas distinguiendo entre las diversas «verdades de fe». Hay hechos ante los que un cristiano no puede dejar de creer, so pena de ser hereje; y hay hechos

y creencias dentro de la propia religión que pueden aceptarse o no, sin que ello afecte para nada a la ortodoxia y al *status* del individuo dentro de su Iglesia.

Por ejemplo, las apariciones de Lourdes y Fátima, por muy oficialmente aceptadas que hayan sido por Roma, pueden ser o no aceptadas por el simple fiel, sin que esto lo haga reo del infierno.

Pero esta misma capacidad de crítica la vemos en los pueblos antiguos con relación a sus mitologías. Según nos dicen los mitólogos, los pueblos antiguos sabían distinguir en sus creencias, entre las «historias verdaderas» y las «historias falsas».

Transcribo a R. Pettazzoni en *Essays of the History of Religión*:

> «Los indios pawnee (en Norteamérica) hacen una distinción entre las "historias verdaderas" y las "historias falsas" y colocan entre las historias verdaderas en primer lugar, todas aquellas que tratan de los orígenes del mundo; sus protagonistas son seres divinos, sobrenaturales, celestes o astrales. A continuación vienen los cuentos que narran las aventuras maravillosas del héroe nacional… que los liberó de monstruos, del hambre o de otras calamidades o que llevó a cabo otras aventuras nobles y beneficiosas. Vienen por último las historias que se relacionan con los curanderos, y explican cómo tal o cual mago adquirió sus poderes sobrehumanos o cómo nació tal asociación de chamanes. Las historias "falsas" son aquellas que cuentan las aventuras, en modo alguno edificantes, del coyote. En una palabra, en las historias "verdaderas" nos hallamos frente a lo sagrado o lo sobrenatural; en las "falsas", por el contrario, ante un contenido profano…».

Como podemos ver, los pueblos antiguos también conocían de exégesis y sabían distinguir el trigo de la paja en sus creencias. Ojalá muchas de las autoridades eclesiásticas que la Iglesia cristiana ha padecido a lo largo de los siglos, hubiesen tenido el mismo sentido común que los antiguos.

He aquí cómo la autoridad de Mircea Elíade corrobora lo que leíamos en párrafos anteriores de Pettazzoni:

> «La distinción hecha por los indígenas entre «historias verdaderas» e «historias falsas» es significativa. Las dos categorías de narraciones presentan «historias», es decir relatan una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en un pasado lejano y fabuloso. A pesar de que los personajes de los mitos son, en general, dioses y seres sobrenaturales, y los de los cuentos, héroes o animales maravillosos, todos estos personajes tienen en común esto: no pertenecen al mundo cotidiano. Y sin embargo los indígenas se dieron cuenta de que se trataba de historias radicalmente diferentes».

A los que hemos sido educados en el seno del cristianismo, nuestros dogmas nos han parecido por años cosa bastante lógica, mientras que a otros que oyeron hablar por primera vez de ellos cuando ya habían llegado a la adultez, les suenan a algo sin sentido e inadmisible. Conozco personalmente el caso de un profesor universitario japonés, que con gran entusiasmo estudiaba el cristianismo con ánimo de hacerse cristiano. Un buen día lo noté preocupado y cuando le pregunté qué le inquietaba me dijo: «Todo en el cristianismo me fascina. Pero eso de que Dios se haga comestible en un pedazo de pan es algo que me da mucho que pensar y que, por otra parte, se me parece demasiado a ciertos mitos de otras religiones». El buen profesor japonés, no sé si por esta o por otras razones, nunca llegó a «convertirse».

Para un musulmán, la reencarnación hinduista[1] o la transubstanciación católica son puro mito. Para un budista el Dios personal cristiano es puro mito. Para un cristiano enfervorizado en su fe, Crishna, Quetzalcoatl o Zoroastro, verdaderos Cristos en sus respectivas religiones, apenas si tuvieron existencia real.

Cada loco con su tema. La Tierra es un planeta poblado de mitómanos que no quieren oír hablar de los mitos de los demás y que están dispuestos a romperse la cabeza en cualquier momento por defender su propio mito. Y eso es ni más ni menos, lo que hemos estado haciendo repetidamente a lo largo de la historia: guerrear por nuestras míticas religiones.

¿No habrá llegado ya el momento de comenzar a sospechar cada uno de su propio mito, viendo la firmeza y la seguridad con qué otros —vistas desde otro punto de vista— son falsas? ¿Por qué cada uno se empeña en decir que lo que él piensa es la realidad, mientras que lo que los demás creen, es mito? ¿Han caído en la cuenta los cristianos de que el número de personas que en este planeta cree en mitos, es en la actualidad y ha sido siempre, enormemente superior al número de personas que acepta las doctrinas cristianas? ¿Qué hace el Dios cristiano que permite que siglo tras siglo, la mayor parte de la humanidad siga en el error? ¿Es que no le interesa su «salvación»? ¿Para qué vino entonces el Hijo de Dios a la Tierra? ¿No hay una gran contradicción entre esta indiferencia, y el hecho terrible de haber permitido la muerte de su Hijo, para que la humanidad entera creyera y se salvara? ¿No será la explicación de esta contradicción, que nuestras sagradas creencias cristianas son tan míticas como las de las demás religiones?

Más adelante volveremos sobre estas inquietantes preguntas que ahora dejo flotando en la mente del lector.

3
UNA FILOSOFÍA MÍTICA

Antes de entrar a analizar en detalle la falsedad de los dogmas cristianos echémosle un vistazo a lo que constituye el fundamento de toda esta doctrina, o lo que es lo mismo, la filosofía que empapa todas sus creencias. El cristianismo es una religión «salvacionista» y toda su teología es «soteriológica», tal como le llaman los entendidos; es decir, relativa a la salvación. Esto presupone que el hombre, desde que entra en este mundo, está mal visto por Dios, y por lo tanto necesita una ayuda especial para reconciliarse con El y en fin de cuentas salvarse. La palabra salvación es una palabra clave en el cristianismo al igual que las palabras revelación, redención, encarnación y condenación.

Expresado de una forma más clara, todo hombre entra en este mundo con un pecado, lo cual hace que sea visto como manchado a los ojos de Dios. Con el fin de liberar al hombre de esta mancha y de ayudarlo a que no se manche más, y no lo sorprenda así la muerte, viene al mundo el propio hijo redime o lava al hombre de su pecado de nacimiento (redención) y de aquellos en los que pueda incurrir durante su vida, y le da la oportunidad de salvarse evitando así su condenación eterna.

Esta es, en esencia, la filosofía subyacente en toda la teología cristiana. Y con toda honradez tenemos que decir que semejante filosofía, o semejantes creencias, son total y absolutamente míticas y en gran medida ecos o restos, cuando no copias, de otros mitos de pueblos más antiguos.

En cuanto a las creencias en sí mismas, tenemos que preguntarnos de inmediato: salvación… ¿de qué? ¿De qué me tengo que salvar? ¿De un pecado que no cometí? En la moderna jurisprudencia nadie es culpable de nada, hasta que no se le pruebe lo contrario, pero en la jurisprudencia cristiana, en la que el mismo Dios es el juez, sucede a la inversa: todo el mundo es culpable, aunque no haya cometido delito alguno. La razón para ello es que «sus padres cometieron el pecado». Y si profundizamos un poco más e indagamos acerca de quiénes fueron esos padres pecadores, y qué clase de delito enorme cometieron, que fue capaz de manchar a miles de millones de hombres a lo largo de miles de años, nos encontramos con más

mitos. El mito de los «primeros padres» que no solo está en las viejas mitologías prejudaicas sino que contradice frontalmente a lo que en la actualidad nos dice la ciencia acerca de la aparición del hombre en el planeta.

Transcribo de mi libro *Por qué agoniza el cristianismo*, la siguiente nota:

«En 1974 el Dr. Carl Johansson estudió en el N. E. de Etiopía un cráneo humano enterrado en lava, de unos 4 millones de años. En 1975 en Nuevo México (estudiados por el Dr. Stanley Rhine) se encontraron huesos de 40 millones de años. El mismo año aparecieron en Kenton (Oklahoma) y Wisconsin huesos humanos de la misma edad (Era Mesozoica).

En la Academia de Minería de Freiburg hay un cráneo encontrado en medio de un, estrato carbonífero (más de 200 millones de años).

En 1971 en el estado de Utah, Lin Ottinger descubre muchos huesos de más de cien millones de años. Están siendo todavía estudiados por los Drs. Lee Stokes y J. P. Marwitt de la Universidad de Utah.

A finales del siglo pasado y principios de este ya se habían descubierto en varios sitios de Europa restos parecidos: En los Dardanelos, huesos de alrededor de cien millones de años.

En Castenedolo, Italia, en 1860 el Prof. Ragazzoni del Instituto Técnico de Brescia estudió un cráneo de unos diez millones de años.

En el pueblo de Olmo (Arezzo, Italia) estudió otro cráneo de unos diez millones.

En 1883 el Prof. Sergi estudió los restos de dos niños, una mujer y un hombre que aparecieron también en Castenedolo y atestiguó que pertenecían al Plioceno.

No quiero extender mucho esta nota, pero le diré al lector que además de huesos hay una enorme cantidad de huellas de los mismos períodos; algunas de ellas al lado de las huellas de dinosaurios (en el rio Paluxi, Texas); hay una huella de un zapato en Nevada (descubierta en 1972) del Triásico (unos 80 millones de años); y también en Nevada hay otra huella de zapato de la misma edad, que tras haber sido estudiada al microscopio se comprobó que la suela era de cuero; se podían ver claramente las costuras —algunas de las cuales eran dobles— y hasta se podía distinguir la torcedura del hilo que usaron para coser, que era más delgado que el que hoy se usa en la confección de zapatos.

Aparte de esto, hay una gran cantidad de restos de razas gigantes. En Sonora (México) se descubrió un cementerio entero de hombres de casi tres metros de altura. Aunque parezca increíble hay varios huesos de hombres y mujeres que pasaban de los diez metros de estatura, y en Winslow (Anzona) hay un enorme cráneo que cuando fue desenterrado poseía el curioso detalle de tener un diente de oro. Probablemente el cráneo humano más antiguo que

existe, es el encontrado en California en 1866 en una mina de oro, al que se le han calculado entre 40 y 50 millones de años. Tiene una capacidad craneal igual a la nuestra. Y para los que todavía tengan duda, hay todo un estadio para gigantes construido en piedra en lo alto de los Andes, al norte de Chile en un lugar llamado Enladrillado. Los espectadores que usaban aquellas graderías de piedra, medían alrededor de 4 metros de altura».

Y nos encontramos con el mito de la manzana, y el de la serpiente y el del «árbol del bien y del mal», y el del paraíso perdido, y el del parto con dolor… Mito tras mito que ni siquiera tienen el valor de ser originales. Lo único que parece ser «original» es el pecado que los pobres mortales cometemos por el solo hecho de nacer. Tal como dijo Calderón: «pues el delito mayor del hombre es ¡haber nacido!».

¿Quién puede admitir en la actualidad semejantes infantilidades propias de pueblos poco evolucionados?

Naturalmente, los teólogos, los sabios teólogos modernos, tienen explicaciones para todos estos mitos. Los antiguos teólogos los admitían sin rechistar y así se los pasaban al pueblo que los tragaba como palabra de Dios; pero los teólogos modernos ya no se atreven a tanto. Conocen un poco más de paleontología, de psicología profunda y de sociología y se resisten a leer al pie de la letra. Pero como la Biblia es en fin de cuentas la palabra de Dios, hay que salvarla como sea y para ello inventan toda suerte de explicaciones a cual más peregrina. Y en los casos desesperados, lo que se hace es inventar una mano aleve que interpoló subrepticiamente en el texto los pasajes malditos. Y Dios y la doctrina oficial quedan a salvo.

Pero por más que se logre explicar este o aquel versículo, queda siempre en el fondo la filosofía mítica: somos pecadores por naturaleza; este planeta es un valle de lágrimas; venimos a hacer méritos, sufriendo, para otra vida posterior; necesitamos; de alguien que nos ayude a «salvarnos». Y de nuevo preguntamos: a salvarnos ¿de qué? ¿De un infierno que no existe? Si existiese un Dios personal, que en realidad se sintiese padre de los habitantes de este planeta, se sentiría ofendidísimo por esta calumnia que le han inventado los cristianos. ¿En qué cabeza cabe que un verdadero padre tenga tormentos eternos para sus hijos, por muy mal que estos se porten? Semejante aberración cabe únicamente en las cabezas enfermas de fanáticos con autoridad que quisieron transferir a los fieles los tormentos internos de sus mentes desajustadas o amargadas, ¡quién sabe si por su forzado voto de castidad, o por su libertad perdida con el voto de obediencia!

La infernal doctrina cristiana acerca de la vida futura de aquellos que no han cumplido los mandamientos, es una mala copia, deformada y empeorada, de creencias semejantes sostenidas por otros pueblos anteriores. El seol hebreo, el hades griego y el avernun romano eran unos infiernos menos drásticos y más humanizados, en los que no tenía cabida la ira eterna de un Dios Todopoderoso dándose gusto en la tortura sin fin de los pobres mortales. Un infierno eterno lleno de pecadores es un

total fracaso de la redención de Cristo. Y a juzgar por la efímera proporción de buenos cristianos que existen entre todos los habitantes del planeta, y por lo que nos dicen místicos muy respetados en la Iglesia, esa es la realidad ¿Tiene algún sentido que Dios haya mandado a su propio Hijo a este miserable mundo y le haya hecho tormentos en una cruz, para que, en fin de cuentas, el infierno se llene de seres humanos? ¿Fracasó el Hijo en su misión? ¿Fracasó el Padre en sus cálculos? ¿Será Satanás superior a ambos en estrategias para atraer a los hombres al pecado? Y ¿quién ha fabricado tan mal al hombre, que únicamente con una ayuda extraordinaria es capaz de ser bueno y merecer la salvación, y aún así la mayor parte no son capaces de conseguirla?

¡Usemos nuestra cabeza! Todas estas son preguntas que se caen de su peso y no son invenciones de ningún iluminado que nos quiera imponer creencias nuevas. Son interrogantes lógicos que todo cristiano que se precie de conocer a fondo su fe, debería hacerse desde el momento en que deja la infancia y tiene capacidad de pensar por sí mismo. No sigamos tragando estas monstruosidades «sagradas» con la misma ingenuidad con que oíamos los cuentos de la abuelita. ¡Despertemos! Sacudamos de la mente los mitos que tienen aprisionada nuestra alma y quien sabe si angustiada, por el miedo al más allá Rebelémonos contra el mito de que somos pecadores por nacimiento. ¡Somos seres humanos! Con mil limitaciones, enfermedades y defectos, pero también con una maravillosa inteligencia para darnos cuenta de todo lo que nos rodea y con un cuerpo milagroso capaz de profundas sensaciones, y con un corazón y un alma capaces de sentimientos casi divinos. ¡No tenemos que vivir acomplejados pensando siempre en quién nos va a salvar! ¡Somos los hermanos mayores de las otras criaturas de este hermoso planeta que habitamos! ¡Somos los hermanos del viento, de las flores y los arroyos, de los animales —ingenuos y hermosos— y del cielo azul! ¿Por qué hemos de vivir angustiados, pensando que Dios puede estar enfadado con nosotros? ¿Por qué hemos de sacrificarnos sin más ni más, para que Dios nos mire con complacencia?

Esta rebeldía no va dirigida contra Dios sino contra los mitos sagrados que desde niños nos han incrustado en la conciencia; contra las creencias asfixiantes que se nos han impuesto como «voluntad de Dios»; contra las tradiciones castrantes y los ritos absurdos que nos aprisionan el alma y la conciencia impidiéndonos ser libres con la libertad de los auténticos hijos de Dios.

Esta rebeldía va dirigida contra una filosofía pesimista de la vida, que nos inclina a creer que en la renunciación, en la austeridad, en la pobreza y en la mortificación de los sentidos, está la verdadera sabiduría y la recta preparación para el más allá. Y que tras el placer y la belleza se esconden trampas mortales para la eterna salvación.

En cuanto a la filosofía relacionada con el más allá, pocas religiones hay que tengan unas creencias más atemorizantes que la cristiana. Si bien es cierto que otras religiones nos presentan la otra vida de una manera brumosa y más o menos sombría, ninguna o casi ninguna lo hace con los trágicos tonos con que nos la presenta el

cristianismo. El infierno de llamas y eterno que el cristianismo ha predicado ininterrumpida e «infaliblemente» durante dos mil años, es algo tan aterrador y tan traumatizante, que con toda seguridad ha sido —y sigue aún siendo— causa de desajustes psíquicos y aun de enfermedades físicas de muchos miles de pobres creyentes que no fueron capaces de ver lo disparatado de tal creencia, dejándose dominar por una angustia funesta. El autor ha conocido bastantes casos de esos pobres traumatizados por el miedo al más allá, y en concreto, al infierno.

4
LA MENTE HUMANA Y LOS MITOS

Antes de entrar de lleno a considerar específicamente la mitología cristiana, sería conveniente que contestásemos unas preguntas que tienen que estar en la mente de los que por primera vez se encuentran con la tajante aseveración de que el cristianismo es un mito más, entre los muchos que ha habido a lo largo de la historia.

¿Cómo es posible que si el cristianismo es un mito, haya habido tanta gente inteligente a lo largo de los siglos, que lo haya aceptado como la única y verdadera religión? ¿Cómo es posible que no hayan descubierto la falsedad de sus dogmas, ni la falta de inspiración divina de sus escrituras, ni el paralelismo de muchas de sus creencias con las creencias de otras religiones?

Las preguntas son válidas en cuanto que mucha gente se las hará, y de hecho se las han hecho al autor en muchas ocasiones; pero por otro lado contienen aseveraciones falsas. Dejemos para contestar un poco más adelante la primera pregunta y examinemos el contenido de la segunda.

La cruda verdad es que a lo largo de los siglos ha habido mucha gente que ha caído en la cuenta de la falsedad de los dogmas cristianos. Muchos lo han descubierto y no lo han exteriorizado por miedo o por falta de medios para hacerlo. Pero muchos otros lo han hecho repetidamente y sus voces fueron acalladas por la intolerancia, por el fanatismo y por los intereses creados de las autoridades eclesiásticas o civiles. El concubinato de estas dos autoridades es constante a lo largo de la historia, no solo en el cristianismo sino en otras religiones y culturas. Los reyes y los poderosos con frecuencia se apoyaban en la religión (o la combatían) para mantener su dominio sobre sus pueblos; y las autoridades eclesiásticas se apoyaban en el poder civil (o lo combatían) para mantener sus posiciones de privilegio, o para mantener «la pureza de la fe» cuando eran muy fanáticos. Y si bien es cierto que en muchas ocasiones ha habido enfrentamientos entre estos dos poderes, es aún más cierto que el maridaje entre ellos, ha sido mucho más frecuente.

El cristianismo, cuando llevado de la mano por los emperadores romanos cristianos se constituyó en la religión oficial del Estado convirtiéndose en un Estado

más en la Europa medieval, se hizo ferozmente intolerante. Toda la mansedumbre que su fundador había predicado y de la que habían dado testimonio vivo los primeros cristianos, desapareció como por ensalmo. No se podía pensar de una manera diferente a como lo hacía la autoridad; y si alguien se atrevía a exteriorizar su pensamiento corría muy serios peligros. Andando los siglos, aquellos peligros se concretaron en horrendas y bochornosas hogueras en las que ardieron miles de discrepantes en toda Europa. Este es un pecado y una lacra que la Iglesia cristiana lleva encima como una lepra y que no se podrá quitar, por más que los teólogos y apologetas contemporáneos elaboren documentos sobre el respeto a la libertad de conciencia. Como dijo Cristo: «Por sus hechos los conoceréis». Contra las bellas palabras del Concilio Vaticano II están las mazmorras, las hogueras, los genocidios y las guerras de religión con las que los cristianos europeos se degollaron mutuamente durante siglos.

El lector puede ir ya viendo hasta qué punto no era válida la pregunta que nos hacíamos en párrafos anteriores. Hubo muchas personas que descubrieron la falsedad y hasta la absurdez de muchos de los dogmas cristianos; pero como ya dijimos sus voces fueron inmisericordemente acalladas. Y cuando los rebeldes se atrevieron a exponer sus dudas por escrito, sus obras fueron destruidas. En algunos casos la destrucción de las obras «heréticas» de algún autor fue concienzuda y sistemática, no quedando rastro de él ni siquiera en las obras de otros autores que lo citaban.

Tal fue el caso del escritor romano Porfirio (hacia el año 250). Cuando este autor, no convencido de las creencias cristianas, escribió contra elías con ardor, todavía se podía discrepar abiertamente porque las autoridades aún no habían convertido al cristianismo en la religión oficial del imperio. Pero cuando esto sucedió, alrededor de dos siglos más tarde, las obras de Porfirio (en las que se denominaba al cristianismo como «blasfemia bárbaramente audaz») fueron buscadas minuciosamente en las bibliotecas y destruidas para que no quedase rastro de ellas. En varias ocasiones se hicieron hogueras con las obras de Porfirio que se iban hallando. Y tal fue el celo biblioclasta de aquellos fanáticos, que de los treinta y seis libros de este autor, apenas si queda alguno, a pesar de que en muchos de ellos no hablaba en absoluto del cristianismo. Pero para que nadie se aficionase a su nombre o a su pensamiento, las autoridades quisieron borrarlos por completo para que no quedase huella de su existencia. Y para lograrlo más eficazmente, no solo destruyeron los libros de Porfirio sino que arremetieron también contra las obras de otros autores en las que se citaban algunos de sus párrafos, sin importar el que algunas de estas citas estaban en libros escritos por autores cristianos contra Porfirio y en defensa del cristianismo. Había que borrar de la mente del pueblo no solo las ideas de semejante hereje sino su mismo nombre para que nadie cayese en la tentación de querer averiguar algún día lo que él había dicho.

Ese fue el caso de Eusebio, obispo de Cesárea, considerado el padre de la historia eclesiástica y tenido como el prelado más sabio de su tiempo. Alguna de sus obras,

escrita precisamente para refutar a Porfirio, fue conociéndose cada vez menos hasta que prácticamente desapareció (salvo algunos breves pasajes). La razón de su desaparición fue que citaba abundantemente a Porfirio y las aceradas críticas de este autor aparecían con toda su fuerza en las citas.

La obra de destrucción fue tan concienzuda que hacia el siglo V San Juan Crisostomo escribía: «Ha desaparecido de sobre la faz de la tierra todo resto de la literatura y de la filosofía de los tiempos antiguos».

Los cristianos piadosos que se preocupan por conocer los orígenes de sus creencias (que dicho sea de paso, constituyen una exigua minoría) deberían reflexionar ante el hecho de la falta de eco que las nuevas creencias cristianas tuvieron durante mucho tiempo en las mentes más evolucionadas de la sociedad romana. Una «Revelación» que pasaba por ser la única verdadera, que por millones de años Dios había tenido reservada para la humanidad, que estaba avalada nada menos que por la presencia del Hijo Único del Dios del Universo, que estaba destinada a ser el único camino de salvación de los hombres… tenía necesariamente que causar un hondo impacto en las mentes de todos los que se pusiesen en contacto con ella y, hablando en general, tenía que ser bien recibida. Pero la realidad fue muy diferente y apenas nos la mencionan algunos autores. Los grandes historiadores romanos —y no son pocos— silencian el trascendental hecho de la venida del Hijo de Dios al mundo. Probablemente oyeron hablar de ello pero lo asemejaron a otros «hijos de Dios» de otras religiones en las que tan fecunda ha sido la mente humana. Y los pocos que se dignaron dejarnos alguna noticia de la nueva religión, no son precisamente alabanzas lo que le dedican al cristianismo. Tácito dice de la nueva religión: «Es una superstición perniciosa». Suetonio la define como: «Una superstición vana y de gente frenética». Plinio el Joven no es más generoso en su apreciación: «La nueva religión es una superstición extravagante y perversa».

Y en verdad algo de «frenéticos» y de «extravagantes» debían tener aquellos primeros cristianos cuando, según San Jerónimo, un testigo más bien prejuiciado en favor, algunos que venían para hacerse cristianos, al ver el ardor fanático de aquellos neófitos, «querían irse enseguida y se iban, diciendo que era mejor vivir entre bestias fieras que entre semejantes cristianos». Y otro Padre de la Iglesia, San Gregorio de Nazianzo, molesto ante los neoconversos que sin apenas haber estudiado, se ponían a predicar ardorosamente, escribió estas crudas palabras: «No me sentaré en el sínodo mientras los gansos y las grullas vociferan». Y sabía muy bien lo que decía, porque había presidido el conciclio ecuménico de Constantinopla.

Lo que tiene que quedar claro en la mente del lector, es que desde un principio y en todas las épocas, ha habido muchos Porfirios que no solo han rechazado de palabra los dogmas cristianos, sino que han puesto su rechazo por escrito, aunque luego sus libros hayan sido silenciados. Estos «Porfirios» se llaman Celso, Hierocles, Marción, Luciano de Samosata, Taciano, Celestio, Novatiano, Flavio Filóstrato, Arrio, Orígenes, etc., etc. Fueron declarados «herejes» (aunque algunos de ellos murieron

como mártires) y sus obras por lo general fueron destruidas. De hecho los primeros biógrafos extraevangélicos de Cristo fueron Marción, con su «Evangelión» y Taciano con su «Diatésaron»; y aunque sus libros en la antigüedad fueron muy conocidos, desaparecieron o cayeron en desuso debido a la persecución de que fueron objeto.

Hasta hace pocos años existió, de acuerdo con las autoridades vaticanas, el famoso y nefasto «Index». Este índice no era otra cosa que una lista de libros «malditos», cuya lectura le estaba prohibida a todo católico. Nadie podía leer ninguno de ellos —y eran más de 4.000— sin incurrir en pecado mortal. Este «índice» era una auténtica castración mental aplicada a las mentes de todos los católicos para que estas no pudiesen abrirse a lo que otros seres humanos habían pensado y descubierto. Muchos de estos autores habían descubierto la vaciedad de las creencias cristianas, pero la intolerancia de las autoridades eclesiásticas evitaba que su mensaje llegase a conocimiento de otros. Impidiendo así la libre circulación de las ideas y el conocimiento de muchos hechos históricos, no es extraño que muchos seres humanos no lleguen nunca a descubrir ciertas realidades.

Paralelo a esto que estamos diciendo está otro hecho increíble sobre el que todo cristiano inteligente debería reflexionar, ya que tiene fuerza para levantar serias dudas acerca de ciertas «verdades sagradas» de su propia religión. Me refiero al hecho de que por muchos años la lectura de la Biblia estuvo vedada a los simples fieles.

Uno, lleno de admiración, se pregunta: ¿Cómo es posible que las autoridades eclesiásticas piensen que la «palabra de Dios» puede ser nociva para el alma de quien la lea? ¿O es que dudan de que las historias de la Biblia sean en realidad, palabra de Dios? Porque a nadie se le va a ocurrir pensar que Dios no fue discreto cuando les inspiró a los diversos autores las historias que ellos transcribieron. Pero aunque a nadie se le ocurra tener semejante duda de la discreción de Dios, lo cierto es que la Iglesia prohibió durante siglos leer su palabra. ¿Por qué? ¿Es que la Iglesia piensa que la mayoría de sus hijos son tontos o incapaces de entender rectamente lo que leen? ¿Es que Dios escribe muy enrevesado y necesitamos de alguien instruido que nos traduzca rectamente su pensamiento? ¿No será porque muchas de las historias en ella contenidas no son edificantes, o son contradictorias, o no concuerdan con las verdades históricas conocidas, o son simple y llanamente absurdas?

No importa cual de estas preguntas sea la causa. De nuevo volveremos a decirnos que es absolutamente increíble que por siglos la lectura de la «palabra de Dios» haya estado vedada a los cristianos normales. La razón profunda de esta prohibición pensamos que es la que apuntábamos en la última de las preguntas que nos formulamos más arriba: La lectura de la Biblia no aguanta una seria crítica. La lectura de la Biblia es capaz de quitarle la fe a cualquiera que, libre de prejuicios, someta lo que lee a un análisis profundo. Por eso lo mejor que hicieron los jerarcas eclesiásticos fue prohibir al simple fiel su lectura.

Toda esta disquisición es únicamente con el objeto de contestar la pregunta que nos hacíamos al principio de este capítulo: ¿Cómo es posible que no haya habido, en

tantos siglos, personas que hayan caído en la cuenta de la falsedad de las creencias cristianas? La contestación es que sí las ha habido, y en gran abundancia. Una prueba de ello es la cantidad de herejías y de sectas que han brotado dentro del propio cristianismo Todos estos «herejes» eran personas que se rebelaban contra alguna de las creencias oficiales mantenidas por las autoridades. Lo malo es que en muchas ocasiones se rebelaban contra un mito para caer en otro, salido de sus propias cabezas.

Cuando en el siglo XV, pasando por encima de las prohibiciones eclesiásticas, la lectura de la Biblia se generalizó entre el pueblo común, aparecieron por todas partes herejías y sectas, basadas precisamente en las diferentes interpretaciones que el pueblo le daba a lo que leía. Indudablemente o Dios o los «autores sagrados» no se expresaron claramente a juzgar por las muy diversas interpretaciones que los textos recibieron.

El fenómeno de ser la Biblia la causa de muchas discordias en el seno del cristianismo fue algo que se dio repetidamente a lo largo de la historia; pero con el advenimiento del protestantismo, con su énfasis en la libre interpretación de las escrituras, las discordias y los odios se multiplicaron hasta culminar en las absurdas, fanáticas y antievangélicas «guerras de religión».

En cierta manera las autoridades eclesiásticas obraban muy sabiamente, desde un punto de vista político, prohibiéndole a los fieles leer la Biblia. Instintivamente se daban cuenta de que su lectura iba a despertar muchas conciencias cuando se encontrasen con todas las contradicciones, malos ejemplos, vulgaridades, errores históricos y científicos y, sobre todo, con una imagen de Dios tan absurda e intragable como nos presentan los «libros sagrados».

Al ignorar el pueblo por siglos todas estas realidades, conociendo únicamente lo que los teólogos y las autoridades le presentaban como «palabra de Dios», naturalmente tardó en descubrir las bases falsas en que se apoyaban todas sus creencias.

Volvamos ahora a la pregunta que dejamos sin contestar al inicio de este capítulo: ¿Cómo es posible que si el cristianismo es un mito, haya habido tanta gente inteligente a lo largo de los siglos que lo haya aceptado como la única religión verdadera?

La contestación está en la gran debilidad de la mente humana ante los mitos. Estos nos son implantados en la más tierna infancia, mezclados casi con la leche materna. Y no solo con leche materna sino con toda una serie de circunstancias y usos familiares, tradicionales, raciales, patrióticos, regionales y culturales, que hacen que esos mitos se conviertan en una parte integrante de nuestro ser.

Los mitos, a su vez, generan ellos mismos todo un entorno tradicional y cultural tan fuerte que en muchas ocasiones acaba por ahogar la idea original del mito. Piénsese si no, en lo que ha ocurrido con el mito de la Navidad. La Iglesia lo heredó claramente de otras religiones anteriores tal como veremos más adelante; pero a su

vez le añadió toda una serie de circunstancias que la sociedad ha ido multiplicando por su cuenta de modo que en la actualidad, en las mentes de muchos de los que con más entusiasmo celebran las fiestas navideñas, apenas si queda nada del mito que originó todas las celebraciones.

Sin embargo no se puede negar que en un cristiano normal que conozca y cumpla aunque solo sea medianamente lo que le exige la fe, la fuerza emocional del mito de la Navidad es enorme. La escena del Niño Jesús en el pesebre, rodeado por María y José y con el detalle de la mula y el buey calentándolo con su aliento, es algo que en todos nosotros está profundamente mezclado con la infancia, con nuestros padres… y si cerramos los ojos veremos a la abuelita poniendo flores cerca del pesebre o escucharemos todavía los villancicos que todos los hermanos cantábamos extasiados ante el nacimiento que nuestros padres habían hecho en casa. Pero probablemente ya la abuelita hace años que desapareció y nuestros padres son ya ancianos y desde lo más profundo del alma se levanta una brisa helada de nostalgia o de tristeza. El mito está enredado no solo en el cerebro sino también en el corazón. Y el cerebro no suele funcionar bien cuando discute con el corazón.

Este mecanismo afecta a millones de creyentes al enjuiciar otras religiones que no son la suya. Los cristianos, por ejemplo, ven con toda claridad los errores de todo tipo y las ridiculeces, injusticias y hasta monstruosidades que se dan en el islam, budismo o hinduismo. Pero resulta que hay nada menos que tres mil millones de seres humanos racionales que no ven semejantes aberraciones y que se mantienen fieles a sus respectivas creencias, estando en ocasiones dispuestos a dar la vida por ellas.

Por el contrario, si les preguntamos a algunos de ellos acerca de las creencias cristianas —que nosotros encontramos tan racionales— nos dirán lo que, por ejemplo, nos dice Maulavi Saiyd Amir, un eminente teólogo mahometano moderno:

> «…La causa fundamental de la divergencia entre el islam y el cristianismo es la afirmación cristiana de que Jesús es el “hijo unigénito de Dios”».

«El islam niega que se pueda encontrar semejante doctrina en las enseñanzas del profeta nazareno. Afirma que se trata de una idea tomada de fuentes extrañas… El profeta árabe considera ridícula la idea de que Jesús pretendiera ser objeto de adoración divina: “No dice nada bueno en favor de un hombre —nos advierte en el Corán— el que Dios le haya dado las Escrituras y la sabiduría, que le haya concedido el don de la profecía y que él entonces diga a sus seguidores: “Sed adoradores míos como yo lo soy de Dios” en vez de decirles que sean perfectos…”» (Corán 3,7).

«La idea de que Dios tuviera descendencia es algo que en el islam se ve con un sentimiento de horror. Nos dice el Corán: “¡Dicen que el Dios de misericordia ha engendrado un hijo! Decir esto es decir algo muy grave. Poco ha faltado para que los cielos se rasguen y las montañas se vengan abajo ante el hecho de que le atribuyan hijos a Dios. No es propio de Dios tener hijos”» (Corán 19, 91-94).

Como vemos, lo que constituye el principal fundamento del cristianismo, es un puro mito para ochocientos millones de musulmanes, que no tienen ninguna duda con relación a ello, sino que lo consideran «ridículo» y un «horror» en palabras del propio Profeta.

Aparte de esto, la mente humana también es débil ante los mitos porque muchos de estos en definitiva, tratan de algo trascendente y el «más allá», es un puñal clavado en lo profundo de la mente de todos los seres humanos. Los mitos, y sobre todo los mitos religiosos, nos habían de ese más allá. Nos hablan de una manera confusa y hasta contradictoria, pero muestran algún cabo al que agarrarse, y la mente se aferra desesperadamente a él. Este miedo natural al más allá, ha sido acrecentado precisamente, en el caso cristiano, por el terror sacro que las autoridades eclesiásticas han ido destilando durante dos mil años en el alma de los creyentes. Una parte del mito nos ha llenado el alma de terror, y la mente se aferra entonces desesperada a la otra parte del mito que nos da alguna esperanza.

Pero la mente humana no es solo débil ante los mitos que otros le imponen; paradójicamente y debido a esta misma debilidad, la mente humana es muy proclive a crear ella misma sus propios mitos, cuando aquellos que le ofrecen no le sirven. De modo que no solo tiene que defenderse de lo que los otros quieren imponerle desde fuera, sino de sí misma, y de sus propios miedos que la fuerzan a fabular y a creer lo que fábula.

Los hombres de todas las culturas se han pasado siglos y siglos inventando mitos trascendentes que tras los años acababan convirtiéndose en pomposas religiones. En cuanto, por una razón u otra, alguien descubría la vaciedad de aquel mito, inventaba otro con el que, a su vez, tanto su mente como las de sus conciudadanos seguían aprisionadas.

Para una humanidad niña, gregaria y sin evolucionar, los mitos son necesarios. Y por mucho que los políticos les mientan a las masas, y practiquen la demagogia alabando la madurez del pueblo, las masas siempre son infantiles y muy fáciles de engañar. Las personas maduras y evolucionadas son siempre una minoría en todas las sociedades; y lo primero que hacen es no ser gregarios para evitar ser contagiados del psiquismo que invade a las masas. «Odi profanum vulgus et arceo».

El hombre común que por las razones que sea, no se ha encontrado todavía a sí mismo, buscará desesperadamente la identificación con el grupo. Y el grupo le cobrará su admisión imponiéndole sus mitos. Los cotidianos mitos pequeños «de andar por casa» (tradiciones, modas, y todas las demás puestas de largo y primeras comuniones que se lleven) y los grandes mitos culturales, patrióticos y religiosos. Los primeros aprisionan las mentes de los individuos y los segundos, además de remachar los grilletes de los primeros, impiden evolucionar a la sociedad entera. Es mucho más fácil rebelarse contra las tradiciones y pequeños mitos diarios, que contra los grandes mitos sociales, y peor aún si son trascendentes, cual es el caso de las religiones.

Con estas consideraciones damos por contestada la primera de las preguntas que

nos hacíamos al comienzo del capítulo: ¿por qué tantas personas inteligentes han tenido al cristianismo como la única religión verdadera?

Los seres humanos cuando se convierten en autoridad, tienden a deshumanizarse y cuanto mayor es la autoridad o el cargo, mayor es la tendencia, porque mayores son las tentaciones para ello. Las grandes autoridades civiles, eclesiásticas, académicas o militares suelen defender con verdadera ferocidad sus posiciones y su «autoridad», y de ordinario no tienen inconveniente en sacar de en medio, por los medios más expeditos, a los que ponen en peligro su cargo. Por eso los pensadores y en particular los escritores, han sido siempre tan mal vistos por todas las dictaduras. Los que se atrevieron a rebelarse contra los mitos paganos eran echados a los leones; y los «heresiarcas» que se rebelaban contra los mitos cristianos, terminaron con tanta frecuencia en la hoguera como en las santas mazmorras de la Inquisición.

Por lo tanto la pregunta inicial ha perdido mucho de su fuerza ya que lo cierto es que a lo largo de los siglos ha habido muchísima gente que se ha rebelado contra las creencias del cristianismo oficial. Si sus ideas no llegaron a ser conocidas del pueblo fue porque las autoridades se lo impidieron, ya que sus posiciones privilegiadas estaban ligadas a la perpetuación de los mitos.

Segunda parte

CREENCIAS

5
LA «PALABRA DE DIOS»

En esta segunda parte haremos un análisis de las creencias del cristianismo resaltando sus aspectos míticos, y las compararemos con las de otras religiones.

Sin embargo nos anticiparemos a la posible objeción de que «no importa lo tergiversadas que en la actualidad estén las enseñanzas de la Iglesia, los cristianos tenemos un libro revelado en el que está plasmada la voluntad de Dios sobre los hombres y lo único que necesitamos es ser fíeles a sus enseñanzas».

¿Es realmente la Biblia la palabra de Dios? ¿O es, más bien, una invención de los hombres? Ese será el tema de este capítulo.

Y como ya he escrito sobre ello en otra parte[2], me tomo la libertad de reproducirlo aquí, pidiéndole disculpas al lector si algunas veces soy un poco reiterativo. En muchas ocasiones creo que merece la pena, aunque solo sea para contrarrestar la machaconería con que se nos han querido imponer las creencias cristianas cuando no estábamos en edad de comprobar su falsedad.

El lector hispanoparlante tiene una idea más o menos simple de la Biblia, tal como le enseñaron en su familia o en el colegio. Pero los problemas que hay en torno a su composición, autores, estilos, fuentes, épocas de redacción, manuscritos, interpolaciones, canon, apócrifos, inerrancia, traducciones, revisiones, etc., es algo que supera con mucho los conocimientos de los devotos que con todo fervor citan la biblia para corroborar las propias creencias. No en vano la especialidad de Sagrada Escritura es la más difícil de obtener entre todas las ciencias eclesiásticas.

Por eso, ante la tarea de darle al lector una idea sucinta de todos estos problemas, uno se encuentra perplejo por dónde empezar y cuáles de ellos abordar porque es absolutamente imposible tocarlos todos so pena de restarle espacio a los argumentos principales en los que quiero basar la tesis de este libro. En otra parte (el libro Visionarios, místicos y contactos extraterrestres. Daimon) he tratado ya este tema aunque tampoco con toda la profundidad que se merece.

La iglesia cristiana cree que la biblia es indudablemente la palabra de Dios. Algo en lo que —cosa rara— católicos, protestantes y ortodoxos están de acuerdo, aunque,

como no podía ser menos, tengan sus discrepancias en cuanto a esta creencia. Su idea fundamental en torno a la biblia es que Dios reveló su voluntad con relación al mundo valiéndose de hombres a los que de una manera u otra inspiró para que la pusiesen por escrito. De todas estas revelaciones o comunicaciones nació lo que hoy llamamos Sagrada Biblia.

Yo por mucho tiempo pensé también así, pero hoy, después de haberle dado muchas vueltas a todo el problema y después de haberlo estudiado desde dentro y desde otros muchos puntos de vista, estoy completamente seguro de que no es así. Si solo hubiese dos o tres razones, aunque fuesen de peso, no me decidiría a cambiar una creencia que tan enraizada estaba en mí; pero las razones para defender mi nuevo punto de vista son abrumadoras, si uno las analiza libre de prejuicios y libre del «terror sacro» que a tanta gente le impide pensar con libertad sobre todos estos temas.

Aunque más bien procuraré profundizar en la filosofía y en la lógica que hay detrás de todo un Dios revelándole poco a poco su voluntad a un grupo exiguo de hombres perdidos en la larguísima historia de la humanidad, trataré de pasada (porque entrar a fondo en ello nos llevaría muchas páginas) varias de las cosas extrañas que uno encuentra cuando se enfrenta desapasionada y seriamente con los escritos bíblicos.

Autores

Lo primero que uno preguntar es cuándo y por quién fue escrita. Y aquí mismo comienzan las discrepancias de todo tipo. No olvidemos que la palabra «biblia» viene de un plural griego (ta biblia = los libros) que fueron escritos en épocas muy diferentes y, por lo tanto, es lógico que nos encontremos con muchos autores diferentes. Si acerca del autor o autores del Apocalipsis (o Revelación como lo llaman los protestantes) hay dudas —a pesar de que está mucho más cerca de nosotros en el tiempo y en la cantidad de documentos conservados desde esa época—, imagine el lector las dudas que habrá acerca del autor o autores de los primeros de libros de la biblia que fueron escritos más de mil años antes de Cristo y que tratan no solo de hechos acaecidos hace unos 4.000 años (toda la historia de Abraham) sino de épocas muchísimo más remotas en el tiempo como son los relatos de los patriarcas, las historias acerca de los gigantes y su relación con los «hijos de Dios» y hasta de los orígenes del mundo cuando la creación.

En la «historia sagrada» que aprendimos en nuestra infancia y aun después en los estudios del seminario, no había duda acerca de que Moisés hubiese sido el autor de todo el Pentateuco (los 5 primeros libros de la biblia) pero en cuanto uno se asoma un poco a los grandes estudios que sobre esto se han hecho (por autores en su mayoría protestantes), se echa de ver en seguida que la cosa dista muchísimo de ser tan simple y estar tan clara. Más bien nos hablan de dos o tres fuentes que poco a poco se fueron

fundiendo hasta convertirse en el texto unificado que tenemos en la actualidad. Estas fuentes diversas se echan de ver en muchas ocasiones para los entendidos y en varias para los profanos, sobre todo cuando nos encontramos con repeticiones de temas ya narrados o variantes de los mismos hechos.

Sin embargo, el problema de quién haya sido el autor tiene poca importancia ya que lo que interesa es el contenido de la biblia, pues según la teología cristiana el autor en último término es Dios.

Contradicciones

Analizar a fondo el contenido de la Biblia sería una larga tarea que nos llevaría demasiado lejos. Lo iremos haciendo por partes, aunque muy resumidamente, en este capítulo.

Fijémonos, de entrada, en unas cuantas contradicciones llamativas que si por un lado nos dicen que el Espíritu Santo no estaba muy atento cuando dictaba, por otro nos indican que los autores de la Biblia eran muy humanos y se equivocaban como todo hijo de vecino. Más tarde veremos errores debidos a las traducciones, copias, etc., pero estos que le voy a mostrar al lector son debidos a la propia ignorancia del que escribía.

En primer lugar es de sobra conocida la discrepancia que hay entre las dos genealogías de Jesús que nos muestran los evangelios de Mateo y Lucas. Por más que los piadosos exégetas han tratado de buscarle una solución, no han sido capaces. Y no digamos nada de la falta de lógica que hay en presentarnos la genealogía por la línea de San José, cuando es dogma de fe que él no tuvo absolutamente nada que ver con la concepción de Jesús. Por este ingenuo detalle y por muchos otros se echa de ver algo que se transparenta en todo el Nuevo Testamento, especialmente en el prejuiciado evangelio de Mateo, a saber, el empeño por probar que Jesús era el Mesías «del que habían hablado los profetas del Antiguo Testamento».

A veces para probarlo fuerza tanto los textos que roza la mentira o la mala fe. Por ejemplo cuando cita a Isaías diciendo: «Una virgen concebirá y dará a luz un niño» (7,14) para aplicárselo a Jesús y a su madre (Mt. 1,23). Todos los escrituristas —católicos, protestantes y judíos— están de acuerdo en decir que la palabra que Isaías usa no es la palabra hebrea que significa virgen, sino la palabra almah que significa doncella o jovencita. Además de que todo el texto se aplica a un hecho histórico perfectamente conocido y contemporáneo del profeta y no a un hecho futuro.

La supuesta profecía, decía además que el nombre del niño sería «Emmanuel», cuando la realidad no fue así ya que se llamó Jesús, y solo de vez en cuando y de una manera poética algunos predicadores y autores piadosos le llaman a Jesús «Emmanuel».

A veces la Biblia se cita mal a sí misma, o lo que es lo mismo, los autores del

Nuevo Testamento citan erróneamente pasajes del Antiguo. Por ejemplo San Marcos (2,26) nos dice que David entró en el templo en tiempos del Sumo Sacerdote Abiatar y comió los panes de la proposición, cuando la verdad es que lo hizo en tiempos del Sumo Sacerdote Abimelec. Y para probar que esto fue así, hay otro texto de la Biblia (1 Sam. 21).

San Mateo le achaca a Jeremías una profecía que es de Zacarías (11,13). En las cartas de los apóstoles vemos a S. Judas citando como palabra de Dios un texto del libro de Enoc, que según un concilio es un libro apócrifo.

Y si del Nuevo Testamento nos vamos al Antiguo nos encontraremos con infinidad de contradicciones y errores de todo tipo. En el capítulo 16 del libro 1.º de Samuel, Saúl conoce perfectamente a David y a su padre, y en cambio en el 17 ya no sabe quién es aquel muchacho ni de quién es hijo. Lo mismo se diga de la muerte de Saúl: en un lugar se suicida y en otro lo mata un amalecita. En el capítulo once del libro de Josué este caudillo mata a Yabín rey de Hazor y en el capítulo cuarto del libro de los Jueces, el Espíritu Santo parece que se había olvidado de lo que le había dictado al «autor sagrado» y hace morir al rey Yabín a manos de Barac. En el libro de Job han intervenido muchas manos y en muy diversas épocas dándonos como palabra de Dios unos «discursos» que aparte de tener un orden disparatado son de un contenido no solo contradictorio sino blasfemo, si nos atenemos a lo que leemos. Y así sucesivamente.

Si nos pusiésemos a reseñar contradicciones y pequeños errores de este tipo no acabaríamos, sobre todo en el Antiguo Testamento.

Sin embargo vamos a ser comprensivos no dándole demasiada importancia a estas cosas y se las achacaremos al mucho tiempo transcurrido desde que la Biblia fue escrita. Pero no dejaremos de extrañarnos ante la total falta de providencia que Dios ha tenido con su palabra permitiendo que sufriese tantos embates y que llegase tan mutilada hasta nosotros como enseguida veremos.

Cómo llegó hasta nosotros

Más importancia tiene el problema de las copias y recensiones, de las interpolaciones y de las traducciones ya que ello afecta directamente al contenido de la biblia pudiendo cambiarlo, dándonos por consiguiente un mensaje no auténtico. El lector cuando tiene una biblia en sus manos tiene que pensar que lo que está leyendo es la traducción de una traducción de otra traducción; y el que sabe lo difícil que es el arte de traducir sabrá lo que esto significa.

Cuando el cristiano piadoso lee en las primeras páginas de su biblia «Traducción hecha a partir de las lenguas originales» no deberá tomarlo demasiado a la letra ya que:

1. No se conserva ningún original de absolutamente ninguno de los libros que

componen la biblia.

2. Cualquier traducción está hecha de copias que ya habían sido traducidas y recopiadas muchas veces cuando sirvieron de «original» para las traducciones que poseemos.

3. El conocimiento de las «lenguas originales» que han tenido la mayoría de los traductores ha sido casi siempre muy poco profundo.

Cuando uno piensa que de algunos pasajes de la biblia se pueden hacer dos versiones completamente diferentes no solo en las palabras sino en el significado (dependiendo de cuáles sean los manuscritos que se usen de original) y cuando uno sabe que existen más de cien mil variantes del texto bíblico uno no puede menos de sonreírse cuando ve el énfasis que algunos predicadores —llenos de buena voluntad— hacen en tal o cual verbo o adjetivo usado por Cristo o por cualquier profeta. En realidad no tienen derecho ninguno a hacer tal cosa una vez que sabemos los enormes abismos que median entre lo que fue exactamente la palabra o el significado original y lo que tenemos escrito en nuestras biblias actuales, en un idioma completamente diferente del original.

Para que el lector menos versado en estas cosas vea que no estoy exagerando, le pondré un solo ejemplo del largo y difícil camino que el texto que tiene en su biblia ha tenido que recorrer desde el original (escrito en un pellejo en toscas letras a mano), hasta las nítidas líneas impresas a máquina y perfectamente idénticas en miles de ejemplares.

Por mucho tiempo el texto de la mayor parte del Antiguo Testamento estuvo escrito en pergaminos en los que no había separación entre capítulos, ni entre párrafos, ni entre palabras. Era todo un mazacote ininteligible de letras mayúsculas. Y lo más grave de todo: las letras eran todas consonantes, porque los escritos hebreos no tenían vocales; sencillamente había que irlas adivinando. Imagine el lector que su biblia actual estuviese escrita así: NLPRNCPCRDSLCLLTR.

Para el que sabe cómo comienza la biblia, no resulta muy difícil intercalar las vocales apropiadas y caer en la cuenta de que ese mazacote de consonantes puede ser leído así: ENELPRINCIPIOCREODIOSELCIELOYLATIERRA. Pero el que se enfrenta con todas esas letras por primera vez, puede con el mismo derecho leerlo así: NIELPRINCIPECUERDOSELUCEALAALTURA… o de cualquier otra manera que él se imagine. Y este estado de cosas duró bastantes siglos.

Esta ha sido precisamente la causa de la diferencia en los dos nombres que en la actualidad se le dan a Dios en las diversas biblias. Ciertos sectores protestantes más conservadores y los Testigos de Jehová —entre otros— tienen como algo sagrado el nombre de Jehová, mientras que para otras denominaciones protestantes más cultas y para los católicos, este nombre es un positivo error y en vez de él usan el de Yahvéh (simplificado en Yavé o Javé).

La razón de esta diferencia (que para los fanatizados «jehovistas» tiene una enorme importancia) es precisamente lo que estamos diciendo. Por carecer de vocales

los códices antiguos hebreos y por no pronunciar jamás el nombre sagrado de Dios (Yahvéh) pronunciando en su lugar el nombre de Edonay (que significa Señor), con el paso de los años el pueblo hebreo se fue olvidando de las vocales que había que colocar entre las consonantes J (o Y)HVH y terminó por no saber cómo se pronunciaba el nombre de Dios.

Cuando hacia el año 600 los rabinos le pusieron las vocales Letras Hebreas de Yahweh correspondientes a todo el texto bíblico del Antiguo Testamento, en vez de intercalar las vocales originales A E, intercalaron las vocales de la palabra que venían pronunciado hacía siglos, es decir, las vocales EOA de Edonay, resultando de ello la palabra Yehovah o Jehova; y así se siguió haciendo durante mucho tiempo, hasta que en el siglo pasado los escrituristas más famosos —protestantes, católicos y judíos— se pusieron de acuerdo en que el nombre «Jehová» era un error. Pero la ciencia llegó tarde porque ya para entonces muchos videntes e iluminados habían tenido apariciones e inspiraciones en las que «el mismo Dios les había hablado de la sacralidad del nombre de Jehová».

Si esto ha pasado con una de las palabras más importantes de la biblia, imagine el lector lo que tiene que haber pasado con miles de otros pasajes menos importantes.

Por su parte las traducciones griegas y latinas más antiguas tenían sus vocales correspondientes, pero los códices estaban escritos sin separación entre las palabras y sin signos ortográficos, lo cual era fuente de muchos errores a la hora de interpretar el texto. El clásico ejemplo «RESUCITONOESTAAQUI» puede ser interpretado: ¡RESUCITO!; ¡NO ESTÁ AQUÍ!, o también: ¿RESUCITO? ¡NO!; ¡ESTÁ AQUÍ!, etc.

Estas son solo algunas de las muchas razones para las más de cien mil variantes de que hablábamos anteriormente.

Porque hay más razones, derivadas fundamentalmente del propio lenguaje antiguo y ya perdido que se usó en muchos de los textos y debidas también a los naturales errores de los copistas que por horas y horas cumplían la tediosa tarea de reproducir a mano viejos y enrevesados manuscritos. En algunas ocasiones bastó que se hubiesen olvidado de poner un punto encima o abajo de la consonante o que lo hubiesen puesto abajo en vez de ponerlo arriba —error facilísimo de cometer— para que la palabra o el párrafo entero cambiasen por completo de sentido en el códice hebreo.

Le pondré al lector otro ejemplo clásico: la tan repetida frase de Cristo de que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve». No podemos tener duda alguna de que la frase sea auténtica de Cristo porque la vemos repetida en los tres sinópticos (Mat. 19, 24; Marc. 10, 25 y Luc. 18, 25). Pero ¿qué fue lo que en realidad quiso decir Cristo? Porque resulta que la palabra aramea que se usó en el original para designar al camello también significa cuerda o soga y significa además viga. Lógica o literariamente parece que hace más sentido el decir «es más fácil que una cuerda pase por el ojo de una aguja» que la enorme exageración que

leemos en los evangelios. Pero nos quedamos con la duda de si Cristo quiso intencionalmente cometer esa exageración.

Y nuestra duda se acrecentará aún más, cuando los lingüistas entendidos nos dicen que la palabra griega (que ya era una traducción del arameo) de la cual se tradujo la palabra «aguja», puede también significar una puerta muy estrecha —una especie de burladero— que había en ciertos lugares en las murallas y por la que apenas pasaba un hombre. En este caso, de nuevo cobra sentido y lógica la relación con el camello; pero entonces tendremos que olvidarnos de la hipérbole que leemos en nuestros evangelios con las tremendas implicaciones ascéticas que ella conlleva, que por siglos han atemorizado a tantas piadosas almas cristianas.

Por eso apuntaba unas líneas más arriba, que es absolutamente risible el oír a muchos predicadores —sobre todo entre los protestantes fundamentalistas— esgrimir como una espada tal o cual palabra o verbo específico, como si estuviese todavía caliente, recién salido de los labios de Dios. Y si a esto añadimos las pasiones particulares, las conveniencias políticas del momento y toda suerte de limitaciones humanas, no tendremos que extrañarnos de las grandes diferencias que encontramos en nuestras biblias.

No tendremos que extrañarnos, por ejemplo, de la facilidad con que Lutero y otros líderes protestantes suprimieron de la biblia libros enteros (apoyados a veces en razones no exentas de peso); ni tendremos tampoco que extrañarnos de la seguridad con que muchos escrituristas nos dicen que tal párrafo ha sido interpolado o añadido, cosa en la que muy probablemente no están de acuerdo otros ilustres exégetas que tienen no menos argumentos para sostener que tal versículo es auténtico y no puede ser suprimido. Menos mal que el «simple fiel» sigue en su fiel simpleza creyendo que lo que lee en su biblia es ni más ni menos que lo que Dios dictó y no se entera de cómo se tiran los bíblicos trastos a la cabeza los especialistas de la hermenéutica sacra.

En esta última página, a pesar de haberlo hecho de una manera pasajera, he enunciado ya varios problemas muy serios en cuanto a la aceptabilidad de la biblia como palabra de Dios; pero no hemos hecho nada más que enunciarlos porque, como dijimos, ponerse a profundizar en ellos nos llevaría muy lejos. Piense el lector solamente en que dentro del judeo-cristianismo la mitad de los fieles bíblicos hace hincapié en versículos y libros que la otra mitad rechaza como auténticos: de ahí podrá deducir las enormes y profundas dudas que hay en torno al texto mismo de la biblia, ya que sería una audacia o un pecado muy grande rechazar la palabra de Dios solo por leves dudas; o viceversa, seria una necedad incalificable el admitir como palabra revelada cosas que han sido inventadas por sabe Dios quién.

Libros revelados y libros no revelados.

Y esta es otra gran dificultad: De entre los libros que nos han llegado de la antigüedad, escritos por autores judíos o cristianos, ¿cuáles fueron revelados y cuáles no? Porque no vaya a creer el lector que de la antigüedad hemos recibido únicamente los que hoy tenemos en nuestra biblia. Muy lejos eso, hay toda una multitud de otros libros (algunos escritos en fechas anteriores a los que están en la biblia, por autores judíos y tenidos en gran estima por siglos) que hoy no son admitidos como revelados por la Iglesia actual.

El cristiano pensante se preguntará entonces con toda lógica qué norma se ha seguido para saber diferenciar entre unos y otros. Desgraciadamente la mayoría de los cristianos no se interesan de estas «minucias» y se limitan a creer lo que otros les dicen que hay que creer, y de esta peligrosísima e infantil actitud mental se llega a lo que en la realidad está ocurriendo: que la cristiandad está comulgando con ruedas de molino. La fe, que al decir de la misma biblia, debería ser algo racional, es en la actualidad para la mayoría de los cristianos una especie de rutina mental y más que mental, ritual. Repiten las ceremonias que vieron hacer a sus padres y conservan sus creencias pero sin investigar mucho su contenido. (Creo que muchos sospechan que dentro no hay nada, pero prefieren seguir «practicando» y «creyendo» para no buscarse problemas).

¿Cuál fue la norma para saber qué libros habían sido inspirados y qué libros no habían sido inspirados? La norma por la que los católicos se rigen en la actualidad fue un Concilio Ecuménico, el de Trento (celebrado en dos sesiones 1545-1549 y 1552-1560) en el que se definió qué libros deberían integrar la biblia y que libros deberían ser considerados como apócrifos o espúreos. Para los protestantes fue —por las mismas fechas— lo que dictaminó Lulero, aunque la verdad es que no fue sino hasta mediados del siglo pasado que lograron ponerse relativamente de acuerdo.

En la definición del Concilio de Trento hay cosas muy dignas de notarse. Lo primero que a uno le llena de extrañeza es la cantidad de tiempo que la Iglesia tardó en saber con certeza qué escritos eran «palabra de Dios» y qué escritos no lo eran. Uno piensa que tal cosa ya se sabía desde siempre sin ningún género de dudas ya que se supone que las autoridades eclesiásticas habrían guardado las «palabras textuales de Dios» como una cosa sagrada, libre de toda corrupción o influencias extrañas. Sin embargo no fue así, ya que únicamente tras muy largas discusiones llegaron a ponerse de acuerdo los Padres conciliares. Un acuerdo que fue únicamente «intramuros» porque hubo muchos cristianos que no aceptaron esta división y siguen sin aceptarla.

Y si nos atenemos a los judíos —que lógicamente serían los primeros y auténticos depositarios de la palabra de Dios directa, tal como la tenemos en el Pentateuco— distan aún más de aceptar el canon de libros sagrados tal como fue definido por el Concilio de Trento. Los judíos, en lo que hace al Antiguo Testamento, se supone que deben ser los mejores conocedores de él, ya que fue escrito en su lengua o lenguas originales y dictado específicamente para ellos. Pues bien, los judíos tienen una idea

de la sagrada Escritura completamente diferente de la que tenemos los cristianos. Para ellos la escritura sagrada por excelencia es el Pentateuco, o como ellos dicen. La Tora (la Ley); pero al lado de ella, ponen a los profetas y todos los demás libros que nosotros tenemos en el Antiguo Testamento; y además le añaden el Talmud que es una infinidad de comentarios que los sabios hebreos fueron elaborando a lo largo de los siglos. Y si bien el pueblo judío da a estos comentarios talmúdicos una gran importancia, en el cristianismo no se les presta atención alguna y de ninguna manera se admiten como palabra de Dios, como no sean aquellas partes en que coinciden con nuestro Antiguo Testamento.

Volviendo a la fecha en que fue hecho el canon o lista oficial de los libros sagrados (alrededor de 1559) nos encontramos con que en algunos casos habían pasado más de dos mil años desde que fueron escritos y que en el resto habían pasado por lo menos mil quinientos años. Naturalmente uno tiene el derecho a preguntarse cómo la Iglesia pudo saber cuáles eran inspirados y cuáles no de entre tantos libros, y más viendo que los hebreos piensan acerca de ello de una manera totalmente diferente.

El magisterio de la Iglesia contesta a esta duda amparándose en la infalibilidad de los Concilios Ecuménicos y con esto zanja de raíz —por lo menos en teoría— todo el problema; por más que entonces tengamos que trasladar nuestra duda a la infalibilidad de los Concilios; es decir, por qué hemos de estar tan seguros de que un Concilio es infalible. Más tarde volveremos sobre el tema de la infalibilidad, que es otra de las grandes grietas que se le han abierto a este «depósito de la fe» que San Pablo quería que fuese la Iglesia; por esta grieta se le está yendo el agua de la fe a muchos cristianos.

En el tema que estamos comentando nos encontramos con otro hecho extraño que nos pone a dudar acerca de la sabiduría con que fue hecha la «selección» de los libros sagrados, o si se quiere nos pone a dudar del Magisterio de la Iglesia y en último término de su infalibilidad. Nos encontramos con que libros que la tradición (y no olvidemos que la tradición es uno de los pilares de nuestra fe, tan importante como la misma biblia) había mantenido como libros inspirados o sagrados, el Concilio de Trento no los incluyó entre los libros inspirados, enfrentando con esto en cierta manera a la tradición con la biblia. Y aunque haya algún teólogo que niegue que esto es así, son los mismos escrituristas cristianos los que nos han puesto en la pista de esto cuando nos dicen en sus tratados la influencia que tuvo, por ejemplo, el famoso Libro de Enoc en los primeros tiempos del cristianismo. No solo eso, sino que en unas cuantas ocasiones vemos reflejado el pensamiento de estos libros en pasajes del Nuevo Testamento, y en algún libro tenemos citas explícitas de ellos, no estando exento de esta influencia ni el mismo Cristo. Todo esto nos prueba que estos libros —considerados apócrifos por la iglesia 1.500 años más tarde (!!)— eran tradicionalmente considerados palabra de Dios ya que vemos a los mismos apóstoles usándolos para dar fuerza a sus enseñanzas.

Naturalmente los escrituristas cristianos han tratado de quitarle importancia a todos estos libros apócrifos diciendo que todo son fabulaciones de visionarios de los primeros siglos de la iglesia; pero he aquí que cuando el año 1947 aparecieron los famosos manuscritos de Qumran en el Mar Muerto, para desconsuelo de estos mismos sabios escrituristas se descubrió que algunos de estos libros «bastardos» eran mucho más antiguos de lo que los sabios habían pensado estando ya escritos los más importantes antes de que Cristo viniese al mundo y, por tanto, las inexplicables influencias que algunos de ellos habían tenido en el Nuevo Testamento y que habían sido explicadas como «interpolaciones» o añadiduras posteriores, no eran tales interpolaciones sino auténticas influencias debido a la tradición que había de que eran realmente inspirados.

La importancia de los descubrimientos de Qumran (y casi lo mismo puede decirse de los de Nag-Hammadi en Egipto, hechos poco más o menos por el mismo tiempo) está muy lejos de haber sido desentrañada hasta sus últimas consecuencias. Parece que ha habido un silencioso acuerdo entre católicos, protestantes y judíos para que los importantísimos hallazgos, no sean conocidos del pueblo porque la verdad es que echan por tierra algunas de las creencias y tradiciones mantenidas en las tres denominaciones judeocristianas.

Permítame el lector esta autocita de mi libro *Visionarios, Místicos y Contactos extraterrestres*:

> «La seguridad, inflexibilidad y firmeza con que nos enseñaron el dogma cristiano, difiere mucho de los principios inseguros, ambiguos y tan poco dogmáticos que vemos en el inicio del cristianismo. Por otro lado aquel “orden nuevo” que, según nos dijeron, fue el cristianismo desde su mismo inicio, trayéndole al hombre una perspectiva de lo sobrenatural completamente diferente, vemos, a la luz de Qumran que no era tan nuevo: allí nos encontramos con unas bienaventuranzas que son las antecesoras inmediatas de las del evangelio; en el Manual de Disciplina de los esenios encontramos también que los dos principales ritos eran la cena sagrada —antecesora de nuestra eucaristía— y el bautismo, al cual unían estrechamente la presencia del Espíritu Santo; parte de la teología paulina está claramente calcada en lo que leemos en el libro de Enoc y sobre todo en los Testamentos de los XII Patriarcas; y para completar el paralelo nos encontramos con un misterioso “Maestro de Justicia” llamado también Mesías y Cristo, que murió martirizado un siglo antes de Jesús y que al parecer era el jefe de la secta».

Como más arriba dije, todavía estamos muy lejos de haber llegado a las últimas consecuencias que se pueden sacar de los manuscritos del Mar Muerto, pero lo que ha ido filtrándose poco a poco, nos ha servido mucho para corroborar sospechas que habían nacido de otras consideraciones y fuentes completamente diferentes.

Algo parecido está pasando en la actualidad con los fenomenales descubrimientos arqueológicos de Ebla en Siria, que tan mal recibidos han sido por los judíos, porque ponen en tela de juicio algunas de sus creencias más tradicionales y sagradas. En los miles de tablillas allí encontradas por los arqueólogos italianos —escritas antes de que se escribiese el Pentateuco— ya aparece una especie de Génesis en el que no falta un Yahvé, con sus correspondientes Adán y Eva, además de otros personajes bíblicos como Miguel e Ismael y hasta alguno de los antepasados de Abrahan, Esto si por una parte refuerza en cierta manera la posición de la biblia, por otra parte nos dice que el origen «divino» de nuestra biblia no es tan claro ni tan simple como muchos creen todavía.

Variantes en los textos

Para terminar esta serie de datos bíblicos y con referencia al tema que tratamos más arriba, de las infinitas variantes e interpolaciones que existen en el texto «sagrado», cito del mismo libro unos párrafos más arriba:

> «Cuando se hizo una edición moderna del Nuevo Testamento en inglés, basada no en los originales de Etiene (que eran de 1550 y los más antiguos que hasta entonces habían podido usar los traductores ingleses) sino en el Codex Sinaíticus (del siglo IV) que se conserva en el British Museum de Londres, solamente en el Nuevo Testamento hubo que hacer unos 6.000 cambios para corregir el texto anterior de la biblia del King James —que hasta entonces había sido la oficial de la iglesia angloparlante— y de esos 6.000 cambios alrededor de 1.500 hacían cambiar el sentido al versículo.
>
> Seis mil cambios en cuanto a la traducción inglesa. Pero lo que la mayoría de los cristianos no saben es que en el propio Codex Sinaiticus hay alrededor de 16.000 correcciones en el texto, y en muchísimos casos una palabra ha sido variada dos y tres veces, de acuerdo a la «inspiración» del que en aquel momento revisaba el códice, que se tomaba la libertad de cambiar palabras sencillamente porque no le gustaban[3]».

¡Y estos son los «originales» que nos han servido para las traducciones que en la actualidad manejamos!

Como el lector ve, las cosas no están nada claras en lo que se refiere al texto mismo de la biblia y eso que no hemos hecho más que arañar ligeramente el tema, porque no queremos apartarnos de nuestro propósito fundamental.

Casi lo mismo se puede decir de la tan traída y llevada «inerrancia» que en otros tiempos suscitó tremendas discusiones entre los teólogos.

Inerrancia e interpretación

¿En qué consiste esa inerrancia o imposibilidad de error en biblia? Consiste en que por haber sido inspirado el autor material del escrito por el Espíritu Santo, es imposible que cometa errores en lo que se refiere a la fe. Naturalmente que hay posiciones extremas en cuanto a esto de la inerrancia: desde los fundamenta-listas que admiten al pie de la letra todas y cada una de las cosas que se dicen en la biblia hasta los que interpretan esta inerrancia de una manera muy laxa, admitiendo que en la biblia puede haber errores materiales sin que esto afecte a la verdad fundamental referente a nuestra fe que está encerrada en el conjunto de los libros sagrados. Estos modernos y liberales eruditos bíblicos, sin género de dudas que en otros tiempos hubiesen sido llevados a la hoguera como herejes y blasfemos, pues otros pasaron por ese trance a pesar de que defendían posiciones bastante más conservadoras. (Fray Luis de León estuvo cuatro años preso en Valladolid por difundir la biblia en castellano y Tyndall fue quemado en la hoguera en Bélgica únicamente por traducirla al inglés).

La tendencia a seguir la biblia al pie de la letra ha sido mucho mayor en el protestantismo en donde algunas sectas llegaron a convertir a sus súbditos en verdaderos adoradores fanáticos del libro sagrado. Todavía hoy quedan algunos, pero por supuesto al fervor bíblico, aunque todavía es grande entre ellos, no es tan obcecado como en tiempos pasados.

Pero no solo hay que buscar entre los protestantes a los mayores defensores de la tendencia rigorista sino que ellos fueron también los pioneros en cuanto a la interpretación liberal y los mayores desmitificadores de las Sagradas Escrituras; porque hay que reconocer que en cuanto a exégesis bíblica, en el protestantismo se le ha prestado más atención que entre los católicos; se ha estudiado más desapasionada y científicamente sin tener ideas preconcebidas y llegando hasta las últimas conclusiones a donde han llevado los hallazgos y los razonamientos. Los católicos, en cuanto a orígenes, autores e interpretación, hasta hace poco tiempo daban la impresión de que no tenían nada que investigar porque ya lo sabían todo infaliblemente; a ello ayudó el Magisterio de la Iglesia que hasta Pío XII se mostró completamente inflexible en este particular. El que quiera convencerse, que lea las encíclicas «Providentissimus Deus» de León XIII (1893). «Spiritus Paracli-tus» de Benedicto XV (1920), «Divino afilante Spiritu» de Pío XII (1943) y la «Humani Generis» (1950) también de Pío XII).

Recuérdese si no, la autoridad de que fue investida la famosa «vulgata», es decir, la traducción hecha al latín por San Jerónimo. Hoy día esta traducción, según los descubrimientos modernos de los escrituristas, tiene infinidad de incorrecciones y en bastantes casos positivos errores de traducción; sin embargo, durante muchos siglos la iglesia cristiana de occidente la consideró como la traducción oficial, no

permitiendo que se usase otra y hasta hubo autores y jerarcas que pretendían que San Jerónimo había tenido una asistencia especial del cielo para su trabajo, confiriéndole una especie de inspiración de segunda categoría. ¡Cómo obnubila la mente el fanatismo!

Como me he extendido demasiado en estas consideraciones superficiales acerca de las cosas extrañas que nos salen al paso en seguida que nos enfrentamos con el problema de la biblia, pasaré a lo que unas cuantas páginas más atrás dije que me interesaba más en todo el asunto de la «palabra de Dios revelada».

Decía en párrafos anteriores que lo que más me interesaba era «profundizar en la filosofía y en la lógica que hay detrás de todo un Dios revelándole poco a poco su voluntad a un grupo exiguo de hombres perdidos en la larguísima historia de la humanidad».

Considerando todo el hecho de la revelación de una manera panorámica, nos encontramos con una multitud de cosas que no tienen sentido y están contra toda lógica. Y antes de entrar a hacer consideración ninguna y anticipándonos a las objeciones de los teólogos, diremos que no vale el argumento de que Dios tiene su lógica y que los hombres no podemos imponerle pautas a Dios en sus acciones. No vale ese argumento porque si Dios después de habernos dado una mente que funciona de una manera determinada, cambia las reglas del juego sin avisar y actúa de una manera diferente (usando otra lógica u otra filosofía) el hombre no sabrá a qué atenerse y lógicamente tendrá que preguntarse en seguida para qué Dios le dio una inteligencia que no sirve en sus relaciones con Él. Y esto es precisamente lo que le pasa al hombre moderno cuando se enfrenta al problema de la revelación: no entiende la manera de actuar de Dios. Que el hombre no entienda a Dios, lo vemos lógico pero lo que pasa es que el hombre no solo no entiende la manera de actuar de Dios, sino que la manera de actuar de Dios en todo lo referente a la revelación (lo mismo que más tarde veremos en la redención) le parece bastante absurda y falta de sentido y en cierta manera repugnante a la manera de ser humana.

Otra dificultad que previamente queremos solucionar es que se nos puede decir que según esto, todos nuestros antepasados y todas las grandes mentes que se han enfrentado a este problema y no lo han hallado tan absurdo o falto de lógica, eran unos tontos, faltos de inteligencia, cosa que evidentemente no se puede admitir.

Admito por supuesto que nosotros no somos más inteligentes que los antiguos pero lo que pasa es que hoy sabemos muchas otras cosas que ellos no sabían. Hoy los medios de comunicación nos han abierto los ojos a mil realidades que suceden en otras partes del mundo que en otras épocas eran completamente desconocidas para nuestros antepasados; hoy las ciencias físicas nos han hecho profundizar enormemente en el conocimiento de la materia asomándonos a unos panoramas cósmicos, electrónicos o subatómicos, que para el que los mira con ojos trascendentes tienen dimensiones «divinas» totalmente desconocidas para nuestros antepasados; hoy conocemos con una precisión como nunca antes, cuáles son las creencias

religiosas por las que todos los hombres y razas del planeta tratan de comunicarse con eso que llamamos «Dios» y vamos profundizando cada día más en el mecanismo sicológico que subyace debajo de todo ello; hoy día tenemos conocimiento —gracias a la parapsicología y más aún a la paranormalogía— de muchos hechos extraños que nos ponen en la pista hacia un «más allá» que no es precisamente el «más allá» absoluto de que nos hablan las religiones, sino un «más allá» relativo, que nuestros antepasados confundían por completo con el más allá absoluto y último.

Por estas razones y por otras cosas, creo que hoy, a las puertas del año dos mil, estamos más preparados que nuestros antepasados para enjuiciar no solo el problema de la revelación sino el problema religioso en toda su amplitud y profundidad. Además estas mismas ideas que yo estoy exponiendo aquí, han sido pensadas por miles de seres humanos que no han logrado ponerlas nunca por escrito, por una razón u otra, y han sido escritas ya en no pocas ocasiones, pero esos escritos y esas voces fueron «voces en el desierto» cuando no fueron voces ahogadas por la violencia cruenta o por la violencia legal de las autoridades. Lo mismo que no se clava un clavo con un solo martillazo, hace falta mucha repetición y muchas voces que año tras año martillen contra la dura pared de los intereses creados y contra la rutina que oxida el espíritu de los hombres y contra el terror sacro que guarda la entrada de las creencias religiosas.

Su aparición en el tiempo

Cuando nos enfrentamos con el hecho de la llamada revelación, lo primero que nos salta a la vista es su colocación en el tiempo. Cuando éramos muchachos nos parecía que Abraham, el padre del pueblo hebreo —receptor de esta revelación directa a través de muchos de sus hijos— estaba poco menos que en los inicios de la raza humana. Sin embargo, hoy día —debido precisamente a estos conocimientos, a los que me refería anteriormente, que no tenían los hombres de siglos anteriores— sabemos que Abraham puede llamarse contemporáneo nuestro sí lo miramos en la perspectiva de la historia de la humanidad.

Sé que con lo que voy a decir en los párrafos sucesivos los historiadores y arqueólogos se van a unir a los teólogos y escrituristas en contra mía; los prejuicios y el doctrinarismo no son patrimonio exclusivo de los religiosos; muchos científicos son tan dogmáticos como los religiosos e igualmente cerrados a toda idea nueva que ellos no hayan visto en sus manuales universitarios.

Al decir que Abraham era contemporáneo nuestro, estoy afirmando algo de lo que hoy ya no se puede tener duda alguna, si se es honesto con los hallazgos que en gran cantidad van saliendo a la luz pública en los últimos tiempos, cuando todavía la ciencia oficial está pasmándose ante los dos millones de años de antigüedad de los restos humanos que Leaki ha encontrado en el corte de Olduvai en África, ya hace

tiempo que la ciencia «marginal y heterodoxa» sabe que el hombre es muchos millones de años más viejo que eso. Hoy por hoy, el resto humano indiscutible más antiguo que se conoce es la huella pétrea de un zapato (terminada en punta y con tacón perfectamente reconocible) que está aplastando un trilobites. El trilobites es un crustáceo cámbrico cuya edad puede remontarse hasta los 600 millones de años y que desapareció hace unos 400 millones de años. Naturalmente esto es un auténtico pecado mortal para la ciencia oficial, pero la huella descubierta, en 1968 en Antelop Springs (Utah, EE.UU), sigue siendo estudiada por todo un grupo de científicos sin que los entendidos tengan explicación para ella. Y en este caso no solo tenemos el dato de la roca en que está incrustada la huella del zapato —bien corroborado por el geólogo Dr. Clifford Burdick de la Universidad de Tucson (Arizona) entre otros—, sino que tenemos el importantísimo dato extra del trilobites para reforzar el dictamen de los geólogos.

Como tantas veces he dicho, si solo tuviésemos este dato y unos cuantos más, habría que pensarlo bien antes de decidirse a admitir teorías tan revolucionarias; pero cada día los hallazgos de este tipo son más numerosos debido sobre todo a las excavadoras mecánicas que mueven grandes masas de tierra desenterrando cosas que de otro modo quedarían por siempre enterradas y debido a la dinamita que del corazón de algunas canteras de rocas del secundario y hasta del primario está sacando a la luz restos humanos y objetos fabricados por el hombre que tienen muchos millones de años. Tal es el caso del objeto semejante a una bujía del automóvil que fue descubierto en Olancha, California, y que según los expertos es cientos de miles de años viejo: y no cientos de miles sino millones es lo que se le atribuye a un florero de plata y zinc que fue hallado embebido en la roca; a un famoso cubo de acero, al anillo encontrado por un ama de casa de Chicago cuando rompió un pedazo de carbón para la cocina, a un collar de oro encontrado en las mismas condiciones, a una pequeña vasija de hierro encontrada también dentro de un gran pedazo de carbón el año 1912 por dos empleados de la planta eléctrica municipal del pueblo de Thomas en el estado de Oklahoma, etc.

Y en cuanto a huellas humanas, si no tan antiguas como la citada más arriba, haremos mención de las que en 1930 se encontraron en Kentucky Hills (EE.UU), estudiadas por el Dr. Burroughs, jefe del Departamento de Geología del Berea College; diez huellas completas y parte de otras, pertenecientes al carbonífero (Era paleozoica; alrededor de 250 millones de años); las que en el siglo XIX se encontraron en las orillas del río Mississippi, pertenecientes por lo menos al secundario; el maxilar encontrado en 1958 por el Dr. Huerzeler de Basilea en un estrato del Mioceno (unos 10 millones de años); etc.

Todo este interesantísimo tema de la antigüedad del hombre sobre la superficie de la Tierra y de las diversas civilizaciones separadas unas de otras por enormes cataclismos, sucedidos a lo largo de los millones de años que componen la anteprehistoria de humanidad, es fascinante, y de una enorme trascendencia para el

tema que estamos tratando, pero desgraciadamente no podemos profundizar en él porque nos apartaría mucho de nuestra meta final. Le recomiendo al lector que haga alguna incursión en este campo (leyendo, por ejemplo, autores como Jacqués Bergier o Brad Steiger) y tendrá ocasión de cotejar ciertas realidades insospechadas, con las infantilidades comúnmente admitidas, provenientes tanto del campo religioso como del científico.

He hecho este pequeño paréntesis para que el lector caiga en la cuenta de que se hace muy extraño que después de tantos miles de miles de años, aparezca Dios con una revelación. Uno se pregunta por qué a los demás pueblos del mundo —incluidos los pueblos contemporáneos o inmediatamente anteriores a los hebreos— no les fue revelado nada o por lo menos de una manera tan tajante como se lo revelaron al pueblo judío.

Hoy día ya los teólogos dicen que Dios se reveló de muy diversas maneras a otros pueblos (cosa que hasta ahora se guardaron muy bien de decir, porque la revelación judeocristiana era totalmente original y única); pero a juzgar por las religiones que conocemos bastante bien de muchos pueblos anteriores al pueblo judío (caldeos, asirios, sumerios, babilonios, acadios, egipcios, griegos, etc.) podemos ver que tal revelación no había existido o si la había habido, la habían olvidado por completo. Es más, según la enseñanza clásica de la Iglesia, todos los dioses de aquellos pueblos eran auténticos demonios.

La Biblia vista racionalmente

Únicamente quiero dejar bien claro como final y resumen de este capítulo que la biblia no es la palabra de Dios de la manera que nos lo habían dicho. La biblia por un lado es un conjunto de escritos en los que muchos hombres, con motivaciones muy diversas conscientes e inconscientes plasmaron sus deseos, sus miedos, sus odios y sus amores, su sabiduría y sus errores, sus poesía y sus bajezas y en fin todos los sentimientos que anidan en el espíritu y en el cuerpo de este increíble ser que se llama hombre. Y por otro lado, la biblia es el fruto final y colectivo de un fenómeno intrigante y viejísimo del que la humanidad viene siendo víctima desde que apareció en la superficie de este planeta; el fenómeno de la «iluminación» que ha afectado a tantos humanos que repentinamente sienten su mente y su cuerpo invadidos por una fuerza extraña y avasalladora que ellos infantilmente identifican en seguida con «Dios». (En mi libro *Israel Pueblo-Contacto* profundizo en este mismo tema, aunque allí lo traté desde un punto de vista y con una terminología aparentemente diferentes; en *Defendámonos de los dioses* —de muy pronta aparición— trato de llegar a las raíces del mismo tema, explicando toda la enorme trascendencia que este fenómeno de la iluminación tiene para la humanidad). El pueblo judío fue un pueblo «colectivamente iluminado» y la biblia no es más que el mensaje que de ordinario

suelen recibir todos los individuos o colectividades que son víctimas de este misterioso fenómeno que tantos fanáticos ha creado a lo largo de la historia y que tan mal interpretado ha sido por los teólogos y líderes religiosos de todas las religiones.

Dicho mensaje ordinariamente suele mezclar la verdad con el error y suele contener partes de extrema belleza e inspiración con partes ininteligibles y soporíferas. Pero en general, suele ser confuso, prolijo, contradictorio con los mensajes de otros iluminados y, a la larga, perjudicial para el que lo recibe. Cada religión tiene indefectiblemente su «Sagrada Escritura» en cuya composición se dieron poco más o menos los mismos elementos y circunstancias.

Nuestra biblia ha sido fuente de inspiración para santos, para poetas, para visionarios, para espiritistas, para guerreros, para fanáticos, y hasta para los negreros del Ku Klux Klan que encuentran versículos en sus páginas con los que cohonestar sus salvajadas. No hay alucinado que no acuda a la biblia para reforzar su chifladura.

Y al mismo tiempo que ha sido fuente de inspiración, la biblia ha sido un freno para el avance y la evolución de la humanidad.

Seguir creyendo en la actualidad que en ella tenemos encerrada la «voluntad divina» cuando tan claramente la vemos llena de los defectos humanos de sus autores, es una crasa infantilidad[4].

6
TERNAS, TRÍADAS, TRIMURTIS, TRINOLOGOS, TRINIDADES

Uno de los dogmas fundamentales del cristianismo es el dogma de la Santísima Trinidad. Es decir que Dios, siendo uno en sí, es al mismo tiempo tres personas distintas.

Los cristianos de hoy, lógicamente pensarán que una doctrina tan profunda y tan importante, la Iglesia la habrá recibido así desde el principio, de labios del mismo Cristo, y creerán asimismo que un tema tan difícil de discutir e incluso de comprender, no ha tenido sus discrepantes. Pero la verdad es muy diferente.

Cristo, al igual que no se pronunció con claridad ni afirmó nada tajantemente en lo que concernía a la organización o institucionalización de la Iglesia, tampoco dejó bien definidas las creencias fundamentales del cristianismo. En lo único que estuvo siempre claro y tajante fue en su mandamiento fundamental: «Amaos los unos los otros».

El dogma de la Trinidad fue cosa que armaron poco a poco los hombres; primero los apóstoles, dejando las bases para que los Padres y teólogos de los siglos III y IV acabasen de darle la forma definitiva con la que semejante dogma se perpetuó. Pero como las bases de los apóstoles eran muy endebles y vagas, y por otra parte el contenido de la doctrina es ininteligible para la mente de un hombre normal, el resultado fue que las disputas en torno a la Trinidad estallaron inmediatamente.

Se puede decir que la primera herejía estrictamente antitrinitaria fue la de los unitaristas, también llamados antitrinitarios porque no admitían la igualdad de las tres personas, y llamados asimismo monarquianos porque se consideraban a sí mismos como los únicos monoteístas. Era una herejía nacida de la lógica dificultad de conciliar la unidad de Dios con la trinidad de personas. He aquí como Boulenger resume sus ideas en su Historia de la Iglesia: Los herejes trataban de resolver la aparente contradicción de los dos puntos. Durante los tres primeros siglos, los herejes, para asegurar mejor la idea monoteísta, exageraban la unidad divina hasta suprimir la trinidad de las personas. Se dividían en dos categorías: los que suprimían la persona de Cristo; y los que usaban los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo para designar las distintas manifestaciones de la única persona divina.

Los de la primera categoría se subdividen a su vez en dos grupos: los monarquianos que representaban a Jesús como simple enviado divino y el más grande de los profetas, y los subordinacianos que consideraban a Jesús como persona divina aunque subordinado al Padre y con una divinidad disminuida. Los herejes de la segunda categoría consideraban a las tres personas de la Trinidad como modalidades de los distintos aspectos de la misma sustancia, y de ahí el nombre que se les daba de modalistas. A Dios se le llama: Padre, considerado como Creador; Hijo, en cuanto Redentor, y Espíritu Santo, en cuanto Santificador. Según este sistema, Dios Padre fue crucificado en el Calvario; por eso sus partidarios recibieron, un poco irónicamente, el nombre de patripasianos.

Perdone el lector, pero le he aportado este pequeño rollo teológico para hacerle ver que la doctrina de la Trinidad no ha llegado hasta nosotros sin grandes contradicciones y no ha estado nada clara desde el principio, ya que los que la contradecían no eran enemigos de la Iglesia sino casi siempre sacerdotes y obispos, y no raramente, ejemplares en sus vidas, hasta el punto de morir muchos de ellos como mártires en las persecuciones de los emperadores romanos. La cosa era que la doctrina no estaba nada clara, sino contradictoria en sí misma e inadmisible para una persona inteligente.

Y que esto era así, lo demostró un siglo más tarde un sacerdote de Alejandría llamado Arrio. Los problemas que habían acarreado las herejías que acabamos de describir no fueron nada en comparación con la verdadera revolución que causaron las doctrinas de Arrio. En varias ocasiones, a principios del siglo IV, dio la impresión de que las doctrinas de Arrio eran las que iban a prevalecer en la Iglesia, dada la cantidad de gente que las seguía y, sobre todo, el poder político y eclesiástico de los que las defendían.

El problema que se debatía era, en el fondo, el mismo: el papel del Hijo en el seno de la Trinidad; el Hijo no era igual al Padre, ni de su misma esencia, ni infinito, ni eterno; es la más perfecta de sus criaturas, pero criatura al fin, por el cual fueron creadas todas las cosas, y que llegó a una tal unión con Dios que en cierto sentido se le puede llamar Dios, pero sin dejar de tener una naturaleza propia de criatura. Eso poco más o menos defendía Arrio y todos sus seguidores.

El más enconado opositor del arrianismo fue un obispo llamado Atanasio. Tal era el poder de los arríanos que en cinco ocasiones fue enviado Atanasio al destierro teniendo para ello que abandonar su diócesis de Alejandría. Pero al fin prevaleció su tesis en un Credo cuya recitación se hizo común en toda la Iglesia.

Sin embargo no se crea que los problemas con la doctrina de la Trinidad ya quedaron del todo zanjados con los Concilios de Nicea y de Sárdica, y con la victoria de la tesis de San Atanasio. Un siglo más tarde tenemos al más importante de los Padres de la Iglesia occidental, San Agustín, discrepando abiertamente de la tesis de San Atanasio y explicando la esencia de la Trinidad de una manera que sin lugar a

dudas hubiese sido declarada herética por este.

Estaban de acuerdo los dos Padres de la Iglesia en que las tres divinas personas tenían la misma esencia, pero discrepaban en unos cuantos puntos importantes. En primer lugar, disentían en su manera de enjuiciar las teofanías o manifestaciones de Dios a los hombres. Atanasio por ejemplo creía que las apariciones de Dios en el paraíso a Adán y Eva eran obra del Hijo y no del Padre. En cambio Agustín dice: «Creemos que ni el Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo se muestran a los hombres a no ser bajo la apariencia de una criatura corporal sujeta a su poder» (De Trinitate).

Discrepaban además en lo que se refiere a la acción de las tres divinas personas. Atanasio creía que el autor del Universo era el Verbo. Agustín en cambio creía que la creación del mundo era obra de la Trinidad entera.

En tercer lugar discrepaban en algo muy importante: en la manera de entender la esencia de Dios. Lo que San Agustín dice en este particular en su carta 170 de ninguna manera hubiese sido suscrito por Atanasio.

Vea el lector la rara idea que de la Trinidad tenía Orígenes (182-251) uno de los mayores teólogos de aquellos tiempos:

> «Considero que Dios Padre, que todo lo contiene, alcanza a todos los seres y participa a todos de su ser; es justamente el que es. Más pequeño, sin embargo, que el Padre, el Hijo solamente llega a lo razonable. En relación con el Padre ocupa un segundo lugar. El Espíritu Santo, más pequeño todavía, alcanza solo a los santos. De esto se desprende que el poder del Padre es mayor que el del Hijo y el del Espíritu Santo…». (De principiis, lib. I, cap. III, 5).

Si así pensaba un gran Doctor de la primitiva Iglesia, ¿cómo pensaría el pueblo?

No quiero cansar al lector haciéndole seguir los dimes y diretes teológicos de estos santos e imaginativos varones, que por otra parte tan poco nos preocupan hoy. He abusado hasta ahora un poco de su paciencia para ponerle de manifiesta cómo una cosa tan sumamente importante dentro de las creencias del cristianismo, como es la doctrina de la Trinidad, tiene unas bases tan turbias y tan inseguras.

Bástenos, a manera de resumen, lo que dice Juan B. Bergua:

> «Tres cosas quedan establecidas: Primera, que hasta el año 165, aproximadamente, no hubo Trinidad en la Iglesia. Segunda, que, aparecidas por entonces, hubo hasta San Agustín varias Trinidades cuyos defensores lucharon con verdadero encarnizamiento por hacerlas prevalecer; pero acabaron todas por desaparecer porque era imposible sostenerlas. Tercera, que la actual Trinidad oficial de la Iglesia, tal como está (aunque no haya manera de comprenderla) salió perfectamente fabricada de la poderosa testa de

Agustín de Tagaste». («Jeschua». El Verbo).

No puede negarse que esta manera de concebir a Dios, uno en esencia y trino en personas, es en verdad extraña, ya que a la mente humana, por más que se lo expliquen, se le hace difícil de comprender. Pero por otro lado no es extraño que a la mente humana, tan limitada, se le haga difícil comprender a Dios.

Ante esto, una pregunta se le viene a uno a la mente: ¿Es esta manera trina de presentar a Dios, exclusiva del cristianismo? Y de nuevo nos encontramos con una respuesta que no esperábamos: Casi todas las grandes religiones nos presentan a Dios como un ser complejo: una bina, una terna o una cuaterna. Y casi todas ellas, como es lógico, lo hacen de la misma manera confusa que el cristianismo.

Las raíces de la trinidad cristiana son profundas y vienen de muy atrás. Tal como más adelante veremos, los Padres de la Iglesia quisieron por un lado equiparar la idea del Ser Supremo que ellos predicaban, con la manera como las grandes religiones lo presentaban, y por otro lado no hacían sino plasmar inconscientemente formas arquetipicas con que la humanidad intenta explicar lo inexplicable y definir lo indefinible.

Serge Raynaud, hablando desde un punto de vista hermético o esotérico, se expresa así en su libro *Los grandes mensajes*:

> «La triple manifestación de lo Absoluto: Vida Forma y Pensamiento es constituida en la teología cristiana por Padre, Hijo y Espíritu Santo, traducido en la filosofía hindú como Sat, Chit y Ananda, que de ninguna manera hay que confundir con la trimurti brahmánica. La trilogía musulmana El-Aquil, El-Aqlu y El-Maqul es análoga a la teoría sefirótica de los hebreos, donde tenemos a Kether. Hochmah y Binah, lo que corresponde en el esoterismo egipcio a Tem. Shu y Tefnut que tampoco hay que confundir con las grandes divinidades de aquella religión.
>
> Los chinos tienen el Tei, Yang y Yinn, que corresponde como en el yoga a las tres fuerzas Sushumna, Píngala e Ida que pueden ser asociadas de diferentes maneras».

En este particular de las profundidades míticas de nuestros dogmas —y en concreto de la Trinidad— dos son los autores a los que especialmente hemos seguido, Jung y Mircea Elíade, que han profundizado mucho en el tema; aunque hay también que decir que su lectura en ocasiones no resulta nada fácil para el gran público.

Algunas de las tríadas que han influido en la formación de la trinidad cristiana son, por ejemplo, las babilónicas y de ellas la principal es la constituida por Anu, Bel y Ea. Posteriormente vemos a Marduk en lugar de Bel, porque Ea, su padre, lo quiere así. A Marduk se le llama «el Señor» y es un mediador entre su Padre y la

humanidad. Es además un «redentor» porque lucha contra el poder del espíritu maligno, y es también llamado «el misericordioso» a quien le gusta ser «resucitado de entre los muertos». También se le considera como un «salvador» y un «auxiliador».

Como vemos, en la tríada babilónica ya había relaciones profundas entre las tres personas, y había también paralelos con las cualidades atribuidas a cada una de las personas de la trinidad cristiana.

Posteriormente apareció la tríada secundaria de Sin, Shamash y Adad. Parece que Hammuirabi no adoraba a una tríada sino a una diada: Anu y Bel. Pero pasados los años, vemos al propio rey babilonio formando parte de una trinidad.

En cuanto a cómo los egipcios concebían a la suma divinidad, hay que señalar que la concebían también como una tríada y de ella nos dice Jung que era una auténtica trinidad: Dios-Padre el rey (el hijo), y Kamutef a propósito del cual Preisigke demuestra en su estudio sobre la idea de Dios en el primitivo cristianismo, que «los primeros egipcios cristianos aplicaron sin más ni más su concepción tradicional sobre Ka al Espíritu Santo».

Posteriormente todas estas ideas se concretaron en la terna Isis-Osiris-Horus. De Horus recién nacido y pronunciadas por su padre, leemos: «Ejercerá en este país un reinado de misericordia, porque mi alma está en él»; y dichas a su hijo: «Eres mi hijo carnal que yo engendré». Ambas frases podrían haber sido tomadas al pie de la letra de nuestra Biblia… si nuestra Biblia no las hubiese heredado de Egipto.

Como resumen a todo el profundo estudio de Jung sobre las raíces de la trinidad cristiana en Babilonia y Egipto podríamos aducir estas citas, de su libro *Simbología del espiritu* (Fondo de Cultura, México):

> «Todas estas ideas pasaron al sincretismo helénico y Filón y Plutarco tas transmitieron al cristianismo. Por lo tanto no es exacto, como aseguran aún en ocasiones teólogos modernos, que en la formación de la concepción cristiana de la Trinidad no puedan establecerse influencias egipcias o que sean muy escasas. Lo, cierto es lo contrario…
>
> Triadas de dioses aparecieron ya en épocas primitivas. Hay una gran cantidad de triadas arcaicas en las religiones antiguas y exóticas que no necesito mencionar. La ordenación en triadas es un arquetipo histórico-religioso en el que debió apoyarse originalmente la Trinidad cristiana. Con frecuencia estas tríadas, no están constituidas por tres personas divinas diferentes, independientes unas de otras, sino que puede advertirse una tendencia señalada a destacar ciertas relaciones de afinidad dentro de la tríada…
>
> Es difícil comprender qué motivo indujo a los teólogos protestantes a querer presentar las ideas cristianas como algo caído del cielo en tanto que la Iglesia Católica es lo suficientemente liberal para ver en el mito de Osiris-

Horus-Isis una leyenda cristiana de la redención, por lo menos en los aspectos en que hay correspondencia entre el uno y la otra».

En el hinduismo nos encontramos con una clara trinidad, por ellos llamada «Trimurti» que en poco o nada se diferencia de la nuestra. Si no fuese miles de años más vieja que la trinidad cristiana, caeríamos en la tentación de decir que es una copia de ella.

La trimurti hindú es también un dios en tres personas. El Braman o Alma del Mundo se manífiesta de tres maneras: La primera persona es Brama, o el Creador, la segunda es Vishnu o el Preservador y la tercera es Shiva o el Destructor. Los hindúes creen que la Trinidad está continuamente creando y haciendo que el mundo o los mundos evolucionen. Brama crea, Vishnú mantiene la creación y hace que evolucione, y una vez finalizado el ciclo, que ellos denominan pralaya, Shiva destruye para que a su vez Brama vuelva a crear.

Entre otras semejanzas que hay entre esta trinidad y la cristiana, lo más curioso es que la segunda persona es precisamente la encargada de manifestarse a los hombres y no solo de manifestarse, sino de encarnarse apareciendo entre nosotros en forma humana cada cierto tiempo. Crishna es una de esas manifestaciones, aunque hay unas cuantas más según algunos hinduístas, y muchas más según otros. Porque lo cierto es que en el seno del hinduismo hay tantas divisiones en cuanto a las creencias ortodoxas, como en todas las demás religiones.

Kalidasa, el gran rapsoda indio, describió así a la trinidad, siglos antes de que naciera Jesucristo:

«En estas tres personas hay un dios solo. Cada uno puede ser el primero o el último pero no separados. Cualquiera de ellos: Shiva, Vishnu o Brahma podría ser el primero, segundo o tercero entre los tres».

Esta «Triple. Manifestación» había sido anteriormente señalada en los Vedas más antiguos probablemente varios miles de años antes de Cristo en la forma de otra tríada de dioses: Agny, Surya e Indra.

En la China y el Japón, por influencia sobre todo de Buda también se adora a Díos en forma trinitaria. Pero lo curioso es que allí es al mismo Buda (a quien generalmente llaman Fo) al que después de divinizarlo lo dividen en tres: «Fo es una persona, pero tiene tres formas».

En uno de los muchos monasterios del valle del Pótala en el Tibet, hay una capilla en la se pueden ver estatuas de Fo con la forma de tres personas.

El islam en cambio, se opone a hablar de ninguna trinidad porque probablemente, de las grandes religiones, es la más cerradamente monoteísta. Para el islam Alá no tiene encarnaciones de ningún tipo, ni la mente humana puede saber si está

compuesto de varias personas. Hablar de eso, con mucha lógica les suena a blasfemia.

Sin embargo aun entre los griegos y romanos tan caóticos en sus ideas acerca de los dioses, podemos encontrar cierta tendencia a concebir una trinidad en lo más profundo de sus ideas religiosas. He aquí un oráculo que se dio en la Roma pagana, y que aún hoy en el gran obelisco de aquella ciudad se puede leer en caracteres griegos:

I. Dios Todopoderoso.
II. El Engendrado de Dios.
III. Apolo, el Espíritu.

Veamos otro oráculo de Serapis que le fue dado a Tulis, monarca de Egipto, y que al parecer le fue repetido a Sesostris por el sacerdote egipcio Maneton:

Primero Dios;
Depués la Palabra (o el Verbo)
y con ellos el Espíritu Santo.
Los tres son de una misma naturaleza,
y entre los tres hacen uno solo cuyo poder es eterno.
Retírate ya pronto, oh mortal,
que solo tienes una vida incierta.

Y no solo en la pura mitología de los griegos podemos ver esta tendencia, sino que en su misma filosofía se puede entrever: He aquí cómo uno de los discípulos de Platón nos describe a Dios:

> «Dios está por encima de todo y es inefable. Después de Él, su providencia legisladora, sostén igual de la vida eterna y de la existencia temporal, es el segundo dios; y lo que denominamos segundo instinto e intelecto encargado de la conservación de las leyes eternas, es la tercera sustancia. De manera que el Dios supremo manda, el segundo arregla y el tercero aplica, y los tres forman de concierto la ley que en sí misma es el destino. Con esto puede tener quizás relación la religión persa del “triple dios” de Mithra». (Calcidio).

En el Tao Te King de Lao Tse, nos encontramos con estas enigmáticas palabras, que están muy en consonancia con el resto del texto de esta obra que tan extraña se hace a nuestra mente occidental:

«La fuente y la raíz de todo es Una. Esta autoexistente unidad

necesariamente produce al Segundo. El Primero y el Segundo, por su unión producen al Tercero. Y estos TRES lo producen todo».

La trinidad de la religión de Mithra es un poco extraña porque en ella aparece también Ahriman, que es el Satanás de los persas: Ormuz, el Padre; Mithra la Segunda Inteligencia y Ahriman el Destructor. Aunque en el mazdeísmo primitivo, tal como fue predicado por Zoroastro, lo que prevalecía era un dualismo: Ahura Mazda (Ormuz) el Creador o Espíritu del Bien y Angra Mainyu (Ahriman) el Destructor o Espíritu del Mal.

Fenicios y Asirios también adoraban a una trinidad.

Los vándalos adoraban a un dios con tres cabezas cuya estatua fue hallada cerca de Brandenburgo, en Alemania.

La trinidad de los escandinavos, estaba compuesta por Odin, Tor y Frey. Odín era el dios supremo y Padre Universal; Tor era el primogénito de Odín y Frey el que daba la fertilidad, la paz y las riquezas. En Upsala, Suecia fue hallada una estatua triforme que representa esta trinidad.

Los misteriosos druidas de la Edad Antigua también tenían su trinidad: Taulac, Fan y Mollac.

Si damos un salto a las tierras americanas, nos encontramos con la sorpresa de los primeros misioneros cuando aparte de otras extrañas coincidencias, comprobaron que los indios de Centro América creían no solo en una trinidad sino en varias.

En el Popol Vuh, el libro sagrado de los quichés y cachiqueles centroamericanos se nos cuenta cuáles eran sus creencias fundamentales, además de muchas otras historias, tal como suele suceder en la mayor parte de los llamados «libros sagrados». Pues bien, en este interesantísimo libro nos encontramos con que su divinidad suprema estaba compuesta por tres personajes llamados Tohil, Avilix y Hacavitz. En esta trinidad los tres dioses se encarnaban cuando querían y en un aspecto los tres tenían un gran parecido con el Yahvé del judeo-cristianismo su gran deseo de sangre humana o de animales. En este particular, las profundas connotaciones de la similitud de los gustos de esta trinidad de los quichés, y los de Yahvé es algo asombroso y por otro lado inquietante. Yahvé supo disimular su gusto por la sangre y por el dolor humano y por eso todavía hoy vemos a los engañados judíos rogando a su torturador de siglos, que vuelva. En cambio en el libro sagrado de los quichés vemos a las tres personas de esta Trinidad malévola pidiéndoles ingenua y descaradamente a sus sacerdotes que les traigan víctimas humanas y que las degüellen en su presencia. Como ya he tratado de este interesantísimo tema en otro lugar no quiero abundar en ello.

Pero no es esta la única trinidad que nos encontramos entre los mayas. Cuando los primeros misioneros del Yucatán se encontraron con que los indios adoraban a una imagen de un hombre crucificado, preguntaron el porqué de aquel hecho tan extraño; y la respuesta fue más extraña aún. El que estaba en la cruz se llamaba Bacab y era

nada menos que la segunda persona de una trinidad compuesta por Icona (o Izamma) Dios Padre; Bacab el Hijo (nacido de una virgen) y Echeuac el Espíritu Santo. Bacab había sido mandado crucificar por un tirano y él se había sometido voluntariamente al suplicio aunque podía haberlo evitado.

Todavía hay más trinidades en las infinitas mitologías y creencias religiosas que han atormentado y entontecido las mentes de los hombres a lo largo de los siglos. Pero bastan estos ejemplos para caer en la cuenta de que la idea de un Dios-Trino no es exclusiva del cristianismo. Más bien en este particular el cristianismo quiso seguir viejas pautas trazadas milenios antes por otros pueblos y otras religiones. Con toda seguridad podemos decir que al igual que se hizo nacer a Cristo de madre virgen el 25 de diciembre, y morir y resucitar en el comienzo de la primavera —todo esto para equiparar el cristianismo a otras religiones más antiguas y muy respetadas por los que debían ser convertidos— se presentó la imagen de un Dios-Trino.

Fue una concesión al politeísmo de la mayoría de los neoconversos acostumbrados a una verdadera multitud de dioses en el panteón griego y romano, al mismo tiempo que una táctica maestra para presentar a su Dios rodeado de misterio y grandeza y hacer una especie de síntesis del politeísmo y el monoteísmo. Pero la tarea no fue nada fácil, tal como hemos visto al inicio del capítulo. Lo que allí dijimos, a duras penas retrata las enormes pugnas habidas en torno a la doctrina de la trinidad. Tan duras fueron estas luchas, que el cristianismo a mil ochocientos años de distancia, todavía lleva la cicatriz de ellas en la escisión de los cristianos ortodoxos orientales, no menos de cien millones. Si bien posteriormente aparecieron otras causas para la separación, no se puede negar que la más importante en el orden teológico fue la discrepancia entre los cristianos de Occidente y los de Oriente en cuanto a las doctrinas de la trinidad, y en particular, sobre el Espíritu Santo.

La doctrina de la trinidad en el cristianismo, igual que en otras religiones, no es sino la exteriorización inconsciente de la duda profunda y, por otro lado, del asombro que el ser humano lleva dentro de sí acerca de eso que se llama «Dios». Es una especie de «proyección» subconsciente de la confusión que los hombres tenemos dentro, acerca de la causa primera y profunda de este mundo tan complejo.

Al lado de tanta belleza vemos que hay fealdad; al lado de tantos motivos de gozo hay dolor y sufrimiento, y por todas partes se da esta feroz batalla entre la vida y la muerte; porque si bien es cierto que todo lo que vive muere inexorablemente, por otro lado, la vida es inmortal y la muerte es constantemente derrotada en cada ser nuevo que nace. Platón nos lo dice así en su Fedón: «la vida sigue a la muerte y la muerte sigue a la vida».

Uno y tres al mismo tiempo, es la manera contradictoria que la mente colectiva de la humanidad tiene para definir lo que no entiende. La causa de todo este Universo incomprensible tiene que ser también incomprensible; y la causa de todo este Universo aparentemente contradictorio tiene que ser también contradictoria.

Todas las ternas, tríadas y trimurtis de las diferentes religiones no son más que

una manera de decir que Dios es misterioso y que está más allá de la capacidad de comprensión de la mente humana.

Por eso, todos los teólogos —y muy especialmente los teólogos cristianos— hacen el ridículo cuando pretenden meterse dentro de las intimidades de Dios poniéndose a explicarnos las relaciones entre las diversas personas. Lo que comenzó siendo una concepción genuina y profunda de la esencia del «Ser Supremo» o de la «Primera Causa», acaba siendo una charlotada de pedantes metidos a hablar de lo que no saben ni pueden saber.

Y como la mente humana puesta a fabular es fecundísima, el resultado es que las maneras de explicar cómo es esa trinidad, son infinitas y han sido causa de innumerables discordias y divisiones, y hasta de guerras.

¡Cuánto mejor hubiese sido que una vez aceptado que Dios es complejo en sí mismo o, mejor dicho, que la concepción de eso que llamamos «Dios» está más allá de la capacidad de comprensión de la inteligencia humana, nos hubiésemos callado y nos hubiésemos limitado a contemplar el mundo, usando rectamente la vida que nos rodea, que no es más que una manifestación de esa incomprensible e inmensa «Causa Profunda»!

Y como la infantilidad humana es tan incomprensible como la grandeza de Dios, aparecieron los teólogos y los jerarcas religiosos, que no solo conocían todos los secretos de Dios sino que además se los imponían a todos sus súbditos.

Pero los tiempos cambian y hoy día a las personas verdaderamente racionales y evolucionadas, les tienen sin cuidado las procesiones trinitarias y si el Espíritu Santo procede únicamente del Padre o conjuntamente del Padre y del Hijo. Hoy sabemos que eso que se llama «Dios» es incomprensible, y nos quedamos tan tranquilos cuando no hacemos caso a las niñerías que sobre Él digan los teólogos. Y no cometemos la ingenuidad de creer que tiene hijos y mucho menos, madre.

7
ENCARNACIÓN

Encarnación es una palabra clave en el cristianismo. Significa que Dios se hizo hombre. Pero como el Dios cristiano es una trinidad, la encarnación se refiere exclusivamente a la segunda persona, que una vez hecho hombre se llamó Jesús.

En la «encarnación» hay que tener en cuenta los importantes detalles de la concepción y el nacimiento ya que ninguno de los dos fueron normales, sino que en ellos se rompieron las leyes fisiológicas. Pero esto será objeto de un capítulo especial. Lo que nos importa ahora es el hecho en sí; es decir, la venida al mundo del Hijo de Dios, que según la teología cristiana es «tan Díos como el Padre» y de «la misma naturaleza que el Padre». En otras palabras, el hecho de haberse metido Dios dentro del cuerpo de un hombre. Dejemos para más tarde la consideración de los porqués de tan tremendo hecho y las consecuencias concretas que ha tenido.

No se puede negar que tal aseveración de la teología cristiana es algo enormemente audaz y lo primero que se le viene a uno a la mente es pensar que está ante algo que es completamente original del cristianismo. Sin embargo la verdad es que en esta aseveración, de original, nada. El hecho de «encarnarse» Dios lo vemos reiterado en religiones muy anteriores al cristianismo dándose asimismo en torno a este punto toda una elaboradísima teología.

En el hinduismo encontramos que Crishna es la encarnación de Dios; y precisamente es la encarnación de la segunda persona de la trinidad hindú-Vishnu.

El gran parecido entre el cristianismo y el hinduismo radica precisamente en esto: en que ambas religiones tienen como hecho fundamental el que Dios se manifiesta en forma corporal entre los hombres. En esto difieren de otras que consideran semejante creencia una blasfemia contra Dios. Vimos anteriormente, en una cita del Corán, cómo Mahoma consideraba esta creencia como un «horror».

Por otro lado, una de las grandes diferencias entre hinduismo y cristianismo es que este considera el hecho de la «encamación» como único; es decir, Dios solo se ha encarnado una vez y su encarnación se llama Jesucristo. Y esta encarnación se limita exclusivamente a nuestro planeta, de modo que en todo el Universo no se ha repetido

este hecho.

Los hinduistas, por su parte, creen que Dios se ha encarnado muchas veces y lo sigue haciendo de tiempo en tiempo, para encauzar las vidas de los hombres y para que la humanidad tenga siempre testigos de su existencia y de sus deseos. He aquí lo que nos dice el Bhagavad Gita. (La sabiduría, 4.º estancia, 7):

> «Siempre que el bien decae extinguiéndose poco a poco, predominando en su lugar la maldad y el orgullo. Mí Espíritu se manifiesta en forma humana sobre esta tierra».

Según ellos, a lo largo de los siglos ha habido muchas personas santas que han sido encarnaciones de Dios; y un buen hindú no tiene inconveniente en admitir que el Jesús de los cristianos fue una de tales encarnaciones.

Swami Vivekananda, discípulo y continuador de la obra del gran Ramakrishna, escribía: «Si yo, como oriental e hindú, tengo que adorar a Jesús de Nazaret, solamente existe para mí un modo recto de hacerlo: adorarlo como Dios y nada más».

Los hindúes, a estos extraordinarios individuos les llaman «avataras» y no se limitan a ver en ellos a personas de grandes virtudes —santos, como diríamos en nuestro lenguaje— sino a auténticos dioses. Un hindú no trata a un avatara como se puede tratar a un hombre muy distinguido, sino que se arrodilla en su presencia, no se atreve a mirarlo de frente y besa la huella de su pie. Y por otro lado hay que reconocer que, según nos dicen las historias, estos avataras estaban dotados de tales poderes que llenaban de asombro a los comunes mortales y daban pie para que estos los considerasen auténticos dioses.

En la actualidad, a juzgar por los millones de seguidores, existe en la India uno de estos avataras llamado Satya Sai Baba. No discutiré aquí sus méritos para ser o no ser tenido por un auténtico avatara, pero de lo que no puedo dudar es de sus asombrosos poderes, desde hacer aparecer repentinarnente en su mano un collar de diamantes hasta curar con un solo gesto de su mano a enfermos «incurables».

Pero dejando a un lado la falta de originalidad de la doctrina de la encarnación, y fijándonos en el hecho en sí, no tenemos más remedio que decir que hace falta una simplicidad de mente muy grande para admitir semejante cosa. Y la primera pregunta que nos viene a la mente es si esta encarnación ha tenido lugar únicamente en nuestro planeta o también se ha realizado en algunos o en muchos de los otros mundos que sin duda alguna están habitados por seres racionales en todo el Universo.

Los teólogos cristianos no han tratado mucho el tema, —que indudablemente es bastante espinoso para ellos— pero los pocos que lo han hecho, nos han dicho, haciéndose eco de algún versículo de San Pablo, que «la redención de Cristo es válida para todo el Universo». Con ello implícitamente nos están diciendo que Dios solo se ha encarnado en nuestro planeta. Y esto, aun desde un punto de vista exclusivamente matemático, es absolutamente inadmisible. Convertir a la Tierra en el centro del

Universo, además de infantil es algo contra lo que se rebelan las matemáticas. La Tierra no es centro de nada y por cálculo de probabilidad, dado el casi infinito número de astros y el enorme número de mundos poblados que hay en el Cosmos, es imposible que nosotros seamos el centro de nada. Sería como una lotería de billones de números en la que a nosotros nos hubiese tocado a la primera, el primer premio. Porque hacer que Dios se encarnase únicamente aquí, sería como un primer premio. Y ante esta posibilidad de «suerte», las matemáticas se alzan con su fría e infalible voz: ¿probabilidad? = cero. Ante esto, cabría entonces la posibilidad de que Dios se hubiese encarnado también en otros astros y hubiese muchos «Cristos» diseminados por todos aquellos planetas que tuviesen necesidad de una «redención».

Esta doctrina va contra lo que ha sido el pensamiento de la Iglesia a lo largo de los siglos. Y aunque hay teólogos dispuestos a admitir la posibilidad de múltiples encarnaciones, nos parece poco seria, por unas cuantas razones que expondremos más adelante.

Volviendo al hecho en sí, ¿en qué mente adulta y sin prejuicios puede caber la doctrina de la encarnación tal como la predican el cristianismo y el hinduismo? Aun suponiendo que Dios fuese una persona —cosa que cada vez repugna más a una mente evolucionada— ¿cómo se puede pensar que ese ser de mente y potencialidades gigantescas, pueda encerrarse en la limitadísima naturaleza y mente de un ser humano, para realizar algo que a los dos mil años apenas si es comprendido por la minoría de seres humanos que ha llegado a conocerlo, y que, además, apenas si es obedecido por los pocos que se han enterado de su venida y de sus mandamientos?

De Dios tenemos derecho a pensar cosas mejores. Lo primero que se nos ocurre es que Dios no tiene necesidad de convertirse en ningún visitador planetario para remediar males que parece que algún enemigo solapado le está causando entre sus criaturas. Y aun en caso de que lo hiciera, lo haría de una manera un poco más manifiesta de modo que nadie tuviese duda de ello. Pero la realidad es que en este planeta, la cantidad de personas que se han enterado de que Dios mandó a su propio hijo es ínfima si la comparamos con el número de habitantes. Y eso hoy, cuando tenemos medios de comunicación; porque hace unos cuantos siglos, la desproporción era todavía mayor. Y si a esto añadimos que los que se han enterado no le han dado demasiada importancia y siguen sus vidas como si nada hubiese pasado, no tenemos más remedio que deducir que Dios no pensó muy bien lo que hacía cuando se decidió a mandar a su hijo. Porque la gran mayoría, ni saben que «Dios tiene un hijo», ni saben que lo mandó a la Tierra.

Por otro lado, viendo esta terca insistencia de los seres humanos en convertir a Dios en hombre, a pesar de que, como dijimos, la idea en sí es descabellada, nos inclinamos a pensar que algo tiene que haber detrás de esta insistencia o instinto. Si solo una religión nos hubiese dicho que su fundador era el mismo Dios en forma de hombre, lo comprenderíamos mejor y lo hubiésemos explicado como consecuencia del fanatismo y de la mente desequilibrada de algún individuo. Pero cuando vemos

que, a lo largo de muchos milenios, hombres serios nos dicen con toda sinceridad que Dios se hizo hombre; y cuando vemos que millones de seres humanos lo creen, no tenemos más remedio que pararnos a pensar por qué sucede semejante fenómeno y cuáles son los mecanismos psíquicos por los que sucede.

Si, por otra parte, una sola religión nos hubiese dicho semejante cosa, a pesar de lo raro que nos hubiese parecido, no hubiésemos tenido más remedio que prestarle atención al tema, no fuese que tuviese razón. Pero cuando vemos a tantas religiones decir lo mismo, en lugares tan separados y en épocas tan distintas; y cuando vemos que los resultados de estas «encarnaciones» son tan contradictorios, no tenemos más remedio que pensar que la raíz de todo puede estar en la propia mente humana; en una necesidad de seguridad con relación al más allá. O, como nos diría Jung: «La idea de un Dios encarnado es una idea arquetípica hacia la cual la mente tiende inconsciente y necesariamente».

Hace años escribí, a propósito de este mismo tema:

> «Los hombres, en nuestra desesperación por tener a Dios a mano, —como el niño que se agarra a su padre para no perderse entre la multitud— hemos cometido la infantilidad de hacerlo hombre; y en nuestro deseo de que, por su grandiosidad, no se nos haga incomprensible, lo hemos matado. No importa que luego, avergonzados, lo hayamos hecho resucitar. Pero ya para siempre y para seguridad de nuestra psique, lo podremos representar en una cruz, muerto». (*Visionarios, místicos y contactos extraterrestres*).

En párrafos anteriores dijimos que nos parecía poco seria la idea de que Dios se hubiese encarnado en muchos planetas. De ser así, lo más probable es que siguiese encarnándose, en el futuro, en los astros cuyos habitantes lo necesitasen. Y esto es lo que no nos parece serio.

Dios, como quiera que se imagine, se manifiesta constante y universalmente en la creación: una roca y un genio son manifestaciones de «Eso» que llamamos Dios. Pero no nos lo imaginamos —y en concreto a su Segunda Persona— corriendo de planeta en planeta para remediar los entuertos de sus díscolas criaturas.

Y si por lo menos viniese como el Gran Señor de la Creación, se le haría más llevadera su difícil tarea. Pero su Padre prefirió enviarlo como pobre y que hiciese causa común con los desheredados de este mundo. Si en todos los otros planetas le fue tan mal como en el nuestro tendremos que llegar a la conclusión de que su Padre no lo quiere mucho.

Los teólogos nos dicen que Dios puede hacer lo que quiere sin tener que andarle pidiendo su parecer al hombre, y que precisamente «lo que se nos hace a nosotros increíble —por lo grande y extraordinario— es natural en Dios. Porque propio de Dios es hacer cosas grandes que superan la imaginación del hombre». Bonitas palabras que no pasan de eso. La verdad es que ni siquiera deberíamos detenernos a

hacer estas consideraciones ya que no admitimos la idea de un Dios personal que ellas presuponen. Definitivamente un Dios haciéndose de carne y hueso, sea en uno o sea en muchos planetas, es algo contra lo que el simple sentido común se rebela.

Abordemos ahora otro aspecto de la doctrina cristiana acerca de la encarnación. Me refiero a cómo las autoridades eclesiásticas llegaron a la adopción y a la uniformidad de la doctrina que hoy se sostiene en el cristianismo o, dicho en otras palabras, a la explicación de cómo se realiza esta fantástica unión de algo tan infinito e incomprensible como es Dios, con algo tan efímero, tan material y tan insignificante como es el hombre.

El lector muy probablemente no tiene ni idea de las enormes batallas dialécticas que esta doctrina supuso en los cuatro primeros siglos de la Iglesia. Eran tales la disensiones, enemistades y odios que suscitó entre los primeros teólogos, papas y obispos, que a punto estuvieron de acabar con la unidad de la Iglesia rompiéndola en cien sectas diferentes, cada una de las cuales explicaba a su manera cómo era la unión de la divinidad con la humanidad en el cuerpo de Cristo. Y paradójicamente, uno de los personajes claves para arreglar las grandes disensiones que tanto en este como en otros temas se levantaron, fue el emperador Constantino que tenía más de criminal que de santo, tal y como nos dice la historia leída sin prejuicios.

Las discordias en torno a la encarnación de Dios eran de todo tipo. Los primeros teólogos —muchos de ellos filósofos venidos del paganismo y por lo tanto imbuidos de las ideas de Platón y Aristóteles— trataron de explicar mediante sus concepciones filosóficas cómo había sido la unión de lo eterno con lo temporal, de lo espiritual con lo material, de lo increado con lo creado, etc. y el resultado fue un tremendo lío que duró varios siglos y dio lugar a una infinidad de mutuas condenas, retractaciones y definiciones. En vez de anunciar cosa tan extraña, de una manera sencilla sin pretender explicarla, los teólogos, ingenua y pedantemente quisieron ahondar en el tema e introdujeron conceptos y vocablos de la filosofía helénica como para darle mayor credibilidad en las sociedades griega y romana. Esto, lejos de esclarecer lo que ya era de por sí imposible de explicar, contribuyó a oscurecerlo aún más. Tomemos como ejemplo el concepto del «Logos», que los latinos V tradujeron por «Verbum» (palabra). Este termino griego fue usado primeramente por Heráclito (s. VI a. C.) para designar un principio racional que gobierna el Universo. Más tarde lo usaron los platónicos y el sabio judio Filon que enseñaba en Alejandría; para este el Logos era algo que estaba entre Dios, y el mundo. San Juan lo usa en el principio de su evangelio y lo refiere ya directamente a Cristo, y a partir de aquí comenzó el gran lío entre los escritores y teólogos cristianos. Para unos era creado, para otros era eterno; para unos era el creador del mundo mientras que para otros era un simple instrumento del Padre; para unos había sacado todo de la nada, mientras que para otros lo único que había hecho era ordenar los elementos que ya existían en un estado caótico.

Para Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría y Orígenes, por citar solo a unos pocos la 1 generación del Verbo no era eterna.

Justino, por ejemplo, 100-165 a pesar de ser uno de los más autorizados Padres y Apologetas de la Iglesia, dice que «el Hijo es inferior al Padre, no solamente en cuanto hombre sino en cuanto a su divinidad antes ya de su encarnación». Por supuesto que esta doctrina no prevaleció y tras varios concilios y muchas discusiones se llegó a la doctrina de la generación eterna del Verbo.

Pero lo curioso es que los primeros concilios (y lo mismo sucedió muchas veces después a lo largo de la historia) eran convocados y teledirigidos por los emperadores romanos a quienes interesaba mucho la unión doctrinal de la Iglesia ya que lo contrario traería problemas de tipo político, cosa que a ellos no les convenía. En la «Vida de Constantino» escrita por el obispo Eusebio, tenemos una carta dirigida por aquel (año 323) a dos grandes contendientes, el obispo Alejandro y Arrio, el famoso hereje. En ella les dice y de una manera tajante, que disputen entre ellos todo lo que quieran, pero dentro de casa, sin que las cosas salgan afuera; porque ello podría traer graves disensiones y alborotos entre la ciudadanía y no estaba dispuesto a tolerarlo. Sesenta años más tarde el emperador Máximo —cristiano— no fue tan amable con el hereje Prisciliano y lo mandó ahorcar en Treveris.

Como los teólogos se metieron en profundidades que sobrepasan con mucho la capacidad de la mente humana, acabaron por un lado delirando y diciendo verdaderas memeces acerca de las intimidades de Dios y, por otro, peleados todos con todos porque la imaginación humana puesta a inventar no tiene fin. Una buena prueba de ello son todas las mitologías que vemos en las religiones antiguas. El cristianismo acabó elaborando toda una mitología filosófica, que para aquellos tiempos en que no había televisión, puede resultar interesante, pero que hoy se nos hace completamente indigesta y ridícula.

La lista de herejes y herejías no tiene fin. Los espíritus y las mentes más poderosas se sentían tentados a echar su cuarto a espadas en cuanto a la explicación y definición de cosas inentendibles e indefinibles: que si el Padre y el Hijo eran consustanciales o no; que si su unión era o no «hipostática»; que si el Verbo era coeterno con el Padre y si procedía de Él por emanación o por generación; que si la creación del Universo había sido obra de toda la Trinidad o solo de una de las divinas personas; que si el Espíritu Santo procede solo del Padre, o conjuntamente del Padre y del Hijo; que si este tiene una o dos naturalezas y una o dos personas… y bobadas por el estilo.

Para un hombre inteligente, la mente humana es absolutamente incapaz de comprender qué es lo que hay detrás de la inmensa grandeza del Universo; pero para los teólogos de los primeros siglos de la Iglesia (y para los actuales) eso no es problema y conocen las intimidades de la esencia divina con toda exactitud. Los hombres inteligentes del siglo XX es cierto que caen todavía en graves errores, pero ya no les interesan un comino estas ridiculeces.

Sin embargo, en aquellos tiempos se las tomaban muy en serio, y a pesar de que a los primeros cristianos nos los presentan como un modelo de unidad y de mutua

caridad, lo cierto es que cuando uno investiga los orígenes del cristianismo, se sorprende de la cantidad de doctrinas diferentes y de las discordias que ellas ocasionaban.

Solo en los primeros cuatrocientos, años de la Iglesia, cuando más unida debería estar por estar todavía frescas las enseñanzas de Cristo, nos encontramos con todas estas sectas heréticas: judaizantes, ebionitas, nazareos, marcionistas, gnósticos, arríanos, semiarrianos, adopcionistas, apolinaristas, macedonianos, monarquíanos, subordinacianos, docetas, maniqueos, montañistas, milenaristas, monofísitas, patripasianos, unitaristas, sabelianos, modalistas, nestorianos, novacianistas, priscilianistas, pelagianos, semipelagianos, y otros tantos menos conocidos.

De hecho, San Epifanio, obispo de Chipre, allá por el año 365 escribió una obra llamada «Panarion» o «Herejía» en la que enumeraba y resumía las doctrinas de unas 80 sectas heréticas.

Y no se crea que los heresiarcas eran individuos aislados, que lanzaban al aire opiniones fruto de mentes desquiciadas. Muy lejos de eso, algunos de ellos tuvieron muchos seguidores en diferentespaíses, y en determinado momento de la historia pusieron en peligro la unidad de la doctrina por la cantidad y calidad de fieles que los siguieron. El arrianismo, por ejemplo, en un tiempo tuvo más seguidores que la doctrina oficial. Tertuliano, a su vez, uno de los mayores apologetas de la Iglesia, fue un gran defensor del montanismo[5].

Además, si bien es cierto que las doctrinas que en ocasiones se proponían como auténticas y renovadoras, eran aún más utópicas o disparatadas que las ortodoxas, en otros casos los «herejes» tenían más sentido común y sus «herejías» eran más sensatas que las doctrinas oficiales.

Un ejemplo de esto fue Pelagio, cuando se opuso a la doctrina del pecado original, tal como veremos adelante, logrando convencer al papa Zósimo. Algo parecido le pasó al papa Liberio con los monofisitas y más tarde al papa Honorio.

Y a veces no solo eran los papas los que simpatizaban con las ideas de los «herejes» sino concilios enteros a los que asistían numerosos obispos. Por ejemplo, nada menos que tres concilios (el de Arles en el año 353, el de Milán en 355 y el de Rimini en 359) aprobaron las doctrinas del semiarrianismo que eran tan «heréticas» como las del arrianismo.

8
REDENCIÓN

La redención es la finalidad de la encarnación. El Hijo de Dios se encarnó para redimirnos y en último término para salvarnos. Definamos pues, qué se entiende por redención.

Redención viene a ser sinónimo de rescate. (Étimológicamente, re-compra). Según la doctrina cristiana, el ser humano estaba perdido y tuvo que venir el Hijo de Dios a rescatarlo. Naturalmente nos preguntaremos enseguida: ¿por qué estaba perdido? Y la contestación que nos dan los teólogos es: por el pecado original, cometido por nuestros primeros padres en el paraíso. Ese pecado se extendió a todos sus descendientes y mientras no se librasen de él no podrían nunca estar en buena amistad con Dios. La redención, pues, consistió en la venida del propio Hijo de Dios a este mundo para liberarnos de ese pecado.

Si insistimos un poco más e indagamos en qué consistió el pecado original que tantos males le acarreó a la humanidad entera, nos enteramos por el libro del Génesis que nuestros primeros padres desobedecieron a Dios en el paraíso y comieron una manzana de un árbol que les estaba vedado. Naturalmente que los teólogos y escrituristas nos explican esto diciendo que lo que leemos en la Biblia es solo una explicación simbólica de lo que fue en realidad el pecado original. Y puede ser que así sea, pero lo cierto es que lo que leemos en la Biblia es el episodio de la manzana, sin ninguna otra explicación por parte de Dios o del «autor sagrado».

Estos son los hechos que están en la base de toda la teología del cristianismo. Uno se queda pasmado ante tanta insensatez y ante la enorme ingenuidad de los seres humanos para creer semejantes mitos, que en nada difieren de los que despreciamos en otras religiones. ¿Cómo es posible que un hombre culto del siglo XX sea capaz de admitir semejantes infantilidades?; porque en los párrafos anteriores no hay ni una aseveración que pueda ser tomada en serio. Ni Dios es un ser personal, ni tiene hijos, ni los ha mandado nunca a la Tierra, ni los seres humanos vienen de una sola pareja, ni esta estuvo nunca en ningún paraíso, ni comió ninguna manzana prohibida, ni los humanos vienen al mundo con ningún pecado, ni necesitan de redención ninguna

porque nunca han estado perdidos, ni van a salvarse o a condenarse después de su muerte. Puras infantilidades. Puros mitos.

Oigamos lo que Jung nos dice acerca de la teoría de la redención:

> «El arquetipo del Dios Redentor y del primer hombre es antiquísimo. En realidad desconocemos cuán antigua sea esta idea. El Hijo, el Dios revelado, que voluntaria o involuntariamente se ofrenda en cuanto hombre, a fin de que pueda surgir un mundo, o a fin de que el mundo sea redimido del mal, se encuentra ya en la filosofía purusha de la India así como también en la imagen del protanthropos Gayomard en Persia. Gayomard, como hijo de Dios luminoso, es sacrificado a tas tinieblas y debe ser nuevamente liberado de estas para redimir al mundo. Es el prototipo de las figuras gnósticas del Salvador y de la doctrina del Cristo Redentor de la humanidad» (C. G. Jung. «Simbología del espíritu». Cap. Padre, Hijo, Espíritu Santo. Fondo de Cultura Económica. México).

Como vemos, la idea teórica de la redención viene de muy lejos. Lo mismo sucede con la idea del «pecado original» que va entremezclada con ella. Es un viejo mito enraizado en el psiquismo humano, que ya vemos aflorar en otras religiones precristianas. En el orfismo se mantenía también la doctrina de un pecado original: «el alma está encerrada en el cuerpo como en una prisión, como castigo a un pecado muy antiguo que cometieron los titanes, antecesores de los hombres».

Lo triste es que al encontrar creencias semejantes en otras religiones caemos claramente en la cuenta de que se trata de mitos e invenciones de la mente humana; pero cuando se trata de nuestras creencias, la cosa cambia, y las vemos como hechos auténticamente reales. Lo de los otros es falso; lo nuestro, a pesar de ser igual, es verdadero.

Pero volvamos a analizar lo que la Iglesia entiende por redención. Y en verdad, no podemos tratar el concepto de redención, separándolo de los otros dogmas-mitos a los que necesariamente va unido: la encarnación logra la redención que nos libera del pecado original y nos posibilita la salvación.

Contra lo que muchos cristianos creen la redención no se realizó precisamente en la cruz, sino con la mera encarnación, ya que al hacerse el hijo de Dios un hombre como los demás, el género humano automáticamente se elevó del estado deteriorado en que estaba.

Mientras escribo estas líneas todo mi ser se rebela contra semejantes ideas descabelladas y a la vez siento rabia y lástima de mí mismo por haber estado tantos años embaucado con estas niñerías. En realidad no sabe uno por dónde empezar ya que no tiene lógica el tratar de refutar algo, cuando uno no admite las premisas en que este algo está apoyado.

Si uno no admite que Dios tenga un hijo y, por lo tanto, que este hijo inexistente

haya venido a la Tierra; y si, por otro lado, uno no admite que el hombre sea reo de ningún pecado por el solo hecho de haber nacido, no hay razón para ponerse a demostrar la inutilidad y la falta total de necesidad de una redención.

El lector se sorprendería si conociese toda la lucha interna que en la Iglesia ha habido acerca de esta creencia hasta que se llegó a un acuerdo. Entre los llamados «Padres de la Iglesia», es decir los obispos y teólogos más eminentes que sucedieron a los apóstoles en los primeros siglos del cristianismo, hay, en este particular, opiniones para todos los gustos. Algunos las expresaban de una manera discreta o no del todo comprensible y por eso no trascendían o no eran condenadas oficialmente.

En otros casos, como el de Pelagio, monje bretón que enseñaba en Roma en el siglo V, sus doctrinas fueron oficialmente condenadas por varios concilios, aunque anteriormente habían sido defendidas por el sumo pontífice Zósimo. Una de sus enseñanzas específicas consistía en que el pecado de Adán no había influido para nada en sus descendientes, negando con esto la doctrina del pecado original, y la necesidad de una redención.

Pelagio, en esta como en otras de sus doctrinas, demostraba tener bastante sentido común; por ejemplo, cuando defendía que no veía por qué Dios iba a privar de su recompensa a alguien que a pesar de no estar bautizado, hubiese hecho durante su vida todo el bien que hubiese podido. Pero el sentido común en creencias religiosas nunca ha servido para nada cuando se enfrenta a los intereses de los jerarcas.

Y aunque admitiésemos que el pecado de Adán se había transmitido a su descendencia, hoy toda esa doctrina sería de todas maneras absurda ante el hecho seguro del múltiple origen de las razas humanas. Tendríamos que admitir que cada una de las «parejas originales» cometió un «pecado original», y entonces comenzaríamos a pensar mal de Dios como creador, ante el hecho de no haber sido capaz de crear una sola pareja decente. O tendríamos que pensar que parte de la humanidad está contaminada con dicho pecado, y parte no. Y como hoy día todas las razas están mezcladas, habría que empezar a calcular en qué tanto por ciento está inficionado un individuo.

El lector que piense que esto son ridiculeces, está en lo cierto. La teología clásica, en fin de cuentas, no es más que un montón de ridiculeces mediante las cuales el hombre, muy seriamente, juega a imaginarse cosas referentes a Dios. Los tremendos tratados de los grandes y pequeños teólogos que tanto han florecido a lo largo de la historia, en el fondo se parecen a las conversaciones que los niños de tres años tienen entre sí respecto a las actividades de sus papas.

Cada ser humano viene obligadamente a este mundo y bastantes aprietos pasa encerrado nueve meses en el vientre de su madre, entrando luego en la vida de una manera tan violenta y poco gloriosa, para que, encima, vengan los representantes de Dios a decirle en cuanto el pobre puede respirar ¡que Dios está enfadado con él! Por lo que se ve, la teología cristiana perdió el juicio desde hace ya bastantes siglos, y no contenta con eso, se dedica a levantarle calumnias a Dios. Si existiese el infierno,

Dios hubiese mandado a él, con toda seguridad, al inventor del mito del pecado original.

En cuanto a atribuirle al hombre un pecado que no cometió, eso iría contra lo que Yahvé nos dice en la Biblia: «No los hijos los pecados de sus padres». (Aunque de lo que nos diga Yahvé no podemos fiarnos mucho, porque con frecuencia lo vemos cambiar de opinión: «Yo soy un Dios celoso que castigo los pecados de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación»).

Además la doctrina del pecado original va contra la más elemental jurisprudencia. Dios, como juez, no puede ser más imperfecto que un juez humano. Y ningún juez humano condenaría a nadie por un delito que no hubiese cometido, y mucho menos, con el tremendo rigor que Dios usa, según los teólogos, con los que mueren sin haber logrado los frutos de la redención.

Los teólogos cristianos han fabulado muchísimo en torno a esto y, como es natural, han caído en verdaderos delirios.

Uno de ellos fue la doctrina de la predestinación, sobre todo cuando se llevó hasta sus últimas consecuencias, tal como lo hace Calvino en este párrafo:

> «Corrompido el linaje humano por la caída de Adán, lleva en sí el estigma del pecado original que solo pueden borrar los méritos de un Salvador encarnado para redimir a la humanidad. Sin embargo, del beneficio de la redención disfrutan únicamente las almas de antemano elegidas y predestinadas a las que voluntariamente favorece Dios con su gracia, pues los demás hombres están predestinados a eterna condenación por decreto inmutable del plan divino».

He subrayado las palabras en que se pone de manifiesto la demente teología de este ilustre y fanático reformador, al que dejaremos con sus insensateces y su monstruosa idea de Dios, Nosotros tranquilos en cuanto a nuestra redención, porque la última verdad es que no necesitamos quien nos «recompre» porque no estamos en venta.

9
CONCEPCIÓN VIRGINAL

El cristiano que crea que la concepción virginal de María es un hecho único y exclusivo de su religión, estará de nuevo en un error, al igual que lo estuvo el autor por muchos años. Porque la verdad es que aun las creencias más raras que el cristianismo sostiene, —y una de ellas es la concepción virginal— las podemos encontrar, a veces con milenios de anticipación, en otras religiones o culturas.

En lo que se refiere a doncellas vírgenes dando a luz, los antecedentes son abundantísimos, y antiquísimos. Muchos siglos antes de que María hubiese nacido, ya otras religiones sostenían, como cosa cierta, que sus dioses habían venido a este mundo por medio de concepciones virginales en las que Dios directamente había hecho el trabajo de fecundar a la doncella escogida como madre de su «hijo» o de su enviado. Por lo tanto la idea de que tales creencias son copia de las cristianas, no vale en la mayoría de los casos.

Antes de decirle al lector mi paradógica postura acerca del hecho de la concepción virginal, le quiero comunicar algunos casos de creencias similares en otras religiones, para que vaya convenciéndose de que muchas de las creencias cristianas son solo restos de otras creencias más antiguas. Pensar que las de ellos son falsas y las nuestras verdaderas, porque nosotros hemos tenido a un Cristo que lo refrendó con sus milagros y hasta con su muerte y su resurrección, es desconocer los hechos y cerrar la mente con un fanatismo cerril e indigno de una persona inteligente. Porque la verdad es que «ellos», los «pobres paganos», también tuvieron sus Cristos, tan históricos como el nuestro, que refrendaron sus enseñanzas con milagros y con su muerte —que no raramente fue en una cruz— y hasta con su propia resurrección, como más adelante veremos.

La concepción virginal de María nos la cuenta San Lucas así:

> «Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret a una virgen desposada con un hombre llamado José de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella

estaba dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo”. Ella se conturbó con estas palabras y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”. María respondió al ángel: “¿Cómo será esto puesto que no conozco varón?”. El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios…”».

No se puede negar que el texto, literariamente, es bello. Pero si no le negamos belleza literaria a este texto, tampoco se la podemos negar a otros similares en los que se narra prácticamente lo mismo: la concepción virginal de un dios.

Veamos cómo en el Atharva Veda del hinduismo se cuenta la concepción de Crishna en el seno de su madre la virgen Devaki.

«Vivía ella con una comunidad de santas mujeres, en medio de la espesura del bosque, escondida de las iras de su hermano el rey Kansa. A veces mientras dormitaba a la sombra de un gran árbol, se oían en el aire coros que cantaban: Gloría a ti, ¡Devaki! El fluido puro, emanado de la Grande Alma, coronado de luz, vendrá y las estrellas palidecerán ante su esplendor. Vendrá, y la vida desafiará a la muerte y él rejuvenecerá la sangre de todos los seres. Vendrá más dulce que la miel y el amrita, más puro que el cordero sin mancha y todos los corazones se sentirán transportados de amor.

¡Gloria, gloria, gloria a ti, Devaki!».

Y seguimos leyendo según nos lo narra Schuré:

«Un día Devaki cayó en un éxtasis más profundo. Oyó entonces una música, como un océano de arpas y de voces divinas. De repente el cielo se abrió en abismos de luz. Miles de seres espléndidos la miraban, y en el fulgor de un rayo deslumbrante, el sol de los soles, Mahadeva, se le apareció en forma humana. Iluminada por el Espíritu del mundo, perdió el conocimiento y en el olvido de la tierra, en una felicidad sin límites, concibió al niño divino».

Pasado un tiempo, el jefe de los anacoretas se presentó ante Devaki y le dijo:

«La voluntad de los Devas se ha cumplido. Has concebido en la pureza del corazón y en el amor divino. Virgen y madre, te saludamos. Un hijo

nacerá de ti que será el Salvador del mundo. Tu hermano Kansa te busca para matarte con el tierno fruto que llevas en tus entrañas. Es necesario escapar a su persecución. Los hermanos van a guiarte a las chozas de los pastores que habitan al píe del Monte Meru… Allí darás a luz a tu hijo divino y le llamarás Crishna, el consagrado».

Según el Ramayana, Vishnu se encarnó cuatro veces y las cuatro de madre virgen.

En el Kalevala la gran epopeya nacional finlandesa nos encontramos con otra concepción virginal. Marjatta fue fecundada por la baya de un arándano que le habló así:

«Ven, ¡oh dulce, hermosa y casta niña!, ven a cogerme. Ven ¡oh virgen de la fíbula de estaño, del cinturón de cobre, de las mejillas rosas!; sepárame de mi tallo antes de que el gusano me roa o que la negra serpiente me devore. Ya cien muchachas, mil mujeres jóvenes y una multitud innumerable de niños y niñas pasaron junto a mi, pero ninguna mano se alargó para tomarme».

Marjatta tomó el arándano y a los nueve meses:

«…trajo al mundo un niñito. Dio a luz a un tierno niño, allí, sobre la paja, tumbada en el pesebre, al pie del caballo de las hermosas crines. Lavó a su niñito y lo envolvió en pañales y lo acostó sobre sus rodillas y lo meció, apretándolo suavemente contra su seno…».

Como vemos, el nacimiento fue en un pesebre, dentro de una cueva en un bosque de abetos y no faltaron un caballo que calentaba con su aliento el lugar, ni una persecución ni la perdida del niño que finalmente fue encontrado por su madre.

El mito de la concepción virginal es tan viejo como el hombre. Trasladémonos ahora a muchos miles de kilómetros, desde la India a la América precolombina, y a miles de años en el tiempo y veamos otro ejemplo de concepción virginal, tal como nos lo cuenta en toda su ingenuidad el Popol Vuh, el libro sagrado de los maya-quichés centroamericanos;

«Esta es la historia de una doncella hija de un señor llamado Cuchumaquic. Llegaron (estas noticias) a oídos de una doncella hija de un Señor. El nombre del padre era Cuchumaquic y el de ella Ixquic. Cuando ella oyó la historia de los frutos del árbol, que fue contada por su padre, se quedó admirada de oírla.

—¿Por qué no he de ir a ver ese árbol que cuentan? —exclamó la joven. Ciertamente deben ser sabrosos los frutos de que oigo hablar. A continuación

se puso en camino ella sola y llegó al pie del árbol que estaba sembrado en Pucbal-Chah.

—¡Ah!, exclamó, ¿qué frutos son los que produce este árbol? ¿No es admirable ver cómo se ha cubierto de frutos? ¿Me he de morir, me perderé si corto uno de ellos? —dijo la doncella.

Habló entonces la calavera que estaba entre las ramas del árbol y dijo:

—¿Qué es lo que quieres? Estos objetos redondos que cubren las ramas del árbol no son más que calaveras. Asi dijo la cabeza de Hun-Hunahpú dirigiéndose a la joven. ¿Por ventura los deseas? agregó.

—Sí, los deseo, contestó la doncella.

—Muy bien, dijo la calavera. Extiende hacia acá tu mano derecha.

—Bien, replicó la joven y levantando su mano derecha la extendió en dirección a la calavera.

En ese instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miróse esta con atención la palma de la mano pero la saliva de la calavera ya no estaba en la palma de su mano.

—En mi saliva y en mi baba te he dado mi descendencia (dijo la voz en el árbol).

Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima y no es más que una calavera despojada de la carne. Así es la cabeza de los grandes príncipes; la carne es lo único que les da una hermosa apariencia. Y cuando mueren, espántanse los hombres a causa de los huesos. Así es también la naturaleza de los hijos, que son como la saliva, ya sean hijos de un Señor, de un hombre sabio o de un orador. Su condición no se pierde cuando se van, sino que se hereda; no se extingue ni desaparece la imagen del Señor, del hombre sabio o del orador, sino que la dejan a sus hijas y a los hijos que engendran. Esto mismo he hecho yo contigo. Sube pues a la superficie de la tierra, que no morirás. Confía en mi palabra, que así será, dijo la cabeza de Hun-Hunahpú y de Vacub-Hunahpú…

Volvióse enseguida a su casa la doncella después que le fueron hechas todas estas advertencias, habiendo concebido inmediatamente los hijos en su vientre por la sola virtud de la saliva. Y así fueron engendrados Hunahpú e Ixbalanqué…».

Prosigue el Popol Vuh narrando cómo cuando en su casa sus padres descubrieron su embarazo se indignaron mucho y hubo una reunión de los Señores en la que su padre Cuchumaquic interrogó a su hija con estas palabras:

«—¿De quién es el hijo que tienes en el vientre, hija mía? Y ella contestó: —No tengo hijo, Señor padre, aún no he conocido varón.

—Está bien, replicó su padre. Eres una ramera. Llevadla a sacrificar. Señores Ahpop Achih; traedme el corazón en una jicara y volved hoy mismo ante los Señores. Los cuatro mensajeros tomaron la jicara y se fueron llevando en sus brazos a la joven y llevando también el cuchillo de pedernal para sacrificarla…».

Luego nos cuenta el Popol Vuh cómo merced a un ardid se arregló todo y nacieron los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué.

Pero tras el nacimiento extraordinario tampoco faltó la consabida persecución por parte de alguien que quiere destruir al «salvador». Y termina el Popol Vuh su deliciosa narración con estas palabras que se dirían una copia de otras que la liturgia cristiana repite a propósito de la Virgen venciendo a Satanás:

«Así fueron vencidos los Señores de Xibalbá. [Xibalbá, en el Popol Vuh es sinónimo de demonio]. Por la doncella fueron engañados todos».

Como el lector puede ver, evito en todo momento el entrar en honduras esotéricas, para explicar todos estos hechos y los infinitos parecidos que hay entre los hechos «sagrados» de una religión y otra. Evito igualmente entrar por los laberintos de la simbología y de las explicaciones herméticas. No quiero decir con esto, que los muchos y buenos autores que lo han hecho, se hayan equivocado en sus explicaciones. Pero el hacerlo aquí, contribuiría a confundir más al lector, que bastante indeciso estará ya en admitir hechos de los que acaso no haya oído hablar en su vida y que minan en sus raíces las creencias que hasta ahora ha tenido.

Lo único que pretendo es exponer hechos que hasta ahora han estado bastante ocultos debido a las enseñanzas tendenciosas que todos hemos padecido desde nuestra infancia. Y sin entrar tampoco en honduras sociológicas o de psicología profunda, para desentrañar los significados ocultos de los mitos, lo único que quiero es que el lector reflexione por sí mismo y saque las conclusiones que crea más oportunas.

Es completamente lógico que el lector desconozca muchos de estos hechos antiguos, ya que están sepultados en los gruesos volúmenes de las grandes bibliotecas o en archivos particulares, que son únicamente consultados por los especialistas que se dedican a estas investigaciones. Pero el que los hechos sean antiguos y el que apenas se hable hoy de ellos, no quita nada a la realidad de que hace ya muchos siglos, había pueblos enteros que creían, y autores que escribían cosas muy parecidas a las que nosotros pensamos que son exclusivamente nuestras, de nuestro tiempo o de nuestra religión. El descubrir estos hechos tiene que hacer reflexionar a toda persona que tenga un poco de cabeza. Los únicos que no querrán reflexionar serán los fanáticos, porque estos no dudan nunca; están absolutamente seguros de que toda la

verdad está con ellos.

Siguiendo en el tema de las madres-vírgenes, si de los mayas saltamos a los aztecas, nos encontramos de nuevo con una concepción virginal.

Coatlicue era una doncella hija de príncipes, que se dedicaba a ayudar en las cosas del culto. Un día cuando estaba barriendo el templo vio entre la basura del suelo una pluma muy extraña, y en vez de arrastrarla con la escoba, se agachó y la recogió. La estuvo contemplando un buen rato, porque era de unos colores muy bellos y ejercía sobre ella una atracción especial. Indecisa sobre qué hacer con la pluma y no queriendo mezclarla de nuevo con el polvo que estaba barriendo, se la guardó en el seno. Cuando llegada a su casa, quiso contemplar otra vez la pluma, por más que la buscó entre sus vestidos, no la halló. Aquella misma noche tuvo un sueño en el que un ser resplandeciente se le aparecía y le decía que en aquella pluma estaba su semilla; que gracias a ella, había concebido y que daría a luz un ser extraordinario.

Efectivamente, Coatlicue a los nueve meses dio a luz un niño que llegaría a convertirse en un ser famoso. Aquel niño fue nada menos que Huitzilopochtli, que tan importante papel tendría posteriormente en la mitología de los aztecas.

Podemos decir que el nacer de madre virgen es algo casi natural en los muchos dioses que la humanidad de estos últimos veinte mil años ha adorado. No importa si los hechos han sido verdaderos o no; pero que tantas personas, tantos siglos atrás, hayan tenido creencias paralelas a las nuestras, es un hecho de gran importancia.

Leyendo las historias antiguas de los mismos autores que nos narran otros hechos históricos ciertos, nos encontramos que la madre de Hércules fue virgen y lo mismo fue la de Sosios en Persia; los fundadores de Roma. Rómulo y Remo nacieron de la virgen Rea; Atis tuvo por madre a la virgen Nana y vírgenes fueron, según las historias, las madres de Dionisos, Zoroastro, Perseo, Esculapio el dios de la medicina y Buda. Y hasta de héroes que no llegaron a la categoría de dioses, los historiadores aportan detalles de cómo sus madres los concibieron sin que mediase obra de varón: Pitágoras y Platón están entre ellos. En el caso de Platón. Apolo se le apareció a Perictione, su madre, y le dijo que tendría con él un hijo; y cuando ya estaba en estado, se le apareció asimismo a su desposado Ariston para decirle que lo que había en el vientre de su prometida, no era obra de varón alguno sino de él mismo.

La historia de la aparición del ángel a San José para decirle que lo que María había concebido no era obra de varón, tiene un parecido más que sospechoso. Y no olvidemos que tales historias, —verdad o no— ya estaban escritas mucho antes de que se escribiesen los evangelios.

Cuando detalles como este, atribuidos a la nueva religión cristiana como únicos y exclusivos, eran conocidos por autores paganos como Celso, Plutarco o Porfirio, los llenaban de indignación, pues conocedores como eran de todos los pormenores de las vidas de sus dioses no tenían más remedio que deducir que las creencias de la nueva religión, no eran sino copias de la suya propia. Entre los egipcios de las primeras dinastías, la creencia general era que los faraones todos nacían de madre humana, y

que su padre era un dios que en forma humana se unía a la mujer.

La idea de una virgen-madre era cosa común en las religiones de la antigüedad y una prueba de ello la tenemos en los signos del Zodiaco. Estos están totalmente relacionados con las religiones más antiguas, cuyo dios central simbolizado de una manera u otra, era siempre el sol y cuyos dioses menores eran los cuerpos celestes[6]. Pues bien, en las representaciones del Zodiaco que nos han llegado de la antigüedad, vemos que la constelación Virgo está representada por una joven con un niño en brazos, cosa completamente ilógica si no se tratase de una virgen madre.

Y antes de terminar este capítulo, le explicaré al lector mi paradójica postura en todo este asunto de la concepción virginal. Contra lo que se pudiera esperar, no tengo inconveniente en admitir como real la concepción virginal de María, al igual que no la tengo para admitir la de algunos personajes de la historia. Comprendo perfectamente a aquellos que no la admitan, basados únicamente en el sentido común. Yo tampoco la admitiría en la actualidad, si no conociese, y muy de cerca, hechos similares. El haberme interesado por años en el mundo paranormal me ha llevado a la convicción de que debemos borrar del diccionario la palabra «imposible». Yo he visto con mis ojos muchas cosas «imposibles».

—En cuanto a algo del mundo paranormal que se relacione con concepciones virginales, tengo que confesarle al lector que creo en los íncubos y en los súcubos de que nos hablan los autores antiguos y de la Edad Media[7]. Conozco a víctimas de tales contactos. No solo eso, sino que también creo en la posibilidad de contactos sexuales entre espíritus de muertos y seres vivientes; también conozco personalmente casos. Me doy perfecta cuenta de que escribir tales cosas es poner en entredicho mi credibilidad y darles armas a los que ya de antes piensan que deliro. Pero no sería valiente ni honrado, si por miedo me lo callase. Son conocimientos a los que me ha costado mucho trabajo y muchos años llegar, y me siento obligado a comunicárselos a mis lectores, que son gente madura y perfectamente libres para admitirlos o rechazarlos.

En nuestros días, los llamados «extraterrestres» —sin que necesariamente lo sean— están haciendo lo mismo que antaño hacían los «hijos de Dios», tal como leemos en la Biblia; y lo mismo que en la Edad Media hacían los íncubos: les encanta «unirse con las hijas de los hombres[8]». Los mitos se rejuvenecen. Porque, tal como dijimos al principio del libro, mito no es más que un viejísimo hecho real, que ha llegado a nosotros completamente distorsionado por la mente humana y por el paso del tiempo.

Ciertas vírgenes —y también mujeres casadas— siguen siendo visitadas por extraños personajes cuya existencia desconoce la ciencia, pero que, como antaño, siguen poseyendo la capacidad de aparecer y desaparecer a voluntad, teniendo siempre en vilo y en duda el alma de los humanos. Estos seres —auténticos «ángeles» o «demonios» para nosotros— pueden con facilidad hacer que «una virgen conciba». Pero sus motivaciones y sus últimos designios, siguen hoy siendo tan confusos y misteriosos como lo eran en tiempos antiguos. A quien quiera profundizar más en

esta extrañísima temática le recomendamos la lectura del libro *Defendámonos de los dioses*.

10
NACIMIENTO E INFANCIA DE LOS DIOSES

En el nacimiento e infancia del Niño Jesús, aparte de su concepción y alumbramiento virginales, hay unas cuantas circunstancias más que son de sobra conocidas de todos los cristianos, ya que pertenecen a la cultura y al folklore navideño, que tan gran papel juegan en el sentimiento infantil.

Estas circunstancias podríamos resumirlas y enumerarlas así:

Nace en el solsticio de invierno,
en una cueva
que se llena de luz,
con una estrella encima,
rodeado de animales;
alegría en la naturaleza,
señales en los cielos;
se aparecen los ángeles,
se oyen melodías celestiales,
vienen sabios a adorar
traen regalos:
oro, incienso y mirra;
alguien persigue al niño
y quiere matarlo;
hay una huida
y una persecución;
matan a niños de la misma edad;
el niño-dios es de ascendencia real;
sus padres lo pierden;
es hallado en el templo;
demuestra sabiduría desde temprano.

Rebuscando en las vidas de los muchos dioses-salvadores[9], con gran frecuencia nos encontramos con algunas de estas circunstancias, con la peculiaridad de que en alguno de ellos las encontramos prácticamente todas.

Empecemos por el nombre de la madre-virgen del dios-salvador. Es curiosísimo el parecido que hay entre el nombre de María o Miriam la madre de Jesús, y los pocos nombres que conocemos de las madres de otros dioses-salvadores. Veamos:

MADRE	HIJO	PAÍS
María-Miriam	Jesús	Palestina
Maia	Buda	Ceilán-India
Maia	Hermes	Egipto
Maya	Agni	India
Myrra	Baco-Dionisos	Tracia
Myrra	Adonis	Fenicia
Maya-Maria	Codom	Siam

Estos parecidos tienen una gran importancia para los esotéricos, pero nosotros prescindiremos de sus puntos de vista, que aunque muy interesantes, nada tienen que ver con la finalidad de este libro.

En cuanto a la fecha del nacimiento, hasta hace muy pocos años los cristianos no tenían duda de que el 25 de diciembre era la fecha exacta del nacimiento de Jesús. Sin embargo he aquí lo que en la actualidad estudian en sus manuales de religión los estudiantes de 6.º curso de E.G.B. de algunas escuelas católicas:

«Todos los años el 25 de diciembre los cristianos celebramos la fiesta de la Navidad, en recuerdo del nacimiento de Jesús. No sabemos con exactitud el día que nació Jesucristo, pero desde hace muchos siglos se escogió esa fecha con el fin de dar sentido cristiano a una fiesta que era muy popular en la Roma antigua: la fiesta del nacimiento del “sol victorioso”. En los países del hemisferio norte, hacia el 21 de diciembre tiene lugar el llamado “solsticio de invierno” después del cual la duración de la luz solar se va haciendo más larga día a día. Para festejar esta especie de triunfo del sol sobre la oscuridad de la noche, los paganos instituyeron la fiesta de la “navidad del sol”. Ya que era muy difícil suprimirla, debido a su enorme arraigo popular, los cristianos prefirieron cambiar su sentido y, manteniendo el mismo día que los paganos, dedicaron el 25 de diciembre a la fiesta de la “Navidad de N. S. Jesucristo”, verdadero sol de nuestras almas» (*Historia de la Salvación*. Edit. Everest).

La Iglesia reconoce ahora lo que ya no puede ocultar por más tiempo, y lo hace con toda naturalidad como si siempre lo hubiese admitido así. Pero la verdad es que si este texto hubiese sido escrito varios siglos antes, su autor se hubiese tenido que ver con el Santo Oficio.

Estas «adaptaciones» de la Iglesia a creencias más antiguas, han sido mucho más abundantes de lo que los fieles creen. Más tarde insistiremos sobre el origen solar de muchas de las creencias fundamentales de las religiones primitivas.

La circunstancia de nacer en una cueva, es bastante frecuente y se contrapone, paradójicamente, a otro hecho que reiteradamente encontramos en la mayoría de los dioses salvadores: el de ser de sangre real. Enseguida hablaremos de esto.

Nacidos en una cueva (o en un lugar muy humilde), o llevados a ella al poco de nacer por una u otra razón, fueron: Crishna, Hau-Ki, Esculapio, Quirino, Baco, Adonis, Apolo, Mithra, Attis el dios de los frigios y Hermes.

Y hasta del mismo Zeus-Júpiter el principal dios greco-romano se dice que nació en una cueva. De más está decir que la mayoría de ellos vieron sus humildes cunas rodeadas de pastores, vacas, ovejas y cabras.

Los cristianos piadosos se enternecen, con razón, cuando leen la escena de la entrada del hijo de Dios en la Tierra, tal como nos la narran los evangelios y tal como ha sido conservada y adornada por la secular tradición y por las obras de los artistas. Lógicamente pensarán que la Tierra toda se estremeció al recibir al que la había hecho y nada menos que al Señor de todo el Universo. Una estrella errante se paró encima de la entrada de la cueva; las criaturas irracionales e inferiores, los animales, reconocían a su Señor y se postraban ante él, y las criaturas superiores, los ángeles, lo adoraban marcándonos, con su ejemplo, la pauta a seguir con respecto a aquel niño que aparecía tan humildemente.

Pero resulta que casi lo mismo leemos del nacimiento de muchos de los grandes avataras de otras religiones. Vea el lector cómo fue el nacimiento de Zoroastro:

> «Una luz divina resplandeció en torno a la casa y un grito de júbilo se oyó cuando triunfó la vida; el Niño dio una gran carcajada cuando entró en el mundo. En el nacimiento de Zoroastro toda la naturaleza se regocijó: hasta los árboles y los ríos participaron en la alegría general que estalló en todo el mundo…» (Dinkard VII).

Asimismo leemos en Plutarco:

> «Osiris nació en el primero de los cinco días recién creados, y se oyó en el cielo una voz que dijo: “Ha aparecido el Señor de todas las cosas”».

A. Drews, sacado de la abundantísima literatura religiosa hindú, nos narra así el nacimiento de Crishna:

> «El rey Kansa ordenó que Devaki (la madre de Crishna) y su marido Vasudewa fuesen puestos en prisión. Allí en la oscuridad de la mazmorra,

Crishna vino a este mundo lo mismo que Jesús en el establo de Belén. Cuanto más se acercaba la hora del parto más bella se ponía la madre. Paulatinamente la estancia se fue llenando de luz. En el aire comenzaron a oírse coros de música alegre y las aguas de los torrentes y de los ríos también producían una música dulce. Los ángeles descendieron de los cielos y los buenos espíritus danzaban y cantaban de alegría. A media noche Devaki da a luz al niño y comienza una nueva época. Sus padres se postran ante él y lo adoran…».

De Buda podemos leer algo por el estilo:

«Cuando estaba a punto de nacer de la Virgen Maia, por obra del poder divino llamado "Santo Espíritu", un coro de ángeles del cielo comenzó a cantar: "Vosotros mortales, ¡adornad la tierra!, porque Bodhisatwa, el gran Mahasatwa muy pronto descenderá para nacer entre vosotros. ¡Estad preparados! Buda está a punto de descender y nacer"».

He aquí cómo vino al mundo Confucio:

«El nacimiento de Confucio está rodeado de muchos sucesos maravillosos… Cuando a su madre Ching-Tsae se le acercaba el tiempo, le preguntó a su marido si no había por allí cerca algún lugar que se llamase "la morera hueca". Él le dijo que había una colina que así se llamaba y que en su parte sur había una cueva seca. Ella le dijo: Allá me iré a dar a luz. En la noche en que el niño nació, vinieron dos dragones y lo custodiaron haciéndole compañía» (*Life and Teachings of Confucius*. J. Legge).

El mito echa mano de los elementos del entorno cultural; en la China en vez de vacas son dragones. Las citas acerca de estas tendencias bucólicas de todos los dioses se podrían multiplicar.

Otra tradición que contrasta con esta que acabamos de mencionar, y sin embargo es común entre los «mesías» es la de ser de«ascendencia real».

Como ya apuntábamos en párrafos anteriores Crishna, Buda, Rama, Fo-Hi, Confucio, Horus, Hércules, Baco, Perseo y Esculapio llevaban sangre azul en sus venas, a pesar de predicar muchos de ellos el desprendimiento de las cosas mundanas y la humildad. Por otro lado sus contrapartidas en América, a pesar de desconocer las tradiciones mesiánicas de Europa, contaban entre sus ascendientes a los «señores de la tierra». Los toltecas mexicanos, los mayas del Yucatán, los muiscas de Colombia, los indios nicaragüenses y los incas del Perú, tuvieron respectivamente por «salvadores» Quetzalcoatl, Zama, Bochica, Teotbilahe y Manco Capac todos de regia estirpe. Algo parecido se puede decir de los hombres-dioses de las tribus de

cheroques, iroqueses y algonquinos de América del Norte.

El hecho de «abrirse los cielos», aparecerse ángeles, oírse coros celestiales, iluminarse la cueva o el lugar del nacimiento, también es algo que no falta prácticamente en los nacimientos de la mayoría de los redentores. Lo sucedido en el momento de nacer Buda, sintetiza lo acaecido en el nacimiento de muchos otros. He aquí como lo narra el Fo-penhing:

> «Los espíritus que estaban presentes y que rodeaban a la Virgen Maia y al Niño Salvador, cantaban las alabanzas del "Bendito entre todos" y decían: "Alégrate reina Maia y regocíjate con júbilo, porque el hijo que has dado a luz es santo…"».

Cosas semejantes leemos de Osiris, Apolo, Apolonio y Esculapio.

En cuanto a la adoración de los Reyes Magos que ha conservado la tradición cristiana, he aquí lo que nos narra Thornton en su «Historia de China» acerca del nacimiento de Confucio:

> «Cinco "varones celestiales" u "hombres sabios" entraron en la casa del nacimiento del niño, mientras inundaba el aire una música de cantos y de instrumentos».

A Zoroastro y a Osiris también los visitaron «magos» y «hombres sabios». Respecto a Mithra, el redentor persa, «mediador entre Dios y los hombres», nos dice Inman (Ancient Faiths, vol. II página 353) que fue también visitado por «sabios» llamados «magos» a la hora de su nacimiento, los cuales le ofrecieron oro, incienso y mirra (!!).

Y ya dentro del campo de una historia mucho más aceptable para nosotros, tenemos a Platón que en uno de sus Diálogos nos dice que en el nacimiento de Sócrates (469 a. C.) vinieron tres magos del Este para adorarlo (!!).

Por si todas estas semejanzas referentes al nacimiento fueran pocas, todavía nos queda la repetición de la matanza de los inocentes ordenada por Herodes, por miedo a que el recién nacido llegase a ser un enemigo de su trono. Según J. Chunder Gangooly:

> «Una voz celestial le habló al padre adoptivo de Crishna y le dijo que huyera con el niño a través del río Jumma porque el rey Kansa trataba de quitarle la vida al divino infante: y para cumplir su propósito envió mensajeros para que matasen a todos los recién nacidos de los lugares vecinos».

Mayor parecido con el mensaje que el ángel le dio en sueños a José no se puede dar.

Y sepa el lector que se pueden encontrar las mismas circunstancias de enemistad hacia el niño-dios a de intentos homicidas por parte de las autoridades, en por lo menos veintiún «mesías» anteriores a Cristo.

El extraño episodio del niño «perdido y hallado en el templo» que leemos en el evangelio de San Lucas, parece que tiene sus antecedentes en Egipto donde vemos a la diosa Isis buscando afanosa a su hijo, el niño Horus, al que por fin encuentra en el Templo del Sol, nada menos que enseñando a los Doctores. Es un detalle bastante común el que los niños-dioses muestren una gran inteligencia desde muy temprana edad y llenen de admiración no solo a sus pequeños amigos, sino a los adultos con los que se ponen en contacto.

Créame el lector que se podrían llenar muchas páginas de paralelos como estos: Los libros antiguos —no siempre fáciles de conseguir— narran las hazañas y andanzas de estos personajes. Basten estos botones de muestra para hacerse una idea.

Quizás a más de uno le parezcan simples trivialidades algunas de la semejanzas o coincidencias que hemos presentado entre las vidas de otros «mesías» y la vida de Cristo, tal como nos la presentan los evangelios; y ciertamente si todas las coincidencias se redujeran a lo que hemos presentado, no valdría la pena ni hacer mención de ellas. Pero sucede que tales semejanzas no son sino el comienzo de una larga serie de detalles mucho más intrigantes referidos no solo a circunstancias materiales de la vida, sino a creencias básicas del cristianismo, que se consideran exclusivas de él. Más adelante profundizaremos en esto.

Y antes de terminar este capítulo, será conveniente repetir lo que ya dijimos: no importa que estos hechos no fuesen ciertos; lo que nos tiene que poner a pensar es que varios siglos antes de Cristo, ya estuviesen escritos los textos que mencionamos. ¿Eran adivinaciones por parte de los escritores paganos, de lo que iba a pasar con el nacimiento de Cristo? ¿O fue más bien que los autores de la vida de Cristo recibieron su «inspiración» no solo del Espíritu Santo sino también de otros autores más antiguos? Dicho en otras palabras: ¿No tenemos derecho a pensar que los autores de los Evangelios, «adornaron», conforme a las tradiciones de todos los pueblos, muchos de los sucesos de la vida de Cristo, para ponerlo a tono con todos los grandes hombres que le habían precedido?

11
TEOFAGIA

Comerse a Dios es una frase que tendría que sonar monstruosamente en los oídos de cualquier persona racional y civilizada. Y sin embargo en el cristianismo, aunque velada con términos místicos, no solo es una frase habitual y perfectamente admitida sino que es una realidad cotidiana, si hemos de creer lo que nos dicen los teólogos y jerarcas.

La teología cristiana no solo tiene la audacia de hacer encarnar a Dios, y hacerlo morir de manera ignominiosa sino que se atreve a encerrarlo, gústele a Dios o no, en un pedazo de pan, en virtud de un abracadabra que poseen ciertos seres humanos y que pueden utilizar cuando les venga en gana. Este es ni más ni menos el poder que tienen los sacerdotes católicos y episcopales de «consagrar», convirtiendo mediante unas sencillas palabras, el pan y el vino en el verdadero cuerpo de Cristo.

Y cuando la Iglesia Católica dice «consagrar» no está diciendo que acepta el pan como un símbolo o que dedica aquel vino a que represente la sangre de Cristo. Para la Iglesia Católica «consagrar» significa cambiar o convertir radicalmente una cosa en otra. En este caso cambia la sustancia del pan y del vino en el cuerpo de Cristo.

Este es el importante dogma de la transubstanciación o del cambio de sustancia que se da en la materia del pan y del vino. Las palabras con las que se enuncia semejante fenómeno son sencillas, pero lo que ellas encierran es de tal envergadura que se necesitaría todo un libro para poder explicarlo. Intentaremos un poco ingenuamente explicar en un capítulo lo que ha tomado centenares de libros, en pro y en contra, concilios, escisiones seculares en la Iglesia y, forzoso es decirlo, ríos de sangre.

Pero antes de nada, tendremos que tener en cuenta, que a pesar de tratarse de algo tan importante, por lo menos una cuarta parte de los cristianos del mundo no admiten el dogma de la transubstanciación tal como lo entienden los católicos: y si bien es cierto que en la Iglesia griego-ortodoxa lo admiten poco mas o menos como los católicos, también es cierto que en la actualidad hay millones de católicos que en la práctica no lo admiten ya que no se acercan nunca a recibir la comunión, y si se les

preguntase cómo entienden ellos el dogma, a duras penas podrían saber de qué va la cosa.

Ante algo tan importante dentro de la Iglesia, uno de nuevo tiene derecho a suponer que tal creencia ha tenido que ser clara y definitiva desde un principio y que tiene que haber sido instituida de una manera completamente definida por el mismo Cristo. Pero de nuevo nos encontramos con la inexplicable realidad de que la cosa no ha estado nada clara nunca, y que esa falta de claridad viene desde el momento mismo en que el rito fue instituido por Jesucristo, si es que en realidad él pretendió instituir un rito.

Por supuesto que para quien estudie u hojee un manual de teología católica, el sacramento de la eucaristía no presenta duda alguna; fue instituido por el mismo Cristo tal como lo cree y practica en la actualidad el catolicismo, y en la Iglesia no ha habido nunca duda acerca de ello. Pero las cosas distan mucho de ser así, como veremos enseguida.

Según la teología católica, el sacramento de la eucaristía lo instituyó Cristo en la Última Cena, tal como nos lo cuenta San Mateo en el capítulo 26 vers. 26-29:

> «Mientras estaban comiendo tomó Jesús pan y pronunciada la bendición lo partió y dándoselo a sus discípulos dijo: “Tomad, comed, este es mi cuerpo”. Tomó luego un cáliz y dadas las gracias se lo dio diciendo: “Bebed de él todos, porque esta es mi sangre de la alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados”».

Que Cristo quisiera establecer un pequeño rito en medio de una comida familiar o fraternal, con el cual recordasen las generaciones futuras el sacrificio que él estaba a punto de hacer, no hay dificultad alguna en admitirlo. Pero de eso a todo el mito eucarístico que tenemos en la actualidad, tal como se manifiesta, por ejemplo en una misa pontifical, con todo su montaje dogmático-litúrgico-folklórico, hay un abismo. Deducir la increíble doctrina de la transubstanciación, de las sencillas palabras de Cristo en la Ultima Cena, es tener una imaginación demasiado viva. Y admitir, por otro lado, semejante cosa, es demostrar demasía credulidad.

Porque la Iglesia católica ha enseñado durante los últimos quince siglos, sin tener de ello la más mínima duda, que después de las palabras del sacerdote en la consagración, aquello que parece pan y vino, deja de serlo para convertirse en el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo. Es decir, que el que toca el pan está tocando a Cristo en persona, y el que bebe el vino está bebiendo la sangre de Cristo. En su afán por enfatizar el acto conmemorativo de la Ultima Cena de Jesús, los piadosos Padres de la Iglesia y las autoridades romanas, se extralimitaron. Creer semejante exageración es renunciar al sentido común y a la racionalidad más elemental.

Los protestantes han considerado las palabras de Jesús y el rito recibido de la primitiva iglesia cristiana, como algo simbólico. Se atienen a las palabras finales del

mismo rito de la consagración «Haced esto en recuerdo mío». Es decir «Bendecid el pan como yo lo he bendecido y comedio fraternalmente entre Vosotros, y al hacerlo, acordaos de estos momentos en que estoy con vosotros, muy poco tiempo antes de mi pasión».

Algún autor protestante, aduce como prueba de que no hay tal conversión y la sustancia del pan sigue siendo la misma después de la consagración, el hecho de que a lo largo de la historia se conocen varios casos de personas que han sido envenenadas con hostias consagradas. Dice él, no sin alguna lógica, que en estos casos habría que atribuirle el envenenamiento al mismo Jesucristo. (Cuando uno comienza admitiendo disparates, no hay que extrañarse de que la llamada teología, llegue al campo de lo absurdo. De hecho llegó muchas veces, por ejemplo en la famosa y ridícula controversia que los dominicos tuvieron contra los franciscanos en tiempos del papa Sixto IV, acerca de si la sangre derramada por Cristo en la cruz se había separado de la divinidad. Los dominicos decían que no y los franciscanos, que sí. Parece que eran menos devotos. ¡Qué solemne ridiculez!).

Es un hecho notable el que hasta el siglo XI, y más tarde en el siglo XVI con la gran escisión protestante, no haya habido en la Iglesia herejías serias sobre la presencia de Cristo en la eucaristía. Y digo que es un hecho notable porque es completamente natural que los cristianos, ante un hecho tan extraordinario, tan milagroso y tan increíble como es la conversión de un pedazo de pan en el cuerpo del Hijo de Dios, se preguntasen cómo podía realizarse semejante cosa y cómo había que entenderla, ya que los ojos decían que allí continuaba habiendo un pedazo de pan.

La primera duda tenía una fácil explicación: el infinito poder de Dios; pero la segunda había que explicarla. ¿En qué forma estaba el cuerpo de Cristo encerrado en la hostia?

Ante la infinidad de contestaciones que se le pueden dar a esta pregunta, es lógico, como dije, que hubiese habido a lo largo de los siglos muchas explicaciones y divisiones; y sin embargo vemos que hubo muy pocas y sin importancia hasta el siglo XI, sobre todo si las comparamos con las que hubo acerca de la trinidad y de las diversas personas de ella.

El hecho de que no haya habido discrepancias en este particular, no quiere decir que en la Iglesia cristiana haya habido unanimidad de criterio en cuanto al «cómo» de la presencia de Cristo en la hostia… Las hubo; pero como muy pronto en la Iglesia apareció la intolerancia, se hizo peligroso el discrepar. No solo por el peligro de ser excomulgado, sino por algo peor.

Una de las principales causas de que no hubiese más herejías en cuanto al dogma de la eucaristía y en cuanto a muchas otras cosas discutibles dentro de las creencias cristianas, es la que apuntamos en el párrafo anterior: el miedo. En cuanto se produjo el maridaje de los poderes civil y eclesiástico —entre los siglos VI y VII— la represión comenzó a apretar más y más las gargantas de los que querían disentir. A veces los obispos farisaicamente, para no mancharse de sangre, remitían a los disidentes «al

brazo secular», aun a sabiendas de que «el brazo secular» era feroz. Y por su parte, las potestades civiles se valían de las «herejías» de ciertos disidentes sociales para sacarlos del medio.

Para darle al lector una somera idea de cuán pronto los representantes de aquel que se llamó a sí mismo «manso y humilde de corazón» empezaron a ser intolerantes y a reprimir toda idea religiosa que no estuviese de acuerdo con las suyas, le daremos un brevísimo panorama de cómo estaban las cosas en este particular en la Edad Media, una vez que los gobernantes de la mayoría de las naciones de Occidente habían abrazado ya el cristianismo.

Tan temprano como en el año 385 fue degollado en Tréveris (Alemania) el piadoso obispo de Ávila, Prisciliano, con todos sus compañeros de herejía. La sentencia oficial dictada por el emperador Máximo, los acusa del «crimen de magia» pero la realidad era que Prisciliano, aparte de ser un purista y un severo censor de las costumbres relajadas del clero y del pueblo cristiano, era un librepensador en cuanto a la interpretación de las Sagradas Escrituras. Es cierto que el autor material de la condena y del suplicio fue el emperador, pero detrás de él había dos Pilatos —los obispos Hidacio e Itacio— lavándose y frotándose las manos. Ellos, como en tantas otras ocasiones en la historia de la Iglesia y de Europa, fueron los que indujeron a las autoridades civiles a que castigasen las herejías que eran un «peligro para la estabilidad del reino».

No se puede negar que siempre ha habido voces de eclesiásticos que se levantaron contra semejantes monstruosidades que van contra la esencia del evangelio. Pero tampoco se puede negar que el pensamiento general, y en épocas oficial, de la Iglesia fue el de favorecer la represión absoluta de toda doctrina que fuese contra los dogmas esenciales, sin excluir la pena de muerte.

Vea el lector con qué mogigato cinismo uno de los más famosos pontífices de la historia, San León Magno, aconseja en una carta a Santo Toribio, obispo de Astorga (siglo V) a propósito de las torturas a los herejes:

> «…si es cierto que la mente sacerdotal rehuye los castigos cruentos, también es cierto que pueden ayudar las severas leyes de los príncipes cristianos, porque hay gente que recurre al remedio espiritual cuando temen el suplicio corporal».

¡Qué frecuente ha sido esta untuosidad y gazmoñería eclesiástica en palabras tras las cuales solo hay política, ambición o deseos de venganza! De sobra sabía San León Magno cómo eran de bárbaras las «severas leyes de los príncipes cristianos».

Por las mismas fechas, San Juan Crisóstomo en Oriente, decía que la Iglesia no puede matar a los herejes, pero sí reprimirlos, quitarles la libertad de hablar y disolver sus reuniones.

Me permito en las lineas siguientes, extractar unos párrafos de la «Historia de la

Iglesia» de la Biblioteca de Autores Cristianos, escrita por tres Padres jesuitas, a los que no se puede acusar de detractores de su propia Iglesia.

> «Hasta el siglo XII no piensan los Papas en que la herejía tiene que ser reprimida por la fuerza. Es entonces cuando, alarmados por la invasión de predicadores ambulantes que sembraban la revolución religiosa, y a veces la revolución social, mandan a los príncipes y reyes que procuren el exterminio de las sectas».

Así se escribe la historia. Y así la escriben estos buenos Padres jesuitas que no son tan buenos cuando afirman que hasta el siglo XII los Papas no pensaban en la fuerza para reprimir las herejías, Los hechos que ellos mismos nos cuentan en los cuatro tomos de su historia, dicen lo contrario. Y los hechos que ellos callan y que otros historiadores nos cuentan, también dicen lo contrario.

Pero sigamos echando un vistazo a la represión de las herejías en aquellos tiempos, guiados por estos mismos autores.

Constantino el Grande —el que unció la Iglesia cristiana al carro del Estado utilizándola para afianzar su imperio y afianzarse él como emperador— les confiscó los bienes a los donatistas y los mandó al destierro (año 316). Al hereje Arrio y a dos obispos que rehusaron suscribir el credo de Nicea, los desterró al Ilírico. El emperador Teodosio —otro que se valió en grande de la Iglesia para hacerse él «el grande»— amenazó con castigos a todos los herejes (año 380); prohibió sus reuniones (381); quitó a los apolinaristas, eunomianos y maniqueos el derecho a heredar, e impuso la pena de muerte a los encratitas y otros herejes (382). Estas leyes fueron confirmadas por el emperador Arcadio en el 395, por Honorio en el 407 y por Valentiniano III en el 428. Más tarde, Teodosio II, Marciano y Justiniano añadieron otras, declarando infames a los herejes y condenándolos al destierro, privación de sus derechos civiles y confiscación de sus bienes. Faltaban todavía muchos años para el siglo XII.

Los emperadores bizantinos del siglo IX promulgaron durísimas leyes contra los paulicianos. Alejo Comneno (1081-1118) al fin de su reinado, mandó buscar al jefe de los bogomilos, Basilio, y a sus secuaces; muchos de ellos fueron encarcelados y Basilio fue quemado en la hoguera.

A medida que fue avanzando la Edad Media, fueron apareciendo herejías más «peligrosas», de acuerdo a las autoridades civiles y eclesiásticas, y la represión fue también haciéndose más violenta, hasta desembocar en la horrenda Inquisición que fue una especie de enfermedad mental o de *delirium tremens* que le entró al cristianismo a finales de la Edad Media.

La historia nos dice que en el 1022, diez eclesiásticos de Orleans, convictos de maniqueísmo, fueron degradados, excomulgados y quemados vivos. Y no satisfechos,

al año siguiente quemaron trece más.

En 1052 el emperador Enrique III de Alemania, que pasaba las Navidades en Goslar, mandó ahorcar a un grupo de cátaros. (Piadosa manera de celebrar la Navidad el cristiano emperador). Raúl Glaber refiere además la muerte de otros herejes hacia el 1034 por orden de los magistrados, no solo en Francia, sino en Italia, Cerdeña y España. En Francia lo que se les daba era el fuego; en Alemania la horca; en Inglaterra, a treinta herejes, el rey Enrique II en 1166 los hizo marcar en la frente con un hierro al rojo vivo y después de azotarlos en público, prohibió que nadie les diera alojamiento por lo que en invierno murieron de frío. En Flandes se extremaba también la crueldad con los herejes hacia 1183, confiscando sus bienes y mandando a la hoguera a nobles y plebeyos, clérigos y caballeros, campesinos, doncellas, viudas y casadas.

Todavía sin salirnos del punto de vista prejuiciado con el que narran la historia los tres autores jesuitas, nos encontramos con el «bárbaro rigor», tal como ellos definen las salvajadas de Pedro II de Aragón contra los valdenses. Felipe Augusto de Francia hizo quemar a ocho cátaros en Troyes en 1200, uno en Nevers al año siguiente, otros muchos en 1204, y obrando como rey *christianissimus et catholicus*, hizo quemar a todos los discípulos de Amaury de Chartres: hombres, mujeres, clérigos y laicos.

Y todo esto no fueron más que los comienzos de las horrendas matanzas que en los primeros quince años de este mismo siglo habría en el sur de Francia, con motivo del exterminio de los cátaros. Estos «herejes» que si de algo pecaban era de ser fanáticamente puristas y austeros, y de haber estrechado la interpretación de las escrituras hasta límites enfermizos, fueron salvajemente exterminados por varios caudillos «cristianísimos» entre los que sobresalió una bestia humana llamada Simón de Montfort al que el papa Inocencio III le dio el título de «católico ferviente y admirable» y de «hijo predilecto del Papa», títulos a los que el propio Concilio de Letrán añade el de «Paladín de la cristiandad».

No hay palabras con que describir los horrores de estas «guerras religiosas», ni el odio fanático que rezumaban los «cruzados», ni las mundanas intrigas de los «vicarios de Cristo» que por esta época regían los destinos de la Iglesia, entre los que descolló Inocencio III.

Vea solo un botón de muestra el lector, tomado del libro de P. Guirao «Herejía y tragedia de los cataros»:

Simón de Montfort, en su avance por tierras del mediodía francés encontró una dificultad en Lavaur, donde una mujer llamada Geralda o Giralda se le opuso al frente de cien caballeros. Esta singular hembra era hija de una «investida» o sea una cátara pura que había renunciado a todo por la salvación de su alma.

> «Giralda era hermana de Aymeric de Montreal y estaba encinta de varios meses. A pesar de esto, cuando las huestes de Montfort lograron tomar la fortaleza en donde se habían refugiado cerca de cuatrocientos cátaros, la

valiente Giralda fue arrojada a un pozo. Primero la sacaron arrastrando del castillo, sin más prendas que su larga cabellera, la echaron al hoyo y luego echaron piedras hasta cegarlo, pudiendo ser oídos los gritos de la infortunada durante largo tiempo.

Por su parte, los cátaros fueron quemados en una gran hoguera».

Según nos cuenta Gerard de Sede en *El tesoro cátaro* (Plaza y Janes), en la toma de Beziers por las huestes de Simón de Montfort en 1209, murieron alrededor de 20.000 personas en su mayoría cátaros; y otros 20.000 en la toma de Muret en 1212.

Y no se crea que todos estos horrores se debían al fanatismo de algunos exaltados como Simón de Montfort, o a las ambiciones políticas disfrazadas de celo religioso del rey Pedro de Aragón, no. En todas estas salvajadas de comienzos del siglo XIII que ennegrecen la historia del cristianismo, nos encontramos en primera fila a obispos alentando al asesinato y al exterminio de los «enemigos de la santa religión». Y no solo a obispos; el mismo Papa es el principal instigador de todos estos horrores. Este envía como legado a Pierre de Castelnau que, al no lograr lo que pretendía del Conde de Tolosa, Raimundo VII, lo excomulga y pronuncia la célebre frase: «Quien os desposea, bien hará y quien os hiera de muerte, bendito será».

Ante esto, Inocencio III hace un llamamiento en pro de una cruzada para exterminar a los cátaros y publica para ello una bula. He aquí un resumen de ella, en la que uno se queda pasmado viendo con qué cinismo se usa el nombre de Dios y con qué engreimiento se mezclan las ambiciones humanas con los castigos divinos:

«Consideramos que debemos advertir a nuestros venerables hermanos los obispos y a exhortarlos por el Espíritu Santo, ordenándoles estrictamente que hagan tomar fuerza a la palabra de paz y de fe sembrada por Pierre Castelnau…».

«En cuanto a aquellos que virilmente se ciñan y armen contra estos herejes apestados que atacan a la vez la paz y la verdad, se les promete con toda seguridad la remisión de sus pecados, concedida por Dios y por su Vicario…».

Continúa animando a los súbditos del Conde a que se rebelen contra él y se queden con sus tierras y posesiones, y termina con esta arenga:

«¡Adelante, pues, soldados de Cristo! ¡Esforzaos por pacificar estas poblaciones en nombre del Dios de paz y amor! ¡Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire!».

Por lo que hemos visto más arriba el medio que Dios y sus representantes les

inspiraron fue el fuego, la horca, el degüello y el pillaje. Según los historiadores, el total de muertos por los dos bandos en la «Cruzada» contra los cátaros y albigenses (que se extendió todavía durante todo el siglo XIII) supera las cien mil personas.

Pero volvamos a las herejías específicas contra la eucaristía. Todos estos sacros horrores que acabamos de mencionar fueron traídos para explicarle al lector una de las razones de por qué no hubo herejías contra la eucaristía hasta tan tarde, en la historia de la Iglesia. Por lo que el lector acaba de ver, a medida que fue pasando el tiempo se fue haciendo más difícil discrepar, y entrado ya el siglo XIV, discrepar en cuestiones religiosas, en la mayor parte de Europa era sinónimo de cárcel o de muerte, una vez instituido el Santo y Demente Tribunal de la Inquisición.

La doctrina de la transubstanciación fue resistida y contestada desde los primeros tiempos del cristianismo. Aunque la palabra «transubstanciación» no aparece hasta el siglo XII, usada por Hildeberto de Lavardin, lo que con ella quiere decir la Iglesia en la actualidad ya era ciertamente defendido por algunos autores en los comienzos del cristianismo. Pero probablemente era una afirmación minoritaria, ya que nos consta que muchos de los principales teólogos de los tres primeros siglos tenían opiniones diferentes de cómo había que entender la presencia de Cristo en la hostia. He aquí algunos ejemplos:

Tertuliano (muerto en 220) (Contr. Marc.) «Cristo, habiendo tomado el pan y habiéndolo distribuido a sus discípulos lo hizo su cuerpo cuando dijo: “este es mi cuerpo” es decir, “la figura” de mí cuerpo».

Efrén (S. VI) (Dial, contr. set, nat. Dei) «El Señor tomando en sus manos el pan, dio gracias y lo partió en figura de su cuerpo inmaculado y bendijo el cáliz en figura de su sangre preciosa».

Teodoreto (S. IV) (Dial. con Eutiches) «Después de la consagración el símbolo místico no cambia su propia naturaleza pues permanece en su primitiva sustancia figura y forma».

S. Juan Crisóstomo (s. IV) (Epist. ad Cesareum) «El pan, después de la consagración es digno de ser llamado el cuerpo del Señor, aun cuando la naturaleza del pan permanece en él».

Eusebio (s. III-IV) (Demostr. 1,1) «Hemos sido enseñados a celebrar sobre la mesa de conformidad con la ley del Nuevo Testamento, con los símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo, la memoria de aquel sacrificio».

San Agustín (s. IV-V) (Ep. 23 ad Boif.) «El Señor no tuvo dificultad en decir: “este es mi cuerpo” cuando daba la señal de su cuerpo y de su sangre».

Gelasio I, papa (s. V) (Tratado de las dos naturalezas) «El sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo es verdaderamente cosa divina; pero el pan y el vino permanecen en su sustancia y naturaleza de pan y vino».

Vigilio I, papa (s. VI) (cont. Eutiches 1, II) «La carne de Cristo cuando

estaba en la tierra no estaba en el cielo, y ahora, como está en el cielo, no está en la tierra» (!!).

Como podemos ver, las ideas no estaban muy claras y, ante un hecho tan extraño como la conversión de un pedazo de pan y de un vaso de vino en nada menos que el cuerpo y la sangre de Dios, los Doctores y el pueblo preferían no ahondar, dejándolo a la imaginación de cada uno. En el siglo IX y X aparecieron las primeras dudas y controversias en Francia, sobre todo, protagonizadas por Pascasio Radberto, Rabán Mauro y Escoto Eriúgena, del cual son estas palabras, que confirman lo que venimos diciendo acerca de la poca claridad en torno al tema: «El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y sangre del Señor sino solamente un recuerdo de su verdadero cuerpo y sangre».

En el siglo XI Berengario de Tours se rebela abiertamente contra la doctrina de la transubstanciación y a partir de entonces, valdenses, cátaros, albigenses, y los grandes reformadores protestantes, con Lutero a la cabeza, se unen a esta rebelión contra la presencia «real» de Cristo en la Eucaristía.

La doctrina sobre la eucaristía no es, pues, unánime en el cristianismo. A lo que tenemos que añadir que la doctrina «eucarística», es decir la creencia de que Dios se hace comestible, por increíble que esto suene, tampoco es original del cristianismo como enseguida veremos.

De hecho, es algo que lo llena a uno de admiración el encontrarse el mismo rito y la misma creencia, tan extraños de por sí, en otras religiones. Esto lo lleva a uno a pensar que tiene que haber un secreto y profundo mecanismo que inconscientemente fuerza al ser humano a inventar y a practicar semejantes creencias y ritos.

Si esto lo encontrásemos solo en una religión se lo achacaríamos a la mente especialmente calenturienta del visionario fundador. Pero no es así. El rito eucarístico, de una u otra forma, lo encontramos en unas cuantas religiones anteriores al cristianismo y practicado con la misma fe y la misma entrega de mente conque se practica y se cree en el cristianismo de hoy. Esto nos lleva a pensar en la teoría de los arquetipos de Jung: esos modelos universales hacia los que tiende la mente humana de una manera inevitable e inconsciente. Nos lleva a pensar en la necesidad profunda que el hombre siente de seguridad, de sentirse protegido por Dios, y la manera mejor de lograrlo es sintiéndose físicamente fundido con él tal como lo logra en la eucaristía, comiéndoselo. Es una forma primitiva e irracional de solucionar el profundo miedo vital, la constante incertidumbre que el ser humano tiene ante la existencia y ante el Universo.

Creo que hay otras maneras más radicales de explicarse este extrañísimo rito de la comunión; pero no es este libro el lugar adecuado para discutirlas. Veamos ahora cómo se practicaba la eucaristía en las religiones anteriores al cristianismo.

En la misma Biblia tenemos en el capítulo 14 y 18 del Génesis una temprana noticia acerca del pan y del vino consagrados como alimento religioso. Se trata del

pasaje en el que Melquisedec, rey y al mismo tiempo sacerdote de una religión pagana, bendijo a Abraham, padre del judaismo. Faltaban entonces alrededor de años para que naciese Cristo.

Pero no es esta la primera ocasión en que el pan y el vino aparecen como principales elementos litúrgicos, y por ello no es extraño que Melquisedec conociese y practicase el rito, ya que en toda aquella región se practicaba desde tiempos inmemoriales a juzgar por tos documentos que han llegado hasta nosotros.

En efecto, los persas practicaban unas ceremonias que se parecían mucho a nuestro sacramento de la comunión. Los que eran iniciados en los misterios de Mithra tomaban el pan y el vino sagrado, y eran marcados en la frente con una cruz, tal como luego lo practicaban algunos cristianos en la misma Roma a donde los persas habían llevado sus ritos.

Tan parecidos eran los cultos de Mithra y muchas de las creencias del mitraísmo y el mazdeísmo, que los Padres de la Iglesia tuvieron que salir en defensa del sacramento de la eucaristía. He aquí las palabras con que lo defiende San Justino mártir (año 170):

> «Habiendo Cristo tomado el pan, después de dar gracias, dijo: “haced esto en memoria mía; esto es mi cuerpo”. Y habiendo tomado una copa, dando de nuevo gracias, dijo: “esta es mi sangre”. Y se la dio a todos ellos. Esta ceremonia, los malos espíritus, únicamente por imitarnos, se la han enseñado a hacer a los que practican los Misterios y los ritos de iniciación de Mithra. Porque vosotros sabéis o debéis saber que en la consagración de la persona que es iniciada en los Misterios de Mithra, se le dan, con ciertas encantaciones, pan y una copa de vino o de agua» (Apol. 1 cap. XVI).

Tertuliano (año 200) en su libro «De Praescriptione Heretico-rum», cap. XI, dice poco más o menos lo mismo. Y fue este Padre de la Iglesia el primero que empezó por esta misma razón a llamarle a Satanás el «mono de Dios», porque imitaba las creencias y ceremonias de la verdadera Iglesia de Dios.

Es de notar que en los Misterios de «el Señor» o «el Salvador» —como los persas llamaban a Mithra— lo más frecuente era que mezclasen el agua con el vino, que es, ni más ni menos, lo que la Iglesia cristiana ha hecho siempre y continúa haciéndolo aún hoy en la celebración de la Misa.

Otras ocasiones en las que vemos aparecer el agua y el vino al mismo tiempo que el trigo en las ceremonias sagradas, son los famosísimos Misterios de Eleusis, los Misterios de Adonis y los que se celebraban en honor de Ceres y de Dionisos.

Algún cristiano piadoso me dirá que aquello era diferente. Que la analogía del pan y del vino es solo una cosa circunstancial, Porque en el cristianismo no solo bendecimos el pan y el vino sino que nos los comemos creyendo firmemente que en

ellos está el cuerpo de nuestro Salvador. Pero resulta que en los Misterios citados de las religiones antiguas también se comían el pan y se bebían el vino, y los que lo hacían creían comer la carne de Ceres y beber la sangre de Dionisos. La copa de vino consagrado que se hacía circular entre los iniciados se llamaba la copa del «agazodemon» es decir, la copa del «buen espíritu». Y sí de Roma y Grecia nos vamos a Egipto nos encontraremos con un viejo papiro en el que se halló esta frase: «Que este vino se convierta para mí en la sangre de Osiris».

En Egipto la comunión se practicaba con una especie de oblea gruesa compuesta con harina de trigo, miel y leche en la que se imprimía la señal de la cruz. Tanto ellos como los griegos celebraban una cena ritual a la que llamaban «ágape» en la que practicaban la comunión, lo mismo que hicieron los primeros cristianos durante medio siglo, hasta que debido a los abusos que San Pablo denuncia en sus cartas, separaron el «ágape» de la propia eucaristía, celebrando uno por la mañana y otra por la noche.

He aquí cómo San Epifanio (325-403) nos narra el rito eucarístico de los gnósticos marcosianos que, por supuesto, para él era puramente demoníaco por los prodigios que allí sucedían:

> «En la fiesta congregacional de la Eucaristía llenaban los marcosianos de vino blanco tres grandes vasos de finísimo y transparente crista. Durante la ceremonia, el vino tomaba, a la vista de todos los fieles, un color rojo de sangre que cambiaba después a púrpura y por último a azul celeste. Entonces el celebrante entregaba uno de los vasos a una mujer de la congregación para que lo bendijera y hecho esto, trasegaba el celebrante su contenido a otro vaso mucho mayor diciendo: “Que la gracia de Dios inconcebible e inexplicable que domina todas las cosas, llene tu interno ser y acreciente el conocimiento del que está dentro de ti…”» (Epifanio, «Herejías» XXXIV).

Los judíos también tienen su pan y vino rituales, al igual que lo tenían los enigmáticos druidas. Y si nos remontamos milenios atrás nos encontraremos con el misterioso «soma» de los hindúes: una bebida sagrada —que también era considerada como un dios— que una vez tomada, hacía experimentar al creyente una identificación con la divinidad.

En la comunidad esenia de Qumram también tenían el rito de la «Cena Sagrada» que algunos han considerado como el antecesor directo de nuestra misa, ya que es un hecho histórico, que muchos de los primitivos judeo-cristianos —antes de hacerse la definitiva separación del judaismo y del cristianismo— eran esenios.

Y terminaré esta somera presentación de ritos de otras religiones relacionados con la eucaristía, con lo que el historiador José Acosta S. J. nos cuenta en su magna «Historia Natural y Moral de las Indias» (1590). El Padre jesuita, que recorrió gran parte de América estudiando con mucho cuidado las costumbres y religiones de los

indios, se asombraba al encontrarse en muchas ocasiones, en tribus y razas completamente diferentes, con que aquellos indios practicaban ceremonias que parecían calcadas en las del cristianismo:

> «Lo que es admirable en el odio y la altanería de Satanás, es que no solamente ha falsificado idolátricamente nuestros ritos y sacrificios sino también nuestros sacramentos con ciertas ceremonias. Cristo Nuestro Señor los instituyó y la Santa Iglesia los usa, pero Satanás tiene especial interés en imitar de alguna manera el sacramento de la comunión que es el más excelso y divino de todos».

El buen padre Acosta, para explicarse lo inexplicable, acude de nuevo a la tesis de Satanás como el «mono de Dios» que ya habíamos encontrado en Tertuliano y Justino Mártir. Pero sospechar que su punto de vista, su propia creencia, su sagrada religión, sea la que está imitando a otras o simplemente sea una religión falsa más, ni se le pasa por la cabeza. Y para gran desgracia de la humanidad, todos los fieles creyentes de todas las religiones piensan igual. ¡Qué débil es la mente humana en ciertos aspectos!

La profunda explicación de un rito tan raro como la eucaristía-comunión, y de un hecho tan extraño como la presencia de él en tantas religiones tan separadas en el tiempo y en el espacio, es la que apuntamos más arriba, y, en el fondo, la que Freud señaló hace ya mucho tiempo: el miedo. El miedo a la muerte y el miedo al más allá. La necesidad profunda que el ser humano tiene de sentirse protegido y defendido por alguien más poderoso que él, De ahí que quiera identificarse con eso que él llama «Dios», en lo que simboliza todo el misterio de la vida y de la muerte y toda la energía impulsora del Universo.

La mente del hombre, aterrada ante su propia tumba abierta esperándole, y sin saber a punto fijo a dónde va, ni si va a alguna parte, se vuelve loca y en su delirio comienza a fantasear cosas disparatadas: inventa dioses, los hace bajar del cielo «encarnándolos», comer, caminar, llorar y sufrir, hasta que acaba matándolos. Pero como el miedo persiste, la mente sigue delirando y los hace resucitar, les hace prometer que volverán, (la famosa «Segunda Venida» que también es frecuente en las otras religiones) hasta que, en el colmo de su delirio, los hace convertirse en pan y acaba comiéndoselos para sentirse identificada con ellos.

Por eso lo que tiene que hacer un espíritu evolucionado es respetar la fe infantil de los que creen que Dios es comestible. Pero por otro lado, el hombre verdaderamente adulto debe ayudar a que sus hermanos dejen de ser niños, religiosamente hablando, y superen los profundos traumas mentales a que fueron sometidos en su niñez y que son los que en la actualidad no les dejan ver que su religión, considerada en bloque, es solo otro mito más.

12
PARALELOS

Aunque ya hemos ido mostrando muchos puntos en que el cristianismo coincide sospechosamente con otras religiones, presentaremos en este capítulo una somera lista de personajes, creencias y ritos, que ya existían o se practicaban antes de nacer Cristo; y en ocasiones, antes de que Moisés escribiese el Pentateuco, si es que en realidad fue Moisés el autor de los cinco libros fundamentales del Antiguo Testamento. De hecho, hoy día, tal como ya apuntamos anteriormente, los especialistas de la Biblia, católicos, protestantes y judíos, saben a ciencia cierta, que en los cinco primeros libros de la Biblia han intervenido unas cuantas manos, proceden de dos o tres fuentes y repiten hechos, leyendas y mitos de otras culturas más antiguas, que acomodan, en ocasiones, al pueblo de Israel.

Referente a los ritos precristianos comencemos diciendo algo sobre el antiquísimo rito de lavar, bañar o purificar con agua, que en la Iglesia cristiana recibe el nombre de sacramento del bautismo.

El cristianismo no hizo más que incorporar a sus creencias y ritos algo que ya se practicaba en muchas religiones. Es cierto que tuvo cierta originalidad en cuanto a la explicación de la causa que motiva el rito —el pecado original—, pero en cuanto a este, casi no pudo hacer otra cosa que repetir lo que ya se practicaba. La simbología del lavado y de la purificación con agua, apenas deja margen para innovaciones. Es cierto también que en el cristianismo poco a poco, y dependiendo de las diversas regiones, se ha ido adornando la acción de bañar y lavar, con nuevas adiciones, a veces un poco descabelladas pero en el fondo se conserva la misma ceremonia: al recién nacido o al iniciado se le baña o se le lava de alguna manera con agua, simbolizando la purificación que su alma recibe.

Todos los que eran iniciados en los Misterios de Baco y de Mithra, eran admitidos por medio de un bautismo con el que lograban la regeneración. Siglos antes de que el cristianismo llegase a los países del norte de Europa, ya los daneses, suecos, noruegos e islandeses bautizaban a sus hijos, al mismo tiempo que les imponían un nombre, tal como leemos en los poemas épicos Hava-mal y Rigs-mal. Este rito de «lavar

ritualmente» a los recién nacidos, al mismo tiempo que se les lavaba de los líquidos maternos de que venían empapados al momento de nacer, es algo que vemos con cierta frecuencia en pueblos antiguos. Los etruscos, por ejemplo, los marcaban en la frente con una cruz en el momento de imponerles el nombre, y al mismo tiempo los sumergían en el agua. Mayor paralelo con nuestro bautismo no se puede dar.

Y no solo los seres humanos mortales eran bautizados, sino que es frecuente encontrar en las diferentes mitologías, que los «inmortales» eran también bautizados en el momento de presentarse como hombres. Veamos lo que a este respecto nos dice Lloyd M. Graham:

> «Los dioses de la India, Grecia y Egipto eran de hecho bautizados todos, y al dios Sumerio Anu le llamaban el bautizador. Y en sus bautismos invariablemente sucedían fenómenos sobrenaturales».

En el evangelio podemos efectivamente recordar cómo en el bautismo de Cristo los cielos se abrieron y se oyó una voz que decía:

> «Este es mi Hijo amado en quien me complazco»[10].

Para que el lector tenga una idea de cómo se forma el tinglado teológico, le transcribiré una nota de la muy seria «Biblia de Jerusalén», a propósito del tema que estamos tratando:

> «El rito de inmersión, símbolo de purificación o de renovación, era conocido en las religiones antiguas y en el judaismo (bautismo de prosélitos, esenios, etc. Aun inspirado en estos precedentes, el bautismo de Juan se distingue de ellos por tres rasgos principales: 1) apunta a una renovación no ya ritual, sino moral; 2) no se repite, y cobra por ello el aspecto de una iniciación; 3) tiene un valor escatológico, ya que introduce, en el grupo de los que profesan, una espera activa del Mesías próximo y constituye por anticipado su comunidad. Su eficacia es real pero no sacramental, puesto que depende del Juicio de Dios, que aún ha de venir en la persona del Mesías, cuyo fuego purificará o consumirá, según que se esté bien o mal dispuesto, y quien únicamente bautizará “en el Espíritu Santo”. Este bautismo de Juan aún será practicado por los discípulos de Cristo hasta el día en que quede absorbido por el nuevo rito instituido por Jesús».

Toda esta palabrería, dicha en términos teológicos, no es más que una pura jerga ininteligible, salida de las bienintencionadas y calenturientas mentes de piadosos varones que, a fuerza de imaginar, acaban haciendo un dogma impresionante pero

hueco.

Los autores de esta cita nos acaban de confesar que el rito de inmersión ya existía antes de nacer Jesús; por lo tanto, no fue original de él, aparte de que, según parece, Cristo nunca bautizó a nadie ni siquiera a sus apóstoles, cosa harto extraña si en realidad hubiese querido instituir un nuevo rito.

Y ya que he hablado de las mentes bienintencionadas de los teólogos y demás escritores piadosos, me permitiré un breve paréntesis para expresarle al lector ciertas dudas.

A veces uno no puede menos de sospechar de la buena intención de ciertos apologistas del cristianismo, cuando lee lo que escriben. Da la impresión de que cuando la realidad es desagradable o va contra sus teorías, la disimulan con tales palabras, que solo los entendidos son capaces de descifrarlas. Y si esto pasa en nuestros días, cuando saben que pueden ser acusados de inexactos ¿qué no habrá pasado a lo largo de tantos siglos?

Sin salirnos del tema, veamos cómo se comenta en la misma Biblia de Jerusalén, el episodio de la institución del bautismo por Cristo. El texto del evangelio (Mt. 28.18) dice así:

> «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo…».

Pues bien, he aquí el comentario de los escrituristas:

> «Es posible que esta fórmula se resienta, en su precisión, del uso litúrgico establecido más tarde en la comunidad primitiva. Se sabe que el libro de los Hechos habla de bautizar “en el nombre de Jesús”. Sea lo que fuere de estas variaciones, la realidad profunda es la misma».

Estas retorcidas palabras significan esto: «La fórmula “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, no fue probablemente dicha por Cristo, sino que, influenciada la jerarquía por fórmulas posteriores adoptadas por algunas iglesias, se la impuso a toda la Iglesia; y se intercaló, como si fuese original, en copias posteriores de los evangelios. Por el libro de los Hechos de los Apóstoles sabemos a ciencia cierta que el bautismo en un principio se hacía únicamente “en el nombre de Jesús” y no invocando a la Santísima Trinidad».

Y lo más peligroso de todo es la mentalidad que asoma en la frase «sea lo que fuere de estas variaciones, la realidad profunda es la misma». Dicho en otras palabras más inteligibles: «Como el dogma de la Santísima Trinidad es un dogma del que no se puede dudar, no importa que el texto de los evangelios haya sido adulterado para

achacarle a Cristo palabras que nunca dijo; puesto que este error nos lleva a algo que es absolutamente cierto, porque es dogma de fe, lo toleraremos».

Y así, con los buenos deseos de unos, las imaginaciones de otros, las manías de unos terceros, las interpolaciones y malas traducciones de unos cuartos y los silencios cómplices de unos quintos, el cristianismo ha ido elaborando un dogma que hoy lo aprisiona como una camisa de fuerza que le impide evolucionar.

Pero volvamos a otro de los muchos paralelos entre el cristianismo y otras religiones y culturas más antiguas.

Si saltamos del Nuevo Testamento al Antiguo nos encontraremos con su figura principal, Moisés… Este personaje ha pasado a la historia como el legislador por excelencia ya que recibió «la ley» nada menos que del mismo Dios. La tradición, nos dice que recibió los mandamientos grabados en dos tablas de piedra. El cristianismo, y mucho más el judaismo, tienen este hecho por algo fundamental en su religión y se sienten orgullosos de ello como algo «único». Pero ¡cuán lejos están de la verdad!

Oigamos nuevamente a Lloyd M. Graham:

> «El conocimiento de otras culturas nos ayuda a comprender mejor los hechos de la Biblia. Por ejemplo, comprenderemos mejor todo el episodio de Moisés en el Sinaí recibiendo las tablas de la ley, si sabemos que Mises —el Moisés de los asirios— escribió sus leyes en dos tablas de piedra. Dioniso el dios legislador griego, es representado teniendo en sus manos dos tablas de piedra en las que está grabada la ley. Minos, el rey de Creta, recibió de Dios las leyes para su pueblo en un monte llamado Dicta. Los persas afirman que sus leyes les llegaron de la misma manera: Cuando Zoroastro se hallaba orando en una cueva se le apareció Dios en medio de rayos y truenos, y le entrego el Zen-Avesta O “Libro de la Ley” ¿Dónde está la originalidad de Moisés y de la Biblia?».

Siglos antes de Moisés, vivió Hammurabi en Babilonia, al que según la tradición, Shamash, el Dios-Sol, le entregó el famoso Código titulado «Leyes de la rectitud que Hammurabi el poderoso y justo rey, ha establecido para beneficio del débil y del oprimido, de las viudas y de los huérfanos». Y es bien sabido que en los puntos en que las leyes de Moisés y las de Hammurabi son paralelas, las del rey de Babilonia superan a las del caudillo hebreo, que casi con seguridad se «inspiró» en ellas.

Este Mises de la mitología asiría y fenicia, de que nos habla Lloyd M. Graham sería una copia perfecta de Moisés, si no hubiese existido antes que él. Juzgue el lector: De niño, su madre no tuvo más remedio que ponerlo en una cestilla embreada y dejarlo ir, corriente abajo por el rio. Y esa fue la razón —al igual que en Moisés— de que le llamasen Mises[11], es decir «el salvado de las aguas». Lo representaban con unas protuberancias en su frente; (la Biblia dice que «cuando Moisés bajó de la

montaña de hablar con Yahvé, no sabia que su faz tenía dos cuernos»)[12].

El Mises asirio tenía, como acabamos de ver, la ley grabada en dos tablas de piedra. Poseía además un baston con el que hacía toda suerte de milagros; entre otras cosas, el bastón se convertía en serpiente. Con él dividió las aguas de los ríos Orontes e Hydasto; gracias a él, pudo pasar en seco el mar Rojo, al frente de un ejército, tras haberse retirado las aguas; golpeándolo contra una roca, brotó agua para que bebiesen todos…

¿Se pueden dar más paralelos con lo que la Biblia nos cuenta de Moisés? Sí, se pueden dar. He aquí cómo el rey Sargón, fundador de Babilonia (2800 a. C.) —es decir, unos 1.500 años antes de Moisés— dejó grabada su infancia en tablillas de arcilla:

> «Sargón, el poderoso rey de Agade, soy yo. Mi madre fue una vestal; a mi padre no lo conocí… En mi ciudad Azupirani, situada a orillas del Eufrates, me concibió en su vientre mi madre, la vestal. Me dio a luz en secreto; me colocó en una caja de juncos, cerrando la puerta con pez negra y descendiéndome al río, que no me ahogó. La corriente me llevó hasta Akki, el aguatero. Akki, con la bondad de su corazón me levantó de las aguas y me crio como hijo propio; me confió el cuidado de su jardín. Trabajando como jardinero, Ishtar se enamoró de mí; llegué a ser rey y durante cuarenta y cinco años ejercí mi reinado».

Según Otto Rank, en su libro «El mito del nacimiento del héroe», podemos encontrar historias semejantes en las vidas de Ciro, Rómulo, Mithra, Perseo, Edipo, Karna, Paris, Télefos, Hércules, Gilgamés, Anfión y Zethos. Y hasta de Alejandro Magno se cuenta una historia parecida. Los autores del Pentateuco tuvieron muchos patrones en que inspirarse para la historia de Moisés.

Son las mitologías en acción. Es la mente humana fabulando inconscientemente y presentándonos «modelos» con una significación profunda —más allá de la mente racional— para que tendamos hacia ellos. Sigmund Freud en su libro «Escritos sobre judaismo y antisemitismo» abunda sobre las profundidades esotéricas y psíquicas de este mito en particular; pero renuncio a presentárselas al lector porque nos llevarían demasiado lejos.

Otra de las cosas que se nos han presentado como originales del judeo-cristianismo es el nombre de Dios: Yahvé. Cuando Moisés le preguntó su nombre, el que se le presentaba en una nube le contestó: «Yo soy el que soy», según la versión de los setenta y de la vulgata; y «Yo soy lo que soy», según la versión original.

Pues bien, en la mayor parte de los templos egipcios, se puede leer a la entrada esta inscripción: *Nuk Pu Nuk* que significa exactamente lo mismo: Yo soy lo que soy. Y en los templos indios se puede leer esta otra: *Tat Twam*. Asi: Yo soy eso. Y en los persas: *Ahmi Yat Ahmi*: Yo soy lo que soy.

O Yahvé no era original o Moisés no hacia más que repetir viejos mitos.

En mi libro *Defendámonos de los dioses* dedico unas cuantas páginas a describir el asombroso paralelo que hay entre el éxodo de los israelitas desde Egipto hasta Palestina, y el de los aztecas desde el sur de los Estados Unidos hasta Tenochtitlan. Así como Yahvé acompañó a los israelitas durante 40 años, en forma de una nube, a los aztecas, su Yahvé llamado Huitzilopochtli, los acompañó durante 120 años en forma de una gran águila o pájaro blanco. Su Moisés se llamaba Moshi y llevaban también con ellos un «arca de la alianza» que les servía para comunicarse con su Dios. En estos dos éxodos hay muchas más semejanzas, que ahora no describo, y que nos hacen sospechar que estamos ante una misma realidad mítica.

A veces, en la Biblia el mito se hace descarado e inocultable como en el episodio de Jonás. No solo vemos que la narración es totalmente mitológica en sí, sino que nos encontramos con el mismo mito, totalmente increíble, repetido en otras culturas.

Jonás iba de pasajero en una nave y se formó una gran tempestad. Creyeron que la tempestad era en castigo de las culpas de Jonás, y para liberarse de él lo tiraron por la borda. Un gran pez lo estaba esperando y se lo tragó. Tres días estuvo Jonás vivo en el vientre del pez hasta que este lo vomitó. Todo pura mitología, admitido así por los escrituristas modernos.

Pues bien, Hércules fue tragado también por una ballena o gran pez, y según los eruditos, curiósamente en la misma región, y asimismo estuvo tres días encerrado en su vientre. Uno de los avataras de Vishnu, salio de entre las fauces de un gran pez. Yamshid el dios-hombre persa, fue devorado por otro gran pez y más tarde vomitado vivo, por él, en la playa. Y sin salir de mitos, tenemos el del, griego Arión que, habiendo sido la causa de una tormenta, fue lanzado al mar por los marineros para que aquella cesase, siendo recogido por un delfín que lo depositó sano en la playa. A propósito de esta leyenda o creencia, los mitólogos y esotéricos hacen toda suerte de reflexiones, asegurando que su significado profundo es grande y por ello vemos que los peces, y en particular «grandes peces»; tienen mucho lugar en las mitologías.

Los paralelos del cristianismo con otras religiones, en cuanto a creencias y a pasajes de sus respectivos libros sagrados, podrían extenderse interminablemente.

Por eso, para terminar este capítulo, me limitaré a transcribir dos milagros realizados por Jesús y por Crishna. Se trata de la resurrección de una jóvencita. He aquí como lo narra el evangelista Marcos en el capítulo 5 versículos 21 al 43:

> «Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla, y se aglomeró mucha gente; él estaba a la orilla del mar. Llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verle cae a sus pies y le suplica con insistencia: —Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella para que se cure y viva —. Y se fue con él. Le seguía un gran gentío que le oprimía.
>
> Estaba todavía hablando, cuando de casa del jefe de la sinagoga llegan unos diciendo: —Tu hija ha muerto. ¿A qué molestar ya al Maestro?— Jesús

que oyó lo que habían dicho, dice al jefe de la sinagoga: — No temas. Solamente ten fe. Y no permitió que nadie fuera con él, a no ser Pedro, Santiago y Juan. Llegan a la casa del jefe de la sinagoga y oye el alboroto de los que lloraban y daban grandes gritos. Entran y les dice: —¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto; está dormida—. Y se burlaban de él. Pero él, después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña, a la madre y a los suyos y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña le dice: —*Talitá kum*— que quiere decir: —Muchacha, levántate—. La muchacha se levantó al instante, y se puso a caminar; tenía doce años. Quedaron todos fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera; y les dijo que le dieran de comer».

Hasta aquí San Marcos. Veamos ahora cómo el Hari Purana, en traducción de Jacolliot, nos cuenta el milagro del Señor Crishna:

«…de pronto un gran rumor se extendió por todo el palacio, y por todas partes se oía, cien veces repetido: "*Pacya gurum, Pacya pitaram*", "¡El Padre, el Maestro!".

Entonces se acercó Crishna, sonriente, apoyado en el brazo de Arjuna. — Maestro, gritó Angashuna echándose a sus pies y regándoselos. Con sus lágrimas: "Mira a mi pobre hija", y le mostraba el cuerpo de Kalavatti extendido en una cama…

¿Por que lloráis? dijo Crishna con una suave voz. "¿No veis que la niña está dormida? Fijaos cómo se mueve. ¡Kalavatti! levántate y anda". Apenas había Crishna terminado de hablar cuando el calor, la respiración, el movimiento y la vida volvieron poco a poco al cuerpo de la niña, y obedeciendo esta el mandato del dios, se levantó de su cama y se juntó a los suyos.

La multitud se maravilló y decía: "Este es un dios, pues la muerte es solamente un sueño para él"».

Tantos paralelos dan mucho que pensar.

13
DOCTRINAS INFERNALES

En los capítulos anteriores examinábamos algunos paralelos entre las creencias del cristianismo y las de otras religiones precristianas. Pero en este capítulo, en el que trataremos de la doctrina del infierno, me temo que no vamos a poder hacer lo mismo, porque en este particular el cristianismo es, desgraciadamente, muy original. Si bien es cierto que en otras religiones nos encontramos con lugares más o menos tenebrosos, a los que el ser humano va después de su muerte, las características con que los doctores cristianos han adornado el infierno de los creyentes en Jesucristo, a duras penas tienen precedente ni paralelo en otras religiones.

Lo que el cristianismo ha enseñado durante dos mil años, de una manera constante y firme, y casi sin contradicciones internas, acerca del lugar designado para los que no alcanzan la salvación, es algo como para ponerle los pelos de punta a un calvo.

De entre las varias características con que la imaginación de los doctrinarios cristianos ha dotado ese lugar, escogeremos únicamente dos que son más que suficientes para llenar el alma de terror; 1) en el infierno los cuerpos son atormentados a todas horas con fuego; 2) del infierno no se sale jamás.

Todas las otras penas de tipo intelectual o sentimental de que también nos habla la sabia teología, no importan nada al lado de estas.

Cuando uno piensa fríamente en esta doctrina llega a la conclusión de que, una de dos: o es obra de un fanático descerebrado, o es obra de un demente total; pero hay que estar de acuerdo en que en ninguno de los casos el inventor infernal tenía cabeza.

Aunque la verdad es que últimamente las llamas han perdido mucha fuerza, y el cerrojo, a pesar de lo que habían dicho los doctores, parece que se ha oxidado y está a punto de dejar escapar a los condenados eternos. La Iglesia está predicando muy poco sobre el infierno; prefiere no tocar el tema y si lo toca, lo hace con sordina y en tono menor.

Hasta hace pocos años, los predicadores de las Santas Misiones y los directores de Ejercicios Espirituales y Cursillos de Cristiandad encogían el alma de los fieles

asomándolos a las crepitantes llamas del infierno, y deleitándose en repetir morbosamente, ¡jamás! ¡jamás! Con ello no hacían más que continuar una tradición milenaria en la Iglesia que, como dijimos, ha predicado inequívocamente durante muchos siglos que las penas del infierno son eternas, y que el principal instrumento para torturar es el fuego físico.

Es cierto que en los primeros «símbolos» o credos confeccionados por los primeros Padres de la Iglesia y por los primeros concilios, únicamente se habla de la «vida eterna» y no se nombra el fuego. Pero sin embargo, la fuente de todo este delirio infernal son los propios evangelios en los que claramente se estatuye que el suplicio será eterno y que los cuerpos serán abrasados con fuego:

> «Entonces dirá a los de su izquierda: “apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”. E irán estos a un castigo eterno y los justos a una vida eterna». (Mt. 25.41).

En los comienzos de la Iglesia, cuando alguno de los teólogos dotado de una mayor inteligencia o de un mayor sentido común, como por ejemplo Orígenes, hizo algún pinito en cuanto a dudar de la eternidad de las penas, inmediatamente fue silenciado, lo mismo que les pasó posteriormente a otros.

Los concilios, aunque no muy pródigos en explicar cómo eran el infierno y sus penas, no dudaban en absoluto de que el pecador que muriese impenitente lo iba a pasar muy mal.

El problema de quiénes se condenaban eternamente nunca fue tratado muy directa ni claramente por la Iglesia. Es cierto que se fueron especificando los pecados que podían hacer a uno reo del fuego eterno; pero como el cristianismo, a pesar de sus ínfulas de religión universal y absoluta, siempre ha sido una religión minoritaria, nunca tuvo en cuenta a los otros innumerables habitantes del mundo, de los que prácticamente ignoraba su existencia. ¡Y el Espíritu Santo callado!

El Concilio de Lyon celebrado en 1245, resumía y rubricaba así lo que la Iglesia había venido diciendo en siglos anteriores:

> «Mas si alguno muere en pecado mortal sin penitencia, sin género de duda es atormentado por los ardores del infierno eterno».

A lo que el Concilio de Florencia (1431-1447), tratando de concretar un poco más, añadía:

> «La Sacrosanta Iglesia Romana firmemente cree, profesa y predica que nadie que no esté dentro de la Iglesia católica, no solo paganos sino también judíos o herejes y cismáticos, puede hacerse participe de la vida eterna, sino

que irá al fuego eterno que está aparejado por el diablo y sus ángeles, a no ser que antes de su muerte se adhiera a ella… Y que nadie por más limosnas que hiciere y aun cuando derramare su sangre por el nombre de Cristo, puede salvarse si no permaneciere en el seno y unidad de la Iglesia Católica».

A estas palabras, que rezuman por una parte arrogancia y por otra una crasa infantilidad, añadámosles estas otras de Inocencio III dirigidas al Arzobispo de Arlés:

«Porque no van a condenarse todos los niños, de los que cada día muere tan gran muchedumbre, sin que también a ellos el Dios misericordioso, que no quiere que nadie se pierda, les haya procurado algún remedio para su salvación…».

Y estas de Juan XXII:

«…las almas de aquellos que salen del mundo con el pecado mortal o solo con el pecado original como es el caso de la mayoría de los niños que mueren en el mundo bajan inmediatamente al infierno para ser, sin embargo, castigados con penas distintas y en lugares distintos».

¡Cuánto disparate! ¡Y decir que a esto se le llama teología, y que por oponerse a insensateces como estas muchos hombres fueron quemados vivos! ¡Y decir que por siglos todos estos delirios han sido vistos con gran respeto por millones de personas…! Uno se siente deprimido cuando piensa que, todavía en la actualidad, amigos con títulos universitarios y de una honradez indudable, aceptan mansamente todos estos insultos a la dignidad y a la inteligencia humana.

Resulta que, según los enfermos mentales que redactaron las actas de los concilios citados anteriormente, los niños que mueren en el centro de África y en la China o en una isla perdida en medio del Pacífico, serán castigados, si no con el fuego eterno —¡oh generosidad de la Santa Madre Iglesia!— por lo menos con la privación eterna de la vista de Dios. Esta privación de Dios es la llamada «pena de daño» que según los sabios e imaginativos teólogos, es una pena tan grande como la «pena de sentido», que consiste en ser quemado. Han enredado tanto la soga que se ahorcan ellos mismos y ya no pueden zafarse de sus contradicciones.

Pero dejando de lado si la pena de daño a que son sometidos los infantes que mueren sin el bautismo es mayor o menor, ¿con qué derecho, o conforme a qué código se permiten estos sacros salones imponer un castigo a unos seres que ni siquiera se han enterado de que han venido a este mundo?

¡La voluntad de Dios! se nos dirá. Esa es la voluntad de Dios y la Iglesia, que es la fiel y única intérprete de su voluntad, no hace sino transmitírnosla. ¿Y qué tiene

que decir una persona realmente racional ante semejante defensa de algo que está radicalmente contra lo que hoy día sostiene la jurisprudencia más elemental por la que se rigen todas las naciones civilizadas? Solo una palabra ¡fanatismo! Fanatismo ciego y peligroso que ha sido la causa de tantos crímenes en la triste historia de la humanidad.

El tema del castigo de los infantes no bautizados es, al igual que el tema de la Segunda Venida de Cristo, algo que la Iglesia ha preferido no mover mucho. Sobre el primero apenas si tiene bases bíblicas en que apoyarse y no tiene más remedio que rebuscar entre los muchos escritos de los primeros Padres de la Iglesia. Y sabido es que los Padres, tanto orientales como occidentales, desbarraron bastante en todo género de doctrinas, y en muchas ocasiones se tiraron los patrísticos trastos a la cabeza por discrepancias en sus fantasías teológicas[13].

Estos mismos Padres fueron los que empezaron a hablar del «limbo de los justos» que para otros era el «limbo de los niños» y, que sepamos, todo lo más que la Iglesia oficialmente ha dicho acerca del tema, es lo que el papa Pío VI escribió en 1794 contra los errores del Sínodo de Pistoya:

> «La doctrina que reprueba como fábula pelagiana el lugar de los infiernos (al que corrientemente designan los fieles con el nombre de limbo de los niños) en que las almas de los que mueren con la sola culpa original son castigadas con pena de daño sin la pena de fuego… es falsa temeraria e injuriosa contra las escuelas católicas».

Pero dejemos el tema del limbo de los infantes y de los justos y del derecho que la Iglesia pueda tener para mandarlos allá y, aunque de mala gana, volvamos al infierno. La Iglesia moderna, sin saber a punto fijo qué hacer con este difícil problema que tiene en las manos, trata de quitarle calor al asunto, hablando lo menos posible de él y cuando no tiene más remedio, presentándolo con metáforas y ambigüedades que nadie entiende.

En realidad, los teólogos modernos de avanzada ni creen que en el infierno haya fuego para atormentar a los condenados, ni creen que sea eterno, ni, en el fondo, creen que exista semejante institución demoníaca. Pero como la Iglesia reiteradamente a lo largo de los siglos afirmó todo lo contrario, anatematizando a los que no lo creían y definiéndolo como un dogma de fe claro y tajante, ahora no encuentra la manera de dar marcha atrás.

En el tema del infierno apenas si hay posibilidad de enfoque nuevo ninguno, porque la claridad y rotundidad con que la Iglesia ha hablado siempre del mismo, no da lugar para ello.

El famoso Catecismo Holandés, en su primera redacción, presentaba una visión del infierno por completo diferente a la clásica; y tuvo que ser revisada junto con muchos otros puntos con los que no estuvieron de acuerdo las autoridades romanas.

En su segunda versión se acercó algo más a la idea conservadora pero a pesar de las enmiendas, todavía dista mucho de aquel horripilante «lugar de tormentos» que nos presentaron en nuestra infancia y en nuestra juventud. He aquí lo que el citado Catecismo Holandés dice exactamente del infierno, con la particularidad de que los redactores ni siquiera se atrevieron a usar la palabra infierno:

> «Reprobación»
>
> «Jesús habla de la posibilidad de que alguien pueda condenarse eternamente. En Mateo 25, 46 leemos “castigo eterno”. Esto podría entenderse erróneamente como si fuese un desastre o una injusticia que les sobreviene a los condenados tal como a veces sucede con los castigos en el mundo. Por eso nosotros preferimos expresar la misma verdad con el término “pecado eterno”. Cuando el estado de una fría obstinación se hace eterno. Entonces se hacen alérgicos (o impenetrables) a Dios, al amor, a la bondad, a Cristo y a la amistad. Se trata de una perversión total y de una manifestación total que el pecado hace de sí mismo. Estar condenado significa estar totalmente encerrado uno en sí mismo sin contacto con otros ni con Dios. Esta es la explicación del castigo, la llamada “segunda muerte” (Apoc. 20,14). La Escritura usa palabras terribles para expresarlo: tinieblas, rechinar de dientes, fuego; pero estas palabras no tienen que ser tomadas al pie de la letra, como si fuesen una descripción de la realidad. Sin embargo son descripciones buenas para expresar el desaliento por haber perdido el fin y el propósito de la existencia».

El Catecismo todavía continúa párrafos por el estilo, tratando de convencernos de que «donde digo “digo” no digo “digo” que digo Diego». ¿Quién será capaz de reconocer en esta jerga semiintelígible las ardientes pinceladas con que los predicadores nos pintaban el infierno en los Ejercicios Espirituales y en las Misiones Populares? ¿Qué diría ante esta aguada descripción un San Ignacio de Loyola, que en la meditación correspondiente nos hablaba de cosas tan concretas como «sentina» y «piedra azufre» con que era atormentado el olfato de los condenados eternos?

Termina el Catecismo Holandés con esta advertencia, que —en su parte final— ojalá tuviesen muy presente todavía hoy, muchos religiosos enseñantes y muchos padres y madres de familia:

> «No hay por qué ocultarles esta doctrina de la reprobación a los niños. Pero sería erróneo el usarla como una amenaza, como si ellos también pudiesen ir al infierno. El aviso de Jesús va dirigido a los adultos que empecinadamente endurecen sus corazones, y tiene únicamente un propósito, el propósito de la salvación…».

¡De cuántas neurosis han sido culpables esas histéricas presentaciones de las penas infernales que sembraron el terror para toda la vida en las mentes de tantos niños y jóvenes fácilmente impresionables! Menos mal que este enfermizo sadismo sacro va desapareciendo, aunque todavía queden muestras. Hoy se tiende a explicar el infierno como un estado de conciencia, bien sea en esta misma vida, bien en la otra; y sobre todo se nota un deseo de eliminar la eternidad de las penas.

En encuestas realizadas en diversas naciones entre católicos, cada vez es mayor el número de los que no creen que las penas sean eternas, lo mismo que el de los que no admiten que se atormente con fuego a los condenados. Y esto aun entre católicos que todavía se consideran a sí mismos creyentes y practicantes. Por lo que se ve, terminado el miedo a autoridades eclesiásticas y civiles represoras, y aflojados los lazos de las sutiles imposiciones sociales y tradicionales, empieza a aflorar el sentido común entre los seguidores de Cristo, rebelándose contra una doctrina que a todas luces es falsa y denigrante, no solo para el hombre sino para el mismo Dios al que se hace patrocinador de tales horrores.

Desde un punto de vista puramente racional, si es vergonzoso para cualquier institución el sostener semejante creencia ¿qué se puede pensar de una institución que tozudamente, contra la oposición sorda de muchos de sus súbditos, no solo la ha sostenido durante siglos sino que se la ha impuesto a millones de personas causándoles con ello una angustia que para muchos ha sido funesta?

Porque si bien es cierto que a millones de cristianos les tiene sin cuidado lo que sus jefes espirituales predican, no solo sobre el infierno sino sobre muchas otras cosas, también es cierto que para la gran mayoría, la fe recibida de sus padres y mantenida por sus sacerdotes tiene un puesto muy importante en sus vidas. Y la prueba está en que en todos los tiempos ha habido verdaderas multitudes que han entregado sus vidas por completo al cumplimiento perfecto de esas creencias y de los mandamientos que ellas conllevan. Y en muchos de ellos el principal móvil para esta entrega fue el desesperado deseo de conseguir la «salvación eterna».

Aunque algunos puedan opinar lo contrario, en lo profundo de esta donación de su propio ser, lo mismo que en lo profundo del pesimismo y del miedo que muchos seres humanos sienten ante la vida, está esta visión dantesca del más allá que la Iglesia nos lleva presentando desde hace dos mil años. No es nada extraño que aquel terrible Yahvé, al que oíamos decir en la Biblia, a través de sus profetas que «el temor de Dios es el inicio de la sabiduría», y al que con tanta saña veíamos degollar animales y hombres, complete su paternal providencia sobre nuestra vida, presentándonos las penas del infierno.

Los modernos escrituristas que hacen desesperados esfuerzos por salvar la credibilidad de la Biblia, dicen que cuando Cristo hablaba del infierno, se refería a la «gehenna», que era un lugar en las afueras de Jerusalén donde se quemaba la basura y donde prácticamente estaba el fuego siempre encendido. Puede ser que sí; pero contra esa interpretación está la oficial e infalible de la Iglesia diciéndonos durante veinte

siglos, algo muy diferente.

Tal como dije al inicio del capítulo, en el tema del infierno no podemos presentar paralelos con otras religiones. El avernum de los romanos, el báratro, tártaro y hades de los griegos o el seol de los hebreos, por citar algunos, son de juguete comparados con el cristiano. Estos, aunque son lugares de castigo para los que en la vida no se han portado bien, son, a la larga, lugares de paso de los que tarde o temprano se sale; y de hecho, vemos en las respectivas mitologías a muchos personajes que lograron huir o fueron rescatados de allí.

El descenso de Cristo a los infiernos, de que se habla en el Credo, es algo muy curioso. En primer lugar, tal artículo del Credo no apareció hasta el siglo V o VI y fue puesto allí por los mismos doctrinarios que, poco a poco, a fuerza de fabular, han ido llenando el cristianismo de creencias absurdas.

Aparte de esto, estos infiernos no son los infiernos eternos de que hemos estado hablando en este capítulo, sino unos mitológicos lugares que también existen en otras religiones. Los escritores cristianismo no quisieron ser menos, y obligaron a Cristo a darse una vuelta por allí una vez muerto «para rescatarlas almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento». Así lo aprendimos en el catecismo. Pero resulta que Orfeo, Hércules y Esculapio, a su muerte también habían descendido a los infiernos para hacer lo mismo.

Muchos siglos antes, Hermes le había hablado al encadenado Prometeo diciendo:

> «No cesará tu tormento hasta que un dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro». (Esquilo. «Prometeo» 1027).

Y ahí tenemos a los Santos y mitómanos Padres inventando tártaros para que el cristianismo no se quedase atrás.

Aparte de esto, y desde un punto de vista esotérico, según nos dice H. P. Blavatsky en «Isis sin velo», «en el rito de la iniciación, se representaba el descenso del espíritu a los mundos inferiores» (Inferos).

Como podemos ver, el dogma cristiano está carcomido de mitología y esoterismo por todas partes.

Terminemos este capítulo con algunas reflexiones elementales. En todas las religiones, incluido el cristianismo, hay muchas creencias que los fieles están en libertad de admitir o no. Son cosas dudosas relativas al más allá, en las que nadie puede estar absolutamente seguro. Y ante esto tenemos varias preguntas: ¿cómo es posible que la Iglesia cristiana elevara a rango de dogma, es decir, de creencia obligatoria, la durísima y dudosísima doctrina del infierno? Además, ¿cómo es posible que después de presentarnos a Dios como un Padre, se atreva a decirnos que es capaz de torturar por toda la eternidad a uno solo de sus hijos, por malo que este haya sido? ¿Es que Dios será de entrañas más duras que cualquier padre terrestre? Porque, ¿qué padre humano hay que sea capaz de semejante monstruosidad?

Tenemos que decir que todos los argumentos que los apologistas de la Iglesia han esgrimido para convencernos de la justicia de un fuego eterno proveniente de un Dios misericordioso, no son más que simplicidades. Decir que «como el ofendido es infinito, la ofensa es también infinita, y por lo tanto el castigo tiene que ser en cierta manera infinito», es un ramplón sofisma. Un jueguito más de palabras y conceptos a los que tan dada fue la escolástica. ¿Qué ofensa le puede hacer a Dios esta mota de polvo llamada hombre, que apenas se asoma a la vida cuando ya lo arrastran a la tumba, para que el ingente Creador del Universo se ensañe con él de una manera tan salvaje? Una vez más, tendremos que repetir contra todos los fanáticos que con sus miserables doctrinas han ensombrecido y llenado de angustia la vida de tantos y tantos seres humanos:

> El infierno eterno no es más que una vil calumnia que los teólogos le han levantado a Dios.

14
CRUCIFIXIÓN Y RESURRECCIÓN

Reflexionemos en este último capítulo de la segunda parte, sobre dos de las creencias fundamentales de la fe cristiana: la muerte de Cristo en la cruz y su resurrección de entre los muertos.

Ya he hecho alguna consideración acerca de lo extraño que resulta ver morir al «Hijo de Dios» en la cruz. Aparte de su final tan común con el de los demás mortales nuestro asombro crece todavía más cuando lo vemos morir en el suplicio de la cruz, como si fuese un malhechor. Para explicar un hecho tan extraño los escritores y teólogos del cristianismo han vertido ríos de tinta y escrito decenas de miles de libros.

Los teólogos cristianos se enorgullecen de ello cuando la verdad es que debería darles terror el ver que el ser a quien ellos invocan como Dios, sea de entrañas tan duras que no perdonó a su propio Hijo, tal como nos dice San Pablo. Si no es capaz de perdonar a su propio hijo ¿a quien será capaz de perdonar? Uno se explica de repente todo lo que acabamos de ver en el capítulo anterior. Si no perdonó a su Hijo, tampoco perdonará a los pobres humanos que desobedezcan sus mandatos y por eso es natural que los mande a un fuego eterno. El infierno no será más que una manera natural de actuar del sanguinario personaje que vemos en el Pentateuco.

¿Murió realmente Jesús en la cruz? Para la Iglesia no hay duda alguna y constantemente lo ha predicado así. Sin embargo siempre ha habido gente que tuvo serias dudas acerca del hecho de la crucifixión en sí o de la muerte de Jesús en la cruz, desde Porfirio Celso en el siglo III, pasando por Hugh Schonfield en su obra *El complot de Pascua* (Grijalbo) y acabando en nuestros días con Andreas Faber Kaiser en su libro *Jesús vivió y murió en Cachemira* (A.T.E.) cuya lectura recomendamos. En esta obra se pueden encontrar otros puntos de vista muy interesantes en cuantos la vida de Jesús tras su descenso de la cruz. Como era de esperar, el libro concitó las iras de algunos jerarcas acostumbrados a hablar «ex cathedra»[14].

A pesar de que resultaría sumamente interesante, no entraremos en esa discusión y admitiremos la muerte de Cristo en la cruz, tal como la presenta la Iglesia. Y llegados a este punto haremos unas consideraciones en torno a ciertas circunstancias

de la pasión que nos pueden servir para reflexionar sobre otros puntos más profundos de la fe cristiana.

El lector seguramente habrá oído o leído sobre la «sábana santa» de Turín. Últimamente se han hecho estudios muy serios y se han publicado libros sobre el tema. Según parece, el largo lienzo es el auténtico envoltorio en que estuvo el cuerpo de Cristo durante su permanencia en el sepulcro y la Iglesia fomenta el culto a tan extraordinaria reliquia, aunque no lo hace de una manera oficial, porque hay ciertas lagunas históricas que inspiran alguna desconfianza.

Pues bien, si de un objeto testimonial tan importante y de tan grandes dimensiones hay tantas dudas, ¿qué no sucederá con cosas mucho más sutiles e inmateriales, como son ciertas particularidades de las creencias? Si un objeto material ha llegado hasta nosotros tan cargado de incertidumbre en cuanto a su autenticidad, ¿qué no pasará con las ideas?

Lo mismo se puede decir de otro detalle de la crucifixión. Hoy todavía se discute sobre si los clavos fueron hincados en la muñeca o en la palma de las manos. Es cierto que esta circunstancia no quita ni pone nada a la fe en la propia crucifixión. Pero si los testigos y los historiadores pudieron olvidar un detalle tan concreto y tan visible y cognoscible por el pueblo, imagine el lector lo que habrá pasado con sutilezas como la naturaleza y el significado de los sacramentos o las relaciones de Cristo con la Trinidad.

Basados en esto, podríamos comparar buena parte del dogma cristiano con las leyendas que se tejieron en torno al hallazgo de la cruz por Santa Helena la madre del emperador Costantino. Según las viejas crónicas, el hallazgo se hizo de más de veinte maneras diferentes, algunas de las cuales desafían la imaginación del fiel más crédulo.

La pregunta radical que la mente se hace ante un hecho tan extraño como es la muerte del mismo Dios entre suplicios, es la siguiente: ¿Por qué hubo necesidad de semejante cosa que va contra toda lógica? Porque no tenemos que olvidar que no hacia falta que Cristo muriese en la cruz para que la redención de la raza humana se llevase a cabo. Bastaba con que el Hijo de Dios se hubiese hecho como uno de nosotros, es decir, se hubiese «encarnado», para que ya la redención se consumase. Las iras de Dios-Padre se habían ya aplacado al ver a su único Hijo hecho semejante a los seres de la raza pecadora.

Eso es lo que dice la teología más ortodoxa. Pero por otro lado vemos que el Hijo de Dios murió entre tormentos. Y ante esto tenemos que deducir, contra lo que dice la teología, que o a su Padre no le bastó el sacrificio de la encarnación de su Hijo o este era un masoquista que quiso pasar por un tormento que nadie le pedía.

Y si se nos dice que lo hizo para que viésemos hasta dónde llegaba su amor hacia nosotros, contestaremos que no entendemos por qué se usa el dolor gratuito para medir el amor. Hubiésemos preferido que nos lo hubiese demostrado liberándonos de las enfermedades y de la angustia de la muerte, por ejemplo. Pero tal como la

presenta la Iglesia, la muerte del Hijo de Dios en la cruz no es más que la glorificación del dolor y una muestra de la falta de entrañas del Dios-Padre del cristianismo. Y contra ambas cosas se rebela la razón humana.

Para que el lector vea a qué grado de demencia pueden llegar los sesudos teólogos, transcribiré el índice del libro *Teología del dolor de Dios* del teólogo cristiano Kazoh Kitamori, que ya ha tenido unas cuantas ediciones en su lengua original, el japonés, y que ha sido publicado en España por Ediciones «Sigueme» de Salamanca:

1. El dolor de Dios.
2. El dolor de Dios y el Jesús histórico.
3. El dolor como la esencia de Dios.
4. Servicio por el dolor de Dios.
5. El símbolo por el dolor de Dios.
6. La mística del dolor.
7. El dolor de Dios y la ética.
8. La inmanencia y la transcendencia del dolor de Dios.
9. El dolor de Dios y el dolor oculto.
10. El orden y el amor.
11. El dolor de Dios y la historia evangélica.
12. El dolor de Dios y la escatología.
13. Contemplar el dolor de Dios.

Un libro verdaderamente adolorido.

Como botón de muestra transcribiré una breve cita:

> «El dolor del hombre se convierte en símbolo del dolor de Dios, porque Dios y el hombre están unidos mediante la condición del dolor. El dolor del hombre, sin embargo, es la realidad de la ira de Dios contra el pecado».

Y así sigue en sus doscientas páginas de frenesí masoquista.

Una de dos: O la palabra dolor tiene el significado que todo el mundo le da, y entonces nos hallamos ante una teología alucinada y demencial —cosa nada rara en la historia de la teología— o el autor le da otro sentido y entonces todo el libro es una pura jerga ininteligible.

Como dije anteriormente, los teólogos han vertido y siguen vertiendo ríos de tinta para sublimar el extraño hecho de la muerte de Jesús en la cruz, pero por más que se esfuercen no lograrán contestar suficientemente la pregunta que nos hicimos más arriba.

Para contestarla tendremos de nuevo que recurrir a la psicología profunda y tratar

de desentrañar cuáles son los mecanismos sutiles e inconscientes del psiquismo humano que inexorablemente nos fuerzan a matar a Dios. Al Dios a quien primero hemos hecho hombre para tenerlo a mano y al que finalmente acabamos matando, para hacerlo resucitar a continuación, cerrando así el ciclo de esta auténtica cosmogonía en la que el hombre se hace Dios.

Freud atisbó este profundo mecanismo inconsciente pero, se quedó a medio camino. La muerte de Dios tiene, unas raíces más profundas que la «muerte del padre». No ahondaré en este tan interesante aspecto de la psicología profunda porque nos apartaría demasiado del tema. Pero sí no tendremos más remedio que admitir su presencia —sean cuales sean sus raíces— en las principales religiones de la humanidad.

En los capítulos precedentes hemos visto los muchos paralelos —a veces donde menos lo podíamos esperar— que hay entre el cristianismo y otras religiones.

La muerte del «redentor» o del «salvador» tampoco es ninguna excepción del cristianismo, porque nos encontramos con ella en muchos otros cultos, sobre todo en las religiones que, al igual que este, tienen una filosofía salvacionista. El «salvador» tiene que morir. Y lo grande es que no solo muere sino que además, con una sospechosísima frecuencia, muere crucificado.

En un principio puede chocarnos mucho que la manera de terminar su vida sea precisamente mediante la crucifixión; pero esta extrañeza se disminuye cuando nos damos cuenta de que este suplicio era en tiempos pasados una manera bastante normal de ajusticiar. No es pues extraño que los redentores una vez que estaba estatuido que tenían que morir ajusticiados, lo hiciesen en una cruz. Pero sigue siendo muy misterioso el que hayan tenido que morir precisamente de una manera violenta para realizarla misión a que vinieron a este mundo.

En una nota del capítulo sobre el nacimiento e infancia de los dioses, habrá visto el lector una lista de más de cincuenta de ellos, Es de notar que no todas las religiones tienen una filosofía salvacionista ni todas consideran al hombre como manchado y por lo tanto con una necesidad de redención o purificación. Por ello, no todos aquellos hombres-dioses tuvieron que morir, como los hombres normales, y mucho menos entre tormentos para expiar las culpas de sus «redimidos» o «salvados».

Pero a pesar de eso y a pesar de que de muchos de estos humanos divinizados tenemos muy escasas noticias, por ser todos anteriores a Cristo, es altamente intrigante el hecho de que muchos de ellos hayan muerto de una manera violenta, sacrificados precisamente por los que habían venido a salvar —al igual que en el caso de Cristo— y no pocos específicamente crucificados.

He aquí una lista de «salvadores» que murieron por redimir a sus respectivos pueblos; y aunque hay autores que los presentan como los «salvadores crucificados» —porque la mayor parte de ellos acabaron de esa manera— nosotros no nos atreveremos a generalizar tanto, ya que de unos cuantos desconocemos si su muerte fue precisamente en la cruz. Aunque sí sabemos que fue violenta y debida a la

predicación de sus fieles.

SALVADOR	REGIÓN
Devatat	Siam
Alcestes	Grecia
Crishna	India
Ivac	Nepal
Indra	Tibet
Mithra	Persia
Tammuz	Babilonia
Crito	Caldea
Attis	Frigia
Bali	Orissa
Tulis	Egipto
Witoba	Dehkan
Odín	Escandinavia
Hesus	Celtas
Prometeo	Cáusaco
Quirino	Roma
Ixión	Roma
Bacab	Yucatán
Adonis	Fenicia
Anu	Sumeria
Codom	Siam
Osiris	Egipto

De todos estos hombres-dioses podemos decir que tanto sus devotos como ellos mismos, tenían la creencia de que morían por la salvación de la humanidad entera. Y de prácticamente todos ellos podemos decir que fueron concebidos milagrosamente, virgen antes de la era cristiana y fueron crucificados o de alguna manera ajusticiados por las autoridades de sus respectivos pueblos. Además resucitaron de entre los muertos después, de haber permanecido tres días en la tumba y subieron al cielo habiendo ocurrido simultáneamente a su muerte terremotos, fenómenos maravillosos y resurrecciones de personas fallecidas. Como ya he dicho, todos estos «salvadores» fueron anteriores a Cristo —algunos de ellos miles de años— y por lo tanto sus vidas han llegado a nosotros muy mitificadas, pero sin embargo de unos cuantos tenemos datos bastante fehacientes. Le trasladaré al lector unas muestras para que compare con lo que conocemos de Cristo por los evangelios.

La muerte de Prometeo, por ejemplo, tal como nos la narra el gran dramaturgo

Esquilo en su obra «Prometeo encadenado» podría muy bien considerarse, si no hubiese sido escrita unos 500 años antes de Cristo, como una copia de las películas de la «Muerte y Pasión» que hasta hace unos años se veían en Semana Santa. Las palabras con que T. W. Doane nos describe el argumento de la tragedia griega nos hacen recordar muchos detalles de la pasión de Cristo:

> «Los espectadores del drama inconscientemente pasaban a formar parte de la escena; su héroe era su amigo, su bienhechor, su creador, su salvador… padecía los tormentos por la salvación de ellos; y por sus transgresiones e iniquidades él era herido y golpeado. Todos sus pecados recaían sobre él y ¡por sus latigazos ellos se salvaban! "Abusaban de él y lo afligían y él no abría la boca". La majestad de su silencio, mientras los ministros de un Dios ofendido lo clavaban de manos y pies en el monte Cáucaso, solo podía ser comparada con la modestia con que él relataba —mientras colgaba con los brazos extendidos en forma de cruz— sus servicios a la humanidad, que en pago le daba tan terrible crucifixión».

Si la crucifixión de Prometeo nos recuerda la de Cristo, nos hemos de encontrar otras que nos la recordarán todavía más.

Otro de los «salvadores crucificados» fue, en América, Bacab, Como ya dijimos en un capítulo anterior, los misioneros españoles que llegaron al Nuevo Mundo se quedaron atónitos al hallar crucifijos entre los indios. Cuando les preguntaron qué significaba aquello para ellos, les contestaron que era una representación de Bacab, el hijo de Dios, que había sido mandado matar por el tirano Eopuco. Dijeron además que lo habían colocado en una viga de madera con los brazos estirados hacia afuera y que así había muerto. En el «Codex Vaticanus» y en el «Codex Borgia; nus» aparecen pinturas de Bacab con los brazos extendidos y con los pies y manos agujereadas.

El franciscano Diego López de Cogolludo, en su «Historia del Yucatán», escrita por el 1645, y a propósito de un crucifijo encontrado allí, al igual que en muchos otros lugares de México, dice:

> «Don Eugenio de Alcántara, uno de los verdaderos predicadores del evangelio, me dijo más de una vez que yo podía escribir con toda seguridad que los indios de Cozumel poseían ya esta santa cruz en los tiempos de su paganismo, y que hacía ya varios años que había sido traída a Mérida. Y que habiendo él oído lo que se decía sobre ello, él mismo hizo investigaciones particulares preguntándole a varios indios muy viejos que residían allí, y todos le dijeron que así era en efecto»[15].

El grabado nos muestra una cruz budista que ha sido tenida siempre en gran

veneración por ellos.

Griegos y romanos también veneraban la cruz. La del grabado fue encontrada en Tesalia. El escritor cristiano Minucio Félix (s. III) escribe: «Vosotros los paganos decís que los cristianos adoramos la cruz… pero vuestros trofeos de victoria no solo representan una cruz sino una cruz con un hombre en ella».

Cruz precolombina, encontrada en Palenque, Chiapas (México). A la llegada de los españoles se puede decir que el uso de la cruz estaba generalizado entre muchas tribus de indios de toda la América y en no pocas de ellas no solo la cruz sino el crucifijo.

Crucifijos precristianos, de origen asiático, representando a Crishna crucificado.

Crucifijo precristiano, procedente del Nepal representando a Indra crucificado.

Reproducción de una piedra gnóstico representando a Orfeo en la cruz.

Si saltamos de nuevo el Atlántico y volvemos a la antigua Frigia (hoy Turquía) nos encontraremos al dios Attis llamado por los frigios el «Salvador» y el «Hijo Único de Dios», que era representado en la figura de un hombre amarrado o clavado a un árbol, a cuyos pies había un cordero. Y es muy de notar que en los primeros tiempos del cristianismo a la cruz de Cristo se le llamaba «el árbol de la cruz» y a veces simplemente «el árbol». Y por otro lado en los primeros cinco siglos de la Iglesia, la imagen ordinaria para representar a Cristo no era la de él crucificado sino la de un cordero crucificado o también cargado encima de sus hombros.

En los Edda de los pueblos nórdicos leemos el canto de Odín mientras estaba atravesado por una lanza contra el «árbol del mundo». De Ishtar, la madre de Tammuz, leemos que «estaba al lado de la cruz» mientras su hijo pendía de ella; y Anu, otro dios de la mitología babilónica tenía asimismo una cruz como su símbolo. En Egipto también se usó la cruz como imagen religiosa, siglos antes de que Cristo muriese en ella. Cuando el templo de Serapis en Alejandría fue derribado por uno de los emperadores cristianos, se encontraron en sus muros y cimientos cruces esculpidas de una antigüedad incalculable.

En estas páginas el lector podrá ver reproducciones de cruces y crucifijos a los que ya se les rendía culto en diversos países antes de que el cristianismo existiese.

Anteriormente hemos visto los muchos parecidos entre Crishna —el avalara hindú que vivió unos dos o tres mil años antes de nuestra era— y Jesús de Nazaret. Y si similares fueron su concepción, nacimiento y vida, no lo fue menos su muerte.

El redentor hindú murió clavado en un árbol y aunque no fue rematado por un lanzazo, lo fue por un flechazo que en el pecho le disparó un cazador. Cristo le dijo a uno de los ladrones crucificado a su lado:

> «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Crishna le dijo al cazador que le disparó la saeta:

«Cazador, con mi ayuda irás al cielo, el lugar donde moran los dioses».

A la hora de morir Jesús, según nos dicen los evangelios:

«…se produjeron tinieblas en toda la Tierra hasta la hora de nona al oscurecerse el sol. Y se rasgó por medio el velo del santuario. Y la Tierra tembló y las peñas se rajaron y los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de los santos que habían muerto, resucitaron saliendo de los monumentos…».

A la hora de morir Crishna:

«…hubo toda suerte de malos presagios y calamidades. Un círculo negro rodeó la luna, y el sol se oscureció al mediodía. El cielo llovió fuego y cenizas. Los demonios cometieron depredaciones en la Tierra. A la puesta y a la salida del sol había en el aire desfiles de espectros y por todas partes se veían espíritus».

Cuando murió Cristo «descendió a los infiernos» tal como nos dice el Credo; pero Crishna no fue menos y descendió también a «regiones inferiores a rescatar espíritus aprisionados».

Por último, el milagro cumbre que el cristianismo presenta para probar su autenticidad por encima de todas las demás religiones es la resurrección de Cristo.

«¿Quién, —decía Bossuet en uno de sus famosos sermones—, puede jactarse de haber resucitado? ¿Qué religión nos puede presentar un Dios que haya triunfado de la muerte?». El bueno de Bossuet no se había tomado el trabajo de estudiar las creencias religiosas de otras gentes, y por eso ignoraba que la contestación a su retórica pregunta era y sigue siendo: «Casi todas». Los hombres-dioses que veíamos en las páginas anteriores resucitaron de sus tumbas y con cuerpos gloriosos se manifestaron a sus discípulos y de una manera u otra fueron a unirse con el principio divino del que habían emanado para encarnarse como hombres.

Crishna no solo resucitó de entre los muertos, sino que al cabo de un tiempo de convivir con sus seguidores y de darles los últimos consejos para que se mantuviesen en el recto camino, ascendió visiblemente a los cielos en presencia de muchos de sus discípulos.

Eso dicen la tradición y las escrituras de los hindúes. Y nosotros tenemos todo el derecho de dudarlo. Pero una vez más repetiremos que, real o mítico, lo que nos tiene que hacer pensar es el hecho de que mucho antes de que apareciese Cristo en la Tierra ya había hombres que creían las mismas cosas «increíbles» que nosotros. La repetición de hechos tan extraños nos lleva a pensar que debido a un mecanismo psíquico o a una necesidad anímica que todavía desconocemos, la mente humana

inconscientemente fabrica todas estas circunstancias gloriosas para sublimar las vidas de sus héroes.

En cuanto a la ascensión de Cristo, si nos atenemos a lo que de ella nos dicen los evangelios tenemos derecho a tener muchas dudas. Tres de ellos no la mencionan para nada y San Lucas nos la comunica con estas lacónicas palabras:

«Y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado a los cielos».

Con el agravante de que la frase «y fue llevado a los cielos» no la ponen unos cuantos manuscritos. Es decir, que hay «originales» en los que no se dice ni una sola palabra acerca de que Jesús fue llevado corporalmente a los cielos!

¿Cómo es posible que de un hecho de tan enorme importancia para la convicción de los futuros prosélitos y tan extraordinariamente llamativo, los biógrafos de Jesús no hayan dicho prácticamente nada? Lo natural hubiese sido que nos hubiesen descrito con lujo de detalles cómo se fue elevando por los aires, los gestos que hacía, hacia dónde miraba, etc. Pero, contra toda lógica, silenciaron un hecho fundamental. ¿No sería que lo desconocían, porque en realidad nunca sucedió, al igual que nunca sucedió con Crishna ni con ninguno de los otros «salvadores» que también ascendieron a los cielos tras su resurrección?

Puede ser que algún lector, al conocer estas cosas, decida cerciorarse de si decimos la verdad y se encuentre con que efectivamente en su Biblia lee que Jesús «se fue elevando a los cielos mientras los bendecía»; y que además no solo lo encuentre en Lucas sino también en Marcos.

Esta fue una larga controversia bíblica conocida como «el final de Marcos» en la que se discutió a fondo acerca de si lo que San Marcos dice de la ascensión había sido interpolado. Por fin se llegó a un acuerdo de que efectivamente había sido intercalado siglos después y por eso no aparece en las biblias más autorizadas.

Este pequeño detalle de «el final de Marcos» es solo una prueba más de lo que dijimos en páginas anteriores cuando tratamos de cómo llegaron a nosotros las Escrituras. Lo que hoy leemos como «palabra de Dios» es una traducción de otras traducciones y es una mala copia de otras copias. Al no conservar ningún original auténtico de absolutamente ningún libro de la Biblia, los sucesivos editores de los «libros sagrados» han puesto en ellos lo que han querido, sacando de los diferentes manuscritos y traducciones lo que más se acomodaba a sus prejuicios religiosos. Pero cómo fue la realidad, solo el Espíritu Santo lo sabe; y si alguna vez se lo inspiró a algún «autor sagrado», cometió el error garrafal de no ayudarle para que no se perdieran los originales de lo que había dictado. El Espíritu Santo ha resultado ser un espíritu poco previsor.

Tercera parte

HISTORIA

15
ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

La historia de la religión cristiana es muy larga. De hecho, está a punto de cumplir dos mil años; y en dos mil años, con tantos millones de seguidores más o menos fieles, ¡cuántas cosas pueden haber sucedido! y de hecho ¡cuántas han sucedido!

¿Conocen bien los cristianos la historia de su religión? Una ínfima minoría la conoce bien, porque la ha estudiado especialmente, sea durante su formación específicamente religiosa o sea con motivo de su carrera civil. Otra minoría, todavía bastante reducida con relación al número total de cristianos la conoce de una manera superficial sin haber profundizado nunca en su estudio. Pero la inmensa mayoría de los que se llaman cristianos, apenas si tienen alguna vaga idea de lo que ha sido a lo largo de los siglos la Institución religiosa a la que pertenecen y cuyas doctrinas trascendentes siguen. Muchos de ellos, faltos de cultura, pero dotados de una inteligencia natural, dudarían mucho en seguir perteneciendo a una Institución que diciendo seguir la palabra de Dios, y hasta aseverando ser infalible en sus enseñanzas, ha actuado a lo largo de la historia de una manera tan errática, tan inhumana, tan poco espiritual y tan parecida a otras instituciones puramente terrenales. Porque la cruda verdad es que la historia de la Iglesia cristiana, para ser la «única verdadera religión», como tantas veces nos han dicho sus jefes en documentos oficiales, es muy poco edificante; y en muchos aspectos no solo no es edificante, sino que es positivamente escandalosa, rezuma injusticia e intolerancia y hasta está empapada de angustia, dolor y sangre. La triste verdad es que los mártires de la fe cristiana habidos a lo largo de los siglos, son muy pocos en comparación con los mártires «paganos» que la Iglesia cristiana —sus jefes y sus súbditos— causó en ese mismo tiempo con su intolerancia y fanatismo; con el agravante de que en muchas ocasiones, los que morían como «herejes» y como «impíos» y «desobedientes» eran mucho mejores que sus verdugos. Su único pecado era usar libremente su cabeza, rebelarse contra injusticias o pretender depurar la Iglesia de vicios y corrupciones. Y que en la Iglesia ha habido vicios y corrupciones, ni siquiera los historiadores más apologistas y más obcecados

lo niegan.

Por supuesto que siempre se esgrime la disculpa de que «la Iglesia es humana» y por eso no es extraño que haya errores y debilidades. A lo cual se puede contestar que es lógico que haya errores individuales, por muchos que sean, pero que no es nada lógico que una Iglesia que se declara infalible en cuestión de doctrinas y especialmente asistida por Dios, cometa, como institución, errores tan crasos y tan abundantes en la fe y en las costumbres: en la fe, creyendo cosas tan increíbles; y en las costumbres, actuando de manera tan escandalosa y tan en contra de los principios que ella misma predica.

En cuanto a los errores en la fe, a lo largo de este libro damos cuenta de ellos a medida que analizamos racionalmente y sin prejuicios las creencias fundamentales del cristianismo; y referente a sus costumbres, es decir, en cuanto a su actuación concreta en la historia, algo le diremos al lector en el presente capítulo, y en los siguientes.

Hay una frase de Cristo que es una gran norma para juzgar a las personas o a las instituciones: «Por sus frutos los conocereis». El que fríamente y sin estar obcecado por los prejuicios, se enfrenta con la historia de la Iglesia cristiana, se ve obligado a juzgar desfavorablemente a una institución que tiene encima de sí tantos errores y hasta tantos crímenes.

No se niega que en tantos siglos de historia, se puedan ver también acciones meritorias y cristianos extraordinarios que han sido ejemplo para la humanidad. Pero, de la misma manera, no se explica uno cómo una sociedad que se cree la depositaría de la gracia de Dios y la fiel intérprete de su voluntad sobre los hombres, haya cometido tan monstruosos errores y haya cumplido tan mal en sí misma el más importante mandamiento que su fundador le entregó: «Amaos los unos a los otros».

Comencemos por fijarnos en el ejemplo que a lo largo de los siglos nos han ido dando los Sumos Pontífices. Bastará que prestemos atención a cómo muchos de ellos fueron elegidos, para quedar profundamente desencantados y para que el cargo del «Vicario de Cristo» pierda automáticamente todo el brillo y la aureola que pudiese tener en nuestras mentes.

Aunque no siempre fue así, con mucha frecuencia en cuanto fallecía el Sumo Pontífice, o meses antes cuando ya se preveía su final, comenzaban las intrigas para colocar en el «trono de Pedro» a alguien que secundase las causas de cada uno. Dependiendo de las épocas, se establecía una pugna entre los diversos prelados que aspiraban al cargo, o entre las grandes familias italianas que dominaban el Papado, o entre los soberanos de las naciones europeas que querían tener en el Vicario de Cristo un aliado de sus propios intereses.

La elección del Sumo Pontífice se convertía de ordinario en un campo de batalla donde salían a relucir las ambiciones de los que contendían por el puesto, y las de los reyes y príncipes cristianos. Y lo mismo sucedía en las elecciones de cientos de obispos, abades y capellanes para posiciones que tenían muy buenas dotaciones

económicas. Estos derechos que se arrogaban los soberanos para imponer a su candidato, recibieron el nombre de «investiduras»; y durante varios siglos fueron una constante fuente de escándalos por los muchos bribones que conseguían los altos puestos, así como de fricciones entre las jerarquías eclesiásticas y los reyes de Europa, sobre todo de Francia y Alemania.

Un resto de estas investiduras era el derecho que para sí se arrogaba, heredado de gobernantes anteriores, el General Franco. Este mandaba a Roma sus famosas ternas de obispos, escogidos entre los más integristas y entre los menos opuestos a los «Principios del Movimiento», lo cual motivó que al cabo de unos años tuviésemos en España el episcopado más reaccionario de Europa.

Más tarde dedicaremos un capítulo a los cónclaves. Ahora fijémonos en cómo se escribe la historia, y en particular, la de la Iglesia. Osio, obispo de Córdoba (siglo III), el historiador Pablo Orosio (siglos IV-V) y el papa San Dámaso (siglo IV), son los nombres de tres españoles ilustres en la Historia de la Iglesia. Especialmente al último, lo ponen por las nubes en los manuales de Historia Eclesiástica, como modelo de pontífice. He aquí cómo describe su arribo al pontificado, la «Historia de la Iglesia Católica» de la B.a. C. a la que ya nos hemos referido en otra parte del libro:

> «Dámaso I, forma uno de los pontificados más brillantes de la antigüedad cristiana. Español probablemente de origen, o tal vez del actual territorio portugués, tuvo que luchar en un principio con el antipapa Ursino o Ursicino; mas, dominada esta dificultad, trabajó incansablemente durante su gobierno relativamente largo para levantar el nivel cultural de la Iglesia de su tiempo…».

Así, con estas sencillas frases, los autores jesuitas liquidan el asunto de la elección de Dámaso, quedando el lector con la impresión de que tras ligeras discusiones, todo se solucionó y el santo obispo Dámaso ocupó sin más problemas el solio pontificio donde comenzó una labor encomiable, al mismo tiempo que Ursino, convencido de los méritos del nuevo Pontífice, se retiraba pacíficamente a su diócesis a continuar apacentando sus ovejas.

Así se escribe la historia y así se ha escrito siempre; presentando el historiador la parte de los hechos que a él le conviene, y dejando en las sombras los que no están de acuerdo a sus tesis o a sus preferencias.

Vea el lector de manera resumida cómo fueron los hechos, según los narran otros historiadores.

El 24 de septiembre del año 366 moría Liberio, obispo de Roma e inmediatamente el pueblo romano se dispuso a elegir sucesor. Es de notar que en aquellos tiempos los fieles cristianos, dado que vivían su fe mucho más intensamente que en la actualidad, no solo se preocupaban por las incidencias del gobierno de su

Iglesia sino que participaban activamente en él. Este espíritu democrático, si bien tenía sus aspectos positivos, no dejaba de tener bastantes dificultades cuando los ánimos se obcecaban y se calentaban.

El caso fue que a la muerte del papa Liberio, parte de la feligresía romana se inclinaba hacia un piadoso diácono llamado Ursino y parte hacia otro eclesiástico, también muy digno, llamado Dámaso. Ambas partes se reunieron en sendos templos para estudiar cuáles serían las mejores estrategias para colocar en el solio pontificio a sus preferidos. Estas reuniones parece que fueron caldeando los ánimos y sucedió que, un día, los partidarios de Dámaso que al parecer eran más numerosos que los de Ursino, rodearon el templo en que estaban sus contrincantes y los tuvieron cercados tres días sometiéndolos a actos de inaudita violencia.

Al tercer día, temiendo un asalto final, los partidarios de Ursino rompieron violentamente el cerco y tras la consabida batalla, escaparon por donde pudieron, quedando bastantes de ellos heridos en la refriega.

Unas semanas más tarde, y repuestos los ursinianos de la paliza, volvieron a reunirse en la basílica Liberiana para continuar sus deliberaciones. Enterados los partidarios de Dámaso, volvieron a asediarlos, logrando entrar por la fuerza en el templo. El resultado de esta segunda batalla, que ciertamente no se apoyaba en argumentos teológicos ni en versículos del evangelio, fueron 160 muertos más muchísimos heridos de uno y otro bando.

Los de Ursino, en una clara inspiración del Espíritu Santo, decidieron retirarse a las afueras de Roma para escapar de la furia de los «damasinos» y seguir deliberando sin peligro de un nuevo asalto. Pero no fue así. Reunidos un día en una iglesia rural llamada de Santa Inés, los de Dámaso, que según parece tenían muy bien organizados los servicios de espionaje, los sorprendieron por tercera vez, y Santa Inés, desde su hornacina, tuvo que contemplar contra su voluntad otra carnicería en todo semejante a la de la basílica Liberiana. A pesar de esto, Dámaso, que era un gran político, como más tarde lo demostró en su pontificado, recurrió al poder civil como si él personalmente fuese el acosado y el atropellado en sus derechos. El emperador Valentiniano acogió benévolamente las peticiones de Dámaso y ordenó que le fuese entregada oficialmente la basílica Liberiana que los de Ursino tenían como suya ordenando a estos que se ausentasen de Roma y prohibiéndoles reunirse a menos de 30 kilómetros de la ciudad. Además de estas medidas, el emperador publicó un Edicto Imperial por el que ordenaba a los obispos someterse a Dámaso y que, en adelante, las decisiones de este, en materia religiosa, tendrían fuerza de ley. (He aquí un temprano ejemplo del maridaje entre el poder político y el eclesiástico). Este concubinato civil-religioso, tan corriente a lo largo de la historia, acarreó consecuencias funestas para la Iglesia. Pero las cosas no terminaron ahí. Valentiniano creyó que con la publicación de su edicto ya todo quedaba solucionado. El pobre Emperador desconocía cuánto daño hace en el alma el fanatismo religioso y cuán profundamente obnubilan la mente ciertas ideas «sagradas» que se nos inculcan en la

infancia, impidiéndonos ver con claridad muchos aspectos de la vida. ¡Qué acertada la frase de Cristo: «Día llegará en que el que os mate, lo hará pensando que hace una obra agradable a Dios»! Los partidarios de Ursino, convencidos de la justicia de sus pretensiones y llevando en sus carnes las pruebas de la maldad de sus adversarios, valiéndose del gran talento de un judío converso llamado Isaac, pusieron todo el caso en manos de un magistrado llamado Máximo, famoso por su integridad y por la dureza con que hacía aplicar las leyes. Máximo, convencido de la realidad de las acusaciones de Isaac contra los partidarios de Dámaso, y de los abusos que estos habían cometido, hizo llamar a este y a sus principales seguidores para que se defendiesen de las acusaciones. Las cosas se iban poniendo muy mal para Dámaso, y se temió que el inflexible Máximo dictase pena de muerte contra él y contra algunos de sus fieles, debido a las barbaridades que habían cometido contra los partidarios de Ursino.

Tan desfavorablemente iba el juicio contra Dámaso, que este acudió de nuevo al Emperador valiéndose para ello de un eclesiástico de Antioquía llamado Evagro, famoso en todo el Imperio por su elocuencia. Lo hicieron venir, y Dámaso le consiguió una audiencia con el Emperador en la que Evagro hizo gala de todas sus argucias para convencerlo, logrando que Valentiniano (a quien le molestaban grandemente todos los dimes y diretes eclesiásticos), tomase cartas en el asunto. Lo primero que hizo fue mandar a Máximo que detuviese el proceso (como en tantas ocasiones, la política contra la justicia o en otras palabras, la fuerza bruta contra la ley). Además ordenó el destierro de Ursino y de Isaac, y no contento con eso, zanjó toda la cuestión diciendo que el Edicto Imperial publicado unos meses antes, adquiría de nuevo todo su vigor y cualquier disputa de tipo eclesiástico que tuviese lugar en su Imperio tendría que ser sometida a Dámaso.

Nadie niega que Dámaso, posteriormente, desempeñase su papel de pontífice de una manera aceptable, pero no hay derecho a presentarnos su ascensión al pontificado con las simples palabras con las que lo enuncian los PP jesuitas de la B.a. C.: «…tuvo que luchar en un principio contra el antipapa Ursino; mas, dominada esta dificultad…». Naturalmente los métodos de Dámaso y sus partidarios no solo son capaces de convertir a uno en «anti-papa» sino en «anti-vivo».

Y para comprobar una vez más, que no es oro todo lo que reluce en las páginas de los apologistas de la brillante Historia de la Iglesia y de Dámaso, que escriben más de mil años después de acaecidos los hechos, veamos lo que nos dice un contemporáneo de San Dámaso, llamado Amiano Marcelino que vivía en Roma, autor de una historia llamada *Rerum gestarum*, donde enjuiciaba así la curia pontificia de Dámaso y su previa elección al pontificado:

> «Cuando se ve el fasto mundano que rodea esta dignidad, no sorprenden las pugnas que hay para conseguirla. Los que aspiran a ella saben muy bien que una vez obtenida, sus deseos en lo que se refiere a los favores de las

damas, serán cumplidos; que su cuerpo será llevado siempre por carrozas; que vestirán con incomparable magnificencia, y que su mesa aventajará a la de los emperadores.

Sabido esto, ¿extrañará cuanto se haga, por atroz, falso o bajo que sea, con tal de alcanzar tal prebenda? No obstante, tal vez serían más felices si en vez de buscar en la grandeza de la ciudad un pretexto para sus excesos, tomasen como modelo a ciertos obispos de las provincias que siguen un régimen severo, que llevan hábitos toscos y pobres, que van con los ojos bajos hacia la tierra. Estos, a causa de la pureza de sus costumbres y de la sencillez de su vida resultan agradables al Dios eterno y respetables a todos sus verdaderos servidores».

Estas líneas nos demuestran una vez más, el contraste entre la verdadera Iglesia de los auténticos seguidores de Cristo y los que diciendo representarla oficialmente, lo único que hacen es saciar sus propias ambiciones.

Como es natural, la historia del Papado, tras casi dos mil años y unos 267 papas, es riquísima en todo tipo de hechos y anécdotas. El fin de este capítulo no es precisamente hacer un resumen de ella sino simplemente invitar al lector a que, a través de la ventana del presente, se asome a varios cuadros y escenas de esta larga historia del pasado, tan parecida a la de otros reinos y naciones en que la humanidad está dividida.

En la historia de la Iglesia cristiana, a pesar de ser la «depositaría de la gracia de la redención», la «única verdadera» entre todas las religiones del mundo, la poseedora de las enseñanzas del Hijo de Dios y la «infalible», según ella se definió a sí misma, veremos las grandes gestas, hechos y logros alcanzados por muchos de sus hijos, pero al mismo tiempo veremos las mismas traiciones, bajezas y crímenes que nos encontramos en las historias de los pueblos. Con el agravante de que muchas de estas bajezas y crímenes son practicadas a muy alto nivel, precisamente por aquellos que se supone que deben ser el ejemplo para todos los cristianos.

Dos de las virtudes típicas del fundador del cristianismo fueron la mansedumbre o la inclinación al perdón y a la misericordia («aprended de mí que soy manso y humilde de corazón») y por otro lado la humildad, la inclinación a la pobreza y la carencia de lujos y boato.

Pues bien, en la historia del Papado, ambas virtudes brillan notoriamente por su ausencia. En cuanto al boato y al lujo, no se sabe con qué mente retorcida los sumos pontífices y los mismos obispos, lo adoptaron enseguida en sus costumbres y en su atuendo, de modo que más parecían príncipes, reyes o grandes señores, que los representantes de aquel que «no tenía donde reclinar la cabeza». Este es un hecho tan evidente que no hay palabras que puedan borrarlo. Hablaremos más tarde sobre esto.

En cuanto a la mansedumbre y la inclinación al perdón y a la misericordia, si bien es cierto que hubo muchos sumos pontífices que siguieron los consejos de su

maestro, también los hubo que actuaron más como conquistadores y guerreros que como seguidores del que dijo: «cuando te abofeteen, ofrece la otra mejilla» (Lc. 6, 29).

En párrafos anteriores contábamos las tristes incidencias de la elección del papa Dámaso. Pues bien, tras la elección de León III (año 795) los sobrinos y partidarios del Papa anterior, (Adriano I), viendo que el nuevo Pontífice no se portaba con ellos como habían esperado, lo emboscaron en plena ciudad de Roma cuando montado a caballo y con todo su séquito se dirigía a la iglesia de San Lorenzo en Lucina. Al pasar la comitiva frente al monasterio de San Esteban, un sobrino del anterior Papa, llamado Pascual, y un alto funcionario de la corte vaticana llamado Cápulo, asaltaron al Pontífice derribándolo de su caballo. Enseguida toda una horda puso en fuga a la comitiva papal y a este a punto estuvieron de arrancarle los ojos y la lengua tal como habían sido los planes iniciales.

Apaleado y despojado de sus vestidos es arrastrado hasta un monasterio próximo y posteriormente lo encierran en otro más seguro situado al otro extremo de Roma. Más tarde logra escapar y ayudado por sus fieles se pone en camino hacia Alemania para buscar la ayuda de Carlomagno que por aquel entonces estaba en la cúspide de su poder.

La razón de traer este triste incidente a colación, no es por el propio incidente en sí —aunque en él vemos, una vez más, que las costumbres de la «Ciudad Santa» y del entorno papal no eran tan santas como debieran— sino para decirle al lector que este mismo Papa apaleado, unos años más tarde, cuando ciertos nobles romanos conspiraron contra él, mandó que les cortasen la cabeza a ellos y a sus seguidores. La mansedumbre no era en aquellos tiempos una cualidad muy pontificia.

Unos ocho años más tarde, el papa Pascual I (817-824) mandó decapitar —después de haberles hecho sacar los ojos— a dos nobles romanos, cabecillas de una rebelión dentro de los Estados Pontificios. Si los nobles fueron tan salvajemente tratados —hecho por el que el emperador Ludovico Pío le pidió explicaciones al Papa — es de suponer que sus levantiscos seguidores no debieron tener mucha mejor suerte.

Ante hechos como estos, los apologistas a ultranza siempre suelen defender a la Iglesia diciendo que «eran los tiempos». Frase tópica y necia con la que se quiere tapar el sol con el dedo.

Es cierto que aquellos eran tiempos más bárbaros, pero también es cierto que por aquel entonces ya había varones eminentes en santidad que practicaban perfectamente la misericordia, la mansedumbre, la caridad y el perdón de las ofensas, tal como lo había hecho Jesús. Pero los papas parece que o no lo entendían o no les importaba.

También hay que admitir que cuando se es «rey» y «señor» de un Estado, tal como lo eran entonces los papas, si querían mantenerse en el poder, no tenían más remedio que ser tan feroces, tan tramposos y hasta tan rapaces como han sido siempre

«los poderosos de este mundo». Pero los papas habían olvidado la frase de Cristo: «mi reino —y se supone que el de sus vicarios— no es de este mundo» (Jn. 18,36).

Lector: Entre la última palabra del párrafo anterior y esta línea hay un lapso de varios días. En ellos me dediqué a recordar y a ordenar en mi mente la historia de la Iglesia, y el resultado de toda esta reflexión es un estado anímico mezcla de pasmo, de desolación, de disgusto, de incredulidad, de rabia y de anonadamiento.

¿Cómo es posible que una Institución con semejante historia se atreva a decir que es la única representante de Dios en la Tierra? ¿Cómo es posible que una Institución con una historia así —y subrayo la palabra así— tenga la osadía de presentarse como infalible, como santa, como ecuménica, como única, como madre, como redentora y salvadora, como asistida por el Espíritu Santo?

Recordando las páginas de su historia y encontrando tanto mercantilismo, tanta traición, tanta mundanidad, tantas insidias, tanta soberbia, tanto triunfalismo, tantas intrigas para obtener los puestos jerárquicos, tantas envidias, tantos coqueteos con los tiranos de todas las épocas, tanta falta de espíritu evangélico y hasta tantos crímenes, uno no puede salir de su asombro. Un asombro en el que no hay palabras para describir la crasa ignorancia de los que, de buena fe, defienden una Iglesia así; o la estupidez de los que, admitiendo los hechos, todavía creen que su Iglesia es santa; o la cobardía de los que no se atreven a rebelarse, aunque solo sea interiormente, contra la gran mentira; o el cinismo de los que sabiéndolo todo, siguen todavía predicando que es «la única verdadera» o la «depositaría de la fe genuina».

Sé de sobra que dentro de esa institución ha habido y hay almas excelsas; que ha habido miles y miles de personas que, aun con defectos humanos, han entregado sus vidas al servicio de los demás, tratando de cumplir lo mejor posible el mensaje de Cristo. Sé de sobra, porque la he vivido, la buena fe que hay en el alma de millones de cristianos que creen de todo corazón lo que su Iglesia les enseña.

Cuando me asombro y cuando critico, no me refiero a estas almas buenas, ni a los individuos, a los «simples fieles» como les llama el Derecho Canónico. Me refiero al gran conjunto de creencias llamado cristianismo, me refiero a sus cabezas e instituciones dirigentes, sea dentro del catolicismo, del protestantismo o de la iglesia cristiana oriental; y me refiero de una manera especial, al Papado y al conjunto de los obispos católicos que se consideran a sí mismos como los auténticos depositarios de la fe.

Teniendo un poco de inteligencia, un poco de valentía y un poco de sentido de justicia, ¿se puede todavía hoy creer que una institución que tiene una historia tan negra, y tan parecida a las historias de las demás religiones, es la «única» y la «verdadera»? La respuesta es un ¡no! tajante.

La historia de los Vicarios de Cristo, las contradicciones de los teólogos cristianos, las ambiciones y envidias de sus obispos y reformadores, la ferocidad de muchos reyes que se declaraban cristianos, y el parecido que en sus vidas y costumbres tienen muchísimos seguidores de Cristo con los paganos, son una prueba

convincente de que el cristianismo no es ni original, ni único, ni santo, ni verdadero. Un discurso apologético, o una buena acción de un papa o el heroísmo de un mártir, no pueden borrar siglos y siglos de malas acciones, de escándalos papales y episcopales de todo tipo, entre los que descuellan la falta de humildad y de pobreza y el apego al espíritu mundano, a las riquezas, al poder, y a la buena vida.

Esto es lo que he sacado de mi reflexión sobre la historia de la Iglesia. Esto es lo que he sacado después de haber visto repetidamente a tanto ilustre bribón recibiendo solemnemente la corona imperial, en plena basílica de San Pedro, de manos del Sumo Pontífice de turno, y a tantos pésimos cristianos —pero de la «alta sociedad» política y económica— recibiendo condecoraciones de la Santa Sede, y hasta siendo ordenados de obispos.

La antievangélica ceremonia con que muchos emperadores y reyes fueron coronados en San Pedro, tiene mucho de fantochada ridícula y es más propia de una ópera que de un recinto sagrado. La transcribiremos al pie de la letra del pontifical romano del siglo XII, y le rogamos al lector que mientras va leyendo, tenga en mente, como un trasfondo, la imagen de Cristo caminando en sandalias o descalzo por los polvorientos caminos de Galilea, diciéndoles a su pobres discípulos: «Guardaos de los escribas, que gustan de pasear con amplio ropaje, y que quieren ser saludados en las plazas y ocupar los primeros asientos en las reuniones y los primeros puestos en los banquetes… esos tendrán una sentencia más rigurosa» (Lc. 20,46).

He aquí la ceremonia de la coronación:

> «Cuando el monarca viene a Roma a recibir la corona del Imperio, apenas ha bajado la cuesta del monte del Gozo, jura sobre los santos Evangelios conservarles a los romanos sus fueros y costumbres. Al llegar a la puerta Colina, que está junto al castillo de Santángelo, es honoríficamente recibido por el clero de la urbe, allí congregado con cruces e incensarios, y procesional mente conducido a la escalinata de la basílica de San Pedro, entonando todos la antífona: *Ecce mitto angelum meum*, mientras los limosneros del rey arrojan lejos monedas para apartar a la turba y abrir paso. En llegando a la plaza que se dice Cortina, delante de la basílica, los senadores lo conducen hasta las gradas, en donde baja del caballo.
>
> Entonces el Sumo Pontífice, revestido como para decir misa, sale en procesión a la parte superior de la escalinata y se sienta en el faldistorio, teniendo a la derecha, en la primera grada, a los cardenales, obispos y presbíteros; a la izquierda, a los diáconos; en la segunda grada, los subdiáconos y acólitos, el primicerio y los cantores, los magnates y otros oficiales de la curia. Sube el rey con sus arzobispos, obispos y magnates donde está el Sumo Pontífice, le besa con reverencia los pies y le ofrece oro a discreción; el papa, por su parte, le saluda y de da un ósculo y un abrazo.
>
> Pónese en pie el pontífice y, teniendo a su derecha al rey, a su izquierda al

archidiácono, avanza hasta la iglesia de Santa María in turribus, donde el rey presta el siguiente juramento sobre el Evangelio que tiene el subdiácono delante del altar: «Yo N., rey de romanos y, Dios mediante, futuro emperador, prometo, aseguro, empeño mi palabra y juro delante de Dios y de San Pedro que seré protector y defensor de la santa y apostólica Iglesia romana y del actual Sumo Pontífice y de sus sucesores, amparándolos en sus necesidades y conveniencias, conservando sus posesiones, honores y derechos, cuanto con el favor divino me sea posible, según mi saber y poder, con fe pura y recta. Así Dios me ayude y estos santos Evangelios».

Entonces el pontífice va en procesión al altar de San Pedro y a su trono, mientras el rey, con los suyos y con los tres obispos de Ostia, de Porto y de Albano, se queda en dicha iglesia de Santa María, donde es recibido como hermano por los canónigos de San Pedro y revestido de las insignias imperiales, entregando su manto al camarlengo del papa.

Hecho esto, sigue a dichos canónigos que van cantando la antífona: *Petre, amas me?*; y acompañado por el conde del palacio Lateranense y por el primicerio de los jueces romanos, llega hasta la puerta Argéntea de la basílica de San Pedro. Delante de la puerta. Argéntea el obispo de Albano le reza la primera oración: *Deus in cuius manu corda sunt regum*, etc. Entran en la basílica, y cuando están en el centro, el obispo de Porto recita la segunda oración: *Deus inenarrabilis auctor mundi, conditor*, etc. Siguen adelante, y al llegar a la Confesión de San Pedro, el rey se prosterna en tierra y el archidiácono entona las letanías, acabadas las cuales el obispo de Ostia anuncia: *Pater noster*, y tras breves versículos, pronuncia dos oraciones: *Praetende, quaesumus*, y *Actiones nostras*…

A continuación suben al altar de San Mauricio, donde el obispo de Ostia unge al emperador con óleo bendito, haciendo la cruz sobre el brazo derecho y entre los hombros, al par que reza las oraciones: *Domine Deus omnipotens*.

Terminada esta ceremonia, sube el rey al altar de San Pedro, donde el Sumo Pontífice le recibe y le da el ósculo de paz, como a un diácono. Y con esto el rey se dirige al púlpito o ambón, donde habrá un estrado engalanado con colgaduras, y allí se coloca entre sus arzobispos, obispos y magnates.

El primicerio y la *schola cantorum* cantan el introito y lo demás. Terminado el himno angélico, dice el Sumo Pontífice la colecta del día y luego por el emperador la que sigue: *Deus regnorum omnium*, etc.

Después del canto del gradual y del aleluya, va el emperador procesionalmente al altar. Allí el pontífice toma del altar la espada desnuda y se la entrega, entendiendo que con la espada le entrega el cuidado de todo el Imperio. Y al mismo tiempo dice: *Accipe gladium*, etc. Metida la espada en la vaina, el papa se la ciñe al emperador, diciéndole: *Accingere gladio tuo*, etc. Acto seguido, el emperador desenvaina la espada y la vibra tres veces

virilmente y la enfunda bien limpia en el estuche de la vaina».

Lector, permíteme que haga un alto en esta gran payasada que te estoy describiendo. No te olvides que los que tales cosas hacen, son los máximos representantes y defensores de aquel que les dijo específicamente: «Sin embargo vosotros no seáis así» (Mr, 10,43). Y de aquel que le dijo al primer Sumo Pontífice: «Mete tu espada en la vaina, porque los que usan la espada, morirán por la espada» (Mt. 26,52).

Y piensa, que tales fantochadas, no servían en muchas ocasiones absolutamente para nada, como no fuese para mostrar la vanidad de los que las representaban, que lo hacían como si de una obra de teatro se tratase. A las pocas semanas de haber sido coronado Otón I como emperador por el papa Juan XII, este lo traiciona haciendo pactos con diversos reyes y señores para expulsarlo de Italia. Enseguida hablaremos de ello; pero sigamos ahora con la ceremonia de la coronación:

> «Hecho ya miles *sancti Petri*, recibe del papa el cetro con las palabras: *Accipe sceptrum regni*, etc. A continuación, el papa le pone una mitra clerical al emperador; tomando del altar la diadema imperial, se la coloca encima diciendo: *Accipe diadema regni, coro-nam imperii, signum gloriae in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, etc. Luego le da el manto y el globo áureo. El emperador se arrodilla y el papa le bendice con dos oraciones.
>
> Luego una oración: *Deus pater aeternae gloriae*…, después de la cual el emperador, arrodillado, besa el pie del Sumo Pontífice. Este asciende a su alto trono y aquel va al faldistorio que le han preparado a la derecha del papa. Avanza con la corona en la cabeza, con el globo áureo en la mano derecha y el cetro en la izquierda, hasta su estrado, donde le rodean sus prelados y príncipes.
>
> El primero de los subdiáconos con los subdiáconos de la Iglesia romana y los capellanes de la corte imperial, delante del crucifijo de plata, cantan las laudes: *Exaudí Christe*. Los escriniarios de la ciudad, con sus capas de seda, de pie en el coro delante del pectoral, responden: Domino N. invictissimo. Repetida esta laudes tres veces, el primero de los subdiáconos, con los suyos, dice otras tres: *Salvator mundi*, respondiendo los escriniarios: *Tu illum adiuva*. Luego, el primer subdiácono dice dos veces: *Sancta María*. Responden: *Tu illun adiuva —Sancte Michael—. Tu illum adiuva*. Y del mismo modo con los santos que siguen.
>
> Después de esto, el primer subdiácono con los suyos dice dos veces: *Kyrie eleison*. Y todos a una: *Christe eleison. Kyrie eleison*.
>
> Concluidas las laudes y cantado el evangelio, el emperador, sin corona ni manto, se acerca al Sumo Pontífice ofreciendo a sus pies la cantidad de oro que quiera. Y cuando el pontífice baja del trono para celebrar en el altar los

sagrados misterios, el emperador, como un subdiácono, le ofrece el cáliz y el agua y está a su lado hasta que el pontífice, vuelto a su asiento, comulga. Quitándose las insignias imperiales, recibe la comunión de manos del papa y el ósculo de paz. Entonces toma el globo áureo, el cetro, el manto y la corona y retorna a su estrado.

Acabada la misa, el emperador recibe reverentemente la bendición papal e inmediatamente se dirige al lugar donde el Sumo Pontífice debe montar a caballo, para que le tenga el estribo y, cogiendo del freno, lo guíe un poco; luego montará él en su propio caballo y cabalgará a la izquierda del Sumo Pontífice hasta la iglesia de Santa María in Transpadina, en donde, besándose, se habrán de separar corporalmente, no con el corazón.

Hasta aquí la transcripción del *Liber Pontifícalis* con la ceremonia de la coronación de reyes y emperadores por el romano pontífice. ¡Cuánta mentira y cuánta vanidad! Analice el lector cuán válidas y sinceras eran todas estas pomposas ceremonias, con la muestra de esta página de la historia de la Iglesia.

El día 2 de febrero del año 962 Otón I de Alemania fue solemnemente coronado en la basílica de San Pedro (no en la actual), con este mismo ceremonial, por el papa Juan XII. El día 13 del mismo mes, Papa y Emperador firman un importante tratado en virtud del cual este garantizaba al Pontífice sus dominios temporales y se los ampliaba, prometiéndole al mismo tiempo defenderlo de sus enemigos.

No había hecho más que salir de Roma el Emperador, camino de Alemania, cuando Juan XII entra en conversaciones con diferentes reyes y señores feudales para arrebatarle a Otón sus dominios en Italia. Enterado el Emperador, vuelve enseguida a Roma, El Papa al saberlo, huye a Tívoli. Otón reúne entonces un sínodo, en el que deponen a Juan XII[16].

Nombran entonces papa a León VIII (963-965). En cuanto el Emperador se retira de Roma, vuelve Juan XII de su escondite y pone en fuga a León VIII. Deshace todo lo que había hecho el sínodo y arremete con saña contra los que no le habían sido fieles.

Al oír estas noticias, Otón, que andaba todavía por Italia combatiendo contra Berengario, vuelve a Roma dispuesto a dar un escarmiento al Papa, pero en el camino le llega la noticia de que el Pontífice había fallecido —probablemente de manera violenta— cuando contaba solo 27 años (!!). Según el monje Liutprando, muy partidario de Otón I, el Pontífice «murió sin recibir los sacramentos y herido por la mano del diablo».

Pero la historia no terminó ahí. El pueblo y la curia romana, yendo contra lo que muy poco tiempo atrás, el Papa y el Emperador habían acordado tras la pomposa coronación, eligieron como papa a un subdiácono romano que se llamó Benedicto V. Cuando lo supo Otón, apresuró su marcha hacia la ciudad de Roma. Al saber Benedicto V que llegaba el Emperador, y seguramente con no muy buenas

intenciones, mandó cerrar las puertas de la ciudad y se atrincheró con sus partidarios en el Vaticano. Cercado por hambre, no tuvo más remedio que rendirse. Otón que en comparación con los reyes de su tiempo era muy poco cruel y tendía más bien a la magnanimidad, reunió otro sínodo e hizo que ante él despojasen al pobre Benedicto V de todas sus papales vestiduras; lo desterró fuera de Italia, poniendo de nuevo en el solio pontificio al ajetreado León VIII, que murió antes de un año. Todo esto, que parece una película de Cantinflas, es historia pura, pero desconocida de los devotos creyentes, al igual que muchas otras por el estilo.

Y ya que hemos asomado al lector al panorama de la larga historia de la Iglesia, sigamos recorriendo este período del Medievo, tan interesante desde el punto de vista histórico y anecdótico. Molesto por una parte para los piadosos defensores de la santidad de la Iglesia pero tan aleccionador por otra para convencer al cristiano inteligente de que la asistencia divina a su Iglesia y a sus Vicarios, no es tan eficaz como nos habían dicho.

Muerto León VIII, Otón I estuvo de acuerdo con la elección de Juan XIII. Hay que señalar que Juan XIII era de la familia de los Teofilactos que, junto con la de los Crescencios, tuvo durante muchos años el control absoluto no solo del gobierno de la ciudad de Roma sino del solio pontificio. Juan XI fue hijo de los amores ilegítimos del papa Sergio III y Marozia, la hija mayor del patricio romano Teofilacto. Juan XII, del que hablaremos más tarde, fue nieto de Marozia y Juan XIII era tío de Juan XII, porque era hijo de Teodora, la hermana menor de Marozia. Como se ve, todo quedaba en familia.

Pero sigamos con la historia de Juan XIII. El pueblo romano estaba tan escandalizado y tan harto de tantos desmanes y abusos de sus gobernantes, que a los dos meses de la elección de Juan XIII, hubo un levantamiento popular y el papa fue a dar con sus huesos en la cárcel. Dados los tiempos que corrían y la furia del pueblo, fue muy afortunado en no haber terminado ahorcado o arrastrado por las calles de Roma como es el caso de otros papas.

Otón I, —¡una vez más!— en cuanto se enteró, se puso en camino para ayudarlo; pero el Papa, antes de llegar el Emperador, había logrado huir. Reunió enseguida un ejército y se hizo dueño de Roma, en donde, de manera muy poco evangélica, tomó fiera venganza de todos sus enemigos. Cuando llegó Otón a la Ciudad Eterna conferenció con el Papa, hizo nuevos tratados —parece que ya se había olvidado de lo bien que los había respetado el sobrino de Juan XIII— y, ¡una vez más!, procedieron a la fantochada de la coronación. Esta vez el coronado fue Otón II hijo del Emperador.

Cuatro años más tarde, en el año 971, de nuevo estaba Otón I en Roma. Esta vez para asistir a la boda, celebrada por el Papa, de su hijo el coronado Otón II. Se casó con la princesa bizantina Teófano, hija del emperador Nicéforo II, que había muerto asesinado poco antes.

Juan XIII murió al año siguiente. Fueron tales las disputas y controversias que

hubo para escoger un sucesor, que la Santa Sede estuvo vacante cinco meses, hasta que por fin fue elegido Benedicto VI.

Pero he aquí que un hermano de Juan XIII, y por lo tanto de la familia de los Teofilactos, organizó un levantamiento contra el Papa recién elegido. Lo asediaron, lo metieron en la cárcel y lo estrangularon salvajemente. La Santa Sede estaba de nuevo vacante y los Teofilactos junto con los Crescencios eligieron un papa a su gusto que se llamó Bonifacio VII, también conocido como Bonifacio Franco. Corría el año 974. Los papas se sucedían a toda velocidad, porque el que no moría estrangulado tenía que huir. Como dato anecdótico diremos que mientras en el siglo XIX hubo solamente seis papas, y ocho en el XVIII, en el siglo a que nos estamos refiriendo, el siglo X, hubo veintiocho.

De nuevo intervino la autoridad del Emperador. El recién electo Bonifacio VII, que no tenía muy buena fama entre los romanos, fue sitiado en la basílica de Letrán de donde logró huir llevándose toda la cantidad de oro y alhajas que pudo, botín con el que se dio muy buena vida en Constantinopla.

Tras la huida de Bonifacio, eligen papa al obispo de Sutri, un hombre digno y buen político, que adoptó el nombre de Benedicto VII y gobernó la Iglesia durante nueve años. A su muerte en julio de 983, sube al trono pontificio Juan XIV. Pero el huido Bonifacio VII, vuelve de Constantinopla, entra en Roma en abril de 984, acorrala a Juan XIV el legítimo papa, hasta que lo encierra en los calabozos del castillo de Santángelo. Prohibe terminantemente que nadie lo visite ni le dé de comer. Al cabo de varias semanas el Papa muere de hambre. Entonces Bonifacio se proclama de nuevo Pontífice romano. El pueblo no tolera tanta desfachatez y se amotina contra él. Lo persiguen por toda la basílica de Letrán, lo agarran y lo estrangulan arrastrándolo luego desnudo por las calles de Roma.

Eligen entonces a Juan XV que tuvo que vivir subordinado a otro miembro de la familia de los Crescencios llamado Nomentano. Tras once años de pontificado muere y es elegido Gregorio V cuando solo contaba 23 años de edad, pero tenía la gran cualidad de ser sobrino del emperador Otón III. Y de nuevo tenemos al Papa coronando solemnemente a su tío con la misma teatralidad.

En cuanto Otón III se ausenta de Roma, vuelve Crescencio a atentar contra el Papa y vuelve este a huir de Roma. Se nombra un nuevo sucesor que se llama Juan XVI. Vuelve de nuevo el Emperador a Roma a defender al Papa. Manda prender a Juan XVI junto con Crescencio. A este le cortan la cabeza, y al desgraciado Juan XVI los soldados en la prisión le arrancan la nariz, los ojos y la lengua.

Lector: yo no me invento estas monstruosidades. Esta es la historia tal como nos la han transmitido los historiadores —eclesiásticos en su mayoría— que distan mucho de cargar las tintas sombrías. Más bien lo cuentan con rubor y en muchos casos hasta se atreven a disculpar las acciones de los jerarcas, y de los «cristianos emperadores».

En la Historia de la Iglesia de la B.a. C. a la que nos hemos referido

anteriormente, los autores jesuitas, comienzan el capítulo V dedicado al siglo X con estas palabras:

> «Al llegar al año 900, el analista Baronio no sabe cómo designar al siglo X, siglo de barbarie entronizada en la ciudad civilizadora del mundo, siglo de torpezas y crímenes, de calamidades y miserias, de horror y desolación y lo califica de "siglo de hierro" por su aspereza y esterilidad; "siglo de piorno" por la deformidad de sus males; "siglo oscuro" por la inopia de escritores. Y Pagi, su anotador, no acierta a ponderar los vicios de aquella edad, la decadencia universal de los monasterios y la falta de santos y varones ilustres.
>
> Y la verdad, no hay que aguardar al año 900 para prorrumpir en tan tristes lamentaciones. El «concilio cadavérico» del año 897 [del que hablaremos enseguida] se alza como un hito de abominación y de espanto en la vía sacra del Pontificado. Ya para entonces la noche ha caído sobre Roma, noche tan oscura y tan borrascosa como no ha pasado otra igual la institución divina de la Iglesia».

Tras Juan XVI, que además de haber acabado sin ojos y sin lengua aparece en las listas de Sumos Pontífices como antipapa, en el espacio de unos cuarenta años nueve pontífices se suceden sin pena ni gloria, nombrados casi al capricho de los emperadores alemanes o de los Señores romanos entre los que siguen destacándose los Crescencios.

Y entra en escena, el año 1033, Benedicto IX, un personaje con el que se podría haber hecho una estupenda novela de intrigas. El conde de Túsculo, a fuerza de dinero, logra para su hijo la tiara de San Pedro. El jovenzuelo elegido papa tenía alrededor de diez años (!!) (dice algún biógrafo que «apenas si tenía diez»). Era sobrino de dos papas anteriores, y con él, como nos dicen los historiadores eclesiásticos, comenzó de nuevo «el desgobierno y la inmoralidad».

En la violenta revolución que hubo contra él, fue acusado de toda suerte de crímenes y adulterios y solo salvó la vida huyendo a toda prisa de Roma. Hubo enseguida un sínodo y se eligió a Silvestre III. Pero el nuevo Papa no pudo disfrutar mucho de su cargo porque de nuevo aparece en escena Benedicto IX (cuyo nombre de pila era Teofilacto). Al frente de un regular ejército que pusieron a su disposición sus hermanos los condes tusculanos —descendientes de los famosos Teofilactos y Crescencios— puso en fuga a Silvestre III, y se sentó de nuevo en la cátedra de Pedro.

Como veía que su cabeza peligraba a cada momento porque el odio contra él era manifiesto, decidió renunciar a la tiara, pero quiso que se le pagase por ello. Aparece entonces en escena su padrino, el arcipreste Juan Graciano. Y vea el lector cómo se escribe la historia. Hago otra transcripción de lo que los PP jesuitas autores de la

Historia de la B.a. C. dicen de este vergonzoso episodio, que a fuerza de común entre las dignidades y dignatarios eclesiásticos de aquel tiempo, ya parece casi normal y legítimo:

> «El arcipreste Juan Graciano le ofreció buena cantidad de dinero, no comprándole simoníacamente la dignidad pontificia, sino, como parece más probable, dándole un subsidio con que pudiese vivir. Hildebrando nunca creyó que aquel acto hubiese sido simoníaco. Tal vez no se hizo sino condescender con las exigencias de Benedicto IX que pedía que le compensasen los gastos que había hecho (!!). De parte del buen Graciano, que se llamó Gregorio VI, se puso la parte más sana de Italia…».

Porque, ¡oh casualidad! «el buen Graciano» salió elegido papa enseguida de haber ayudado al «pobre» Benedicto IX. Si esto no es simonía, que venga Dios y lo vea.

Pero no se acaban aquí las truhanerías de Benedicto. El Emperador, descontento con todo esto, viene a Roma, depone a Gregorio VI, depone a Silvestre III que había sido expulsado del trono pontificio por Benedicto IX y quería hacer valer sus derechos, y depone también a Benedicto IX que, a pesar de que ya «le habían dado un subsidio para que pudiese vivir» y de que le «habían compensado los gastos que había hecho», comenzaba de nuevo a llamarse papa y quería ser tratado como tal, y hace que en un nuevo sínodo elijan Sumo Pontífice al obispo de Bamberga que se llamará Clemente II (año 1046). Y como era de esperar, el nuevo Papa hace una nueva payasada operática para coronar a Conrado II, hijo de Enrique III, en agradecimiento a su ayuda para que él llegase a papa[17].

Pero el nuevo Pontífice, al igual que les sucedió a muchos otros en este período, duró solo un año. Uno llega a sospechar que el veneno ha abundado mucho en la corte papal, viendo la frecuencia con que papas en plena salud y a veces en la flor de la vida, rondando los 30, han descendido a la tumba. Y viendo además la cantidad de ellos que han estado un año o menos en el solio pontificio: 60 no han pasado de un año y 80 no han pasado de dos.

Esto que apunto solo como una sospecha, en ocasiones fue más que sospecha.

En tiempos de Juan VIII, vivían a la sombra de la corte papal muchos individuos, eclesiásticos y no eclesiásticos, cuyas vidas dejaban mucho que desear. El Papa trató de limpiar su corte, pero el poder de estos parásitos era mucho y sus escrúpulos muy pocos. La cosa fue que el 15 de diciembre del año 882, un familiar, para quien la política del Papa resultaba perjudicial, le suministró un veneno; pero temiendo el envenenador no haberle dado una dosis suficiente, cogió un martillo y a golpes le destrozó el cráneo, muriendo el Papa al instante.

No me resisto a la tentación de darle al lector, a manera de muestreo, un resumen de las vidas de todos los papas llamados Juan, la mayoría de los cuales vivieron en el

siglo X o en sus inmediaciones. No quiero decir que sean una muestra completa de todo lo que fue la historia del Papado, porque ello sería falso, pero sí para que se vea que la historia brillante de que se nos ha hablado tanto, dista mucho de lo que fue en realidad.

— Juan I (523-526). Murió de hambre en la cárcel, en la que fue encerrado por Teodorico, rey ostrogodo, que favorecía la causa arriana.

— Juan II (533-535). En su breve pontificado luchó contra la simonía que reinaba descaradamente en la compra de puestos eclesiásticos, sobre todo en el de pontífice.

— Juan III (560-574). La historia no dice nada de él.

— Juan IV (640-642). Condenó el monotelismo y al papa Honorio que lo había favorecido. (Esta «herejía» sostiene que Cristo tiene una sola voluntad, mientras que la doctrina ortodoxa sostiene que son dos las voluntades de Cristo. ¡Cuánto saben los teólogos!).

— Juan V (685-686).

— Juan VI (701-705).

— Juan VII (705-707). Apenas si sabemos nada de estos tres Papas.

— Juan VIII (872-882). Como acabamos de ver, fue envenenado por un familiar suyo que vivía en la misma corte papal, y rematado a golpes de martillo en la cabeza.

— Juan IX (898-900). Es calificado por los historiadores como «bueno, pacífico, justo y prudente».

— Juan X (914-928). Lo impusieron en el solio pontificio los patricios romanos Teofilacto y Teodora, que para ello tuvieron que forzar los cánones. Capitaneó él mismo sus tropas en varias incursiones contra los moros en el sur de Italia. Más tarde, Marozia, hija de Teofilacto, lo mandó prender, lo encerró en Santángelo y lo hizo asfixiar pegándole una almohada a la boca.

— Juan XI (931-935). Fue hijo de Marozia, con lo cual ya está dicho todo. Pero tiene el agravante de que su padre fue el papa Sergio III, mientras ocupaba el solio pontificio. Celebrando su madre las terceras nupcias, en plena ceremonia, Alberico, hermano del Papa y disgustado con la boda, asalta el palacio y mete en la cárcel a su madre y a su hermano el Pontífice, desapareciendo este de la escena política y religiosa.

— Juan XII (955-964). Era hijo de Alberico y por lo tanto nieto de Marozia. Fue elegido papa a los dieciocho años y murió a los veintisiete. Dicen de él que tenía todos los vicios; lo que es cierto es que era extremadamente mundano y que «estaba mucho más atento a conseguir los cuerpos de las damas que las almas de los fieles». Como administrador de la Santa Sede, parece que no fue malo.

— Juan XIII (965-972). Era tío de Juan XII. Estuvo a punto de ser

linchado en un alzamiento popular. Apenas sale de la cárcel junta un ejército, toma Roma, y ejecuta terribles venganzas (su hermano Crescendo, muerto ya Juan XIII, depone al nuevo papa Benedicto VI, lo hace estrangular en la cárcel, e impone a Bonifacio VII). Intentó tímidamente una reforma eclesiástica que era muy necesaria.

— Juan XIV (983-984). Muere de hambre encerrado en Santángelo por orden del papa Bonifacio VII.

— Juan XV (985-996). No disfrutó de libertad porque vivió a merced de los caprichos del dictador Crescencio Nomentano.

— Juan XVI (997). Fue encarcelado por Otón III, y en la prisión los soldados le arrancaron la nariz, los ojos y la lengua.

— Juan XVII (1003). Apenas si gobernó la Iglesia seis meses.

— Juan XVIII (1003-1009). Parece que fue obligado a resignar el Papado, forzado por el tirano Crescencio que seguía imponiendo su voluntad a los pontífices.

— Juan XIX (1024-1033). A la muerte de su hermano el papa Benedicto VIII, era el jefe político de Roma y le fue fácil apoderarse del solio pontificio. Se hizo ordenar sacerdote y obispo y adoptó el nombre de Juan XIX, teniendo en su mano los dos poderes, con lo que era el dueño absoluto de la ciudad de Roma. Un historiador eclesiástico dice lacónicamente de él: «deshonró a la Iglesia».

— Juan XX. Por un error no existió ningún papa con el nombre de Juan XX.

— Juan XXI (1276-1277). Fue portugués, matemático, médico y científico de su tiempo. Escribió una obra sobre medicina y es famoso en el mundo de la filosofía con el nombre de Pedro Hispano. Murió al derrumbársele encima el techo de una obra que estaba haciendo en su palacio de Viterbo. Fue un hombre piadoso y muy trabajador.

— Juan XXII (1316-1334). Papa de Aviñón. Se podría escribir mucho sobre él. Amaba desaforadamente el dinero e inventó mil tributos para tener más. Se hizo inmensamente rico. Descaradamente nepotista y patriotero. De 28 cardenales que nombró, 23 eran franceses y 9 de ellos de su mismo pueblo (Cahors). Mandó despellejarle la cabeza y manos al obispo Geraud y luego quemarlo vivo («porque había matado al sobrino del Papa con brujerías»). A un franciscano que predicaba sobre la pobreza, lo mandó bajar del púlpito y lo metió preso. En Pisa el otro papa (Nicolás V), mandó hacer un maniquí representando a Juan XXII y lo quemaron. Nicolás V, fue llevado años más tarde preso ante Juan XXII con una soga al cuello. Le perdonó la vida por un pacto previo pero lo tuvo en la cárcel hasta que murió. «Inventó» una herejía sobre el juicio final de la que se retractó a su muerte.

— Juan XXIII (1410-1415). Dudan si fue papa o antipapa. Fue depuesto

en el Concilio de Constanza tras gravísimas acusaciones (hablo más de él en el capítulo dedicado a los concilios).

— Juan XXIII (1958-1963). Es el segundo Juan XXIII. Convocó el Concilio Vaticano II. Se creyó que iba a ser un papa de transición pero fue muy original. Su memoria está todavía viva entre las personas adultas.

He escogido los Juanes como podía haber escogido los Benedictos o los Inocencios. Aunque hay que reconocer que en los Juanes, por ser más, se puede ver una mayor variedad de actuaciones; y además no se puede negar que entre ellos abunda más la picaresca papal.

Observe el lector la cantidad de papas que han muerto de una manera violenta y no precisamente como mártires de la fe. Esto nos dice que el oficio de sumo pontífice, ni era muy pacífico, ni se llegaba a él por caminos muy místicos. (En este particular probablemente el caso más chusco fue el de Lucio II —1144-1145— que murió de una pedrada en la cabeza, cuando, al mando de sus tropas, asaltaba el capitolio. El Espíritu Santo no lo acompañó en ese trance).

Prometí en páginas anteriores hablar del «concilio cadavérico», como le llaman algunos historiadores. Es otro de los hechos sintomáticos de los feroces tiempos que corrían. Pero no nos olvidemos que si los tiempos eran malos, el espíritu de Cristo, que se supone debería reinar en todo momento en la Iglesia, debería estar presente —a pesar de los tiempos— en las mentes de aquellos que sintetizaban el mensaje nuevo que la Iglesia pretendía entregar al mundo. Sin embargo vemos que no fue así. Y no solo eso sino que los que deberían haberse mantenido incólumes ante la corrupción, eran mucho peores que el pueblo ordinario.

Formoso, obispo de Porto, en las afueras de Roma, fue elegido papa (891-896). Era un hombre serio, austero y más bien inclinado al rigor. Forzado por las tristes circunstancias en que entonces estaba el Papado —sometido constantemente a los caprichos y a las tiranías de los gobernantes de turno—, se vio obligado a ceñir la corona imperial en la cabeza del rey de Germania, Arnulfo, vehementemente odiado por el patricio romano Lamberto de Espoleto y por su madre Angiltrude. Cuando se retira de Roma Arnulfo, entran en ella Lamberto y su fiera madre preparados para descargar su ira contra el Pontífice. Pero el Papa había muerto poco antes, y lo mismo le había pasado a su sucesor Bonifacio VI, que solo reinó quince días.

Entonces ocupa el trono pontificio Esteban VI, (896-897), enemigo de por sí del papa Formoso, y que además se vio forzado por Lamberto y Angiltrude a mostrar contra el difunto Papa una crueldad que excede de toda medida. Mandó exhumar el cadáver de Formoso que ya llevaba nueve meses debajo de la tierra; lo arrastraron por las calles de Roma y no dejó atrás todos los huesos, porque estaba bien enfundado en sus vestimentas pontificias, tal como había sido inhumado. En medio de la basílica constantiniana hicieron una especie de tribunal y en la silla central, en el puesto que correspondía al reo, sentaron el hediondo cadáver de Formoso.

El juicio «corpore presente» que le hicieron es solo imaginable en mentes enfermas. Le hacían preguntas como si estuviese vivo, y un diácono las contestaba por él; lo acusaron de todo lo que se les ocurrió; declararon nula su elección al pontificado y nulas todas sus acciones como pontífice (lo cual acarreó tremendos problemas durante muchos años); le cortaron los tres dedos de la mano derecha, con los que los pontífices suelen bendecir y procedieron a despojarlo de sus vestimentas pontificias. Y como una burla macabra y al mismo tiempo ejemplar, que Formoso les hacía desde el más allá, cuando lo despojaron de sus prendas íntimas, para luego arrastrarlo desnudo, se encontraron, amarrado a la putrefacta carne que aún le quedaba en sus muslos, ¡un cilicio de hierro con el que el austero Formoso se había ido a la tumba!

Acabado el juicio, arrastraron otra vez por las calles sus piltrafas y lo que quedaba de su osamenta, hasta que al fin lo arrojaron al Tíber.

Esteban VI, que reinó solo un año, sufrió la ira del pueblo poco tiempo después. Asaltaron el palacio, lo despojaron de sus vestiduras como él había hecho con Formoso y lo metieron en una prisión donde poco tiempo después lo estrangularon.

A continuación, subió al trono pontificio Romano I que, como apenas estuvo tres meses, no pudo hacer nada para rehabilitar a Formoso. Fue su sucesor Teodoro II quien, a pesar de haber vivido solo veinte días como papa, deshizo todo lo que Esteban VI había dicho y hecho contra Formoso.

Ocupan luego la sede pontificia Juan IX (durante dos años), Benedicto IV (otros dos años), León V (solo dos meses) siendo destituido, encarcelado y degollado en prisión, Cristóbal I (otros dos meses) que también es encarcelado y degollado en prisión… Y ¿quién es el que se dedica a degollar papas con tanta facilidad? Pues nada menos que el obispo de Cere, furibundo enemigo de Formoso, que tras sus piadosas acciones, se hace nombrar papa, convirtiéndose en Sergio III y revalidando todas las decisiones del «concilio cadavérico». Este fue el Papa, que siendo ya sumo pontífice, sedujo o se dejó seducir por la famosa Marozia y tuvo un hijo con ella, que más tarde llegaría al pontificado con el nombre de Juan XII, De esto ya hemos hablado en páginas anteriores.

Me imagino que si algún buen cristiano que nunca haya oído estas «gestas gloriosas» de su Iglesia, lee estos hechos, tendrá el ánimo sobrecogido de espanto ante tamañas atrocidades. Lo lógico será que, si no está impedido por el «miedo sacro» que desde niños llevamos incrustado en el alma, comience a cuestionar el asentimiento y la entrega de la mente que le ha hecho a su Iglesia desde su niñez. Lo lógico será que comience a repensar toda su fe y a sospechar que las cosas no son como se las habían contado. Si eso sucediese, el autor, en vez de sentirse reo de quitarle a nadie la fe, se sentiría satisfechísimo de lograr despertar la mente de alguien. Porque ese es precisamente el fin de estas páginas.

Ante una historia así, uno no puede quedarse indiferente y tiene que reaccionar, si es que tiene un mínimo de inteligencia y hasta de sentido común. Leer estos horrores,

que son solo una pequeña muestra de toda una montaña de ellos, y quedarse impávido, es demostrar una pasividad indigna de un hombre evolucionado.

Y a los que nos digan que este «concilio cadavérico» es solo la obra de un mal papa, y que por esa acción no se puede juzgar a toda la Iglesia, les diremos que la monstruosidad que hizo particularmente un mal papa, varios siglos después y en repetidas ocasiones, la volvieron a cometer oficialmente los dementes tribunales de la Inquisición en toda Europa.

Posteriormente veremos cómo aquellos jueces de iniquidad, nombrados y dirigidos por la Iglesia, hacían desenterrar cadáveres de «herejes» y de «brujas» para que fuesen juzgados y quemados «ejemplarmente».

16
CONCILIOS

Un concilio, dentro de la Iglesia Católica, es una reunión de altas jerarquías eclesiásticas, conjuntamente con el Sumo Pontífice, para reflexionar sobre materias que pertenecen a la fe y a las costumbres, y para, en caso de necesidad, dictaminar infaliblemente sobre ellas.

A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido unos 21 concilios ecuménicos y una gran cantidad de concilios particulares. En los concilios ecuménicos, es decir, aquellos a los que acuden obispos de la mayor parte de las naciones en las que hay súbditos católicos, mayormente se han tratado los temas fundamentales de la doctrina cristiana y los problemas más importantes que en aquellos momentos requerían mayor atención.

Por su parte, en los concilios particulares se han tratado toda clase de temas: desde la creencia en brujas, íncubos y súcubos, hasta la determinación de cuál debería ser la edad de las amas de llaves que vivían en las casas parroquiales, o qué alimentos podían ser ingeridos en cuaresma. Y si es verdad que en muchas ocasiones uno no puede menos de reírse, viendo la ingenuidad de los padres conciliares que se atrevían a discutir con toda audacia sobre las más profundas intimidades de Dios, también es cierto que, en medio de tales tiquismiquis, uno ve la tremenda intromisión que suponían tales normas y prohibiciones en las vidas de los ciudadanos de las naciones cristianas.

Porque hay que tener muy en cuenta que, durante siglos, las decisiones de los concilios no eran solo una mera norma orientativa, sino que tenían en muchísimas ocasiones un carácter coercitivo. Y muchos de los que no quisieron atenerse a lo que el concilio había dicho, pagaron cara su independencia de criterio. De hecho en muchos documentos conciliares, a los herejes, es decir, a los que discrepaban de la doctrina oficial del concilio o de la Iglesia, por más que en sus vidas fuesen ejemplares, se les llama «criminales» y se les aplica todo tipo de adjetivos denigrantes.

En los primeros diez siglos de la Iglesia, era muy frecuente que los que

convocaban los concilios fuesen los emperadores —que en algún caso no estaban ni bautizados— y los temas y decisiones del concilio dependían mucho de lo que ellos pensaban. En general, las opiniones de obispos y padres conciliares que estaban en buenas relaciones con los emperadores, eran las que prevalecían en los concilios. Y fue bastante corriente que aquellos que sostenían ideas contrarias fuesen desterrados, perseguidos o de alguna manera castigados por el poder civil instigado en muchas ocasiones por las autoridades eclesiásticas.

Este lavarse las manos de los jerarcas de la Iglesia, para quitarse las posibles manchas de la sangre de los herejes, es algo muy típico y farisaico que nos encontramos repetidamente en la historia. Cuando muchos reos de herejía estaban ya convictos y confesos —a fuerza de torturas— de haberse apartado de las doctrinas de la Santa Madre Iglesia, los paternales jerarcas los «relegaban al brazo secular», que se encargaba de encerrarlos en mazmorras, de someterlos a tormento o de quemarlos vivos. Y así «la honra de la Iglesia quedaba a salvo y su regazo maternal no se endurecía». Estas estúpidas palabras de Bossuet rezuman tal cinismo, que en vez de ser una defensa de la Iglesia suenan más bien a desvergüenza.

Una de las cualidades más notables de los concilios es la de ser infalibles, cuando se celebran con ciertas condiciones. Esto de la infalibilidad conciliar es algo muy gracioso. Hablando de una manera popular, podríamos decir: ¿por qué un concilio es infalible? Pues porque así lo ha dicho el Magisterio de la Iglesia. Y ¿qué es el Magisterio de la Iglesia? El Magisterio de la Iglesia son las enseñanzas que provienen del papa y de los concilios. Pero ¿son los papas infalibles? Sí. ¿Y cómo sabemos que los papas son infalibles? Porque así lo ha dicho un concilio. Pero y ¿cómo sabemos que el Magisterio de la Iglesia es infalible? Pues porque siendo el auténtico intérprete de la palabra y la voluntad de Dios no tiene más remedio que ser infalible.

Y uno, que es un poco terco, y no se quiere dejar enredar, sigue preguntando: ¿Y cómo sé yo que el Magisterio de la Iglesia es el auténtico intérprete de la voluntad de Dios? A semejante pregunta, el viejo catecismo del Padre Astete contestaba textualmente: «Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que lo sabrán responder». Pero la verdad es que los Doctores de la Santa Madre Iglesia no lo saben responder. Cometen la «petitio principii» de decir: «El Magisterio de la Iglesia es el auténtico intérprete de la voluntad y de la palabra de Dios, porque así lo ha dicho siempre el Magisterio de la Iglesia compuesto por los papas y los concilios». Y los «simples fieles» —con más de simples que de fieles— tienen que acatar la sabia decisión «porque así lo mantuvo siempre esta Santa Sede» o «porque así lo confirma el constante uso de la Iglesia» (frases textuales). Es decir, «porque sí». «Porque lo digo yo». Esto, hablando de una manera popular pero que rezuma sentido común y que, en el fondo, no es más que filosofía socrática químicamente pura.

Pero puestos a enredar un poco las cosas en cuanto a los orígenes de la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia, diremos que la infalibilidad del Sumo

Pontífice cuando habla «ex cátedra», en cuestión de fe y costumbres, fue definida en el Concilio Vaticano I (1870), con una oposición muy grande dentro de la Iglesia. De los argumentos que sirvieron de base a tal definición no solo se puede decir que son débiles, sino en buena parte falsos, y con unas consecuencias muy negativas, ya que tal definición separó aún más a las diversas facciones en que está dividido el cristianismo. Si los protestantes y los orientales ya resentían el autoritarismo del pontífice romano, ahora no quieren saber nada de él cuando lo ven autoproclamarse «infalible».

No solo eso, sino que a raíz de tal definición, una parte de los católicos alemanes y franceses, capitaneados por Dollinger, se separaron de Roma, formando la secta cristiana de los «Vetero Católicos» que, aunque muy disminuida, continúa viva después de más de un siglo.

Aunque el fin principal de este capítulo es hablar sobre los concilios en general, apuntaremos algunas cosas sobre la infalibilidad, ya que, como dijimos, es una de las cualidades fundamentales de estos.

Un hecho cierto es que en la primitiva Iglesia no se tenía idea de tal infalibilidad. Y cuando ya se habían celebrado unos cuantos concilios ecuménicos, tal como ha demostrado el teólogo-historiador alemán J. Lange, «del siglo VII al XII no se tuvo al papa por infalible».

Tal idea comenzó a tomar cuerpo en las imaginativas mentes de los teólogos, a raíz de las famosas «decretales pseudoisidoriañas» redactadas allá por el año 850. Estas «decretales» son unos 115 documentos falsificados en su totalidad y 125 documentos auténticos, a los que se les añadieron cosas que favorecían la centralización del poder en manos del pontífice romano. Se citan —o se inventan— documentos de los obispos romanos de los cuatro primeros siglos.

No se sabe a ciencia cierta quién los redactó; lo cierto es que tuvieron una enorme influencia en el primer tratado de Derecho Canónico llamado «Decretum Gratiani» que, a su vez, influyó de una manera decisiva en teólogos y canonistas a partir del siglo XII. Pues bien, en este «Decretum Gratiani», que fue como el libro de texto en la Iglesia durante varios siglos, se citan de las «decretales del pseudo Isidoro» nada menos que 324 pasajes de los cuales está demostrado que 313 son falsos. A partir de entonces y basados en ellos, el texto de Mateo 16,18 («tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia») se empieza a usar sin género de duda para demostrar la supremacía de la sede romana sobre las demás. La definición sobre la infalibilidad tardaría siete siglos en llegar, pero es una consecuencia de esta nueva manera de pensar, basada en unos documentos falsificados.

No quiero abrumar al paciente lector, pero considero interesante darle unos cuantos datos concretos para demostrarle que lo que exponemos no lo hacemos sin más ni más, sino apoyados en hechos históricos.

Si miramos atrás en la historia, para ver en qué consiste esta infalibilidad conciliar y pontificia, ¡nos encontraremos con papas excomulgados!: el papa Vigilio

fue excomulgado el año 533 por el V Concilio Ecuménico de Constantinopla; y el papa Honorio por el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla celebrado el año 681; y su condenación fue repetida por el sínodo trullano del año siguiente y por el VII y VIII Concilios Ecuménicos celebrados en Nicea y Constantinopla respectivamente. Con el agravante de que la excomunión del papa Honorio fue aceptada y reconocida por su sucesor León II y por varios de los pontífices subsiguientes.

Pero las autoridades eclesiásticas, a pesar de tener mucho abolengo y solera, tienen un moderno espíritu jalisqueño que las impulsa a no perder nunca; y por eso cuando los teólogos allá por el siglo XIV se convencieron de que estos hechos eran ciertos, inventaron enseguida la coartada: unos dijeron que la excomunión había sido un error de la Iglesia griega (Torquemada) y otros que no era válida porque no había sido hecha «ex cathedra» (Melchor Cano). Y puestos a rebuscar errores en la historia de los pontífices y de los concilios, podríamos enumerar una larga lista de ellos.

En el libro *Mi iglesia duerme* publico la lista de dieciséis pontífices que escribieron cosas con las que la razón humana no puede estar de acuerdo. A aquellos nombres se podrían añadir los de Pío XI, con sus aseveraciones sobre el matrimonio en la encíclica «Casti connubii», muchas de ellas hoy totalmente inadmisibles; Pío XII con aseveraciones parecidas más las que vertió en la encíclica «Humani generis» sobre la interpretación de las Escrituras; Paulo VI con su funesta encíclica sobre el control de la natalidad totalmente desobedecida por los católicos, y el mismo Juan Pablo II con su conservadurismo teológico a ultranza que le impide ver cómo la teología de la liberación no es más que un evangelio desnudo y sufriente que es lógico que apeste en las aterciopeladas cámaras donde se juega la alta política vaticana.

Y si de los papas saltamos a los concilios, nos encontraremos con el mismo panorama. Expondremos al lector unas breves muestras que podrían ser ampliadas hasta el infinito.

Los años 730 y 754 se celebraron en Constantinopla sendos concilios generales o ecuménicos. En ellos se prohibió el culto a las imágenes, para estar de acuerdo con lo prescrito por Moisés y porque tal práctica conllevaba el peligro de idolatría en las mentes de las personas de poca cultura. Además, en los primeros siglos del cristianismo se había siempre aborrecido semejante costumbre que se consideraba pagana.

El año 769 se celebra un concilio en Letrán (Roma) dirigido por el papa Esteban III y en él se condenan las decisiones de los dos concilios de Constantinopla contra las imágenes. Según los Padres de Letrán, el culto a las imágenes era santo y bueno. Dieciocho años más tarde, el 787, se vuelve a celebrar un concilio —el II de Nicea y VII ecuménico— que remacha las conclusiones del de Letrán, permitiendo el culto a las imágenes: «quienquiera que no rinda servicio y adoración a las imágenes de los santos y a la Trinidad, sea anatematizado».

Pero las controversias estallaron enseguida. Cuando en el Concilio de

Constantinopla celebrado el 789, algunos obispos recordaron este decreto del anterior Concilio de Nicea, fueron arrojados violentamente de la sala. En Constantinopla se inclinaban entonces por la prohibición. El año 794 se reúne en Frankfurt otro concilio convocado esta vez por Carlomagno. En él se rechazan también despectivamente los decretos que permiten el culto a las imágenes, y al Concilio de Nicea se le denomina «sínodo impertinente y arrogante, celebrado en Grecia para adorar pinturas». Y es de notar que a este Concilio el papa Adriano I había enviado a dos delegados. Sin embargo las cosas no habrían de quedar ahí. El año 842, se vuelve a celebrar otro gran concilio en Constantinopla en el cual se vuelven a adoptar las doctrinas del II Concilio de Nicea y se condenan las del anterior de Constantinopla, en donde se oponían al culto a las imágenes.

Para deleite del lector, transcribiré aquí unos cuantos párrafos de J. M. Ragón del libro *La Misa y sus misterios* (Edit. Glem. Buenos Aires):

> «En el 861 vuelve a celebrarse otro gran concilio en Constantinopla, compuesto por 318 obispos y convocado por el emperador Miguel. En él se depone a San Ignacio, patriarca de Constantinopla, siendo elegido para sustituirle, Focio. En el concilio del año 866, también en Constantinopla, se condena a la iglesia latina por lo del filioque y por otras prácticas. El papa Nicolás I es depuesto y excomulgado por contumacia; había tomado partido por el patriarca depuesto Ignacio, y Focio —que a su vez había sido nombrado Patriarca ecuménico (universal)— lo declaró hereje, a pesar de ser el Obispo de Roma, en vista de que admitía que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo, en contra de la procedencia única del Padre defendida por la Iglesia oriental. Además de esto, Nicolás I comía y dejaba que comiesen huevo y queso en cuaresma. Y para colmo de infidelidad, el papa romano se rasuraba la barba, lo cual era una apostasía manifiesta, según entendían los papas griegos, puesto que tanto Moisés como los patriarcas y Jesucristo habían sido pintados con barba… (!).
>
> Cuando Focio fue restablecido el 879 en su sede por el VIII concilio ecuménico, el papa Juan VIII lo reconoció como hermano suyo. Los dos delegados enviados por el Papa a este concilio se adhirieron a la iglesia griega y declararon Judas a quien dijese que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Pero como el Papa persistía en su costumbre de rasurarse la barba y de comer huevo en cuaresma, las dos iglesias continuaron divididas…».

Todos estos tiquismiquis eclesiásticos, todas estas memeces doctrinarias y toda esta soberbia y afición a la pomposidad y a las vanidades, distan mucho de la idea que teníamos de la sacralidad e infalibilidad de los concilios y de los Padres Conciliares.

Cuando se reflexiona sobre las causas del Cisma de Oriente que dura ya nueve

siglos, no hay más remedio que llegar a la conclusión de que la humildad predicada por el fundador del cristianismo está lejísimos de la conducta de sus grandes jerarcas. A estos, el poder les ha llenado la mente de ceguera y el corazón de orgullo, al igual que suele hacer con el resto de los mortales.

Indudablemente el poder corrompe. Aunque sea el poder eclesiástico.

Por estúpido que hoy nos pueda parecer, estas fueron las causas del Cisma de Oriente, esa escandalosa separación de más de cien millones de cristianos que no solo discrepan en ciertas creencias secundarias sino que se desprecian y hasta se odian, tal como lo han demostrado en repetidas ocasiones a lo largo de la historia:

— Usar el pan sin levadura para la eucaristía.

— No cantar «alleluya» en cuaresma.

— Rasurarse la barba los prelados.

— Comer huevos y queso durante la cuaresma.

— Cambiar la fecha del nacimiento de Cristo.

— Considerarse los jefes de las dos iglesias (Roma y Constantinopla) pastores supremos de la cristiandad.

— No admitir los orientales que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo sino solamente del Padre.

— No admitir los occidentales la comunión bajo las dos especies.

— El ayuno del sábado.

— El comer carne de animales sofocados.

— El no contar los occidentales, entre los santos, a Basilio, Crisóstomo y el Nacianceno (lo cual no era cierto).

Estas y algunas otras fruslerías más, fueron las que causaron el rompimiento de la Iglesia cristiana de Bizancio con la Iglesia de Roma; rompimiento que dura después de casi mil años y que es capaz de hacerle perder la fe al que lo considere fríamente, ya que va contra la esencia de lo predicado por Jesús.

Y esta separación no es solo en la superficie sino que cala muy hondo en el espíritu de las dos ramas del cristianismo. Lo podemos ver en un pequeño episodio que resume toda la hondura del cisma que desgarra al «cuerpo de Cristo que es la Iglesia»: En tiempos del patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario, que fue quien consumó formalmente el cisma, un sacerdote llamado Nicéforo pisoteó públicamente las hostias consagradas. ¿Razón para tan sacrílego acto? Habían sido consagradas en una misa celebrada en rito latino, y, según la opinión de muchos orientales, la misa de un sacerdote latino no era válida, y por lo tanto aquello no era el cuerpo de Cristo. Fanatismo sobre fanatismo.

Pero volvamos a los concilios y oigamos a Hans Küng, un especialista en el tema de la infalibilidad conciliar:

> «Los concilios se han corregido unos a otros. Al comienzo de los concilios ecuménicos no se sentía en modo alguno, como se sintió

posteriormente, la necesidad de ligarse a la letra del concilio como si fuera inspirada. En los antiguos concilios cristológicos se da múltiple cambio en la terminología y en los conceptos. Los concilios de Nicea y Sárdica supusieron, al igual que muchos Padres, que en Dios solo hay una hipóstasis; en cambio, el primer Concilio de Constantinopla y el Concilio de Calcedonia supusieron, con muchos otros Padres que en Dios hay tres hipóstasis. Se da además la expresa condenación de un concilio anterior. Así el Concilio de Calcedonia, del año 451, rechazó los decretos del Concilio II de Efeso del año 449 que fue convocado como Ecuménico, con lo cual no pudo imponerse su ecumenicidad; el Concilio de Constantinopla del año 754 condenó el culto de las imágenes y el Concilio II de Nicea de 787 lo confirmó.

Finalmente se da la corrección de hecho de un Concilio Ecuménico por otro Concilio posterior Ecuménico. Asi el Concilio de Calcedonia de 451 corrigió de hecho al Concilio 1 de Efeso de 431 reconocido como ecuménico y bajo la dirección de Cirilo de Alejandría condenó y excomulgó al antioqueno Nestorio. Aun cuando Calcedonia alabó a Cirilo y mantuvo la condenación de Nestorio, reconoció sin embargo de hecho por su nueva formulación de la fe, las intenciones de la teología antioquena, y rechazó expresamente la doctrina central de la cristologia alejandrina, que había dominado en los dos Concilios de Efeso: la idea de una sola naturaleza en Cristo.

Así, el patriarca Nestorio, condenado en Efeso los años 431 y 449, hubiera podido firmar la fórmula de fe de Calcedonia del año 451, que no hubiera podido firmar Cirilo, presidente del primer Concilio de Efeso, sin reservas y no hubiera firmado en absoluto el Presidente del Segundo Concilio de Efeso, Dióscuro, que fue excomulgado por el Concilio de Calcedonia».

A continuación cita H. Küng el siguiente texto de San Agustín:

«…los concilios que se celebran en algunas regiones o provincias ceden sin ambages a la autoridad de los concilios plenarios que se congregan en todo el orbe de la tierra; y hasta concilios plenarios anteriores han sido a menudo corregidos por concilios posteriores si por alguna experiencia de las cosas se abre lo que estaba cerrado y se conoce lo que estaba oculto».

Uno de los graves problemas con los que en la actualidad se encuentra la Iglesia es el haber hablado tanto tiempo y en tantas ocasiones «infaliblemente» y demasiado autoritariamente. El hablar en «nombre de Dios» tiene sus ventajas pero también sus graves inconvenientes. El psiquismo humano es muy débil cuando estas condiciones de «infalibilidad» o de «autoridad incuestionada» («Sancta Sedes a nemine

iudicatur»), se mantienen durante mucho tiempo y peor aún cuando se hacen consuetudinarias. Uno llega a creer como venido de Dios, lo que únicamente procede del propio psiquismo. Y ni los papas están inmunes a esta debilidad de la mente.

Durante el Concilio Vaticano I, Pío IX que llevaba 24 años de pontífice y dirigía el concilio de una manera absoluta, en un momento de ira, cuando varios cardenales le objetaron que cierta medida iba contra la tradición de la Iglesia, dijo aquella frase que se ha hecho histórica y que refleja ese estado de ánimo al que nos estamos refiriendo: «La tradición soy yo». Otro Luis XIV, pero eclesiástico. Debería haber tenido los modales del papa Juan XXIII, que un siglo más tarde dijo otra frase famosa aunque completamente contraría: «¿Quién ha dicho que yo soy infalible?».

Y por supuesto nunca faltan los perros falderos o los adulones de turno que vienen a confundir más las mentes ya ofuscadas de los «infalibles» y de los directamente inspirados por Dios, con frases lisonjeras y untuosas como estas del cardenal Veuillot y de la revista «La Civilta Católica» de los jesuitas de Roma, dirigidas a Pío IX cuando más duramente se discutía en la Iglesia el problema de la infalibilidad:

> «Todos sabemos con certeza una sola cosa: que nadie sabe nada excepto aquel hombre con quien Dios está para siempre; el hombre que realiza el pensamiento de Dios, y cuyas inspiradas instrucciones debemos seguir sin desviación».
>
> «La infalibilidad del Papa es la infalibilidad de Jesucristo mismo; cuando piensa el Papa, Dios mismo piensa en él».

O estas otras del francés De Maistre, citadas también por H. Küng:

> «Sin el romano pontífice no hay cristianismo; el cristianismo estriba exclusivamente sobre el romano pontífice».

Esto es ya el colmo de la lambisconería.

Hans Küng nos habla en su libro *¿Infalible?* de un posible entendimiento con los protestantes es este particular, pero basado no en «proposiciones infalibles» sino en «la predicación de la palabra» y en la «comunidad de los creyentes». Pero con toda modestia le preguntamos a Hans Küng: ¿Qué comunidad de creyentes?; ¿qué predicación de la palabra? Buena voluntad de Hans Küng para salvar lo insalvable. Porque la raíz del problema está en que el cristianismo es un mito más. Es decir, no está en infalibilidades, ni en comunidades de creyentes, ni en predicaciones de la palabra, sino en que el cristianismo es un conjunto de creencias que, basadas en unos personajes y en unos hechos históricos, la mente humana ha ido fabricando y agrandando a lo largo de los siglos, hasta llegar a convertirse en lo que es hoy: una

compleja mitología en nada diferente de otras que constituyen la esencia de otros credos.

Para redondear el tema de los concilios pongamos ante los ojos del lector el ejemplo de dos concilios concretos: el de Pisa y el de Constanza.

Cuando el Concilio de Pisa fue convocado, había en la cristiandad dos papas que disputaban entre sí quién era el verdadero. Uno de ellos, el español Benedicto XIII (el famoso Papa Luna), había sido elegido canónicamente en Aviñón y en un principio fue tenido por el auténtico papa. Otro era Gregorio XII, italiano, elegido en Roma unos años más tarde (1407).

En las muchas tentativas que hubo para arreglar el problema que amenazaba con acabar con la Iglesia, se dieron episodios cómicos, dentro de su gravedad que indudablemente han servido para abrir los ojos a muchos cristianos que creían de buena fe en sus jerarcas y en las cosas que estos predicaban tan seriamente, pero que tan claramente no cumplían.

El resultado fue que, forzados por el clamor de la Iglesia, Benedicto XIII y Gregorio XII, a pesar de haberse excomulgado mutuamente varias veces, decidieron tener una reunión para discutir francamente los derechos de cada uno y ponerse de acuerdo en quién de ellos renunciaría para acabar con el cisma. Uno estaba en Aviñón y el otro en Roma, y escogieron la ciudad italiana de Savona, a medio camino, para la reunión. Comenzaron ambos a moverse hacia Savona, pero lo hacían en cámara lenta; y a medida que se acercaban a esta ciudad —donde habían acordado estar el 29 de octubre de 1407— se iban moviendo con mayor lentitud, hasta que ambos se pararon a unos 30 kms. uno del otro, sin dar un paso más. Allí estuvieron hasta el mes de mayo de 1408 espiándose mutuamente, pero sin moverse ni un paso. En realidad a ninguno de los dos le interesaba en lo más mínimo tener la reunión, que conllevaba el peligro de tener que renunciar a la Santa Sede. Y la Santa Sede era algo demasiado «Santo» para renunciar a ello.

Pasado un tiempo dieron media vuelta y la tan anunciada y deseada reunión nunca tuvo lugar, con gran escándalo de todo el orbe cristiano. De hecho, la mayoría de los príncipes europeos, como una manera de protestar, les retiraron la obediencia a ambos pontífices y propiciaron el Concilio de Pisa, en el que se elegiría un nuevo papa para regir, en adelante, los destinos de la Iglesia.

El 25 de marzo de 1409 se reunieron en Pisa 24 cardenales, 4 patriarcas, 80 obispos más los procuradores de otros 102 ausentes, 87 abades más los representantes de otros 200 ausentes, 41 priores, los generales de varias órdenes religiosas, más de 300 doctores, diputados de muchas universidades y de 100 cabildos y catedrales, además de embajadores de príncipes y reyes.

Aunque tardaron un tiempo en hacer su elección, el 17 de mayo de 1410 después de haber depuesto a Gregorio XII y a Benedicto XIII, eligieron al cardenal Baltasar Cossa que escogió el nombre de Juan XXIII.

Por supuesto que ninguno de los otros dos papas quiso renunciar, y la elección de

Juan XXIII vino a empeorar las cosas, pues en adelante, en vez de haber dos papas habría tres. Los fieles de la Iglesia dividían su obediencia: unos tenían por auténtico y obedecían a uno y otros a otro, dependiendo en muchas ocasiones de a quién se mantenían fieles los soberanos de su nación. Estos cambiaban con frecuencia su obediencia debido mayormente a motivos políticos. Entre el pueblo sencillo y entre los verdaderos fieles, reinaba un verdadero caos. En realidad no se sabía ni se podía saber quién era el verdadero Sumo Pontífice porque los tres tenían motivos válidos a su favor. Pero desgraciadamente, los tres habían dado muestras de ser ambiciosos, muy poco humildes y muy poco deseosos de evitarle a la Iglesia el mal tan grande que le estaban causando.

Desesperada ya la cristiandad ante la presencia escandalosa de los tres papas que no cesaban de excomulgarse, y que por añadidura, celebraban sus respectivos concilios (Pisa, Perpignan y Cividale) que no hacían sino confundir y dividir aún más a la cristiandad, se reunió el Concilio de Constanza.

El Concilio de Constanza, celebrado en aquella ciudad alemana desde el año 1414 al 1418, figura en los catálogos como el Concilio Ecuménico número 16. Y aunque discutidísimo por una diversidad de razones, desde el punto de vista de la disciplina fue probablemente el concilio más importante de todos los que la Iglesia ha celebrado. De no haber sido por él, el cristianismo hubiese empezado su desmembración y su ocaso varios siglos antes.

Sin embargo, visto desde otro ángulo, el Concilio de Constanza es tan escandaloso en sí, que es capaz de acabar con la fe del cristiano más ferviente.

Sin querer abrumar al lector con datos y sin pretender hacer un estudio a fondo de tan importante reunión, centraré mis reflexiones en tres puntos: Los papas que en él intervinieron, el tema más importante que en él se trató, y el juicio de Juan Hus.

Lo primero que llama la atención en el Concilio de Constanza es la cantidad de papas que en él intervinieron: Nada menos que cuatro. Y si concurrido había sido el de Pisa, el de Constanza lo fue aún más ya que llegaron a reunirse 18.000 eclesiásticos.

Abrió solemnemente el concilio, con una misa pontifical, Juan XXIII que creyó que iba a ser confirmado en su cargo. Pero en cuanto los 150 obispos comenzaron a deliberar, le hicieron juicio a cada uno de los papas y los depusieron a los tres, eligiendo como nuevo papa al cardenal italiano Odón Colonna que se llamó Martín V. Así terminó el cisma de occidente que ya duraba 39 años.

Lo que no deja de llenar a uno de pasmo —y hubo muchas cosas pasmosas en este concilio, ya que por estar los ánimos muy divididos se sacaban los trapos sucios con mucha facilidad— fueron las acusaciones que se hicieron contra el papa Juan XXIII durante el proceso que se le hizo para deponerlo de su autoridad papal. Traduzco el latín de las actas del concilio:

«Desde su juventud, cuando aún se llamaba Baltasar Cossa, fue

desvergonzado, impúdico, mentiroso, de mala índole, rebelde hacia sus padres. Pagó por el cardenalato grandes sumas de dinero. Fue un tirano para extorsionar y exigir rentas. Despobló las tierras de la Iglesia y empobreció a sus súbditos… Logró el Papado con medios y maquinaciones ilícitas. Despreciaba los Divinos Oficios como si fuese un pagano. No estaba presente en las Misas y Vísperas papales y menospreciaba las Horas canónicas, los ayunos y las abstinencias. Y si alguna vez celebraba Misa, lo hacía a toda prisa, como en las Misas de cazadores. Cometió incesto con la esposa de su hermano, sacrilegio con monjas, estupro con vírgenes, y adulterio con mujeres casadas…».

Ante semejantes acusaciones, uno piensa cómo un hombre tal, pudo haber llegado a Sumo Pontífice y uno llega a la conclusión de que la corrupción en los altos niveles eclesiásticos había llegado a unos límites insospechados por el pueblo sencillo y realmente creyente en las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Ante hechos como este, uno se convence de que en la elección de los papas y en la distribución de los muchos cargos eclesiásticos de alto nivel, lo que menos contaba era el sincero fervor cristiano, y en cambio sí tenía mucho que ver la política eclesiástica, y en no pocas ocasiones, una sutil o descarada ambición de poder, aunque muchas veces se ocultase bajo apariencias de humildad y de deseos de «servir a la Iglesia».

Y que esto es así lo podemos ver en el mismo hecho que estamos comentando. Nos llenábamos de extrañeza viendo a un hombre tan indeseable ocupar la Sede Pontificia. Pues bien, una vez depuesto el ex-Juan XXIII, fue encerrado en prisión en donde estuvo cuatro años, hasta que logró huir, pagando por ello la suma de 30.000 florines. Pero viendo que todas las puertas se le cerraban y que la cristiandad entera se había sometido a la obediencia de Martín V, el viejo Baltasar Cossa lo pensó mejor, tascó el freno que las circunstancias le imponían y, «humildemente», se presentó en Roma delante del nuevo Papa, le besó el pie y le prometió filial sumisión. Martín V, que conocía perfectamente la «vida y milagros» del ex-pontífice por haber estado presente en el juicio que le habían hecho para su deposición, ¡le devolvió su dignidad cardenalicia! En el Concilio de Constanza, ya bajo la dirección de Martín V, se firmaron y se adoptaron medidas para acabar con la simonía y con la compra de beneficios eclesiásticos, y sin embargo, vemos al mismo Martín V restituyéndole sus «dignidades» a un hombre que había confesado haberlas comprado con grandes cantidades de dinero. Ante hechos tales, ¿no tiene uno el derecho a pensar que Su Santidad Martín V era de la misma calaña que Baltasar Cossa?

Este era el panorama del Concilio Ecuménico de Constanza, en cuanto a autoridades se refiere. En lo concerniente a la doctrina en él discutida, nos encontramos con que el tema principal fue la posible superioridad de los concilios ecuménicos sobre el papa. De hecho, el concilio no había sido convocado por ningún papa, aunque en aquel momento había tres. Una vez reunido, el concilio los había

depuesto a los tres; y el papa que acabó presidiéndolo, había sido elegido por el propio concilio.

La tesis de que el concilio estaba sobre el papa y que este tenía que someterse a lo que el concilio dictaminase, tenía mucha fuerza debido a los hechos que se estaban viviendo, y por ello, había probabilidades de que así fuese aprobada oficialmente. Viendo esto Martín V, cuya autoridad se vería grandemente mermada, de ser aprobada oficialmente tal doctrina, disolvió lo más rápidamente que pudo el concilio y pasó por alto algunas de las decisiones que, en este sentido, se habían tomado antes de que él fuese elegido papa. Los pontífices posteriores hicieron lo mismo y se fueron olvidando poco a poco de las discusiones del Concilio de Constanza hasta la llegada de Pío IX, en 1870, que declaró la infalibilidad pontificia con lo que las decisiones de Constanza se convirtieron en letra muerta.

Hoy, todo este tipo de discusiones, a la mayoría de los cristianos del mundo les tiene por completo sin cuidado. Y si se les preguntase acerca de la infalibilidad de los concilios o del papa, dirían no creer en ninguna de las dos.

Lástima que a lo largo de los siglos se haya perdido tanto tiempo y tanto esfuerzo en «definir» cosas que, a la larga, no eran más que «infantilidades teológicas» fruto de las mentes exuberantes de aquellos venerables varones, que a falta de televisión y de buenos libros, se dedicaban a inventar cuestiones metafísicas y a fantasear sobre el más allá.

Pero todavía nos queda por considerar un tercer aspecto del Concilio de Constanza: el juicio de Juan Hus.

Había nacido Juan Hus en lo que hoy es Checoeslovaquia el año 1370 siendo ordenado sacerdote el 1400. Era alto y magro, muy propenso al rigorismo y a la extremosidad en sus sentimientos e ideas. En cuanto a su conducta como sacerdote, de lo menos que se le podría acusar era de vida licenciosa y disipada, pues más bien se portaba como un iluminado, predicando constantemente contra el libertinaje de la vida de los clérigos de su tiempo y en pro de una reforma de la Iglesia, empezando por las altas jerarquías, hacia las que no sentía ninguna devoción.

En cuanto conoció los escritos del inglés Wicklif, se enamoró de ellos porque coincidían casi en todo con lo que él pensaba y comenzó a difundirlos con tal ardor, que en poco tiempo había hecho muchos prosélitos, incluidos el rey Wenceslao y su esposa.

Reunido el concilio en Constanza, allá se dirigió Juan Hus en parte llamado por las autoridades eclesiásticas y en parte voluntariamente, porque para entonces había caído ya en un delirio fanático, seguido por muchos compatriotas y era tal la seguridad que tenía de sus ideas y de la santidad de su causa, que estaba seguro de convencer a los Padres Conciliares.

Hus predicó delante de la asamblea defendiendo su causa, ya que había sido acusado de hereje, seguidor de Wicklif (condenado en el Concilio de Londres). Lo hizo con tanto ardor, que impresionó a muchos. Pero el pobre hombre fue a predicar

precisamente a los que más se iban a perjudicar con sus ideas reformistas, y por lo tanto estaban menos inclinados a llevarlas a cabo.

Juan Hus fue condenado a la hoguera. Le dijeron que bastaba con que se retractase de algunas cosas que había defendido o que suavizase sus posiciones, para que su pena fuese conmutada, pero Hus, con la seguridad de un iluminado, no cedió. Cuando se convenció de su próxima condena a la hoguera, escribió varías cartas a amigos y seguidores, diciéndoles que moría por su fidelidad a la verdadera Iglesia, exhortándolos a permanecer fieles a Dios y a sus conciencias; que él estaba tranquilo ante la muerte porque sabia que era agradable a Dios y que Este no le abandonaría en el último instante.

Al amanecer del 28 de junio de 1415 se organizó una gran comitiva para acompañarlo desde la prisión hasta las afueras de la ciudad donde iba a tener lugar la ejecución. Le precedían 3.000 soldados y un enorme gentío que quería presenciar el acto. A los Padres Conciliares, aunque en el fondo se muriesen de ganas de ver el macabro espectáculo causado por ellos mismos, no les estaba permitido asistir. La ejecución pertenecía al «brazo secular»; ellos se lavaban las manos «para no ser reos de la sangre de aquel justo».

Únicamente le acompañaba un fraile, por si en el último momento se arrepentía de su herejía y quería confesarse. De hecho se lo preguntó, pero Hus dijo que no tenía necesidad de confesarse porque no tenía pecado alguno.

Por el camino el pobre Juan Hus, vestido con un sayón negro y con una especie de coraza de cartón en la que habían pintado tres diablos que señalaban hacia un letrero que decía «Este es el hereje», avanzaba lentamente, con los ojos fijos en el cielo, desencajado, pero con el rostro firme. De vez en cuando gritaba «¡Jesucristo, hijo de Dios vivo, ten piedad de mí!». Al llegar ante el montón de leña en donde iba a ser quemado, se dejó caer de rodillas y gritó: «¡Jesús, Hijo de Dios vivo que padeciste por nosotros, ten misericordia de mí!». Lo amarraron al poste y encendieron la hoguera. Al principio predicaba con gran ardor, tal como lo había hecho siempre, pero cuando las llamas empezaron a envolverlo, dejó de predicar y se retorció dando señales de dolor, hasta que el humo lo sofocó y ya no se oyeron más sus voces ni sus lamentos…

¡Qué espectáculo tan bárbaro! ¡Practicado por los representantes de aquel que predicó la mansedumbre y el perdón y organizado por una institución que se llama madre! ¡Qué espectáculo tan bochornoso en sí mismo, pero doblemente vergonzoso al ser dirigido por personas que, en cuestión de ejemplaridad de vida, no le llegaban ni al zapato a aquel a quien convertían en una hoguera viviente! ¡Qué falta de entrañas ante un pobre hombre delirante por tantos ayunos y penitencias, y alucinado por sus ideas «cristianas» enfermizas y traumatizantes que lo llevaron hasta el fanatismo! ¿Con qué cara nos viene a decir ahora el Concilio Vaticano II, que la Iglesia «respeta la libertad de conciencia», y que «no se puede obligar a nadie a creer», cuando tiene en su historia tantos negros hechos como este?

Alguien podría decir que un error lo tiene cualquiera y que probablemente muchos de los Padres Conciliares no estaban de acuerdo con aquel acto salvaje y tan en contra del espíritu cristiano. Pero de nuevo la historia contradice a los apologistas. A los once meses de la quema de Juan Hus, moría su principal discípulo Jerónimo de Praga, allí mismo, de la misma manera y por los mismos motivos.

¿En virtud de qué versículo del evangelio la Iglesia católica se habrá sentido tan segura para quemar y degollar a sus propios hijos? El espectáculo de un pobre hombre, pidiéndole inútilmente ayuda a Cristo, por quien entregaba la vida, y el espectáculo de unos barbianes eclesiásticos, llenos de soberbia y de mundanidad pero totalmente vacíos del espíritu de su maestro, viendo impasibles cómo se retorcía en la hoguera, son para quitarle la fe a cualquiera que se detenga a reflexionar sobre ello.

¡Cuánto más, a pesar de todas sus «herejías» y de todo su fanatismo, se parecía a Cristo en la cruz el pobre Juan Hus, amarrado al poste llameante, que los venerables cardenales y obispos, bien alimentados y bien engalanados con sus ornamentos pontificales y con toda su indumentaria operática con la que pretenden representar al que «no tenía donde reclinar la cabeza»!

Los dos mil años de la Iglesia nos han hecho perder perspectiva y admitir como cosas normales verdaderas monstruosidades.

El Concilio de Constanza, tras tres años y medio, llegaba a su fin. Martín V dijo su última solemne misa pontifical la mañana del domingo de Pentecostés de 1418. Era la despedida, pues al día siguiente se volvía definitivamente a Roma, acabando con ello dos gravísimos escándalos que los cardenales y papas le habían dado a la Iglesia durante más de un siglo: el destierro de Aviñón y el Cisma.

El pueblo entero se aglomeró para ver la comitiva del Papa. He aquí cómo nos la describen los historiadores Llorca, García y Montalbán:

> «Precedían la comitiva papal doce caballos sin jinetes con gualdrapas de púrpura. Detrás iban cuatro caballeros armados con lanzas, de las que colgaban rojos capelos cardenalicios. A continuación un sacerdote alzaba una cruz de oro. Otro, montado en caballo blanco gualdrapado de púrpura, ostentaba el Santísimo Sacramento. Seguían los doce cardenales a caballo, un jinete en caballo blanco con el Santísimo Sacramento cubierto y numerosas personas con cirios encendidos. Venían luego los canónigos y el concejo de la ciudad, también con cirios. El Papa, con cintas adornadas de perlas y vestimenta de oro, bajo un palio sostenido por cuatro condes, montaba una jaca blanca de cuyas riendas, tiraban, junto con el Emperador, varios príncipes del imperio. Después hacían séquito los obispos, los duques y muchísimos eclesiásticos. Espléndida pompa matutina bajo un sonoro y jubiloso vuelo de campanas. Se calcularon cerca de 40.000 caballeros los que acompañaron al Pontífice hasta el próximo castillo de Gottlieben…».

Indudablemente Martín V no se acordaba de las palabras de su maestro: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga». Su Santidad Martín V, no tomó ninguna cruz. Caballero en su jaca blanca y escoltado por 40.000 jinetes se alejó de Constanza camino de los esplendores de Roma. Atrás quedaban las cenizas de Juan Hus y de Jerónimo de Praga mezcladas con el polvo de los caminos…

17
POMPA

Pompa es una bella palabra onomatopéyica que expresa con el sonido su contenido ideológico. En sus palabras hermanas, bomba y rimbombante vemos, al igual que en pompa, algo rotundo, inflado y en muchos casos reventando o a punto de reventar.

Pues bien, pompa, es un vocablo inseparable de la mayor parte de los jerarcas del cristianismo y de sus ceremonias litúrgicas. Pompa en sus vestidos, pompa en sus templos, pompa en sus ritos, y, en no pocas ocasiones, pompa en sus mansiones, en sus gestos y hasta en sus físicos.

Y uno se pregunta: ¿Por qué, si su jefe vivió pobre y se rodeó de pobres, exaltó la pobreza, no tuvo casa propia, vituperó los lujos y murió desnudo en la cruz? ¿Por qué, si la doctrina oficial de la Iglesia sigue alabando la pobreza, y el desprendimiento, y condenando los lujos y el espíritu mundano?

No me estoy refiriendo en este capítulo a los miles de cristianos, incluidos muchos sacerdotes y monjas, que viven realmente la pobreza y la humildad de Cristo y aborrecen todo lo que huela a ostentación y pompa. Me refiero al pésimo ejemplo que durante muchos siglos le han dado a la Iglesia y al mundo todos o casi todos los jerarcas del cristianismo, sean católicos, ortodoxos o protestantes. (Reconozco que hay que hacer una excepción con los reformadores centroeuropeos de los siglos XVI y XVII, de los que casi todos aborrecían las mismas palabras «jerarca» y «jerarquía»).

Confieso que en mis viajes a Roma, una de mis visitas obligadas ha sido siempre al Vaticano. Y no precisamente para visitar la tumba de San Pedro, sino para empaparme del maravilloso arte renacentista que chorrea la gran basílica. Sus grandes muros, tanto por dentro como por fuera, rezuman a raudales arte y humanismo. Y cuando se tiene la oportunidad de contemplar alguna solemne ceremonia en la que interviene el Papa, rodeado de cardenales, arzobispos y obispos engalanados, bajo la colosal cúpula y al pie del grandioso baldaquino del altar central, uno se siente transportado a cualquier corte del renacimiento o incluso presenciando la esplendorosa representación de una ópera de Wagner. Cuando el órgano irrumpe

con su trompetería de plata en el ámbito del gigantesco templo, los circunstantes —católicos o no se sienten arrebatados por la belleza del espectáculo… «Y alzando Jesús los ojos a sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que tienen hambre porque serán hartos. Bienaventurados los que lloran porque serán consolados…».

¿Cómo se encajan estas fundamentales palabras del evangelio en el *show* pontifical representado en la basílica de San Pedro o, en su tanto, en cualquier otro templo cristiano?

Ante espectáculos como los que presenciamos en nuestras grandes basílicas, uno no puede menos de preguntarse: ¿Quién engaña a quién? ¿Por qué, si se sigue predicando el evangelio de un pobre hombre desnudo y crucificado, se montan, para recordarlo, esos espectáculos de grandes hombres coronados, sentados en regios solios y vestidos de púrpura?

Desgraciadamente las ideas sembradas en la más tierna infancia en las mentes de millones de cristianos no les dejan ver el contrasentido y el choque frontal entre ideas y acciones. Y por eso admiten sin protestar las absurdas explicaciones clásicas: «la honra, el oro y la pompa no son para el representante sino para el representado; y como el representado es Dios, toda honra y toda pompa son pocas para Él».

Pero resulta, si nos atenemos a lo que leemos, que cuando el representado en persona estuvo entre nosotros, nos dijo todo lo contrario. Eso es lo que la Iglesia ha estado predicando clarísimamente durante dos milenios, haciéndose eco de lo que todavía hoy leemos en los evangelios y en los escritos de los más importantes doctores del cristianismo.

Es completamente natural que los faraones egipcios o que los emperadores romanos tuviesen en sus cortes un lujo y una fastuosidad desorbitadas.

Al fin y al cabo eran «paganos», y al echarles encima este sambenito ya los imaginamos capaces de cualquier aberración. Pero se debería suponer que los reyes cristianos, obedientes a los mandatos del evangelio, bendecidos y, en muchas ocasiones, coronados por los sumos pontífices, serían más morigerados en sus costumbres y menos dados a la opulencia y a las vanidades mundanas.

Es cierto que hubo unos cuantos reyes en la historia que fueron una excepción y trataron de acomodar sus vidas en cuanto a lujos y suntuosidad se refiere, a los mandatos de Cristo. En los santorales de la Iglesia podemos encontrar unas dos docenas de ellos, aunque hay también que reconocer que los sumos pontífices fueron a veces demasiado generosos en conceder el título de «santo» a ciertos reyes a los cuales la Santa Sede les debía muy buenos favores en el terreno político. (A modo de ejemplo citaremos a Carlomagno y a Constantino. A este casi lo canonizan a pesar de que por más de cuatro razones se le puede llamar asesino; y a aquel, la Iglesia toleró que se le rindiese culto en Aquisgrán, a pesar de que entre esposas y concubinas llegó a tener siete mujeres).

Pero la mayor parte de los «cristianísimos reyes» y «emperadores del sacro

romano imperio» se olvidaron por completo de lo que el fundador del cristianismo había dicho contra las riquezas y contra el lujo desenfrenado y se portaron exactamente igual que los reyes y emperadores paganos.

Hubo un tiempo en que los emperadores de Constantinopla se consideraban a sí mismos los jefes del cristianismo de Oriente; ellos fueron los que durante mucho tiempo convocaban los concilios, y los que ponían y deponían a su antojo a los patriarcas. De hecho, casi todos los grandes concilios ecuménicos de los diez primeros siglos se celebraron en Oriente y bajo la inmediata supervisión del emperador.

Pues bien, esta constante intromisión del emperador en los asuntos de la Iglesia degeneró en lo que se llamó el «cesaropapismo», o lo que es lo mismo, la unión de los dos poderes, el eclesiástico y el civil, en la persona del emperador. Algo de lo que, siglos después, llegó a suceder también en Inglaterra, y que ya había sucedido abiertamente en anteriores culturas. La memez es con frecuencia un producto final del poder inflado.

He aquí cómo un historiador nos describe la personalidad del emperador de Bizancio:

> «El emperador, *autokrátor, kosmikós*, que se creía dueño del Universo con su título *Imperator romanorum*, se presentaba ante los ojos de sus súbditos como un ser divinizado. Su palacio es templo o el templo es su palacio; sus vestiduras son las de un Sumo Sacerdote: larga clámide blanca, encima una casulla recamada de oro y pedrería, corona riquísima dominada por una cruz, gestos hieráticos y sacerdotales, ceremonial cuasilitúrgico, solemne y complicado. Cuando nombra a un oficial para un cargo parece conferirle un sacramento. En las recepciones más solemnes se deja un puesto vacío junto al trono imperial: es el reservado a Cristo (!!), que es ocupado a veces por un evangelio abierto. En la fiesta de Pascua se presenta en hábito de Cristo resucitado (!!) con bandas doradas sobre el pecho, manto de púrpura, sandalias de oro y cetro crucifero en la mano. El incienso que se le tributa (!!), la fraseología reverente y los elogios exorbitantes que usan los que a él se dirigen, le envuelven en un halo sagrado.
>
> Inseparablemente unido a él, está, en un grado inferior, el patriarca, criatura suya, instrumento muchas veces servil de la voluntad imperial y mezclado en los asuntos e intrigas de la corte, aunque a veces cuando despierta en él la conciencia de su dignidad pontifical, se enfrenta con la omnipotencia del emperador» (Historia de la Iglesia. B.a. C. Tomo II, 218).

Y en tales casos veremos cómo aquel «cristianísimo» emperador, que se viste de Cristo resucitado, y que lleva casullas sacerdotales, mandará degollar con toda tranquilidad al patriarca que ha osado enfrentarse a su imperial autoridad que

indudablemente viene de Dios mismo.

Si el lector ha leído con atención la ridícula ceremonia de la coronación de los emperadores del *Sacro Romano Imperio* tal como se detalla en el *Liber Pontificalis*, habrá notado que en varias ocasiones se habla del «globo áureo». Al escuchar todos los tiquismiquis de la payasada litúrgica, uno no puede menos de sonreírse imaginando al emperador haciendo equilibrios cuando regresa a su puesto «llevando el manto imperial encima de los hombros, la corona de oro cargada de piedras en la cabeza, el cetro en la mano izquierda y el globo áureo en la derecha». Todo un acto de malabarismo practicado por el emperador delante de cardenales y obispos, que no debían respirar tranquilos hasta que lo veían sentarse en el estrado y finalizar con éxito su acto circense.

Y más de uno habrá preguntado: ¿Qué es eso del «globo áureo»?

El globo áureo es una esfera de oro, coronada por una cruz, que con frecuencia vemos en las pinturas de los emperadores, sostenida en su mano derecha. Su simbolismo es claro: representa al globo terráqueo del cual el emperador toma simbólicamente posesión cuando el pontífice lo corona.

Bien pensado, ese globo y esa ceremonia son todo un símbolo de la vacuidad no solo de ese rito en particular, sino de muchas otras actuaciones, estilos y pomposidades «pontificales».

Píense el lector que cuando en la Edad Media los pontífices entregaban el globo áureo al emperador, ninguno de los dos sabía que la Tierra era redonda. Parece que el rito lo heredó la Iglesia de otras culturas anteriores que sabían más que ella en ese particular. Y piense el lector que cuando el Papa «le entregaba el mundo» al emperador o rey de turno —que en muchas ocasiones era un bribonazo con muchos asesinatos a sus espaldas— la propia Iglesia no tenía ni idea de que en el globo terráqueo había muchos otros pueblos de los que ella no conocía absolutamente nada, a los que ella no les importaba absolutamente nada y sobre los que no tenía influencia alguna. De modo que el acto de entregarle el mundo, aunque fuese solo simbólicamente, no dejaba de ser una baladronada sin sentido.

Pero esta fanfarronada está muy de acuerdo con el espíritu triunfalista y pomposo que por siglos ha imperado en el Vaticano, La Iglesia, y en particular la Iglesia católica, a pesar de que después de dos mil años de intentarlo solo ha logrado convencer a una escasa quinta parte de los habitantes del planeta, siempre ha tenido la pretensión de ser «catholiqué», es decir, universal. Pero la verdad de los hechos niega la mentira de las palabras.

Si hoy, cuando no se puede negar que el cristianismo es la religión más conocida y extendida, dista muchísimo de ser una religión universal, ya que la gran mayoría de los pueblos de la Tierra no son cristianos, ¿qué tendremos que decir en la Edad Media, cuando la Iglesia ignoraba por completo la existencia de continentes enteros en los que vivían millones de seres humanos, que a su vez, desconocían por completo la existencia de tal Iglesia?

Otra muestra simbólica de esta pretensión de universalidad contra lo que dice la realidad, es la famosa bendición *urbi et orbi* —a la urbe romana y al orbe entero— que da el pontífice desde su ventana en el Vaticano. Se ve la buena voluntad de este pero su bendición ni la aprecian, ni la desean ni la sienten cerca de cuatro mil millones de seres humanos del planeta.

Si la Iglesia se cree la única depositaría de la voluntad y de la verdad de Dios, es lógico que pretenda predicarla por el mundo entero, pero no es lógico que si Dios la ha hecho a ella la única depositaría y representante de su voluntad, no la ayude un poco más eficazmente, y haya tardado dos mil años para que una escasa quinta parte de la humanidad, y muy deficientemente, se haya enterado de que ella es la única que tiene el secreto para llegar al cielo.

Pero dejemos a los emperadores con sus globos áureos y sus vestimentas de pavo real y volvamos a los estilos del representante de aquel que «no tenía donde reclinar la cabeza». Al fin y al cabo, los emperadores, por mucho que se lo creyesen, no eran representantes oficiales de Cristo.

Extrañamente, vemos que el papa, no solo emula toda la fantochería imperial en cuestión de atuendo y reverencias a su persona, sino que la deja muy atrás, por aquello de que él sí es el Vicario de Cristo en la Tierra y por lo tanto le es debida toda reverencia y sumisión. Después de tanto decirnos que la Biblia es la palabra de Dios, se olvidan de aquel pasaje en el que Cristo dice: «Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos y los poderosos se hacen llamar “bienechores”; pero vosotros, no seáis así; antes al contrario el que sea mayor entre vosotros que se haga como el menor, y el que tenga poder, que sea como un sirviente» (Lc. 22,25). «Porque el hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt. 20,27).

Las palabras con que los pontífices suelen comenzar las encíclicas, —«siervo de los siervos de Dios»— suenan a hueco cuando se las compara con los atuendos y con los estilos de vida.

Ya en páginas anteriores describimos la despedida de Martín V al final del Concilio de Constanza, caballero en su enjaezada hacanea blanca, sostenida de la brida nada menos que por el emperador. Habían pasado ya los tiempos de Constantinopla; y en el interminable y escandaloso pugilato que los dos poderes sostuvieron a lo largo de los siglos, el papa había ganado. Pero estas victorias en batallas tan poco cristianas, llevaron paulatinamente a papas y obispos a caer en ridiculeces como estas:

> «El Soberano Pontífice cuando celebra en San Pedro, lleva bajo la sotana con cola, la falda, especie de inmensa falda de seda crema, ajustada al talle por agujas de plata, y que cuatro dignatarios sostienen a su alrededor. Si celebra él mismo, viste sobre la casulla el fanon, que es como una muceta de seda blanca, adornada con hilos rojos y dorados. Este ornamento no tiene ninguna relación con los manípulos bordados con los que termina la mitra. La

falda y el fanon son insignias exclusivamente reservadas al Papa. Sobre el fanon lleva el pallium, delgada banda de lana adornada con cruces negras de seda y que se fija por medio de tres alfileres de oro en los cuales hay engarzadas piedras preciosas. El más rico de estos alfileres se lleva sobre el pecho, el menos rico en el dorso y el tercero sobre el hombro izquierdo. El pallium es el ornato más alto de la dignidad archiepiscopal; solamente algunos obispos privilegiados tienen derecho a usarlo. La mayor parte del tiempo se conserva en un cofrecillo de madera preciosa envuelto en telas de seda. Cuando su poseedor haya de ceñirlo en la Misa Pontifical debe ser un subdiácono con túnica quien se lo presente, cubierto con el velo humeral. Los pallium son tejidos con la lana de los corderitos esquilados en el día de Santa Inés; a continuación son bendecidos por el Papa, en San Pedro, sobre la tumba del cual reposan toda una noche. El fanon y el pallium no se usan más que en la misa pontifical y nunca de requiem. Además de estos atributos particulares, el Papa reviste, para celebrar, los hábitos sagrados comunes a todos los obispos». (J. J. Thierry. «Vaticano Secreto». Bruguera).

Estos son los andrajos con que se viste el «siervo de los siervos» para decir misa pontifical; y, aunque no llegan a tanto, lo mismo se puede decir, en su escala, de las vestiduras que los obispos usan para las suyas respectivas. Estamos completamente seguros de que si Cristo volviese a este mundo, de ninguna manera se prestaría a semejante mascarada. Como muy bien dice J. Jac-ques Thierry, «el Papa asi vestido, parece más bien un personaje de ópera».

Alguien podrá decirnos que por qué insistimos en algo tan secundario en la Iglesia, como son las vestiduras papales para una misa solemne. Y nos dirán también que eso es solo fruto de los muchos años que tiene de vida la curia vaticana, y que los papas son más bien esclavos de ciertas viejas costumbres que no son fáciles de abolir y que por otra parte ayudan a realzar la grandeza de los actos, etc., etc. El autor conoce muy bien estos argumentos porque por años los creyó y hasta confiesa con rubor que los repitió para defender a los jerarcas de su amada Iglesia.

Pero gracias a la vida, he madurado y las viejas vendas que cubrían mis ojos se han rasgado y hoy veo claramente que tales argumentos no tienen valor alguno. Son puros sofismas, en los que los teólogos de la vieja escolástica han sido siempre maestros. Predicar el amor a la pobreza y ponerlo como una de las cumbres de la perfección cristiana; alabar la renunciación y el desprecio de los bienes de este mundo por una parte, y vestirse con mantos y toda suerte de cintajos recamados de oro y pedrería que solo usan los reyes, los generales y los actores cómicos; llamarse «siervo de los siervos de Dios» por una parte, y exigir el trato de «ilustrísimo», «reverendísimo», «excelencia», «eminencia» por otra; permitir que le besen el pie; tolerar que lo inciensen, cuando el incienso ha sido siempre reservado para los dioses, es contradecirse descaradamente. Y el querer explicarlo es aún más grave porque es

tomarnos por tontos a los «simples fieles».

Es cierto que la curia vaticana es muy vieja; pero algunas curias episcopales son modernísimas, y hay que ver con qué premura adoptan los modales nada evangélicos de las demás curias. En cierta manera se ven obligadas a ello, porque, ¡oh paradoja! todas estas ridiculeces de vestuario y protocolo, son prácticamente obligatorias porque están así taxativamente estatuidas en los rituales impresos que los obispos y demás dignatarios eclesiásticos tienen que seguir. Es decir, que la Iglesia no solo las ha admitido oficialmente sino que las ha canonizado y las ha impuesto como obligatorias.

Se comprende que con el paso de los años, algunas ceremonias que en otro tiempo fueron normales y razonables, lleguen a convertirse en algo anacrónico y hasta ridículo. Pero para eso tenemos sentido común y poder para abolirlas o sustituirlas por otras más adaptadas a los tiempos. El peligro está en sacralizarlas, porque entonces se hacen intocables.

El famoso «manípulo» que hasta hace pocos años los sacerdotes usaban para decir misa, no fue en sus orígenes más que una simple toallita, pero con el paso del tiempo llegó a convertirse en una pieza tiesa y bordada que lo único que hacía era molestar. Pero como por un lado se había ya olvidado su primitiva finalidad y por otro se había sacralizado (al ser incluida entre los ornamentos obligatorios para la misa), nadie se atrevía a prescindir de ella y los sacerdotes tuvieron que aguantar durante siglos su engorrosa presencia.

Algo por el estilo sucedió con las velas —que antes servían simplemente para alumbrar—. Y fuera ya de las ceremonias religiosas, sucede todavía con las pelucas que se usan en los tribunales ingleses y de otros países. Para los que desde niños están acostumbrados a semejante espectáculo, la cosa resulta normal; pero los que por primera vez presencian la escena de honorables jueces cuyas cabezas están tocadas de anacrónicas pelucas que a duras penas tapan unas mondas calvas mientras hablan de cosas muy importantes, no pueden menos de reprimir sus ganas de soltar una carcajada.

Hago estas consideraciones a propósito de las vestimentas litúrgicas y de las ceremonias que se practican en la iglesia católica y peor aún en la ortodoxa griega y rusa. El paso de los años y el haberlas contemplado desde nuestra más tierna infancia, nos hace verlas con toda naturalidad; pero para quien no las ha observado nunca, todo ese cúmulo de reverencias, incensaciones, óleos y candelas encendidas, cantos con entonaciones raras, ropajes suntuosos, extemporáneos lavatorios de manos, posturas hieráticas y ¡hasta ósculos! tienen que sonarle a algo teatral.

Comprendo perfectamente que la sola pompa y toda la ostentación y triunfalismo por grande que haya sido a lo largo de la historia de la iglesia, no deberían ser capaces de hacer dudar a uno en su fe. Sí es cierto que, conocidas a fondo, deberían ser un serio motivo de reflexión para un cristiano pensante. En realidad constituyen una flagrante traición a las enseñanzas de Cristo, que es demasiado escandalosa para

ser considerada como algo meramente superficial.

Sin embargo, a pesar de todo eso, no le daríamos fuerza suficiente para hacernos considerar a la iglesia como un mito más, si fuese un hecho aislado o una debilidad única que el cristianismo tuviese. Pero la realidad es que esta desmesurada inclinación por la pompa y la ostentación vanidosa en sus jerarcas, es solo una de las muchas debilidades con que la iglesia se presenta ante el mundo. A esta pompa hay que añadirle otros defectos mucho mayores que hacen que toda la credibilidad de la «única religión verdadera» se derrumbe y se convierta en una mitología más.

18
RUÍDO DE DINERO ALREDEDOR DEL ALTAR

«Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» dijo Jesús a sus apóstoles, refiriéndose a todas las enseñanzas que él les impartía. «No toméis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas» (Lc. 9.3). Y remachaba: «Y el que tenga dos túnicas que reparta con el que no tiene» (Lc. 3.11).

Ya hemos indicado en varias ocasiones que uno de los ejes de la prédica de Cristo y de su ascética para perfeccionar el alma, es el amor a la pobreza y la práctica de ella. Pues bien, esta predicación parece que no llegó nunca a oídos de la jerarquía eclesiástica del cristianismo. Es cierto que en el cuerpo de la Iglesia hubo siempre grandes defensores de ella, entre los que descuella «el pobrecito de Asís», que no solo fundó una orden para defender y practicar en toda su pureza este mandato evangélico, sino que puede decirse de él que en su vida fue casi un maníaco enamorado de la «santa pobreza».

Al lado de él podríamos poner a muchos otros varones y mujeres que o fundaron órdenes religiosas en donde el desprecio por los lujos y riquezas era algo clave en sus Constituciones, o vivieron como pobres en órdenes religiosas ricas. Otros prefirieron ser auténticos mendigos independientes que, tal como decía Cristo, no tenían más que lo puesto y pedían cada día limosna por amor de Dios. Podría citar una o dos docenas de nombres de grandes enamorados de la pobreza, pero me conformaré con citar aquí al «santo mendigo», el francés Benito José de Labre, que habiendo renunciado a todo lo que había heredado de sus padres y abandonando su propia carrera, pasó buena parte de su vida viviendo entre las ruinas del Foro Romano, ayudando a otros menesterosos, asistiendo a los divinos oficios en diferentes iglesias y pidiendo limosna como un pordiosero más.

Y no solo entre los católicos las palabras de Cristo tuvieron un eco inmediato. También entre los «herejes» estas palabras tuvieron ardientes seguidores, porque nunca tenemos que olvidar que muchos de los que fueron declarados «herejes» y quemados en la hoguera, eran cristianos fervientes, aunque no fuesen precisamente muy devotos de la Santa Sede. El lector recordará al «hereje» Pedro Valdo, iniciador

del movimiento valdense, y perseguido a sangre y fuego por reyes y pontífices que oyendo repetir a un predicador las palabras del evangelio, «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme», hizo exactamente lo que acababa de oír y se dedicó a vivir pobremente y a predicar el evangelio.

Sin embargo no fue este el eco que las palabras de Cristo encontraron en los oídos de muchos papas y obispos. Hablando de una manera general, se puede decir que en ninguno, ya que los propios «rituales» les impiden vivir como pobres en cuanto a vestido, alojamiento, etc.

Pero a esta imposibilidad ritual que la misma Iglesia se autoimpuso, traicionando con ello el espíritu del evangelio, hay que añadir el regusto con que muchísimos jerarcas vivieron en la opulencia, que de ninguna manera les molestaba. Para encontrar un ejemplo como el del obispo Claret, confesor de la reina Isabel II, que en medio de los banquetes palaciegos veía pasar plato tras plato sin probarlos, y a quien, en ocasiones, se le vio por debajo del descosido hábito episcopal, una tela de burdo saco encima de sus carnes, hay que contemplar cientos de prelados que, visten, comen y viven «como les manda el ritual»; que no es precisamente como les manda el evangelio. Y hay que encontrarse con bastantes «grandes señores eclesiásticos» que viven como auténticos ricos con los que les gusta codearse; y hay que encontrarse con ciertos vividores que, en nombre de Dios, viven como rajás gracias a las rentas de la fe que reciben del sencillo e ingenuo pueblo creyente.

De estos hemos tenido no pocos escandalosos ejemplos a lo largo de los siglos, allí donde menos deberíamos haberlos encontrado: en la Sede de Pedro. Y muchísimos ejemplos en donde tampoco deberíamos haberlos encontrado: en las sedes cardenalicias y episcopales. Como ya hemos tratado este tema en páginas anteriores, nos fijaremos ahora específicamente en la mezcla sacrílega de lo sagrado con el dinero que como cosa oficial durante siglos ha reinado en la Iglesia. Este pecado de querer comprar o vender lo que es espiritual e invendible, tiene un nombre que es exclusivamente eclesiástico: simonía. (La palabra simonía tiene su origen en Simón Mago, que al parecer, quiso pagarle a San Pedro para que le explicase cuál era el truco de los milagros que hacía). Contra esta simonía han batallado durante siglos concilio tras concilio, porque ha sido un mal endémico en la Iglesia. Pero muchas veces sucedió que los mismos obispos que la combatían en el concilio, la practicaban en sus diócesis.

Los puestos eclesiásticos se compraban y se vendían como cosa normal. Y si esto estaba mal, mucho peor era que el organizador de este sacrílego comercio fuese la propia Santa Sede, aunque, por supuesto, lo tapase con nombres pomposos y hasta les hiciese creer a los fieles y a los que recibían los nombramientos que era «una gracia» una «muestra de celo del Romano Pontífice».

Trataré el tema de una manera general y únicamente me fijaré en uno o dos casos más llamativos, haciendo reflexionar sobre la total incompatibilidad de la prédica oficial con la conducta.

Investidura es otra palabra eclesiástica que está íntimamente emparentada con simonía. Investidura y en concreto investidura laica es una intrusión de los reyes y señores feudales en los asuntos eclesiásticos y específicamente en el nombramiento de obispos y sacerdotes para capellanías. Como el lector podrá suponer, al tener los reyes y grandes señores este poder en sus manos, lo convirtieron en un instrumento político, y los obispos y sacerdotes que nombraban no eran precisamente los mejores para tal cargo. No solo eso, sino que en ocasiones eran el polo opuesto de lo que debería ser un obispo o sacerdote. Lo primero que miraban era que les fuesen fieles a ellos en las interminables luchas en que, de ordinario, estaban metidos.

Pero, en otras ocasiones, cuando no estaban de por medio las influencias políticas, entraban las aspiraciones monetarias. Sencillamente le daban el episcopado o la capellanía al mejor postor. Y esto no solo con obispados y capellanías sino también con los puestos de abad o prior de los grandes monasterios, que en aquellos tiempos llegaban a tener mil monjes o frailes. Algunas familias nobles se interesaban por que algún miembro de su clan fuese abad de determinado monasterio o abadía famosa y para ello compraban mediante métodos indirectos o descaradamente el puesto, a veces con sumas exorbitantes, sabiendo que el monasterio tenía medios para recuperar lo pagado.

Y era tal la cantidad que se pagaba que en ocasiones los frailes, bajo santa obediencia impuesta por el abad, tenían que trabajar muy duramente para lograr pagar las mensualidades a que su corrompido abad simoníaco se había comprometido. Como dice el cronista Ruperto de Deutz, a propósito de uno de estos abades, «de carne et ossibus monachorum soluturus», es decir, que la deuda se la sacaba a los frailes, de los ijares.

A veces, la persona escogida para el cargo eclesiástico —de ordinario de familia noble, sobre todo cuando el cargo era muy importante— no estaba ni ordenada de sacerdote ni tenía estudios eclesiásticos. Entonces lo que se hacía era darle un barniz de formación teológica y ordenarlo a toda prisa para que ocupase su puesto. Ni que decir tiene que en cuanto se encontraba con todos los poderes, comenzaba a tratar de recobrar el dinero que había «invertido» para conseguir su puesto, haciéndolo a base de imponer tributos no solo a los sacerdotes que estaban bajo él, sino a los súbditos laicos, pues en aquellos tiempos muchos obispos eran, además de «pastores» espirituales, pastores económicos que ordeñaban y trasquilaban a sus rebaños lo mejor que podían.

Lo repugnante de todo este sistema era la mezcla intolerable de lo material con lo espiritual. Los reyes entrometiéndose en funciones eclesiásticas que no les competían y los eclesiásticos cobrando dinero, por el mero hecho de ser «pastores» espirituales.

Esta era también la razón de por qué con tanta frecuencia nos encontramos en la historia de la Iglesia con obispos y, sobre todo, con cardenales niños, lo cual es un insulto a la institución cardenalicia, a los fieles y a la misma Iglesia. Hay innumerables casos, muchos de ellos olvidados entre legajos polvorientos, pero los

que conocemos son para llenar de asombro a cualquier persona sensible. Solo un ejemplo: Juan de Médicis era un niño, nacido en Florencia en 1478, de la ilustrísima y trapacerísima familia de los Médicis. Nada más cumplir siete años recibió la tonsura clerical y las órdenes menores, (!!) y el papa Sixto IV, a ruegos del padre del niño —que era nada menos que Lorenzo el Magnífico— y para pagarle ciertos favores políticos, lo nombró protonotario apostólico. ¡A los siete años! Su padre siguió intrigando para conseguirle más beneficios eclesiásticos y a fe que, dadas sus influencias y su dinero, lo consiguió: a los diez años ya había logrado los beneficios de las abadías de Montecasino y de Morimondo en Italia, además de otras dos en Francia. Su padre aprovechó la muerte del papa Sixto IV y le cobró al próximo pontífice, Inocencio VIII, el apoyo que le había dado para que llegase a la cátedra de Pedro. La paga no fue en metálico sino en cargos eclesiásticos: Juan de Médicis, con trece años de edad, fue elevado al cardenalato. Pero como el Papa sabía perfectamente que semejante nombramiento era una traición a su cargo y a la Iglesia, para mitigar sus remordimientos, le puso la condición de esperar tres años para recibir las insignias oficialmente. ¡Como si un muchacho de dieciséis años estuviese maduro para un cargo semejante! Y aquí tenemos al jovenzuelo Juan de Médicis consagrado Príncipe de la Iglesia. Graduado de intrigante en la universidad de su padre, veintiún años más tarde, a los 37 de su edad, es elevado al solio pontificio con el nombre de León X. Su gran pasión fue la caza (!), y si bien es verdad que no tuvo otros vicios, distó mucho de ser un hombre de Dios como le exigía su cargo. Según cuentan, su frase preferida era: «Gocemos del Papado, pues que Dios nos lo ha dado…».

Si los papas nombraban para los cargos eclesiásticos con esta ligereza, ¿qué se podía esperar de los reyes y señores feudales? Por eso, por más que los apologistas nos acusen de fijarnos solo en lo malo, no tenemos más remedio que hacerlo si queremos presentar aspectos de la Iglesia que consistente y premeditadamente nos han sido ocultados y que, por desconocerlos, tenemos una idea de ella tan irreal y falsa. La funesta simonía a lo largo de toda la historia de la Iglesia fue causa de muchos males. Hoy día no nos podemos imaginar hasta qué grado se practicó y en qué descarada medida, pero basta asomarse a las páginas de la historia para encontrarnos con ella frente a frente. Oiga el lector cómo el Padre G. Villoslada, excelente historiador aunque prejuiciado en favor de su Iglesia, nos narra este episodio del siglo XI, similar a muchos otros en todas las naciones cristianas:

> «Todos cuantos ambicionaban un episcopado prometían de antemano cosas indignas o injustas o bien lo compraban sencillamente a precio de oro. Esto era tan ordinario que solía hacerse notarialmente sin el menor escrúpulo. Así vemos que en el 1.040, viviendo todavía el obispo Amiel de Albi un tal Guillermo aspira a la sede para cuando el obispo muera; el vizconde Bernardo accede a la petición y levanta acta notarial entregándole el obispado a cambio

de 5.000 sueldos de oro “de tal forma que Guillermo lo posea durante su vida, ora reciba él la consagración episcopal, ora haga que se consagre otro en su lugar”. De hecho sabemos que Guillermo llegó a ser obispo de Albi. De su sucesor, Frotard, consta que pagó por el mismo obispado “quince caballos de gran precio” (!!). El vizconde de Narbona recibió por el nombramiento arzobispal de Guifredo de Cerdeña (1079) 100.000 sólidos. En 1016 Adalgero, abad simoníaco de Conques, vendió los bienes de su monasterio para poder comprar la sede arzobispal de Narbona… El obispo que así entraba en la diócesis se endeudaba y para pagar a su acreedor vendía curatos, diaconías, y demás beneficios al mejor postor y exigía cantidades injustas de dinero por conferirlas órdenes sagradas, administrar los sacramentos, etc. y aún se atrevía a vender cuadros, pinturas, cruces, relicarios, cálices, patenas y otros objetos del culto. El resultado era una cadena interminable de pecados de simonía».

Total, un IVA eclesiástico perfectamente organizado. ¡Y ya en el siglo XI!

En nuestros días es cierto que ya no vemos semejantes aberraciones. A nadie se le ocurriría ir a un notario para comprar una sede episcopal, porque la cosa no tendría sentido. Sin embargo, lo mismo que los tiempos han cambiado, han cambiado también las maneras de hacer las mismas cosas.

Hace años, en tiempos de Pío XII, Juan XXIII, y Paulo VI, ciertos obispos norteamericanos solían visitar al Papa, portando unas extrañas bolsas de mano de las que no se separaban en ningún momento. Parecían estar llenas de documentos, pero según las malas lenguas de los curiales vaticanos, de lo que estaban llenas era de dólares en billetes grandes, que los obispos ofrecían al Papa como un «regalo personal» de los fieles de sus ricas diócesis.

Indudablemente, con este «detalle» el obispo en cuestión ganaba muchos puntos. Por supuesto que esto era solo un susurro que corría de boca en boca por las amplias salas vaticanas. Y por supuesto que, aunque tal cosa fuese cierta, distaría mucho de las bárbaras y descaradas maneras que encontramos en la historia medieval y del Renacimiento. Pero en el fondo, la cosa sería la misma: alguien que mediante dinero quiere conseguir algún ascensito en la escala del espíritu, y alguien que probablemente, verá con mayor claridad las muchas buenas cualidades del donante. Y de algún párroco muy conocido tengo mis vehementes sospechas de que llegó a obispo y siguió ascendiendo en los espirituales escalafones gracias a estas generosidades basadas en el dinero ajeno.

Si es escandaloso encontrarnos en siglos pasados con esta práctica generalizada es del todo intolerable verla establecida por la misma Sede Pontificia y dirigida desde allí con mano férrea. La historia, también en este punto particular, le reserva sorpresas muy desagradables al fiel e ingenuo creyente.

La Santa Sede, una vez establecida como un estado más —con lo cual traicionó

por completo a Cristo, que había dicho clarísimamente, «mi reino no es de este mundo»— necesariamente, comenzó a incurrir en una serie de gastos, si quería mantener su *status* de estado y codearse con los otros «príncipes» de este mundo. Tenía que tener una sede decente, una independencia de acción, unos representantes en los diversos países, etc., y todo eso requiere una gran cantidad de dinero. Las limosnas provenientes de la generosidad de los fíeles no son suficientes para mantener en buen funcionamiento el Estado Pontificio y ahí tenemos a los papas, desde hace siglos, pensando en la manera de acrecentar sus finanzas.

En los tiempos modernos la economía vaticana parece que goza de muy buena salud. Los escándalos de la Banca Ambrosiana de hace unos años, pusieron de manifiesto dos cosas: 1) que el Estado Vaticano, aunque no estuviese tan boyante económicamente como quisieran sus jefes, tenía una cantidad de dinero totalmente desproporcionada al número de sus habitantes, —alrededor de mil— y que por lo tanto su «percápita» es muy superior al de cualquier estado del mundo; y 2) que los capitales de la Santa Sede están invertidos en negocios muy turbios, manejados por personajes muy sospechosos y que es un auténtico escándalo el que dineros que provienen de la buena fe de millones de fieles en todo el mundo, estén financiando causas de las que lo menos que se puede decir es que no tienen nada que ver con la evangelización de los pobres.

¿Por qué en el último siglo han mejorado tan notablemente las finanzas de la Santa Sede? Porque hasta hace solo un siglo, la Santa Sede gastaba sumas ingentes en guerrear. Guerras no tanto ideológicas y espirituales, sino auténticas batallas por territorios y dominios, en las que había muchos muertos. Algunas de estas guerras fueron personalmente capitaneadas por los sumos pontífices. Asimismo gastaba mucho dinero en construir palacios y suntuosos templos. Letrán, San Pedro, Aviñón se llevaron ríos de oro provenientes de toda la cristiandad.

Si lo dicho hasta aquí no es nada edificante, lo que viene es demoledor para la buena fe de los creyentes que se habían tomado en serio las palabras de Cristo acerca de las riquezas y de la búsqueda del reino de Dios, «en primer lugar». Probablemente la mayoría de los lectores nunca han oído algunas de estas palabras o frases referidas a la política financiera vaticana: «anatas», «palio», «vacantes», «cartas de absolución», «indulgencias», «dispensas», «bulas», «subsidios», «diezmos», «censo apostólico», «tasas», «ofrendas», «mercedes», «derecho de visita», «procuración», «despojos», «denario de San Pedro», «servicios». Cada una de estas palabras significa algo diferente y todas fueron maneras inventadas por los papas para sacar dinero a los fieles cristianos. Porque la cruel verdad es que si los reyes y príncipes en tiempos pasados exprimieron a sus vasallos con contribuciones para las interminables guerras a que los llevaban sus ambiciones, los sumos pontífices hicieron exactamente igual con sus «ovejas». Con la diferencia de que los reyes imponían sus contribuciones cruel y descaradamente por la fuerza, mientras que los sumos pontífices las arropaban con untuosas palabras, a veces llenas de un cinismo

insultante, como en el caso de las llamadas «mercedes».

Estas «mercedes» eran unas contribuciones «voluntarias» que las diócesis y abadías hacían; fueron estatuidas por Gregorio I, un papa lleno de buena voluntad, para acabar con los abusos que ya en su tiempo cometía la curia romana, acogotando con toda suerte de tributos a los obispos y abades de grandes monasterios. Fíjese el lector que esto era ya ¡en el siglo VI!; y a partir de entonces, la palabra «mercedes» comenzó a corromperse y a perder su significado, terminando por designar un tributo más, fijado en un «libro de tasas» y que si no se pagaba, se incurría en excomunión, con todo lo que esto conllevaba en aquellos tiempos.

Por eso, concilio tras concilio, vemos resurgir el tema de las contribuciones abusivas que los superiores les imponían a sus súbditos. En el concilio se abolían todas y se dejaba solo una o dos; pero en el próximo concilio se volvía a hablar de lo mismo, lo cual quiere decir que las cosas habían seguido como estaban, o se habían empeorado con nuevos abusos.

La última gota que colmó el vaso de la ira de Lutero llevándolo a su gran rebelión, fue ni más ni menos, que una de estas contribuciones abusivas, exigidas por Roma y que se añadía a muchas otras que en años anteriores los pueblos sajones habían tenido que pagar. Por aquellos años, además de las empresas bélicas que el Vaticano emprendía contra los turcos y de las que el papa Julio II capitaneaba personalmente contra los príncipes italíanos para reconquistar los terrenos del Estado Pontificio, se estaba construyendo la inmensa nueva basílica de San Pedro, que devoraba ríos de oro. Por eso los papas del Renacimiento (Alejandro VI, Julio II, León X, Adriano VI, Clemente VII) estrujaban los bolsillos del pueblo cristiano, que ya venía siendo esquilmado con toda suerte de tributos para toda suerte de cruzadas: cruzadas contra los moros, cruzadas contra los turcos, cruzadas para reconquistar Tierra Santa, cruzadas contra los albigenses o cátaros, cruzadas contra los valdenses, etc.

Lo indignante de estos tributos eclesiásticos era que llevaban aparejadas penas espirituales. Hoy nos reímos de una excomunión y ni sabemos lo que es un «entredicho», pero en aquellos tiempos ambas cosas significaban algo tremendo para un cristiano. Significaban el infierno seguro tras la muerte. Tan fuerte era este sentimiento, que muchos reyes, tras su excomunión y tras la declaración de «entredicho» lanzada por el papa contra su reino, eran tales las amarguras de conciencia que sentían y la presión popular para que arreglase la situación, que se rendían a los deseos del pontífice, aunque fuesen en detrimento de sus propios intereses. Hay gran cantidad de ejemplos para probarlo.

Es intolerable el abuso que de este sentimiento religioso hacían las autoridades eclesiásticas. Pedían dinero «en nombre de Dios» o «para la Iglesia» y apretaban la conciencia de los fieles diciéndoles que: 1) era una obligación moral el darlo y 2) que si no lo daban, incurrían en excomunión o en cualquier pena canónica. Esto se daba, sobre todo, en relación con los obispados y abadías. El obispo o abad incurría en

excomunión, de la cual podía únicamente absolverlo el Santo Padre, si en un plazo determinado no pagaba las «anatas», «tasas», «ofrendas», «diezmos», o cualquiera que fuese el tributo.

A veces se pagaba uno, y llegaban los mensajeros para recaudar otro, tal como se narra en la *Gesta abbatum monasterii*:

> «Cuando en 1326 el monje Ricardo nombrado abad de San Albano, recibió la orden de pagar la "tasa" dijo: ¿Otra tasa más? Pagamos cada año una onza de oro por los "censos", ¿quieren más todavía? La contestación fue: lo que ahora te pedimos es la tasa fijada por los "servicios" que en los registros dice que debe ser de 720 marcos, que a razón de cinco florines por marco, hacen 3.600 florines. Tras lo cual le mostraron el registro en el que constaba lo que tenía que pagar… Después le hicieron jurar sobre los evangelios que pagaría en el plazo que le fijaron, pues de no hacerlo sería excomulgado» (J. B. Bergua. *Jeschua*).

Lo natural es que el abad exigiese más trabajo a los frailes y les impusiese, a su vez, nuevos tributos a los fieles cristianos que eran súbditos de la abadía. Para ello le daban cierta fuerza moral las palabras que los legados pontificios le habían dicho al despedirse: «Nosotros no nos meteremos en averiguaciones de los procedimientos que emplees en tu abadía para que esta sea cada vez más próspera y rica».

Lo cierto es que, por siglos, la curia vaticana comerció con todo. ¿Que un obispo quería usar palio? Tenía que pagar por ello. ¿Que un noble o rico quería hacerse absolver de alguno de los muchos pecados «reservados al sumo pontífice»? Pues tenía que pagar por ello. ¿Que un simple cura rural recibía la visita pastoral de su obispo? Tenía que pagarle al obispo, el cual a su vez tenía que mandarle su parte proporcional al papa. Imagine el lector la cantidad de contribuciones indirectas que esto generaba para la Santa Sede. ¿Que un obispo estaba enfermo o demasiado cansado, o simplemente no quería visitar a sus súbditos? Pues tenía que pagar a Roma para que de allí le mandasen la «dispensa» de la visita. ¿Que algún súbdito —parroquia, monasterio, capellanía, etc.— prefería no ser molestado con la visita de su superior? Pues pagaba por ello una tasa y se libraba de la molestia. ¿Que un obispo iba a tomar posesión de su diócesis? Pues no tenía más remedio que pagar… La fecundidad de las mentes romanas para inventar «mordidas» eclesiásticas era pasmosa y, como hemos dicho, las podemos encontrar a lo largo de los concilios siglo tras siglo. Cuanto más se prohibían estos abusos más aparecían, patrocinados por los obispos o por la misma Santa Sede.

Esto es escandaloso, y equiparable a la total corrupción de la que ya hablamos, cuando los puestos se compraban y se vendían descaradamente sin que para ello tuviesen nada que ver las cualidades o vicios del que los pretendía. Y el lector debe saber que en la larga lista de los papas hay un buen número de ellos de los que sus

contemporáneos afirman que llegaron al Papado tras haber pagado por el puesto. Y en algún caso, el mismo papa, una vez instalado en el Solio Pontificio no tuvo inconveniente en admitirlo. Aunque, bien pensado, el pagar por una Sede, es menos grave que llegar a ella, mediante el asesinato de la persona cuyo puesto se ambiciona. Y esto ya lo hemos encontrado en varias ocasiones en la turbia historia del Papado, sobre todo en el siglo diez, en donde alrededor de siete papas murieron asesinados por el que les sucedió o por los familiares de este para facilitárselo.

Lector, hagamos un breve alto en el camino y reflexionemos: ¿De quién estamos hablando? ¿De qué institución estamos haciendo un resumen en cuanto a sus métodos y estilos? ¿De algún grupo tenebroso dedicado al tráfico de drogas? ¿De la «Cosa Nostra» o de la «Camorra» napolitana? No. Estamos hablando de la cabeza de la Institución que se siente depositaría de la verdad y de la voluntad de Dios y que se tiene a sí misma por santa e infalible. Y uno no acaba de salir de su asombro, porque no hay manera de casar lo que uno encuentra en la historia, y la idea que semejante institución tiene de sí misma. Pero sigamos adelante y dejemos las grandes conclusiones para el final.

Entre los muchos vocablos que enumeramos anteriormente para designar los métodos que la Santa Sede ha ido inventando para sacar dinero a los fieles, se encuentran estos dos: «despojos» y «vacantes». Le dijimos al lector que cada uno de ellos tenía un significado diferente, o en otras palabras, que era una «mordida» diferente. Entonces explicamos qué se entendía por «mercedes»; ahora le diremos el significado de estas dos palabras, para que vea que la picaresca romana tiene mucho «pedigrí».

«Despojos» es una palabra que se refería a la muerte de un obispo. Cuando este moría, la Santa Sede se sentía con derecho a sus pertenencias. En los peores tiempos de la Edad Media, frecuentemente cuando moría un obispo, el pueblo, que por lo regular lo consideraba como un señor feudal debido a su vida y costumbres, entraba a saco en sus posesiones y dejaba limpias las paredes de su castillo o palacio. Ante semejante abuso, la Santa Sede decidió intervenir, y su decisión fue quedarse con las posesiones del obispo. Naturalmente, muchos reyes se sintieron también con derecho y por eso hubo no pocas disputas, sobre todo en Francia en tiempos de Luis XI. Pero estos «despojos» —que provenían a su vez de los despojos que los obispos habían hecho de herejes, excomulgados, moros, etc., etc., y de las rentas de la fe de los buenos cristianos— supusieron una muy buena y segura fuente de entradas para la Santa Sede. Y como era lógico que los herederos naturales o familiares más allegados protestasen ante tal atropello oponiéndose a ello, los sumos pontífices no tenían inconveniente ninguno en lanzarles una excomunión de la que no se libraban hasta que entregaban los bienes del obispo difunto.

Más grave aún fue el asunto de las «vacantes». Al morir un obispo, (o abad de cualquier gran monasterio o abadía) aquella sede tenía que enviar a Roma todas las rentas que se recibiesen hasta que llegase el nuevo obispo, el cual a su vez tendría que

enviarle las «anatas» o rentas de un año. ¿Cómo se estiró esta fuente de entradas? Pues aguantando lo más posible el nombramiento del nuevo obispo, con lo que la Santa Sede estaba recibiendo sin problemas todas las rentas de muchas diócesis que no tenían obispo. Y ella se ocupaba de que no lo tuvieran, porque en muchísimos casos ella era la encargada de nombrarlos. Esto que a primera vista se hace increíble y que constituye una auténtica truhanería y un grave pecado contra sus deberes de pastores de toda la Iglesia, se practicó así en muchos casos y en siglos diferentes, siendo sus campeones los tres papas de Aviñón, Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VII, todos ellos en el siglo XIV. Inocencio III (año 1200) es otro de los papas que se distinguió por inventar o perfeccionar maneras de conseguir dinero para la Santa Sede; su instrumento preferido fueron las «indulgencias», es decir el perdón de los pecados que él otorgaba a los que aportasen dinero para diversos fines, sobre todo para las cruzadas.

Con Sixto IV e Inocencio VIII, primeros papas del Renacimiento, el ruido de dinero alrededor del altar se hizo ensordecedor. Y no era extraño, porque hicieron cardenales a casi todos sus sobrinos (papa hubo que convirtió en príncipes de la Iglesia nada menos que a siete amigos suyos de su pueblo, sin importarle si eran merecedores de tal cargo o no). Estos dos papas empeñaron o vendieron todo lo que había de valor en el Vaticano, aumentaron el número de cargos ya existentes y los vendían a precios elevadísimos —62.400 ducados pagaban los secretarios apostólicos por su cargo— y crearon otros puestos nuevos como los «plumbatores» que tenían que pagar para su ingreso 500 ducados en oro. Y como los derroches de la corte romana exigían mucho dinero y, por otra parte, las necesidades para las muchas guerras seguían apremiando, Sixto IV hasta se hizo acaparador de trigo; lo compraba en la cosecha y lo vendía luego a un precio muy superior cuando escaseaba. Inocencio VIII llegó a empeñar la tiara con todos sus diamantes en 100.000 ducados… Puestos a poner ejemplos no terminaríamos, pues los papas han sido muchos y la afición por el dinero en muchos de ellos no ha sido pequeña.

Alvaro Pelayo fue un franciscano gallego que vivió entre el siglo XIII y el XIV y llegó a ser por buen tiempo consejero en Aviñón de Juan XXII. Como buen franciscano, era amante de la pobreza y, por eso, a pesar del mucho amor que le tenía al Papa, en cuya defensa escribió varios tratados, se lamentaba así en su *De planctu Eclesiae*:

> «Con frecuencia he entrado en la estancia del camarero del Señor Papa. En ella he encontrado siempre una mesa llena de oro y eclesiásticos ocupados en contar las pilas de escudos. ¡Dígnese Cristo, que era pobre, apartar para siempre de la Iglesia este negocio indignante!».

Durante todo el siglo XIV y la mayor parte del XV es increíble el escándalo que el

pueblo cristiano sufrió de parte de la Santa Sede, en cuanto al amor desaforado por el dinero y por el lujo que allí se veía. En los siglos anteriores, las altas jerarquías en toda la Iglesia habían traficado desvergonzadamente con las cosas sagradas comprando y vendiendo puestos y hasta aprovechándose de sacramentos, y toda suerte de bendiciones e indulgencias para hacer dinero; pero en los siglos XIV y XV toda esta voraz apetencia de «cosas de este mundo», estalló descaradamente en un lujo desenfrenado y manifiesto y en una pomposidad que estaba totalmente en contra de lo que la Iglesia había siempre predicado. Si el pueblo cristiano hubiese sabido a ciencia cierta cómo vivían en Roma los que se decían «sucesores de Pedro», los «asistidos por el Espíritu Santo» y los «representantes de Cristo en la Tierra», no hubiese tardado tanto tiempo en rebelarse contra la autoridad romana. Porque aquellos que tan cínicamente vivían de una manera tan opuesta a lo que dice el evangelio, eran precisamente los que les imponían toda suerte de impuestos.

El pueblo cristiano no sabía, por ejemplo, que en las diferentes vestiduras del papa Clemente VI (1352-1362) se habían gastado 1.080 pieles de armiño y que en sus banquetes llegaba a haber 27 platos fuertes diferentes, aparte de cantidad de entremeses de todas clases, amenizado todo con bailarines y música[18]. Ni sabía que a la muerte del cardenal Hugo Roger, en 1364, se hallaron en un baúl de su casa, varias bolsas repletas de oro y plata que totalizaban 200.000 florines; cantidad enorme de dinero si pensamos que Juana de Anjou, reina de Nápoles, le vendió la ciudad de Aviñón al papa Clemente VI por 80.000 florines y con esta cantidad pudo armar una flotilla con la que reconquistó Nápoles. Ni sabía el buen pueblo cristiano que había todo un grupo de cardenales que eran unos auténticos tahúres, en tiempos del papa Inocencio VIII (1484-1492); uno de ellos, el cardenal Cibo, sobrino del Papa, «inmoral y estafador», perdió en una noche, jugando en casa del cardenal Riario (también sobrino de otro Papa), 14.000 florines de oro; y en esa misma casa, otro cardenal de la misma ralea, llamado Balue, perdió otro día 8.000 florines…

Oigamos lo que la «Historia de la Iglesia» de la B.a. C. nos dice de este cardenal Riario, que parece que había convertido su palacio en un casino:

> «Quien se llevaba el cariño y la privanza del Papa era Pedro Riario. Cardenal a los 25 años, acumuló enseguida las prebendas más pingües, pues recibió el arzobispado de Florencia, el patriarcado de Constantinopla, los arzobispados de Sevilla, Valencia y Spalato con otros obispados y abadías, cuyas rentas lo convirtieron en un opulento Creso que derrochaba sus riquezas con insensata prodigalidad; sostenía una familia o corte de cerca de 500 personas, numerosos criados vestidos de seda y púrpura, un palacio con preciosos tapices, rico menaje de oro y plata y una caballeriza de escogidos corceles. Sus banquetes hirieron la imaginación de sus contemporáneos por el sibaritismo y el lujo asiático que en ellos se desplegaba».

Y aquí hagamos un pequeño alto, lector. No se puede negar que este cardenal era un cínico redomado y un auténtico truhanazo, pero ¿quién lo hizo cardenal sino el mismísimo Papa, su tío? Y, ¿no fue su tío quien le dio las diócesis de Sevilla, Valencia, etc., etc., únicamente con el objeto de que tuviese unas rentas mayores? Porque lo escandaloso de todo esto es que todas esas diócesis, en las que en su vida pondría el pie (al igual que en muchísimos otros casos) las tenía todas simultáneamente y de todas ellas le llegaban religiosamente año a año y mes tras mes, los tributos que la Santa Sede les había impuesto. ¿Qué podemos pensar de papas que no solo toleran, sino que son los directos causantes de semejantes monstruosidades? Y una vez más me pregunto: ¿Donde estaba el Espíritu Santo que permitía que su especialísimo protegido, el sumo pontífice de la única verdadera Iglesia, hiciese tales barbaridades y tales pecados contra la Iglesia de Cristo? Al actuar de esta manera da la impresión de que el Espíritu Santo no quiere mucho a Cristo.

Pero sigamos con la vida y milagros del cardenal Riario:

> «Parecía siempre competir con los antiguos en fausto y magnificencia. Y tenemos que advertir que también en los vicios. Este advenedizo se burlaba descaradamente de toda moralidad y en vez de llevar el hábito de San Francisco [lo habían metido de muy niño en un convento franciscano y lo habían hecho franciscano sin que se enterase, como en tantísimos otros casos] vestía en su casa trajes recamados de oro y adornaba a su amiga de perlas finas desde la cabeza hasta los pies. Cuando solo contaba 28 años de edad sucumbió, víctima de sus excesos y desórdenes…».
>
> «Sobrino del cardenal Riario era un muchacho de 17 años, Rafael Sansoni Riario, a quien Sixto IV tuvo la debilidad de elevar al cardenalato, colmándolo enseguida de 10 obispados, varias abadías y otros beneficios eclesiásticos…».

Como el lector puede ver, en la curia romana había olor a cloaca. Y lo hubo durante siglos, por más que los historiadores traten de ignorar todas estas tremendas lacras, que si en otras cortes son pasables y hasta lógicas, en la corte romana, que predica pobreza y austeridad, son totalmente imperdonables. Cuando uno mira en la historia, los pontificados de Sixto IV, Inocencio VIII, Julio II, por ejemplo, se encuentra con los tratos políticos que estos Sumos Pontífices hicieron con tal o cual rey y con las medidas de orden eclesiástico, más o menos acertadas, que tomaron; pero de toda esta putrefacción del espíritu, apenas si sale nada a flote, o porque a los historiadores laicos no les interesa, o porque a los historiadores eclesiásticos les interesa que no salga. Pero especímenes de pontífices como estos de que nos estamos ocupando en estas últimas líneas los hubo por docenas.

El dinero ha sido siempre una gran preocupación en la Santa Sede y parece que la fe en la divina providencia para proveer las arcas pontificias no ha sido muy grande,

cuando vemos a los papas tomar tantas medidas para suplir las distracciones de Dios en este sentido.

¡Y decir que todo ese dinero que vemos derrochado tan irresponsablemente por esos purpurados tahúres, provenía en último término de las limosnas que con tanto sacrificio y buena fe enviaban al «Vicario de Cristo», miles de humildes y pobres campesinos de toda Europa, o que con tanta dureza eran exigidas por los «colectores» que la Santa Sede mandaba regularmente por las diócesis para recoger los innumerables tributos! ¡Qué cinismo tan espantoso!

Por eso, lo que en la actualidad nos molesta en cuanto a las cuotas que hay que pagar en las parroquias por bautizos, bodas y entierros, es «peccata minuta» si lo comparamos con las monstruosidades que hemos estado viendo en otras épocas. Releo ahora mismo lo que hace bastantes años escribí en *Mi iglesia duerme* con relación a prácticas de la Iglesia actual, y aunque sigue teniendo vigencia, es casi de risa si lo comparamos con el panorama de tiempos pasados que le acabamos de exponer al lector.

Decía allí:

> «Urge acabar con este inmundo ruido de dinero alrededor del altar. El hecho innegable de que los sacerdotes necesitan dinero para vivir, nos ha llevado a ponerle precio a todo lo sagrado. Hemos canonizado la simonía. La hemos cubierto de bendiciones. La hemos organizado científicamente. Conozco curias episcopales en donde se reciben listas enormes con nombres de difuntos para que se diga misa por ellos. Aparejada a cada uno de estos nombres hay una ofrenda monetaria. Son las misas “baratas” que sobran o que no quieren en otras diócesis más ricas y que se mandan a otras más pobres como “ayuda”. Entonces en la curia se van enviando cartas a las diversas parroquias pobres en las que se dice: “Reverendo Padre, le corresponden 30 misas (para llevar rigurosamente esta contabilidad de purgatorio) que se servirá decir por el descanso de los siguientes difuntos…” (y sigue una lista de nombres). Firma la carta el administrador de los bienes de la Iglesia. Por supuesto que a las parroquias no se les manda ningún dinero. Este se queda en la curia en virtud de las misas que obligadamente todas las parroquias tienen que decir al mes “a intención del obispo”.
>
> Esto, es ni más ni menos, el espíritu de la simonía por más que los que lo practiquen, lo nieguen».

Esto es un resto de aquellas «tasas», «servicios», «anatas», etc., etc., con que nos encontramos al inicio del capítulo. Es un tributo indirecto que los fieles pagan. Estos se lo dan al párroco; este obligadamente se lo manda al obispo y este le manda su comisión a la Santa Sede.

Y seguía diciendo:

«Las almas de los difuntos son manejadas por el administrador de los bienes de la Iglesia. Son unos “valores” que bien colocados pueden llegar a producir hasta un 12 por ciento anual. ¿No es esto sacrílego?… “Los bautizos valen 500 y las bodas 3.000. A no ser que sean con alfombra y órgano porque entonces valen 4.900”. Menos mal que todavía no se le ha ocurrido a nadie cobrar por la absolución de los pecados graves, aunque se regalasen los leves».

Eso escribía yo hace años, no sin algún sarcasmo pero ¡qué mal informado estaba! Entonces todavía comulgaba con ruedas de molino y creía ingenuamente que la Iglesia católica era «la única» y que a pesar de sus defectos tenía arreglo. Y además desconocía muchos hechos que hoy conozco y que cuidadosamente habían sido velados de mi vista «para que no me escandalizase».

«¡Cuánta antipatía le ha acarreado a la Iglesia a lo largo de los años todo este comercio sacramental! ¡Cuántos pobres no habrán sentido vergüenza y hasta se habrán abstenido totalmente al no poder pagar las cuotas ordinarias de misas, bodas y entierros! Si otros pagan, a ellos también les gustaría; pero al no poder, o al hacérseles difícil, habrán caído en la tentación de prescindir de los ritos de la Iglesia. ¿Qué diferencia hay entre aquellos mercaderes que vendían palomas y ovejas para el sacrificio en tiempos de Cristo y tantos de nuestros templos en los que se mercadea con los velones, con los libros, con los rosarios, con los cirios, con las bendiciones de imágenes (“no se cobra pero se admite lo que se dé”), con el alquiler de la alfombra y hasta con el asiento para la misa en ciertos templos? Más de una vez, viendo la propaganda de esta quincallería religiosa en el interior de algún templo, y viendo los precios, me han venido a la mente las duras palabras de Jesús: “Mi casa será llamada casa de oración pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”» (Mr. 11.17).

Después de todo lo que hemos visto panorámicamente en relación con el culto al dinero en muchas diócesis y sobre todo en el Vaticano, apenas si merece la pena decir nada de los tiempos modernos. Sin embargo, aunque en la superficie y a nivel local las cosas parece que han mejorado en relación con otros tiempos, en las grandes alturas arzobispales, y sobre todo vaticanas, las cosas parece que siguen igual de turbias, a juzgar por lo que se vio en el asunto de la Banca Ambrosiana. El feo episodio del banquero Calvi asesinado de una manera misteriosa y las acusaciones posteriores de familiares y banqueros, nos dicen que había mucho más en el fondo de lo que salió a la superficie.

Como resumen diremos que, en relación con el dinero y las riquezas, la Iglesia

jerárquica ha traicionado consistentemente a su fundador. Y lo ha traicionado no solo porque no ha vivido conforme a lo que él dijo y practicó, sino porque además ha usado los poderes espirituales (que, según la teología, él le dio) para conseguir dinero, lo cual es, según la misma Iglesia, uno de los pecados más graves.

Un dinero que las sedes episcopales han usado para vivir aburguesádamente y que la sede romana ha gastado de una manera escandalosa, derrochándolo en lujos y en guerras. Por mucho que los apologistas se esfuercen, no podrán borrar la historia.

19
CÓNCLAVES

Cónclave es la reunión de cardenales para elegir un nuevo sumo pontífice. Según parece, la palabra viene de los vocablos latinos «cum clave», con llave, debido a que los cardenales, mientras están en esta reunión, están cerrados con llave no solo por dentro sino también por fuera, de modo que no pueden salir hasta que no hayan elegido un nuevo papa. Más tarde abundaremos en el porqué de esta cerrazón externa.

¿Por qué hablo de los cónclaves? Porque se supone que el acto de elegir un nuevo papa es un momento especialmente importante en la vida de la Iglesia y, por lo tanto, es lógico suponer que en ese momento se dejará sentir de una manera muy especial la presencia del Espíritu Santo. Pero, como veremos enseguida, el Santo Espíritu en muchísimos cónclaves a lo largo de la historia, ha brillado por su ausencia.

Cristo dijo textualmente en el evangelio: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mt. 28,20). Y ¿qué ocasión más propicia para estar con sus apóstoles o sucesores, que el momento de elegir al que será el jefe supremo de su Iglesia? Pues bien, al igual que el Espíritu Santo, Cristo tampoco ha cumplido su palabra en muchas ocasiones y ha abandonado a su Iglesia en momentos muy importantes como más adelante veremos.

Como a estas alturas del libro, ya he presentado más de cuatro cónclaves con sus consiguientes elecciones de papa, y ya el lector ha tenido ocasión de ver que no era precisamente un espíritu muy evangélico el que reinaba en ellos, trataré en este capítulo de ser escueto y de hacer unas cuantas reflexiones generales ante unas reuniones tan importantes de las que, por otra parte, hay una excelente y abundantísima documentación.

Lo cierto es que durante la mayoría de los cónclaves, en vez de manifestarse el espíritu genuinamente evangélico de los cardenales allí reunidos, lo que salía a relucir, y a veces de una manera descarada, eran las ambiciones humanas, las envidias, las intrigas y todos los defectos humanos que afloran en las elecciones para puestos públicos.

Estas intrigas y luchas por conseguir el apetecido cargo eran de ordinario tan

enconadas, que la elección solía tardar mucho más de lo que era de esperar; y esta fue una de las razones, por las que los cardenales fueron encerrados «cum clave» y hasta se les llegó a racionar la comida para que acelerasen todo el proceso. Aunque también es cierto que la llave impedía, en alguna manera, la intromisión indebida de los reyes y príncipes, en la elección de un nuevo sumo pontífice. Esta intromisión ha sido un enorme problema a lo largo de la historia. Hubo épocas en que, en cuanto vacaba la Santa Sede, los cardenales y obispos corrían presurosos al emperador alemán para que este designase nuevo papa. La ingerencia de los emperadores alemanes, en este particular ha sido enorme.

Con los años, esta intromisión de los poderes públicos en los cónclaves se ha ido haciendo cada vez menor, pero todavía a mediados del siglo pasado era muy fuerte. El lector recordará más de cuatro sumos pontífices que han desfilado por estas páginas, que por no ser del gusto de algún poderoso, fueron asesinados para proceder a la elección de otro que fuese más de su agrado.

Pero, si bien es cierto que esta ingerencia externa ha traído enormes problemas a la Iglesia, ha sido mucho más conflictiva la pugna que de ordinario estallaba entre los propios cardenales. A veces era una lucha sorda que guardaba las formas pero que, no por eso, era menos enconada.

De ordinario hay dos o tres figuras que descuellan, en torno a las cuales se agrupan sus amigos. Y enseguida empieza la lucha diplomática, las ofertas, las veladas amenazas, los intentos de persuasión, etc., etc. Todo esto es perfectamente normal en otras elecciones, pero es en cierta manera, escandaloso entre personas a quienes su jefe les ha dicho: «Cuando vayáis a un banquete, no queráis sentaros en los primeros puestos… el que de vosotros sea el primero, que se haga el último…»

Cuando había cónclave, de ordinario el pueblo no sabía lo que allí pasaba. Hoy lo sabemos por los historiadores y realmente quedamos anonadados de que muchos de aquellos señores fuesen «príncipes de la Iglesia». Hubo algún cónclave en que los ánimos se caldearon tanto, que entre los purpurados llegó a haber golpes, y no precisamente de pecho.

En el primer cónclave «bajo llave» fue elegido Celestino IV. A su muerte, en 1241, la Santa Sede estuvo más de dos años y medio vacante, no solo porque los cardenales no acababan de ponerse de acuerdo en quién sería el sucesor, sino porque el emperador Federico II los presionaba para que eligieran a uno de sus favoritos y ellos se negaron a hacerlo en esas condiciones. Raro ejemplo de entereza, que contrasta con muchísimos otros en que escogieron al que era del gusto del rey.

Treinta años más tarde, de nuevo está la Iglesia casi tres años sin sumo pontífice por la tremenda pugna que dentro del cónclave mantienen los cardenales franceses contra los italianos. Por fin llegan a un acuerdo, haciendo lo que se ha hecho muchas otras veces: elegir a un neutral que no tenga nada que ver con los intereses que allí se debaten. Esto fue muy beneficioso en muchas ocasiones, pues evitó que saliese elegido alguno de los indeseables que ambicionaba el cargo.

En este caso, y tras casi tres años de discusiones escandalosas, se mandó a buscar a un buen señor piadoso y culto, que estaba nada menos que luchando en las cruzadas y que ¡ni siquiera era sacerdote! Se llamó Gregorio X y fue un buen papa. (Probablemente por ser ajeno a la curia y no estar maleado por las malas mañas de la Corte romana).

Aleccionado por lo que había pasado en otras elecciones y en la suya propia, dictó un decreto en el que se establecían las condiciones para la elección del pontífice. Los cardenales estarían encerrados todos en una misma sala; absolutamente incomunicados con el exterior y solo con un sirviente cada uno. Si a los tres días no habían elegido sucesor, empezarían a recibir solo un plato de comida y otro de cena; y si a los ocho días desde su encerramiento, todavía no habían resuelto nada, recibirían únicamente pan, agua y algo de vino.

Como los cardenales no estaban acostumbrados a semejante dieta, excusado es decir que los dos papas siguientes fueron elegidos con toda celeridad. El primero de ellos, Inocencio V, duró solo meses en el pontificado; y el segundo, —no sé si por la rapidez de su elección—, duró solo días, y ni siquiera hubo tiempo de conferirle las órdenes sagradas porque ¡tampoco era sacerdote! El austero decreto era demasiado para los estómagos refinados de los cardenales y al poco tiempo fue suprimido.

Para que el lector juzgue por sí mismo si hubo o no hubo asistencia del Espíritu Santo en la elección de Urbano VI, le contaré cómo fue el cónclave.

El 27 de marzo de 1378, murió en Roma Gregorio XI, famoso por haber sido el Papa que regresó la curia pontificia de Aviñón a Roma. En el cónclave que se reunió para elegir sucesor entraron solo 16 cardenales porque el resto de ellos, casi todos franceses, aún no habían llegado, y por razones de prudencia se decidió no esperarlos. El pueblo romano, después de casi setenta años de exilio de los papas en Aviñón, exigía a gritos un papa romano, o por lo menos italiano. Mientras deliberaban los cardenales, hubo varios conatos de asalto al cónclave y amenazas de dar muerte a los cardenales si no elegían conforme a los deseos del pueblo.

Los purpurados, bien atrincherados en la cámara de la elección, dudaban qué hacer, porque el único romano era el cardenal Tibaldeschi, anciano decrépito que claramente no valía para el cargo ni lo ambicionaba. El griterío del populacho pidiendo un papa romano iba creciendo y llenaba de temor los ánimos de los cardenales. Uno de ellos, de la familia de los Orsini, que ambicionaba el cargo, pero que no era juzgado apto por su demasiada juventud y por sus costumbres, pretendió salir del paso, proponiendo la elección de algún humilde franciscano que fuese natural de Roma. Pero su idea no fue aceptada.

Como, a pesar de las crecientes amenazas no se ponían de acuerdo, determinaron elegir al arzobispo de Bari, Bartolomé Prignano que aunque no estaba en el cónclave ni era romano, por lo menos era italiano. Reunidos en el salón, la elección fue casi unánime y lo mandaron a buscar. Pero para aquel entonces ya la gran multitud no se contentaba con que fuese italiano a secas; lo exigía «romano» y lo gritaba a coro.

Cuando, por fin, le comunicaron la elección al pueblo, este en medio del griterío, entendió mal y confundió el nombre de Bari con el de Bar que era el apellido de un cardenal francés especialmente odiado por los romanos. La multitud entonces se embraveció e inició un asalto al palacio por todas partes. Los cardenales, muertos de miedo, estaban parapetados con sus sirvientes y algunos guardias tras los sólidos muros y puertas bien apuntaladas; pero la turba cargaba contra ellas amenazando derribarlas.

La multitud ya no gritaba sino que rugía: «¡Nos han traicionado! ¡Queremos un Papa romano! ¡Acabemos con los cardenales franceses!». Aterrados y viendo que las puertas podían ceder en cualquier momento, preparándose para lo peor, alguien tuvo la idea de fingir que era el cardenal Tibaldeschi, romano, el que había sido elegido y dispusieron una especie de escena, por si aquellos bárbaros irrumpían repentinamente. Agarraron a la fuerza al viejo cardenal Tibaldeschi y lo sentaron en un solio; le pusieron encima un manto de púrpura y lo coronaron con una mitra blanca. El pobre hombre se resistía con todas sus pocas fuerzas a representar aquella comedia y a manotazos se arrancaba la mitra, protestando que él no era papa ni lo quería ser. Pero brazos más fuertes que los suyos lo volvían a sentar en el solio y le volvían a encajar la mitra en la cabeza. La escena es cómica y al mismo tiempo trágicamente solemne. Las puertas se estremecían a cada embate, y el pobre viejo seguía tratando de zafarse de los brazos que lo atenazaban y de las solemnes vestimentas que le habían echado encima.

Gracias al carpintero que las hizo muy sólidas —porque el Espíritu Santo parece que no andaba por allí— las puertas aguantaron y el pueblo fue poco a poco retirándose. Al día siguiente, calmados ya los ánimos, el nuevo papa, que se llamó Urbano VI, fue coronado y los cardenales que habían huido la víspera, volvieron para estar presentes en la coronación.

Sin embargo, este cónclave, en el que si hubo asistencia del Espíritu Santo fue muy disimulada, trajo gravísimas consecuencias para la Iglesia, pues fue la causa del comienzo del Cisma de Occidente. Al poco tiempo, amparándose en que la elección no había sido libre y era por lo tanto inválida, los cardenales franceses reunidos en Aviñón eligieron otro papa, Clemente VII, con lo que se inició uno de los mayores escándalos que se han visto en la Iglesia y que iba a durar 40 años. De esto ya hemos hablado en el capítulo dedicado a los concilios.

¿Es que todos los cónclaves fueron así? No. Indudablemente los hubo mucho más pacíficos y también más agitados. Pero lo que se echa generalmente de menos en la mayor parte de ellos, es el espíritu de humildad y de «santa indiferencia» que aconseja la ascética cristiana y que debe ser propio de un príncipe de la Iglesia. Dándose cita personas tan distinguidas, los cónclaves deberían ser reuniones fraternas, en las que lo que se impone es el deseo de servir al pueblo de Dios, y si acaso, la prontitud para sacrificarse, en caso de que uno fuese elegido. Pero lo que en ellos se ha visto con más frecuencia es la apetencia por el cargo y no precisamente

porque sea una gran oportunidad para hacer algo por la Iglesia, sino por los privilegios con los que son favorecidos.

Ante las enormes responsabilidades que semejante cargo conlleva, debería ser mucho más corriente el encontrarse con papas que hayan renunciado al mismo una vez elegidos o antes de la consagración. Pero si bien es cierto que hubo algunos casos, la mayor parte lo aceptaron sin chistar.

Para encontrarnos con un Celestino II o con un Celestino V, tenemos que rebuscar mucho en la larga lista de papas. Cuando el primero de ellos estaba siendo coronado, se oyó una voz fuerte del noble Roberto Frangipani que proclamaba a otro cardenal como papa. Celestino II simplemente se bajó del trono, se quitó la tiara y la capa y por bien de paz se retiró, renunciando a la Sede Pontificia. Celestino V, tras más de dos años de estar vacante la Santa Sede por las eternas disputas de los cardenales provenientes de nobles familias rivales, fue elegido repentinamente cuando era un simple ermitaño. Tras un año de pontificado, renunció al cargo porque así se lo dictó su conciencia y volvió a su vida eremítica. Y note de paso el lector, que es el tercer caso que le presentamos en que el cónclave duró más de dos años por las nada fraternales relaciones de los aspirantes al solio pontificio. De nuevo el Espíritu Santo fallaba en su asistencia.

Y para encontrar a un Benedicto XII (1334) —que cuando vio que la elección había recaído en él, les dijo a los cardenales: «¡Habéis elegido a un asno!»— tendremos que encontrarnos con muchos casos en que el cardenal elegido, una vez asegurado en el trono, cambiaba de personalidad, y se inflaba como un pavo real. Probablemente el caso más notable entre todos los papas, en este particular, fue el de Urbano VI cuya tormentosa y bufonesca elección describimos unas líneas más arriba.

En cuanto se le disipó el miedo que había pasado en el cónclave, comenzó a comportarse como si fuese otra persona diferente. No toleraba a los cardenales y los vituperaba en público con palabras insultantes y hasta en ocasiones amenazó con abofetear a uno de ellos. Cierto día ofendió tanto al cardenal de Amiens que este se le enfrentó y a punto estuvieron de agredirse. Otro día predicándole a un grupo de cardenales y obispos les llamó a todos perjuros, porque vivían en Roma y tenían abandonadas sus respectivas diócesis. Como lo que estaba diciendo tenía mucho de verdad, hubo un silencio general y tenso entre los asistentes. Pero hubo una excepción: el obispo de Pamplona, Manuel Zalba. Se levantó y le dijo a Su Santidad en voz alta que él no era perjuro; él estaba en Roma, porque así se lo habían pedido para servicio de la Iglesia; y que estaba dispuesto a marcharse en cualquier momento que se lo indicasen.

A medida que pasaba el tiempo, Urbano VI se fue haciendo más intolerante y actuaba como un alucinado. En 1385 metió en la cárcel a un mismo tiempo a seis cardenales, contra los que seguía teniendo especial inquina. No solo los tenía aherrojados de mala manera sino que mandaba que les diesen tormentos, y a decir de algún cronista del tiempo, parece que sentía un placer especial oyendo sus lamentos.

A veces se paseaba rezando su brevario por una galería cercana desde donde los podía escuchar cuando los atormentaban.

Como estaba, al mismo tiempo, metido en guerras, tuvo que huir hacia Genova, pero se llevó consigo a los cardenales presos. Uno de ellos logró escaparse, pero los otros cinco parece que perecieron de mala manera. No se sabe si los mandó degollar en la cárcel o si los arrojó al mar en la travesía hasta Génova; el caso es que nunca más se supo de ellos. Como es natural, los pocos cardenales que le seguían fieles, cuando oyeron semejantes noticias, se pasaron al bando del otro papa, Clemente VII, que entonces le disputaba a Urbano VI el Papado desde Aviñón.

Hoy día ya no vemos semejantes aberraciones en las personas de los papas ni en sus elecciones y por eso creemos que siempre ha sido así. El desconocimiento total de la historia de la Iglesia, hace que muchos cristianos tengan de ella una idea equivocada. Si conociesen que hechos como este que acabamos de narrar, son abundantes y practicados por las personas que ellos creen directamente asistidas por Dios, probablemente no tendrían de su Iglesia la idea simplista e infantil que tienen, y se decidirían a profundizar un poco más en las raíces y en los orígenes de sus creencias. ¡Y qué sorpresas tan grandes se iban a llevar! Las mismas que se llevó el que esto escribe, que tras haber entregado con toda buena voluntad treinta años de su vida a propagar las doctrinas de la Iglesia, se encontró con que ni las doctrinas ni la Iglesia merecían tanto sacrificio. Las primeras porque eran un puro mito; y la segunda porque era tan solo el caparazón del mito.

20
INTOLERANCIA

«Conocerán que sois de los míos si os amáis los unos a los otros». (Jn. 13, 35).

Esta frase, fundamental en los evangelios y en toda la teología cristiana, ha sido traducida así, en infinidad de ocasiones, por la jerarquía: «Pertenecen a la grey de Cristo todos aquellos que piensen como nosotros pensamos. Y los que no piensen así, son pecadores, herejes y merecen ser castigados. Además, haremos que se les prohíba extender sus ideas y si está en nuestra mano, los encarcelaremos y hasta los haremos desaparecer, aunque sea por la violencia. La defensa de nuestras ideas acerca de lo que es un cristiano auténtico, justifica toda violencia».

Los teólogos y la jerarquía actual no estarán de acuerdo y afirmarán que eso no es así; pero miles de hechos a lo largo de veinte siglos y a todo lo ancho del mundo me darán la razón.

Ya hemos dicho que el cristianismo, mientras fue minoritario, tuvo que padecer los abusos de otros fanáticos, pero en cuanto llegó a tener alguna fuerza, aliándose con el poder civil constituido, influyó en este para que no tolerase otras creencias, o por lo menos que las reprimiese. Y cuando él llegó a tener poder propio —incluidos ejércitos— fue absolutamente intolerante con cualquier idea —fuese o no religiosa— que no estuviese de acuerdo con lo que pensaba el sumo jerarca. Esta es otra verdad histórica que por mucho que se rasguen las vestiduras los modernos apologistas, no se puede borrar.

En páginas anteriores, y a propósito de otros temas, ya hemos visto muestras de esta intolerancia con los cátaros y otros herejes. Por los mismos años, los valdenses, alumbraban con sus cuerpos convertidos en teas, las noches de bastantes ciudades del sur de Europa.

Cuando uno lee la historia de la Iglesia, escrita por clérigos, se encuentra con unas descripciones de estos herejes completamente prejuiciadas. Según ellos eran unos revolucionarios peligrosos, enemigos de la Iglesia y del Estado, y por el mero hecho de negar algún dogma, ya eran malos e indignos de seguir formando parte de la «sociedad cristiana».

Es notoria la falta de caridad y hasta de civismo, con que estos «herejes» son tratados en los documentos episcopales y hasta en las bulas y encíclicas papales en donde desde «apestados» y «malolientes» se les tributa toda suerte de insultos.

Es cierto que entre los herejes hubo auténticos alucinados, como Segarelli (muerto en 1300) que pretendió fundar una nueva iglesia cristiana, escogiendo para ello doce apóstoles y tratando de vivir al pie de la letra el evangelio. Tan al pie de la letra, que para seguir aquello de «si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18,3), hizo que lo envolviesen en fajas como si acabase de nacer y que una nodriza lo amamantase; y no solo eso, sino que se hizo circuncidar. Vestido de una manera estrafalaria y seguido siempre de una turba de fieles, recorría las ciudades del norte de Italia, gritando: «¡Haced penitencia!». Por supuesto que este pobre loco, al igual que sus seguidores, acabó en la hoguera.

Muerto él, surgió un nuevo líder que reavivó a los «apostólicos», como se les llamaba. Su nombre era Fra Dolcino. Tan loco como Segarelli, era capaz, sin embargo de lograr cantidad de discípulos que, dejándolo todo, lo seguían a donde quiera que iba. Tanto los obispos como los príncipes y reyes los veían como una constante amenaza, porque, todos sin excepción, fustigaban los vicios de las cortes reales y episcopales y no se sometían al clero. Ni que decir tiene que también Fra Dolcino y muchísimos de sus seguidores, acabaron en la hoguera; y lo digno de notarse fue que aunque morían entre tormentos, una vez amarrados al leño, no se arrepentían ni se retractaban de nada.

Alucinados como estos y fundadores de sectas locas ha habido cientos en la Iglesia y los sigue habiendo en la actualidad. En los siglos XII, XIII y XIV hubo cantidad de sectas heréticas, que en el fondo eran una reacción contra la depravación que reinaba en el clero, en la jerarquía y entre los príncipes que se llamaban cristianos. He aquí algunas de ellas: arnaldistas, patarinos, begardos, leonistas, beguinas, humillados, amaurístas, tanquelmitas, petrobrusianos, speronistas, taboritas, pastoreaux, lolardos, enricianos, etc. La mayor parte de ellos acababan sus vidas en el fuego, debido a esta intolerancia de la que estamos hablando y que, ya para entonces, era un cáncer del verdadero espíritu cristiano.

El fundador de los petrobrusianos, el sacerdote Pedro de Bruys (+ 1138) fue arrojado a la hoguera por la multitud, un día de Viernes Santo, después de haber exhortado ardientemente a destruir todas las cruces del mundo porque ellas habían sido el instrumento para la muerte de Cristo.

Con estos actos bárbaros, el pueblo no hacía más que seguir el ejemplo de sus obispos y de sus reyes. El cristianísimo Pedro II de Aragón escribía:

> «Si alguna persona noble o plebeya, descubre en nuestros reinos algún hereje y lo mata o mutila, o despoja de sus bienes o le causa cualquier daño, no por eso ha de temer ningún castigo, antes bien merecerá nuestra gracia».

(A pesar de su «mucha cristiandad» murió violentamente cuando defendía de las huestes papales a su pariente Raimundo VII hereje y excomulgado).

En España se jactan algunos de que apenas si florecieron los «heterodoxos» y Menéndez Pelayo así lo reconoce todo ufano. Pero la verdad es que no tenían mucha oportunidad de discrepar, pues el «acendrado cristianismo» de sus reyes rayaba en el salvajismo —admitido por Menéndez Pelayo— a la hora de arrancar de raíz la herejía. Nada menos que de San Fernando, nos dice el Padre Mariana S. J.:

> «Era tan enemigo de los herejes, que no contento con hacerlos castigar, él mismo con su propia mano les arrimaba leña y les pegaba fuego».

Y a esto añade Menéndez Pelayo:

> «En los fueros que aquel santo monarca dio a Córdoba, Sevilla y Carmona, impuso a los herejes pena de muerte y confiscación de bienes… Los Anales Toledanos refieren que en 1233 San Fernando enforcó muchos homes e coció muchos en calderas».

Si esto hacía un santo, ¿qué podemos esperar de los que no lo eran? O dicho de otra manera, cuando el fanatismo se apodera del alma de un hombre bueno, lo convierte en un animal peligroso, capaz de asesinar a su hermano por cumplir «la voluntad de Dios».

Hicimos un breve paréntesis para ocuparnos de algunas sectas heréticas que no llegaron a echar raíces y habíamos dejado por un momento a los valdenses. Estos sí las echaron y tan hondas que todavía hoy florecen en el sur de Francia y en el Piamonte Italiano.

Al igual que las otras sectas, eran «puristas», es decir querían una Iglesia más austera y se rebelaban contra la jerarquía y el clero al que por muchas razones tildaban de corrupto. Llamábanse valdenses porque eran seguidores de Pedro Valdés (o Valdo), comerciante de Lyon nacido en 1140, que se había convertido repentinamente en 1173 cuando oyó leer las palabras del evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme» (Mt. 19,21). Tanto Pedro como sus seguidores, vivían muy pobremente, exigían una reforma radical de las costumbres en el pueblo y en el clero, y sobre todo en la jerarquía, y daban en todo, ejemplo de vida. Es cierto que en cuestiones doctrinales se apartaban un poco de las enseñanzas oficiales, pero esto sucedió posteriormente, cuando ya habían sido muy hostigados por las autoridades eclesiásticas y por los príncipes, azuzados por aquellas, siendo uno de los puntos principales de fricción, la orden que los obispos y el mismo papa les habían impuesto de no predicar sin un especial permiso. Pero los valdenses tenían por uno de sus principales mandamientos,

el consejo evangélico de «predicar el reino de Dios a toda criatura» (Mr. 16,15) y por eso no obedecían y seguían predicando.

Sus doctrinas, avaladas por su vida austera, se extendieron como reguero de pólvora y en pocos años los encontramos en el Delfinado, Piamonte, Lombardía, Provenza, Alemania y España. El avance es tan arrollador que Inocencio III, el año 1209 convoca nada menos que una Cruzada para combatirlos y destruirlos. Entonces comienzan las grandes tribulaciones de los «pobres de Lyon» como comúnmente se les llamaba. En 1211 arden en una gran hoguera en Estrasburgo más de ochenta «pobres», siendo uno de los principales instigadores de esta acción Santo Domingo de Guzmán, el fundador de los dominicos. Tanto él como su orden demostraron un fanatismo atroz en la represión de las herejías. Fue tal la fiereza de algunos inquisidores dominicos, que un papa dio orden de que siempre al lado del inquisidor dominico —que representaba el rigor y la intransigencia— hubiese un fraile franciscano, que representaba el amor y la comprensión. Pero ni esto fue óbice para que muchos herejes terminasen achicharrados, después de haber sido juzgados por estas balanceadas parejas.

Pero volvamos a los valdenses. En 1237 el Obispo de Tarragona manda a la hoguera a quince valdenses, pero para entonces ya muchos otros seguidores de Pedro Valdés habían sido torturados y quemados y, por supuesto, privados de todos sus bienes, en docenas de sínodos y de acciones independientes llevadas a cabo por los señores feudales y príncipes, que se amparaban en el ejemplo que les daba el papa y los obispos.

Los apologistas suelen describir a los valdenses como hombres peligrosos por la radicalidad de sus ideas y hasta por la belicosidad que algunas veces demostraron. Sin embargo, si bien es cierto que a veces se convertían en elementos peligrosos pues hacían despertar al pueblo y lo encolerizaban contra sus dirigentes, su belicosidad fue frecuentemente forzada, ya que si no se defendían, eran llevados como borregos al matadero.

Hay muchas muestras de su buena voluntad y de su deseo de permanecer en el seno de la Iglesia. De hecho, el mismo Pedro Valdés se entrevistó con el papa Adriano III; este leyó su «propositum vitae» y lo aprobó, dándole un abrazo. Pero le mandó algo que Pedro no podía cumplir: que no predicase.

No solo eso sino que, lleno de buena voluntad, se presentó Valdés con peligro de su vida, en el Concilio III de Letrán en 1179 y defendió sus ideas y su modo de vida. Aunque es cierto que los teólogos le dieron un revolcón en cuestión de doctrina, no lo condenaron y hasta se quedaron con una buena impresión de él, viendo su humildad y austeridad sinceras. He aquí lo que de ellos nos dice uno de los padres asistentes al concilio: «No tienen casa propia; caminan de dos en dos, con los pies descalzos, sin provisiones; ponen todo en común, a ejemplo de los apóstoles y siguen desnudos a Cristo desnudo». Pues bien estos «herejes» —emisarios de Satanás, como los llamó el obispo Eymard— murieron a cientos en la hoguera y a miles al filo de las espadas

que contra ellos blandieron obispos, papas y reyes.

Puede ser que los valdenses estuviesen equivocados en sus interpretaciones del evangelio y puede ser que cometiesen errores, pero los valdenses, como la mayor parte de los herejes, amaban a Cristo, y probablemente con un amor más sincero y más profundo que muchos obispos y muchos papas. Y prueba de ello era que iban a la hoguera con la misma intrepidez que los primeros cristianos. Ante hechos como estos, tan bárbaros, tan repetidos, tan naturalmente practicados por las autoridades y tan admitidos por un pueblo cristiano que a fuerza de fanatizarse, parece que había perdido sus sentimientos humanos, uno no puede menos de preguntarse: ¿Qué institución es esta que devora con tanta ferocidad a sus propios hijos? ¿Qué institución es esta que no tiene piedad de sus hijos equivocados? ¿Qué institución es esta tan ciega, que piensa que defiende la honra de Dios, cuando lo que hace es pisotear el único mandamiento que Cristo nos ha dado, que es el del amor mutuo?

La intransigencia, la intolerancia, la falta de respeto para los pensamientos diferentes, el desprecio hacia las otras culturas, han sido hasta hace muy poco tiempo, una actitud completamente normal en la mayor parte de las iglesias que se llaman cristianas. Uno ve con cierta lógica el que, partiendo de la idea de que el cristianismo es la única religión verdadera y de que su revelación es la única auténtica, los misioneros cristianos hayan recorrido el mundo llevando su fe. Si realmente están convencidos de que ellos poseen en exclusiva la verdad, su acción de llevarla hasta el extremo del mundo no deja de ser laudable.

Pero lo que uno no se explica es por qué quieren imponerla tan tiránicamente, faltando, al hacerlo, al gran mandamiento que ellos mismos predican. Ni se explica la facilidad con que la Iglesia ha dado muerte a tanta gente, únicamente por no admitir sus ideas acerca del más allá y de los temas trascendentes. Ni se explica cómo los jerarcas pudieron con tanta rapidez olvidarse de otro gran mandamiento que no solo es fundamental en el cristianismo, sino que es una norma de conducta universal, con la que, de una manera u otra, todos los hombres vienen a este mundo: no matarás. La Iglesia ha conculcado este mandamiento en miles de ocasiones. Y los reyes cristianos han sido tan criminales como los que no eran cristianos. Los pueblos llamados cristianos seguramente pasarán a la historia como los más belicosos.

Arnaud Amalric, gran abad de la Orden del Císter, escribía al papa Inocencio III, después de la toma de Beziers por los cruzados papales:

> «Los nuestros, sin perdonar rango, sexo ni edad, han pasado por las armas a veinte mil personas; tras una enorme matanza de enemigos, toda la ciudad ha sido saqueada y quemada. ¡La venganza de Dios ha sido admirable!».

Este facineroso, ordenado «in sacris», que decía todos los días misa con las manos tintas en sangre, fue el que, preguntado en medio de la matanza, cómo podrían distinguir a los herejes de los católicos, respondió con la famosa frase: «¡Matadlos a

todos! Dios sabrá distinguir a los suyos». (Frase muy discutida por los apologistas de la Iglesia, pero que fue transmitida con toda exactitud por el monje Cesáreo de Heistenach).

Y si nos damos un salto en el tiempo y en el espacio y nos vamos a la América del siglo XVI, nos encontraremos con lo que los frailes misioneros hicieron con las creencias religiosas de los indios americanos y con sus variadísimas culturas. La intolerancia fanática en que habían sido educados los llevó a acabar con sus ídolos y a derruir los templos en que se veneraban, las pinturas y esculturas que los representaban, los códices en que se hablaba de ellos, y cualquier otra cosa que los pudiese recordar. Un auténtico pecado contra el espíritu. Y tras eso comenzó la presión abierta o solapada sobre todos los que se mostraban renuentes a abandonar sus viejas creencias. ¡Y todavía la Iglesia se jacta de las conversiones en masa!

Es triste reconocerlo, pero la cruda verdad es que los españoles no solo llevamos a América las cosas buenas de nuestra cultura, sino que también con ellas llevamos nuestra intolerancia religiosa y la falta de respeto que la Iglesia nos había enseñado hacia las maneras diferentes de pensar y de creer de otros. En una esquina del Parque Central de México, escondida entre altos edificios, hay una pequeña iglesia en la que se puede ver todavía hoy una lápida que recuerda que allí estaba el «quemadero» de la Inquisición y la picota o poste donde se exponían las cabezas de los ajusticiados. Porque las hogueras y las horcas para los herejes, eran parte de nuestra cultura.

El primer Auto de Fe en México, con quema de herejes incluida, fue tan pronto como en 1574. Los horrores que en este país cometieron los verdugos de la Inquisición torturando las carnes de pobres mujeres inocentes, fueron tan crueles como los que dos siglos antes habían cometido estas mismas eclesiásticas bestias en Europa. Allí eran «brujas», en México y en toda América eran judíos y «herejes».

Y en ambos se distinguieron los Reverendos Padres Dominicos, que en vez de pasar a la historia como la Orden de Predicadores, podrían pasar igualmente como la Orden de Torturadores, por los muchos tormentos que santificaron con su presencia y con sus interrogatorios.

En este vil, despreciable y fanático primer Auto de Fe mexicano se declaró inocente a Don Pedro Juanes de Toledo. El santo y esquizofrénico tribunal se convenció de su inocencia. Se decretó que «temerariamente el obispo de Guatemala lo había acusado de herejía». Pero ya el pobre Don Pedro, había muerto en las mazmorras secretas de la Inquisición, saqueado de todos sus bienes y acabado por los tormentos. ¡Cuántos crímenes como este tiene sobre sus hombros la Santa Madre Iglesia!

En México acabaron los aztecas con sus sacrificios humanos a Huitzilopochtli y empezaron los cristianos con sus antorchas humanas a Yahvé. ¿Qué diferencia hay entre unos y otros? En el fondo, ninguna. Son dos mitologías paralelas haciendo sus ritos fanáticos en honor de sus dioses feroces y presididas por sus sacerdotes verdugos.

Pero dejemos para el capítulo siguiente los procedimientos que la Iglesia empleó para acallar las voces de los que discrepaban y para imponer su propia fe. Ahora analicemos simplemente el hecho de la intransigencia y preguntémonos por qué el cristianismo en general y la iglesia católica en particular han sido tan intransigentes.

En el fondo, esta intolerancia proviene de una solapada soberbia. Proviene de creerse superiores a los demás. Una superioridad que se basa en ser los únicos poseedores de la verdad; únicos conocedores de la voluntad de Dios y depositarios de sus mandamientos; únicos con derecho a hablar del más allá, lo cual conlleva el deber de hacerlo y de callar a todo aquel que no sostenga lo mismo que la Iglesia; porque, lógicamente, estará en el error. Es decir, que además de ser una soberbia solapada, es una soberbia estúpida, porque está basada en hechos falsos.

La intolerancia y la ferocidad parece que deberían ser totalmente incompatibles con la cursilería y la mística mogigata, y sin embargo tenemos muestras de semejante contubernio:

> «La noble esposa del Cordero, misteriosamente formada en el costado del que en la cruz quedó dormido, dotada de perlas incomparables y consagrada por su sangre vivificante, se eleva con justo título sobre todos los príncipes de la tierra. La Santa Madre Iglesia Católica impera en todos los lugares del mundo (!!) pues en todos los climas reina y domina su noble esposo Jesucristo, por el cual reinan los reyes y de quien procede toda potestad. Atacar a la Iglesia es atacar al autor mismo de la salvación».

Esto decía Inocencio IV en 1244, concitando a los reyes europeos contra el emperador alemán Federico II que se había atrevido a enfrentársele. Pero después de tan melifluas palabras, termina diciendo: «Tomad pues las armas para castigar al que ha perseguido a su Madre».

En el Concilio Vaticano II se ha reconocido que Dios también se ha manifestado a otros pueblos, aunque por vías diferentes. La Iglesia ha tardado dos mil años en caer en la cuenta de algo tan evidente, lo cual nos hace sospechar una vez más, de su sabiduría y de la tan traída asistencia del Espíritu Santo. Pero por lo menos lo ha hecho de alguna manera, aunque siga pensando que la revelación clara, auténtica y definitiva es la que Cristo le ha hecho a su Iglesia… pero ¿a cuál de las muchas iglesias en las que el cristianismo está dividido?

¿No sería sabio que las iglesias cristianas dudasen un poco de sí mismas, viéndose tan desunidas y viendo cómo el «amaos los unos a los otros» de su fundador ha fracasado por completo en el seno del mismo cristianismo?

Ante un hecho así, ¿no deberían ser un poco más tolerantes con las ideas religiosas de otros pueblos? Y de nuevo los apologistas toman la palabra y nos dicen que hoy día la Iglesia católica es sumamente tolerante con las ideas religiosas de los no católicos. Y para demostrarlo irán de nuevo al Concilio Vaticano II, y nos leerán el

documento en el que se estatuye con toda claridad que no se puede forzar a nadie en sus ideas religiosas… ¡Palabras! Bellas palabras nada más, que no valen nada ante los hechos.

Cuando uno lee los documentos oficiales en los que pomposamente se habla del respeto de la Iglesia a las ideas, uno no puede menos de pensar que hay algo de cinismo en semejantes afirmaciones.

Es cierto que en la actualidad la Iglesia respeta más las creencias ajenas. Pero las respeta porque no tiene más remedio; porque ya no tiene el poder que tenía. Pero aún en nuestro tiempo, cuando la Iglesia tiene influencia sobre el poder civil, lo fuerza todo lo que puede para que reprima a los «herejes» de hoy.

Bien cerca tenemos los interminables años del franquismo cuando todas la denominaciones protestantes y cualquier creencia que no fuese la católica, fueron reprimidas. Y esto por no hablar de los años 1936 al 42 en donde, si los del bando republicano cometieron en materia religiosa salvajadas dignas de la Edad Media, los del bando de la «cruzada» hicieron también horrores semejantes a los de los cruzados del Medievo.

En mis charlas por radio, con frecuencia recibo llamadas de oyentes que se quejan de que ahora «con la democracia» no se respetan las ideas religiosas. No raramente son sacerdotes que me reprochan acremente que yo, sacerdote, exponga «unas ideas tan perjudiciales». Sin embargo, la gran diferencia es que ahora ellos pueden llamar y dejar oír su voz, y hasta programas tienen en la radio y televisión estatales para difundir sus ideas.

En cambio en tiempos pasados cuando el clero mandaba no le daban a nadie oportunidad de decir nada que discrepase y si alguien insistía, paraba irremediablemente en la cárcel. El autor habla con conocimiento de causa porque fue víctima de esa intolerancia.

En el libro del profesor universitario Francisco J. Bastida titulado *Jueces y franquismo (El pensamiento político del Tribunal Supremo en la dictadura)* (Ariel 1986), podemos ver las vergonzosas sentencias dictadas nada menos que por el Tribunal Supremo español contra «reos» cuyos delitos consistían únicamente en exponer sus opiniones. Como no había manera de hacerlo en periódicos ni revistas ya que funcionaba una troglodítica censura uno de cuyos principales organizadores fue el cristianísimo.

He aquí una sentencia del Tribunal Supremo español, del año 1967, en la que los catolicísimos jueces, con aires pontificales, dictaminan sobre la «unidad espiritual de todo Estado organizado»:

> «La intervención de las publicaciones (de los Testigos de Jehová) representa una legitima práctica de previsión de orden público de inexcusable observancia en España y en todo Estado organizado que trate de salvaguardar sus derechos fundamentales de Gobierno y unidad espiritual». (C-28/67) (tb.

C-15/65) (*Jueces y Franquismo*, 1986. Francisco J. Bastida. Ariel).

Manuel Fraga Iribarne —los «reos» a veces se limitaban a exponer sus disidentes opiniones en muros y paredes. El Tribunal Supremo, en comunión con los principios del Régimen del 18 de julio, y de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, castigaba la libertad y el pluralismo en cualquiera de sus manifestaciones políticas, sindicales, ideológicas y religiosas. Es la mentalidad que la Iglesia, con el ejemplo, les ha enseñado a las autoridades cristianas.

> «El catolicismo —nos dice el profesor F. J. Bastida— está presente en el pensamiento jurisprudencial, no solo por imperativos de la ley a aplicar, sino también por las propias convicciones religiosas de los miembros del Tribunal. Así en C-9/64 se habla de "creencias disidentes de nuestra Religión Católica", que es la única verdadera; y en T-149/69, de la "doctrina de la Iglesia y de la Encíclica de los Derechos Humanos, cuya autoridad indiscutible, por emanar de la más alta jerarquía espiritual de la Tierra, nadie puede poner en duda"; y en C-80/70 de que "los criterios de la encíclica Mater et Magistra" han de ser aceptados por todos» etc.

La Iglesia se vanagloria de ser una campeona del respeto a los derechos de la persona y se ha cansado de repetir que «con la venida del cristianismo soplaron nuevos vientos en el mundo: las mujeres, por ejemplo, vieron su dignidad respetada (suelen compararla con el papel de la mujer en otras culturas y en especial en el islam), los tribunales de justicia perfeccionaron su funcionamiento a la sombra de la Iglesia; los conventos y curias catedralicias dieron origen a las universidades» etc., etc. De todo eso habría mucho que hablar, aun sin preguntarle a las feministas que, por supuesto, no están de acuerdo con lo arriba dicho.

Para solaz del lector y para que vea hasta que punto de gazmoñería había llegado nuestro más alto tribunal, reproduciré la sentencia C-41/69, Cdo. 2°: «En el caso presente es indudable que tanto la fotografía en color insertada en la portada (de la revista sancionada) representando a una artista de cine con el escote tan ancho a la par que tan largo que permite ver gran parte de su seno, como las fotografías en negro de otra artista de cine reproduciendo escenas de una película en la que aparece desnuda de medio cuerpo hacia arriba cubierta simplemente con un escasísimo sostén estampado que permite ver por encima y por debajo de esa prenda lo que incompletamente intenta ocultar, así como la fotografía de otra artista de cine, completamente desnuda en la parte superior de su cuerpo aunque se cubra perfectamente el pecho con ambos brazos, enlazados sobre él…, son tan descaradas que realmente ofenden a la moral y a las buenas costumbres…».

Esto, con perdón del Tribunal Supremo, más que una sentencia judicial, parece

una carta pastoral del obispado de Mondoñedo.

En cuanto al respeto de los derechos de la persona humana, he aquí lo que dice R. Niebuhr, uno de los grandes teólogos protestantes modernos:

> «Lejos de ser un concepto cristiano el valor y la dignidad del individuo, es una noción del Renacimiento que se infiltró en el cristianismo en oposición a su doctrina sobre la providencia y el pecado».

¿Puede darse mayor falta de respeto a los derechos de una persona, que no permitirle disentir, aunque sea en asuntos religiosos, cuando su discrepancia se manifiesta de una manera respetuosa? En tiempos pasados, para la Iglesia, el mero pensar era digno de castigo y en el capítulo siguiente veremos ¡qué castigos! Y cuando a un hombre se le prohíbe pensar, se le niega algo que es esencial a su naturaleza de ser racional; en otras palabras, se le prohíbe ser hombre; porque lo esencial y distintivo del hombre es su racionalidad. Y este derecho, la Iglesia lo ha negado y lo ha conculcado durante dos mil años con millones de personas, en todos los lugares en que ella tenía el poder de hacerlo.

La intolerancia es hija del fanatismo, y el fanatismo es irracionalidad, es falta de evolución, es instinto animalesco, es emocionalidad sin cabeza. El intolerante lo es porque o no tiene cabeza o no la usa. Hoy día los cristianos evolucionados, usan su cabeza y por eso se han hecho mucho más tolerantes al darse cuenta de que la verdad ordinariamente no está toda de un lado. Y hoy día los cristianos evolucionados, por usar más su cabeza, no solo se han hecho más tolerantes sino que se van haciendo menos cristianos. Porque por duro que sea decirlo, a medida que pasa el tiempo, el término «cristiano» se va haciendo antagónico de «hombre evolucionado».

21
TORTURAS

En el capítulo anterior citábamos el documento del Concilio Vaticano II en el que se dice que no se puede forzar a nadie en sus ideas religiosas. Y decíamos que eran muy bellas palabras, pero desgraciadamente negadas por los hechos en innumerables ocasiones.

Pues bien, el año 863, anticipándose mil cien años al Concilio Vaticano II el sumo pontífice Nicolás I había escrito:

> «La tortura no es admitida por la ley humana ni por la divina y la confesión no puede ser forzada sino espontánea».

Cuando uno conoce la historia de la Iglesia, no es posible que encuentre ideas para explicar el contraste entre estas palabras tan claras y terminantes, y los infinitos hechos con que la Iglesia las ha negado. Y no solo la Iglesia jerárquica, sino el propio pueblo cristiano y los grandes señores y reyes «catolicísimos», que se aprovechaban de la represión de los herejes para hacer desaparecer al mismo tiempo a sus propios enemigos.

Uno no se explica cómo personas que conocen la doctrina de amor y perdón del evangelio, y que practican con devoción los sacramentos, pueden ver con buenos ojos la muerte de los enemigos. Durante la guerra civil española se comprende que los «impíos» quemasen iglesias y fusilasen a ciudadanos inocentes, pero uno no se puede explicar cómo los que se profesaban cristianos y hacían «Ejercicios Espirituales», fusilaban de la misma manera. ¡Qué pocos jerarcas del lado franquista alzaron su voz para oponerse a los bárbaros «paseos» en los que se asesinaron a miles de ciudadanos, cuyo único pecado había sido el pertenecer a partidos políticos de izquierdas! Y ¡qué horrendo nos parece hoy el que en algunas ciudades los fusilamientos masivos fuesen precedidos por misas y rodeados de un ceremonial cuasilitúrgico que los entroncaba con los nefandos «Autos de fe»!

Y sobre todo, uno no se explica el bárbaro salvajismo con que la «madre Iglesia»

ha torturado en el pasado para arrancar confesiones, abjuraciones y arrepentimientos. ¿Dónde estaban los grandes juristas de que tanto se enorgullece la Iglesia, que tenían que saber de sobra que tales confesiones y abjuraciones eran total mente ilegales e inválidas por ser obtenidas bajo tortura? Y ¿dónde estaba el Espíritu Santo que, según los teólogos, «siempre ha asistido a su Iglesia»? Los apologistas se defienden diciendo que «eran los tiempos»; pero para el Espíritu Santo no hay tiempo, y él tenía que saber que entonces al igual que hoy, tales procedimientos son indignos.

Y al entrar en el tema de las torturas, entramos en una de las mayores lacras de la tenebrosa historia de la Iglesia. Una lacra que, por sí sola, es capaz de quitarle toda su credibilidad como «obra de Dios». Una institución que tenga sobre sus espaldas tal mancha, de ninguna manera puede presentarse como representante, ni como depositaria —y mucho menos exclusiva— de nada divino.

El lector que pacientemente nos haya seguido hasta aquí, se habrá ido dando cuenta de que la violencia es un ingrediente común en la historia del pontificado. Los ejércitos pontificios han causado miles de muertos y uno tiene el derecho de preguntarse ¿para qué? Pero dejemos esta pregunta sin contestar, porque no es a esta violencia a la que me quiero referir en los siguientes párrafos; es a otra violencia todavía peor, si cabe: la violencia de las torturas físicas infligidas por orden de los tribunales eclesiásticos.

«Dar tormento» era un término jurídico en los tribunales de la Iglesia, sobre todo en los que dependían de aquel diabólico, fanático y paranoico organismo llamado la «Santa Inquisición». En los innumerables procesos inquisitoriales de los siglos XIV, XV, XVI y XVII celebrados en casi todas las naciones europeas, se encuentra uno con frecuencia con esta frase: «Sometido a tormento, el reo confesó todas sus impiedades y herejías».

Y no era que en algunos casos los jueces e inquisidores se dejasen llevar por sus ímpetus o por sus mal reprimidas antipatías. Era que los tormentos estaban detalladamente estatuidos, explicados, diferenciados, y dosificados en los manuales de los inquisidores. Porque la tortura no fue una corruptela que poco a poco fue introduciéndose en los procesos. La tortura fue admitida específicamente en juicios contra los herejes por el papa Inocencio IV en la bula *Ad extirpanda* del 15 de mayo de 1252, y sobre todo en ciertas regiones de Alemania y Francia y en juicios contra presuntos «brujos» y «brujas», fue cosa normal durante mucho tiempo.

Da coraje leer los argumentos con que los historiadores católicos, tratan de defender a su Iglesia. Menéndez y Pelayo dice que la legislación eclesiástica en este particular fue un gran avance, y los herejes tuvieron mucha suerte, porque las penas que los reyes cristianos les imponían eran mucho más bárbaras. Y nos dice también que el mismo pueblo era mucho más cruel en el castigo de los herejes. Es muy cierto que los «cristianísimos» Federico II de Alemania y Pedro II de Aragón —por poner solo dos ejemplos— eran unos perfectos salvajes en la represión de las herejías; como también lo es que cuando el pueblo se amotinaba contra algunos herejes hacía

verdaderos horrores con ellos. Pero ¿quién los había hecho tan fanáticos, tanto a unos como a otros, sino la misma Iglesia? ¿Cómo no iban a ser fanáticos viendo al Dios de la Biblia aplastar a los «herejes» filisteos y amalecitas como si fuesen hormigas? ¿Quién los había hecho tan intolerantes sino los anatemas soberbios e intransigentes de los concilios, las encíclicas altaneras de los papas y los exaltados sermones de los predicadores, que siglo tras siglo, le habían venido repitiendo al pueblo que el cristianismo es la única religión verdadera y que fuera de la Iglesia no hay salvación?

Los apologistas también se defienden diciendo que la represión violenta era absolutamente necesaria, porque los herejes se habían convertido en muchas regiones en una amenaza para la paz y para la unidad de los pueblos. Pero los herejes podían también decir que los no herejes se habían convertido en una amenaza para la paz de sus conciencias y de sus familias, pues los estaban constantemente hostigando.

Cuando la Inquisición empezó a funcionar organizadamente, a partir del año 1231, era tal la persecución histérica que muchos inquisidores practicaban contra los presuntos herejes, que en unas cuantas ocasiones los familiares de los acusados o ajusticiados, dieron muerte a los inquisidores, en un acto de desesperación y de venganza. Tres Pedros pasaron a la historia como inquisidores asesinados, a los que por supuesto, a pesar de su fanatismo y de su rigor nada evangélico, la Iglesia se apresuró a canonizar: Pedro de Arbués O. P., español; Pedro Castelnau, francés; y Pedro de Verona O. P., italiano. Además de estos, también fueron asesinados los sacerdotes inquisidores Conrado de Marburg, en 1233, y Guillermo de Arnault con sus 50 compañeros, en 1242. El primero era un santo energúmeno que veía herejes hasta debajo de su cama. En los numerosísimos juicios que presidió, si el hereje reconocía sus errores, el tribunal se limitaba a mandarlo a la cárcel, pero si no los reconocía —y en muchísimos casos el reo no tenía nada de hereje— lo hacía quemar sin compasión. Nada extraño pues, que los desesperados familiares de algún ajusticiado inocente tomasen venganza de él.

El Primer Inquisidor para el reino de Francia, llamado Roberto Le Bougre, que había sido cátaro antes de entrar en la Orden de Santo Domingo, no fue asesinado, pero él asesinó a muchos, aunque él lo hacía «en nombre de Dios y de la Santa Iglesia». Fueron tales las barbaridades que cometió y tantos los inocentes que mandó a la hoguera, que fue destituido por el mismo papa en 1240. En la pequeña ciudad de Montaimé, en 1239, en una semana hizo un juicio contra 180 herejes, incluido el propio obispo, y la sentencia fue que todos fueron quemados vivos. A este energúmeno le encantaba desenterrar herejes y juzgarlos «ad exemplum». Luego, irremisiblemente, mandaba quemar su carroña.

El dominico Pedro de Arbués fue asesinado en la Seo de Zaragoza. Él no había asesinado, pero había mandado quemar vivos a bastantes «herejes». Los asesinos fueron dos. A uno de ellos le cortaron primero las manos y luego lo arrastraron por la ciudad hasta la plaza del mercado en donde lo decapitaron. Luego lo descuartizaron como si fuese una res, y colgaron sus miembros en diversas partes de la ciudad para

escarmiento. El otro, sabiendo lo que le esperaba, se había suicidado la víspera tragándose unos cristales. Pero aun muerto, recibió el mismo trato. ¿Fueron víctimas del furor popular? No; todas estas monstruosidades fueron así prescritas por el santo tribunal eclesiástico, en el Auto de Fe del 30 de junio de 1486 en Zaragoza. La Santa Madre Iglesia canonizó a San Pedro de Arbués en 1867. ¡Qué peste a santidad!

El espectáculo socio-religioso del sur de Francia en el siglo XII fue aterrador, debido a estos juicios inquisitoriales, a las «cruzadas» contra los herejes, y a la violenta defensa que estos hacían de sus vidas y haciendas.

Por aquellos mismos años en España se luchaba a muerte contra los moros. Aunque los hechos se adornen con colores patrióticos o culturales, la verdad es que, tanto en el norte como en el sur, las creencias religiosas eran las causantes de que los hombres se enfrentasen con odio, como si no fuesen hermanos. Era triste que los moros arrasasen nuestras ciudades, pero hasta cierto punto era lógico. Pero lo que no tiene explicación alguna, era lo que sucedía entre cristianos, tal como nos lo cuentan los PP. jesuitas autores de la *Historia de la Iglesia Católica*:

> «Por doquiera que pasaban aquellos cruzados (de Simón de Montfort, contra los albigenses), dejaban como trofeos, cadáveres de caballeros enemigos colgados de los árboles, montones de cuerpos carbonizados, pobres mujeres arrojadas al fondo de los pozos. Con razón se ha hecho notar que la cruzada francesa contra los albigenses ofrece un carácter de fanatismo cruel que jamás se encontrará en la cruzada española contra los moros».

En medio de tanta cristiana barbarie, nos encontramos con detalles farisaicos que lo llenan a uno de indignación. Como ya hemos dicho anteriormente, la Iglesia, para no mancharse ella de sangre, entregaba muchas veces los «reos» al «brazo secular» sabiendo que tal gesto significaba por lo menos torturas. A los relapsos la Iglesia no les aceptaba, en el fuero externo, su posible arrepentimiento y los entregaba al brazo secular, con una «súplica de benignidad». Pero esto, como nos dicen los mismos historiadores, era pura fórmula, porque «la sentencia civil era siempre de muerte». Y más indignación produce el saber que ante tanto salvajismo sacro, los doctores eclesiásticos sentían a veces escrúpulos, no por las torturas y muertes injustas, sino por saber «si un hijo estaba obligado en conciencia a denunciar a su padre» cuando este era un hereje oculto. Y casos se dieron en que niños de diez y de doce años ¡denunciaron a sus padres! ¡Y niñas de nueve años —en Valladolid— encerradas en las cárceles de la Inquisición para que dijesen lo que sabían!

Decíamos en párrafos anteriores que uno de los argumentos que los apologistas de la Iglesia tienen para defender los métodos de la Inquisición, es la institución de tribunales serios e imparciales, con lo que los herejes se libraban de las injusticias de los reyes y de las iras del populacho. Pero ¿qué imparcialidad podían tener aquellos tribunales eclesiásticos, cuando sabemos de varios casos en que los sumos pontífices

escribieron a los jueces de un tribunal, amenazándolos con la excomunión si no le imponían la pena de muerte a un reo famoso acusado de herejía? Y ¿qué imparcialidad y sabiduría puede esperarse de tribunales que basan la justicia de la pena de muerte en casos de herejía «en lo que dice Santo Tomás» y «porque lo dice Santo Tomás»? Es cierto que el Doctor Angélico dice al pie de la letra: «Los herejes, en cuanto son convencidos de herejía, pueden no solo ser excomulgados, sino muertos» (2-2. q.II a.3). Pero esto no es más que una estupidez de este santo doctor de la Iglesia, que dista mucho de ser infalible y que tiene más de cuatro disparates en sus obras, no solo en relación con la física y la historia, sino también con la teología. ¿Dejará una cosa de ser estúpida, salvaje o injusta porque el Doctor Angélico diga lo contrario?

Pero volvamos a la tortura como instrumento jurídico. En ella hay algo que es peor que la misma pena de muerte. Uno puede explicarse que se saque a alguien de este mundo para que no perjudique más; pero lo que no se puede explicar es el sadismo irracional y enfermizo de la tortura. Torturaban a los reos «para que confesasen» sus pecados y herejías. Si los confesaban, ya había pruebas contra ellos para castigarlos (!!) y si no confesaban, se les seguía torturando para que confesasen (!!) ¿Dónde estaba la gran ciencia jurídica de nuestras lumbreras teológicas del siglo XVI, que no veían la enorme monstruosidad de semejantes procesos inquisitoriales? ¿Dónde estaba la ciencia teológica de un Melchor Cano, al que por cierto, vemos predicando solemnemente en uno de estos «Autos de fe» que normalmente acabaron en hogueras?

Intolerancia por todas partes en los estados cristianos. Si bárbaros eran los métodos de los inquisidores españoles, no menos bárbaros eran las prácticas de los de Francia, Alemania y los Países Bajos. Federico II, que rivalizaba con el Papa en la represión de la herejía, y hasta se excedía en ello para congraciarse con él, en marzo de 1224 condenó a muerte nada menos que a todos los herejes de Lombardía y en caso de que no fuesen quemados, por lo menos que se les cortase la lengua para que no pudiesen seguir difundiendo el error. Y aunque desconocemos muchos hechos de esta índole practicados por este salvaje emperador cristiano, sí sabemos que doce años antes había quemado en Estrasburgo a ochenta herejes juntos en una sola pira.

El lector debería notar que no solo está ante un hecho increíble por lo bárbaro y desproporcionado, sino ante dos. Cuando uno oye decir que el reo fue enviado a la hoguera, si tiene algo de sensibilidad su mente se concentra en la bárbara sentencia, centrando en ella todo su disgusto, y muy probablemente olvida que para llegar a esa condenación, el pobre reo tuvo que pasar por una serie de torturas previas que hoy se nos hacen totalmente repugnantes, e instintivamente nos resistimos a creer que hayan sido practicadas nunca por la Iglesia. Pero los hechos están ahí, avalados por cientos de testimonios escritos en todos los idiomas, porque estas monstruosidades con las que la jerarquía cristiana defendió la honra de Dios, se practicaron durante cuatro o cinco siglos en casi todas las naciones de Europa con mayor o menor ímpetu.

Aunque hablar de la Inquisición es un tópico, es sin embargo un tópico obligado, porque no hay palabras con que condenar semejante aberración practicada por la que se dice la «única Iglesia verdadera»; y no hay mente que sea capaz de comprender las razones que puede haber tenido para cometer semejantes atrocidades. Sencillamente cuando uno llega a conocer a fondo los hechos, si procede con un poco de lógica, se le derrumba toda la sacralidad que hubiera podido ver en la Iglesia y reduce a esta a una más de las muchas instituciones y sociedades que han aparecido y desaparecido a lo largo de la historia.

Suelen decir los apologistas, que se ha exagerado mucho sobre la Inquisición y sobre el tema de las torturas y número de condenados a muerte por los tribunales eclesiásticos. Puede ser que haya sido así en algunos casos, pero prescindiendo de las exageraciones en que puedan haber caído algunos, cuando uno estudia imparcialmente los hechos, se convence de que es difícil exagerar. Los hechos desafían en muchos aspectos a la imaginación.

Conocemos las cárceles de la Inquisición y las de los poderes civiles a donde eran mandados, en ocasiones, los condenados por la Inquisición, y todo lo que de ellas se pueda decir es poco, a juzgar por las descripciones detalladas que han llegado hasta nosotros. Era bastante frecuente que un acusado, sin habérsele probado nada, se pasase años en las mazmorras esperando a que se le preparasen las acusaciones. Y también era frecuente que, buscando acusaciones contra alguien importante, sometiesen a tortura a un tercero para que declarase contra él. A veces, como en el caso del famoso Dr. Constantino, de Sevilla, los presos se suicidaban ante el terror de ser sometidos a tormento.

Como dije anteriormente, las torturas no se dejaban al arbitrio de los jueces o verdugos del lugar, sino que estaban perfectamente estatuidas. Los tormentos y sus intrumentos eran: la flagelación, el potro, el ecúleo o caballete en que se le dislocaban los miembros, el trampazo o estrapada (lo suspendían de una cuerda alzándolo lentamente y dejándolo caer de golpe), el brasero con los carbones encendidos y la prueba del agua. Estaba mandado que la tortura no durase más de media hora. Pero no se cumplía.

Renuncio a explicarle al lector en qué consistía en detalle cada uno de estos tormentos, porque es sencillamente repugnante.

Lo cierto es que tras una o muchas sesiones de tortura, por lo general los reos acababan confesando lo que los inquisidores querían. Y eso aun en personas de gran entereza. El caso del juicio y condena de Jacques de Molay, el gran maestre de los Templarios, es un ejemplo de ello. Por presiones del rey y contra toda justicia, fue sentenciado a cadena perpetua en París el 18 de marzo de 1314, ante un gran tribunal; cuando parecía que ya todo había terminado, se levantaron repentinamente él y el preceptor de Normadía Godofredo Charney y gritaron delante de toda aquella ilustre concurrencia: «No somos culpables de los crímenes que nos imputan. Nuestro único gran crimen consiste en haber traicionado, por miedo a la muerte, a nuestra Orden,

que es inocente y santa. Todas las acusaciones son absurdas y falsas». Los asistentes se quedaron estupefactos porque sabían lo que aquello significaba. Aquella misma noche perecían entre las llamas Jacques de Molay y su compañero Godofredo Charney.

En todo el vergonzoso y largo proceso de los Templarios, las torturas tuvieron desiguales resultados. Mientras en unos casos servían para demostrar la inocencia y la valentía de aquellos caballeros, en otros valían para poner de manifiesto su poca entereza. Pero en todos sirvieron para demostrar las entrañas tan poco maternales de una Iglesia que los abandonaba cuando más la necesitaban. Transcribiremos solo unas frases de la «Historia de la Iglesia Católica» de la Biblioteca de Autores Cristianos:

> «Puesto que los templarios aragoneses, lo mismo que antes los navarros, se negaban a confesar los crímenes y errores que se les imputaban, encargó el Papa Clemente al rey D. Jaime por carta el 18 de marzo de 1311 que se los sometiera a tormento. Ni aún así desistieron de proclamar su inocencia…
>
> »En Inglaterra hubo interrogatorios en Londres, Lincoln y York, y como no se obtuviera ningún resultado positivo contra los pretendidos reos, recomendó el papa Clemente V enérgicamente a los obispos el empleo de la tortura. Sometidos al tormento, empezaron cobardemente a reconocerse culpables pidiendo humildemente la absolución…».

El papa se llamaba Clemente; pero tenía tanto de clemente como la Iglesia de madre.

Voy a copiar al pie de la letra y a ir comentando a medida que lo reproduzco, uno de los innumerables Autos de Fe que hubo en España. Sepa el lector que solo en tiempos de Felipe V hubo 728 de estos inicuos juicios solemnes de la Inquisición, en los cuales hubo más de 10.000 condenados; y si bien es cierto que no lo eran todos a la hoguera o al garrote, había, además de esas penas máximas, otras menores pero totalmente indignas de ser practicadas por la Iglesia, como eran el ser enviados a remar en las galeras, la prisión perpetua o por muchos años, el llevar sambenitos y distintivos infamantes en la ropa o en la piel, etc., etc. Y en casi todos los casos, el ser despojados de todos sus bienes, sobre los que caían como aves de rapiña las autoridades civiles y eclesiásticas.

Este vil expolio de todos los bienes de los condenados por la Inquisición, de ordinario dejaba en la ruina a sus familias inocentes. Y a veces el fanatismo de los jueces los llevaba a extender las consecuencias de la condena hasta los descendientes del reo, aunque no hubiesen nacido todavía. Enseguida veremos esto en el Auto de Fe que vamos a resumir, tomado de la *Historia de los heterodoxos expañoles* de M. Menéndez Pelayo. (El texto de M. M. P. va en cursiva y mis comentarios en tipo ordinario).

Dos focos principales tenía el luteranismo sevillano: uno en el monasterio de

jerónimos de San Isidro, cerca de Santi Ponce… y otro en casa de Isabel de Baena «donde se recogían los fieles para oír la palabra de Dios» según escribe Cipriano de Valera.

Aunque Don Marcelino nos pinta a los frailes de San Jerónimo con muchos vicios, se debe más bien a sus prejuicios, ya que su cerrilismo católico era tan grande como su erudición. Del prior del convento, Garci-Arias, llamado comúnmente el Maestro Blanco, nos dice que iba acabando de pervertir uno a uno los frailes de su convento e intentaba cambiar del todo la regla… De los secuaces no frailes de la herejía, el más ilustre era D. Juan Ponce de León, hijo del Conde de Bailén, muy dado a la lectura de los Sagrados Libros y en extremo caritativo y limosnero; tanto, que vino a dar al traste con su opulento patrimonio. Por lo que se ve, era un pecadorazo, digno de la hoguera.

También estaba entre los principales seguidores del luteranismo en Sevilla el célebre «Julianillo» que transportó de Ginebra a España en 1557 dos toneles llenos de Nuevos Testamentos en castellano, y los esparció profusamente por Sevilla. Además hay que contar al Rector del Colegio de la Doctrina llamado Fernando San Juan, al que culparon de haber enseñado el error a muchos niños. También había mujeres; las principales eran Doña María Bohorques, docta en lengua latina, su hermana Doña Juana; Doña Francisca Chaves, monja del convento franciscano de Santa Isabel… y la ya citada Isabel de Baena, cuya casa era el «templo de la nueva luz».

Con estos datos ya el lector tiene conocimiento de los facinerosos y monstruosos impíos con los que la Santa Inquisición se va a enfrentar. Estos son los jefes a los que sigue un grupo de gente simple, religiosa o demasiado religiosa en el fondo, que no están de acuerdo con muchas de las creencias y prácticas de la religión oficial fría e institucionalizada. Su pecado consiste en querer algo nuevo o algo más profundo para sus espíritus.

La congregación fue delatada por una mujer… Julianillo Hernández llegó a entender el peligro y huyó de Sevilla pero lo prendieron en la sierra de Córdoba y después de él a sus secuaces. Las cárceles se llenaron de gente, y más de 800 personas fueron procesadas. Esto solía ocurrir en cuanto empezaban las detenciones, debido al miedo a las torturas. Los espíritus débiles flaqueaban enseguida e inventaban nombres de «herejes» para que los dejasen a ellos en paz. Era un auténtico régimen de terror.

Por más de tres años se hicieron esfuerzos extraordinarios por convencer a Julianillo, pero todo en vano. Ni las persecuciones ni los tormentos pudieron domeñarle. Cuando salía de las audiencias solía cantar: «Vencidos van los frailes vencidos van —corridos van los lobos— corridos van». Don Juan Ponce de León flaqueó al cabo de algunos meses… y firmó una retractación. Pero la víspera del auto de fe de 24 de septiembre de 1559, en que fue condenado, se desdijo, volvió a sus antiguos errores y no quiso confesarse. Se ve que era un hombre entero y con sentido común. ¿Confesarse con semejantes monstruos? Necesitaron varios meses para que

«flaquease». Fue sometido a toda suerte de torturas practicadas con una especie de liturgia canallesca.

El predicador Juan González, que se defendía con textos de la Escritura aun entre las angustias del tormento, no quiso nunca revelar a sus cómplices. Imitáronle en tal resolución dos hermanas suyas que le veneraban como oráculo suyo y varón santísimo. Lo mismo hicieron el médico Losada, Cristóbal de Arellano y Garci-Arias, el prior de San Isidro… que les llamó a los jueces «arrieros más propios para guiar una recua que para sentenciar las causas de la fe».

Como el lector puede ver —a pesar de que es poquísimo lo que le estamos presentando— la Inquisición llegó a convertirse en una auténtica gestapo eclesiástica, que no cedía en nada en sus métodos ante la nazi.

Sigamos leyendo a Menéndez Pelayo para convencernos:

Los monjes de San Isidro habían procurado con tiempo ponerse a salvo. Doce de ellos habían huido antes de la persecución; luego escaparon otros seis o siete. Refugiáronse algunos en Ginebra, otros en Alemania o Inglaterra, pero no a todos les aprovechó la fuga. Uno de ellos, Fr. Juan de León, tropezó en Estrasburgo con espías españoles y fue preso en un puerto de Zelandia cuando quería embarcarse para Inglaterra… Hasta espías tenían en el extranjero, aquellos esbirros inspirados por el Espíritu Santo.

Las mujeres estuvieron contumaces y pertinacísimas, sobre todo Doña María Bohorques, con ser tierna doncellita no más de 21 años. En el tormento delató a su hermana pero ni un punto dejó de defender sus herejías y resistió a los predicadores dominicos y jesuitas que en la prisión la amonestaron. Los jesuitas parece que ya se habían olvidado de cuando a su fundador Ignacio de Loyola, la Inquisición y los tribunales eclesiásticoneuróticos lo habían metido preso «por sospechas» de ser hereje. Como siempre, al convertirse en «poder», se habían hecho intolerantes.

Pero sigamos con el inefable Don Marcelino, que cuenta las mayores monstruosidades con una gran tranquilidad, porque si las hace su Santa Madre Iglesia, están bien hechas.

> El Maestro Fernando de San Juan hizo una confesión en cuatro pliegos pero luego se retractó, aunque fue reciamente atormentado y animó a perseverar en el mismo espíritu a su compañero de calabozo el P. Morcillo, monje jerónimo. De todos los presos en los calabozos de Triana solo uno logró huir: el Lic. Francisco de Zafra, que había sido calificador del Santo Oficio. En 1555 lo delató una beata, loca furiosa, que tenía reclusa en su casa; a esta delación acompañaba una lista de trescientas personas comprometidas en la trama.

Que una «loca furiosa» delate a trescientas personas no es extraño; lo que es extraño es que un tribunal de gente cuerda oiga a una loca furiosa, y peor todavía que

por sus declaraciones sea capaz de mandar a la cárcel a trescientas personas.

El Santo Oficio instruyó rápidamente todos estos procesos. Se dispuso la celebración del Auto de Fe el 24 de septiembre de 1559 en la plaza de San Francisco de Sevilla. Llegó el día, y como siempre, ante una gran multitud presidida por todas las autoridades, se celebró aquella macabra carnavalada:

— El Licenciado Zafra salió en estatua. Es decir, como había huido, quemaron solo su efigie.

— Isabel de Baena: mandose arrasar su casa y colocar en ella un padrón de ignominia. Este detalle del arrasamiento de su casa nos dice hasta qué punto llegaba el fanatismo de aquellos enfermos mentales.

— Don Juan Ponce de León. Montes dice que fue quemado vivo. Pero Menéndez Pelayo, defendiendo el honor de la Inquisición, se revuelve contra semejante calumnia y nos dice: Es falso. Se confesó en el momento del suplicio. Fue agarrotado. Para Don Marcelino hay una gran diferencia entre ser agarrotado y ser quemado vivo.

Como el reo se arrepintió, el tribunal, dando muestras de sus entrañas maternales, lo ahorcó en vez de quemarlo. Piadosos.

Y antes de seguir adelante con los demás ajusticiados en el Auto de Sevilla, transcribiremos unas frases de la sentencia de Ponce de León:

«Otrosí, relaxamos la persona del dicho D. Juan Ponce de León (es decir, lo entregamos a la justicia civil) y muy afectuosamente rogamos que se hayan benigna y piadosamente con él (sabiendo ciertamente que iba a ser ajusticiado). Y como el delito de herejía es tan gravísimo que no se puede buenamente punir ni castigar en las personas que lo cometen y las penas se extienden a sus descendientes, por ende declaramos a sus hijos y nietos del dicho D. Juan Ponce por línea masculina ser inhábiles para poder tener cualquier oficio público o de honra o beneficio eclesiástico y que no puedan usar de las otras cosas prohibidas a los hijos y nietos de los semejantes condenados». Es decir que los pecados de los padres, la Inquisición los castiga hasta la tercera generación. Aunque hay que reconocer que esto no es nada si lo comparamos con el pecado original que, según la teología, lo venimos heredando nada menos que desde Adán. ¡Cuánta insensatez!

Pero sigamos con los demás condenados:

— Juan González: caminó al Auto con mordaza (para que no predicase). Cuando se la quitaron, recitó con voz firme el salmo 106 y mandó hacer lo mismo a sus hermanas. Fue quemado vivo.

— Garci-Arias (el Maestro Blanco) prior de los frailes de San Isidro.

— Fray Cristóbal de Arellano.

— Fray Juan Crisóstomo.

— Fray Juan de León.

— Fray Casiodoro.

Todos estos frailes fueron quemados vivos.

El primero protestó enérgicamente cuando se le leyó la sentencia en que se le

acusaba de negar la perpetua virginidad de Nuestra Señora. Es decir, que no era tan luterano como le achacaban.

— Cristóbal de Losada.

— Fernando San Juan.

Estos dos fueron quemados vivos.

— Doña María Coronel.

— Doña María Bohorques.

— Doña María de Virués.

Las tres murieron agarrotadas, aunque habían dado pocos signos de arrepentimiento. Es decir, que, a pesar de que no se habían arrepentido mucho, se les hizo la caridad de agarrotarlas nada más.

— El P. Morcillo abjuró a última hora y evitó así la muerte de fuego. Y benévolamente fue ahorcado.

— Los demás «relajados» no lo fueron por luteranos. Es decir que hubo más hogueras y más horcas en aquel mismo Auto de Fe.

Y continúa Menéndez Pelayo: Un año después se celebró un segundo Auto en la misma plaza. Hubo catorce relajados (muertos) de los que tres en estatua (porque habían huido a tiempo).

El principal relajado era Julianillo Hernández que murió como había vivido. Fue al suplicio con mordaza y él mismo se colocó los haces de leña sobre la cabeza. «Encomendaron los inquisidores a esta maldita bestia —dice el P. Martínez Roa— (¡Oh eximia caridad!) al Padre Licenciado Francisco Gómez, el cual hizo sus poderíos para poner seso a su locura… Total que Julianillo Hernández no se dejó convencer y efectivamente murió como había vivido: fiel a sus creencias. Y atado de pies y manos… enmudeció».

Con él murieron Doña Francisca de Chaves, monja de Santa Isabel que llamaba «generación de víboras» a los inquisidores, Ana de Ribera y unas cuantas mujeres más, hasta terminar la lista con Leonor Núñez, mujer de un médico de Sevilla y sus tres hijas Elvira, Teresa y Lucía.

Finalmente fue relajado al brazo secular un mercader inglés llamado Nicolás Burton que había manifestado opiniones anglicanas en San Lúcar de Barrameda. Fueron confiscados sus bienes y el buque que los había conducido.

He copiado el caso de este inglés porque fue muy corriente que a marinos extranjeros que llegaban a nuestras playas, y que habían sido educados en el protestantismo, aquellas malas pécoras del Santo Oficio les echasen mano sin previo aviso, y los encerrasen en sus santas mazmorras en donde los afortunados se pasaban años. Porque los menos afortunados acababan, como este Burton, convertidos en chicharrón, «por haber manifestado opiniones anglicanas». Como dice Frederick Beynon en su interesante libro *La muerte en nombre de Dios*:

«…con los vientos herejes que corrían por Europa, los marineros y

mercaderes que pisaban el suelo hispano eran una fruta demasiado apetitosa para la Inquisición que, como era de esperar, les sometía a proceso a la mínima… La quema de protestantes en Sevilla, a mediados del siglo XVI, muestra un aumento gradual en el número de extranjeros capturados. De los que aparecieron en el Auto de Fe de 1562, veintiséis eran extranjeros, casi todos franceses».

Era muy corriente encontrar algún extranjero entre los «relajados» y en un Auto de Fe de Barcelona, prácticamente todos los castigados fueron extranjeros protestantes.

Quiero terminar esta larga cita de Menéndez Pelayo, con unos párrafos que son todo un síntoma de la bestialidad y de la falta de espíritu evangélico de aquellos sádicos con hábito, endrogados con unos dogmas totalmente deshumanizantes. Vea el lector:

En cambio se proclamó la inocencia de Doña Juana de Bohorgues, (hermana de la jovencita María que había sido quemada el año anterior) la cual desdichadamente había perecido en el tormento que bárbaramente se le dio cuando estaba recién parida.

Es decir que, según el mismo tribunal, Doña Juana era inocente. Pero lo vinieron a saber cuando ya la habían matado a fuerza de tormentos. Y uno se pregunta: ¿Cómo aquel santo tribunal era capaz de administrar tormento a inocentes? Y ¿cómo eran capaces de administrar tormento a una mujer lactante? El católico Don Marcelino no comenta nada, no se indigna nada, no les llama bestias a aquellos sesudos teólogos, ni duda un momento de que su Iglesia es santa. Únicamente se limita a decir a renglón seguido: Aquí termina la historia de la Reforma en Sevilla. Una enérgica reacción católica borró hasta las últimas huellas del contagio. ¡No! El contagio de aquella peste llamada Inquisición y de aquellos miserables tribunales del Santo Oficio y de aquellos teólogos del odio, del fanatismo y de la intolerancia, siguió infectando las mentes de los españoles y las sigue infectando todavía.

Le he puesto al lector solo dos ejemplos de Autos de Fe de los cientos y cientos que hubo en España. Ya hemos dicho que solo en el reinado de Felipe V hubo en España ¡728 Autos de Fe! Pero ¿cuántos hubo en total? Yo no lo sé. Pero sí tenemos una aproximación de los sentenciados a muerte. Según Juan A. Llorente en su «Historia de la Inquisición Española», el Santo Oficio dictó 49.571 condenas a la hoguera o al garrote. De ellas 17.659 fueron castigados en efigie (porque estaban ya muertos o habían huido) y 31.912 fueron quemados o agarrotados en persona. Se les impuso penitencia a 291.450 personas, dando un total de 341.021 víctimas. A pesar de lo que los apologistas dicen, las cifras no son exageradas teniendo en cuenta que, en los doce primeros años de su existencia, la Inquisición había mandado a la hoguera en España a dos mil personas; y ateniéndonos solo a Sevilla, el demente tribunal sentenció a muerte en solo ocho años, a más de setecientas personas.

Y a los que creen que España fue el sitio donde estas monstruosidades se dieron en mayor abundancia, les diremos que 1) En España estos tribunales de iniquidad con tortura incluida, comenzaron a funcionar por lo menos con un siglo de retraso, con relación a los de otras naciones europeas; 2) en España apenas si hubo condenas por brujería en comparación con la loca caza de brujas que los obispos, aleccionados por los PP. Dominicos, organizaron por toda Europa; y 3) el número de personas llevadas a la hoguera en las naciones del norte y centro de Europa, especialmente en Alemania, fue muy superior al de España, sobrepasando los condenados a la hoguera por brujería las 350.000 personas.

En el campo protestante, la caza de brujas fue más virulenta y más estúpida si cabe que en el católico. Todos los grandes líderes de la Reforma estuvieron de acuerdo en acabar con las brujas y dieron su asentimiento a las campañas histéricas que contra ellas se organizaron. Como no podía ser menos, el rigorista y bilioso Calvino demostró que no solo era magro de carne sino también de espíritu y organizó personalmente una búsqueda de ellas; en poco tiempo llevó a la hoguera a treinta y una pobres mujeres. ¡Cuánto salvajismo disfrazado de ortodoxia y de celo por la gloria de Dios! ¡Cuántos esquizofrénicos vestidos de púrpura o con aires de reformadores! ¡Qué sobra de inflada teología y qué falta de sentido común y de entrañas humanas!

En páginas anteriores vimos algún papa azuzando a los obispos a que aplicasen tormento y vimos a otro pontífice introducir oficialmente la tortura como instrumento judicial. Pasados los años, los papas animados de un verdadero espíritu religioso —que también los hubo— reconocieron las exageraciones de algunos tribunales.

> «En Aragón, Valencia, Mallorca y Cataluña —escribía el papa Sixto IV en 1482—, la Inquisición lleva tiempo actuando no por celo de la fe y la salvación de las almas, sino por la codicia de las riquezas; y muchos y verdaderos fieles cristianos, por culpa del testimonio de enemigos, rivales, esclavos y otras personas bajas, sin pruebas de ninguna clase, han sido encerradas en prisiones seculares, torturadas y condenadas como herejes relapsos, privadas de sus bienes y propiedades y entregadas al brazo secular para ser ejecutadas, con peligro de sus almas, dando un ejemplo pernicioso y causando escándalo a muchos».

Es decir que el «santo tribunal» no solo cometía el error de torturar a verdaderos herejes —lo que es ya en sí una barbaridad que va contra una justicia elemental— sino que además cometía el monstruoso error de torturar a inocentes; y esto admitido por su supremo jefe. Y los que se edifiquen al ver al Sumo Pontífice reconociendo el error y quieran hablarnos de su honradez y valentía en reconocer los errores de la Iglesia, les diremos que a los que eran descuartizados en el potro y a los inocentes que murieron en la hoguera, de nada les valió la honradez ni la valentía de un Sumo

Pontífice. Lo que les hubiera valido hubiese sido la prohibición de la tortura, la ausencia total de aquellos tribunales de imbéciles; lo que les hubiera valido hubiese sido la existencia de otra teología más humana y con mayor sentido común, y no la hueca y deshumanizada teología que pierde el tiempo disparatando acerca de las relaciones entre las tres personas divinas o discutiendo acaloradamente sobre si Jesucristo era feo o guapo[19], y no es capaz de ver la intrínseca monstruosidad de darle tormento a una mujer que acaba de dar a luz.

Lector, aunque te haya parecido lo contrario, he huido deliberadamente en este capítulo del sensacionalismo de presentarte los horrores macabros de los tormentos; no he querido copiar el desgarramiento de las carnes o el descoyuntamiento de los huesos, tal como los describen a veces las actas. He rehusado repetirte los gritos y las súplicas con que los torturados pedían piedad; no he querido exponerte los pasajes tan frecuentes en que, en el momento del tormento, el «hereje» o la «bruja» les gritaba a sus verdugos que le dijesen lo que tenía que decir, porque ella no sabía lo que tenía que confesar; que estaba dispuesta a decir lo que ellos quisieran, con tal de que dejasen de atormentarla…

Todo lo referente a los tribunales de la Inquisición es de no creerse. Pero por otro lado, el hecho de la Inquisición es un formidable argumento para despojar al cristianismo y a las instituciones en que se encarna, de toda aureola de divinidad, de santidad y de infalibilidad. Una institución o filosofía que cae en tales abismos de deshumanización y de salvajismo, no puede presentarse como representante de Dios. Y ya va siendo hora de que los que tan ciegamente la siguen, vayan abriendo los ojos.

22
CONCLUSIÓN

Lector: Si has tenido la paciencia y el valor de seguirme hasta aquí, te ruego que hagas un último esfuerzo, porque en estas páginas finales pretendo sacar las conclusiones de todo lo que llevamos dicho y pretendo ahondar un poco más en las raíces de mí fe y de mi vida.

Según la teología católica, a pesar de mis rebeldías y a pesar de mi falta de fe en muchas de las cosas que esa misma teología tiene por fundamentales, soy sacerdote porque he recibido debidamente el sacramento del orden. Tengo plena conciencia de lo que voy a escribir y lo hago sabiendo que con ello puedo influir hondamente en tu manera de pensar. Por eso, si te sientes tranquilo con tus ideas religiosas y no tienes mayores inquietudes por profundizar en tu fe, mi consejo es que suspendas la lectura. Bastante has hecho con llegar hasta aquí y ojalá que lo que hasta ahora has leído no llegue a perturbar tu paz.

Pero si no le tienes miedo a las ideas harás muy bien en acompañarme en esta fascinante aventura hacia el más allá, en que la mente, con audacia y con esperanza, se asoma por encima de los bordes de esta vida diaria, que en los instantes históricos que nos ha tocado vivir, se ha hecho rutinariamente trepidante y neurótica. La mente del que piensa —en vez de intoxicarse diariamente con una abundante ración de televisión o de neurastenia política— se proyecta siempre más allá.

Tengo cuando, esto escribo, 63 años de edad; hace 33 años que fui ordenado sacerdote, y he cruzado el Atlántico 69 veces. Tanto camino recorrido, me da derecho para enjuiciar con algún peso esta cosa misteriosa que llamamos vida, y este fenómeno psicosocial que se llama religión.

Mirando hoy retrospectivamente mi vida, me asombro de cómo pude haber estado tantos años —30 exactamente— en el seno de una Orden religiosa, admitiendo creencias que hoy me parecen totalmente increíbles, y practicando cosas que hoy me parecen absurdas. Y me pregunto ¿cómo es posible que estuviese tanto tiempo ciego?; ¿cómo es posible que mi mente estuviese tan drogada y que tragase tanto sin masticar? La contestación, de la que ya he hablado en otros lugares, está esbozada en

las mismas preguntas: estaba endrogado y tragaba sin masticar. La educación primera que uno recibe (ideas, gustos, lenguaje, costumbres), buena o mala, se convierte en una droga que nos acompaña por toda la vida. Nos hacemos «adictos» a la tradición. A los esquimales les gusta la carne cruda de foca, los uruatis amazónicos devoran unos enormes y repugnantes gusanos negros y ciertos pueblos orientales se regodean con una salsa de pescado podrido. Se lo dieron a comer cuando aún no tenían uso de razón y veían cómo sus padres se relamían de gusto. Y se hicieron adictos.

Por eso lector, si tienes hijos pequeños, no cometas el error, por seguir la tradición y por no buscarte problemas, de dejar que te los intoxique la sociedad con ciertos «usos» mentales o materiales, que ya están en franca decadencia y que luego les va a costar mucho trabajo liberarse de ellos. A mí me ha costado casi veinte años el sacudirme de la mente ciertos miedos y complejos que me tenían aprisionado.

Lejos de mí el maldecir a los que me infiltraron en el alma tales creencias o costumbres. Ellos eran, a su vez, víctimas de lo mismo. Pero se fueron al otro mundo en épocas en que todavía se podía convivir con ellas, y por eso no sintieron el dolor mordiente de la duda, ni tuvieron que tomar drásticas resoluciones en sus vidas. En el más allá, en el que creo firmemente, verían nada más llegar, que todas sus ideas de aquello eran puras niñerías. Nosotros en ese particular, hemos evolucionado, y por eso comenzamos por afirmar que del más allá, apenas si sabemos que existe. Ellos creían a pies juntillas lo que la Iglesia ha dicho siempre; y la Iglesia ha dicho y sigue diciendo muchas tonterías con relación al más allá.

Y vuelvo a mi pregunta anterior: ¿cómo es posible que haya podido estar tantos años creyendo cosas que hoy considero totalmente increíbles? Fue posible porque la religión no se piensa, la religión se siente. Eso dicen los fanáticos. Y desgraciadamente es verdad. Y por eso hay tantos fanáticos.

En la historia de las religiones nos encontramos con mucha frecuencia con que los que pensaban con su cabeza eran sacados del medio violentamente. Pensar con la propia cabeza es un deporte peligroso en el seno de las religiones. Por eso nos decían en el catecismo que «doctores tiene la Santa Iglesia que lo sabrán responder». A lo largo de este libro hemos visto, en varias ocasiones, a hombres que iban a la hoguera invocando a Jesucristo, y los que encendían la hoguera eran precisamente los representantes oficiales de Jesucristo. Pero sus ideas religiosas eran algo diferentes y el choque de ambos fanatismos convertía en cenizas a uno de los discrepantes.

¡Qué funesto ha resultado a lo largo de los siglos el lema de los doctrinarios de todas las religiones!: «¡Cree! ¡No pienses!». A base de no pensar, hemos llegado a creer monstruosidades. Y lo malo es que muchos hombres y mujeres, a fuerza de no pensar, las siguen creyendo y se las siguen queriendo imponer a sus hijos.

¿Cómo es posible que yo haya estado tantos años comulgando con ruedas de molino? Otra de las causas que contribuyó a ello, fue lo que yo llamo «el miedo sacro». La Iglesia y sus doctrinarios, con el inconsciente deseo de manipular y subyugar las conciencias, nos han llenado el alma de miedos. Y el miedo, no solo no

nos deja pensar, sino que nos impide rebelarnos cuando, por una razón u otra, descubrimos el error de nuestras creencias. El «más allá» del cristianismo —y los protestantes en esto son aún peor que los católicos— es aterrador. El infierno cristiano, que es solo fruto de mentes enfermizas, pende como una espada amenazadora encima de nuestras cabezas y nos impide tomar decisiones trascendentales. Si el miedo, según algunos, es lo que llevó al hombre a la religión, el miedo es lo que le impide zafarse de las garras de la religión. Creemos por miedo, y no dejamos de creer también por miedo. El miedo instintivo es una defensa natural en el niño, que lo libra de muchos peligros. Pero el miedo instintivo en un adulto es una vergüenza. Es una señal de que no ha evolucionado.

Mi rebelión contra muchas de las creencias del cristianismo no fue repentina. Sucedió en mí lentamente lo que yo pretendo hacer de una manera rápida con este libro. En él le presento al lector una vista panorámica de la dogmática del cristianismo, y otra de su historia, y trato de hacer que contraste ambas visiones. De un lado lo que la Iglesia dice y predica, y de otro lo que han sido en la realidad todas estas teorías; y de una manera particular me he fijado en cómo las han llevado a la práctica los que se supone que deberían haber sido ejemplo para todos los cristianos. Además he contrastado las creencias cristianas con las de otras religiones más antiguas para que el lector sacase sus consecuencias.

Yo no tuve tanta suerte. A mí no me dieron visiones totales de la historia de la Iglesia, sino que únicamente me presentaban, ya prejuiciados, los aspectos positivos de ella; y cuando necesariamente aparecía alguno negativo, ya venía con la solución y la explicación aparejada.

Es cierto que cuando estudié la dogmática cristiana, debí haber tenido un espíritu más crítico y haber descubierto mucho antes toda la vaciedad de tantas doctrinas sin sentido. Pero, como ya he dicho, mi sentimiento estaba endrogado: era mi Iglesia y era la religión de mis padres; yo no tenía derecho a cuestionarla y por eso ni se me ocurría hacerlo. Mi mente la aplicaba, no a analizar el alimento que le daban a mi espíritu, sino a prepararme para transmitirlo yo a otros de la mejor manera posible. Por eso estuve tanto tiempo comulgando con ruedas de molino.

Mi rebelión sucedió paulatinamente, porque yo comencé a enjuiciar no la historia total de la Iglesia, sino el pequeño entorno eclesiástico en que me movía, y a contrastarlo con lo que se me había enseñado, en cuanto al amor del prójimo, a la práctica real del desprendimiento de las cosas de este mundo, a la humildad, la castidad, la justicia, la pobreza, etc. Y vi que la teoría de los jerarcas andaba por un lado, pero las obras andaban por otro.

Y finalmente me pasó lo que le va a pasar a la torre de Pisa: que lleva varios siglos cayéndose, hasta que en un mes se va a inclinar tanto como en cien años y en un solo segundo se va a ira tierra. Las ideas fueron acelerándose dentro de mí, hasta que en un momento sentí que algo que hacía tiempo crujía en mi alma, se derrumbaba estrepitosamente.

Sin tener visiones —Dios me libre de ellas—, ni oír voces, ni sentir ninguna iluminación interna, mi mente comenzó a ver claro, hasta que lo vi todo con una claridad meridiana. La falsedad de las religiones paganas me ayudó a ver claramente la falsedad de la mía. Lo absurdo de sus creencias se identificó con la absurdez de las mías. Y por otro lado, los valores profundos e innegables que también encierra el cristianismo, me ayudaron a comprender todo lo que hay de santo y de respetable en las creencias paganas de otros pueblos.

Algún buen teólogo ha dicho que el cristianismo no es un humanismo. Esa es la desgracia del cristianismo: que se ha deshumanizado. Ojalá el cristianismo se hubiera olvidado un poco de sus teorías dogmáticas y no hubiese perdido el tiempo discutiendo sobre los futuros contingentes y otros alambicamientos por el estilo; ojalá que hubiese comprendido el sentido de la frase repetida por Jesús: «Misericordia quiero y no sacrificios», que podría traducirse: «menos teorías y más obras», «menos definiciones dogmáticas y más amor al prójimo», «menos hogueras y más tolerancia», «menos maridaje con los grandes de este mundo y más preocupación por los problemas del pueblo».

Perdóname lector si he entrado en este capítulo final con un tono demasiado autobiográfico. Pero siento el irrefrenable impulso de comunicarte mi paz interna, y las muchas cosas que he tenido ocasión de descubrir, después que la intolerancia eclesiástica me dejó en la calle, libre de compromisos y con todo el tiempo disponible para poderle buscar una base racional a mis creencias.

Yo sé que mientras se es joven y sobre todo cuando se tiene buena salud, el problema del más allá es algo que suena como una tormenta lejana cuando se está a buen cobijo. Y más en estos tiempos, cuando el desprestigio de la religión ha alcanzado entre los jóvenes sus niveles más altos. Pero de otra parte, también es cierto que a medida que pasan los años, sobre todo en aquellas personas que fueron contagiadas con el virus religioso en su infancia, la preocupación hacia el más allá aumenta, llegando a convertirse en una fuente de pesadumbre en las vidas de muchos. A esta gente es a la que quisiera dirigirme especialmente.

Los que no tengan preocupación alguna acerca del más allá, o hayan encontrado algún tinglado mental para explicarse el misterio de la vida, ¡adelante!, porque su explicación no es menos válida que las retorcidas, insensatas y plúmbeas explicaciones que dan los teólogos de todas las religiones. La única gran verdad es que de lo que pasa tras esta vida nadie sabe nada. Y los que dogmatizan sobre ello, sea hablando del cielo, del infierno, de la nada o de la reencarnación, no hacen más que fabular, o repetir como loros lo que les dijo su gurú, que a su vez repetía lo que le dijo el suyo.

Pero los que temen, en virtud del veneno dogmático que de niños les inyectaron, deberían reflexionar un poco, teniendo en cuenta todo lo que han leído en los pasados capítulos.

Lo primero que tendrán que hacer será liberar su mente de toda atadura dogmática

y rechazar positivamente las ideas que acerca del más allá les ha insuflado el cristianismo. Y tan importante como esto es limpiar su idea de Dios, que el cristianismo se ha dedicado a envenenar durante siglos inventándole toda suerte de calumnias. Mientras creamos en un Dios con ira, no podremos tener una idea optimista de esta vida, y menos aún de la otra.

Eso que la mayoría de los hombres llama Dios y que empequeñece de mil maneras personalizándolo y «cosificándolo», tiene que ser infinitamente mejor de como nos dice la Iglesia. Esta se ha arrogado el derecho de ser su única conocedora y representante, y es hora de que le discutamos ese derecho, del que tanto ha abusado a lo largo del tiempo.

A la luz de todo lo que hemos presentado en este libro, ¿con qué fuerza la Iglesia o la teología cristiana se atreven a hablar de nada, cuando sus obras les están negando capacidad moral para hacerlo? «Por sus frutos los conoceréis» y por sus frutos las hemos conocido.

Es cierto que también tienen frutos buenos, al igual que un enfermo tiene muchas partes de su cuerpo sanas. Pero a la Iglesia, según la idea que ella nos da de sí misma, tenemos derecho a exigirle mucho más. Tenemos derecho a exigírselo todo, en cuanto a santidad y perfección, lo mismo que ella exigía total obediencia a sus enseñanzas y mandatos, basada en que eran mandatos y enseñanzas de Dios. ¿De quién son entonces los enormes defectos que vemos en la Iglesia? ¿Serán también de Dios? Lógicamente a Él tendríamos que achacárselos, y esta es una de las malas consecuencias de manipular tanto el nombre de Dios. No se puede usar, para imponer unas cosas, y esconderlo para no hacerlo responsable de otras.

A quien no conozca la historia de la Iglesia, podrá parecerle que exageramos cuando hablamos de los malos frutos que ella ha producido en sus dos mil años de historia. Pero, tú lector, si después de las breves muestras que has leído todavía sigues pensando en la santidad y venerabilidad de la Iglesia como institución, y del cristianismo como cuerpo de doctrina, mereces seguir aprisionado en sus tentáculos, y lo primero que tendrás que hacer será aprender a indignarte.

Yo no me indigno contra las personas, cuando estas, obrando de buena fe, mantienen principios en los que no creo; ni contra los que defendiendo posiciones ideológicas que aborrezco, son al igual que lo fui yo, víctimas de errores tradicionales. Pero sí me indigno contra la institución y le hago frente, cuando veo que quiere seguir perpetuando un error del que la mayoría de sus ministros aún no han caído en la cuenta.

Me indigno cuando veo que quiere conservar sus viejos e injustos privilegios. Me indigno cuando la veo manipulando las conciencias de los débiles, tal como ha hecho por siglos, con el apoyo de los poderes públicos. Acuérdese el lector cuando, en páginas anteriores, la veíamos pedir ayuda al «brazo secular» para que le quemase a sus «herejes».

Me indigno cuando la veo exigir «tiempos iguales» en los medios de

comunicación del Estado, cuando ella no concedía ni un minuto a los que discrepaban, y hasta le decía al Estado a quiénes no debería permitir hablar. Y me indigno cuando la veo exigir cínicamente «libertad de enseñanza», como si la libertad de que ella goza ahora para intoxicar las mentes de los niños, no fuese muy superior a la que ella otorgó cuando tenía poder e influencia.

Aunque parezca lo contrario, no tengo ningún resentimiento. Lo que tengo es una vieja sed de justicia que corre por las venas de miles de cristianos y excristianos a los que nunca se les ha permitido protestar de los abusos a que sus mentes y conciencias fueron sometidas. Lo que tengo es una enorme gana de gritar, en nombre de los cientos de miles de presos, de torturados y de muertos, víctimas de la intolerancia de los feroces discípulos de aquel pobre hombre que murió en la cruz. ¡Qué tortura más grande tiene que haber sido para muchos fervientes cristianos que se pudrieron en cárceles o que se abrasaron en las llamas, el no poder entender por qué los representantes de Cristo, a quien ellos amaban, se portaban de aquella manera con ellos! Seguramente, remedando a su jefe, muchos de ellos habrán repetido machaconamente en la soledad de su mazmorra o camino del cadalso: «¡Cristo! ¿Por qué me has desamparado?».

Yo recurro otra vez a mi condición de sacerdote y con todo el ímpetu de mi alma me rebelo contra los falsos pastores que a lo largo de la historia veo «apacentándose a sí mismos» y regodeándose en sus necias pompas. Me rebelo contra sus injusticias, contra sus abusos de los débiles, contra su cinismo, contra su soberbia. Y me rebelo también contra su hueca e infantil teología que no sirve para nada, como no sea para entontecer la mente o para hacer fanáticos.

La auténtica teología es la que se basa en el hombre, y está hecha por el hombre y dirigida al hombre, considerado este como criatura racional de Dios. Los teólogos, de tanto disparatar acerca de Dios, se han olvidado del hombre y lo han convertido en un guiñapo. Como su Dios es un Dios humanizado, han cometido la felonía de empequeñecer al hombre, para que su Dios luciese más grande y más fuerte. Pero el destripador de amorreos, del Pentateuco, no tiene compostura, por mucho que le echen cualidades y por mucho que acomplejen al hombre llamándole pecador por naturaleza y haciéndolo entrar en el mundo ya con un pecado a cuestas.

Contra esta estúpida y mítica teología es contra lo que me rebelo y me dan una inmensa pena los ingenuos que siguen predicándola de buena fe. Los comprendo, porque yo estuve en el mismo error y tuve la misma buena fe muchos años. Pero creo que hoy es mi obligación decir estas cosas para ayudar a muchos a salir de su letargo.

Sé de sobra que algunas personas amigas, leerán con terror estas líneas temiendo por mi eterna condenación. Las pobres no saben que es imposible condenarse cuando no hay infierno. Y me dan también pena las que con frecuencia me dicen: «¿Cómo es posible que siendo Ud. sacerdote diga semejantes cosas?». Pues las digo, y con una tranquilidad de conciencia y una alegría de espíritu muy superior a cuando tenía que hablar de las «verdades eternas» en los Ejercicios Espirituales de mi ex-Santo Padre

Ignacio de Loyola.

Hoy puedo decir con toda tranquilidad que, gracias a Dios, he perdido mi fe. Mi fe en las mogigaterías que me enseñaron acerca de Él, los pobrecitos que se limitaban a repetir las mogigaterías que a ellos les habían enseñado. Pero tengo fe en el Universo, en la naturaleza, en el amor, en la vida, y en los hombres y mujeres buenos. Y tengo también fe en mí mismo, a pesar de todos los complejos que los doctrinarios cristianos me han echado arriba, de que soy pecador; de que no puedo vivir en gracia sin una ayuda especial de Dios; de que tengo que hacer o creer esto o lo otro, porque si no, me condeno; de que la muerte es la consecuencia del pecado y de que este mundo es un valle de lágrimas. Pues bien, a pesar de todas estas pamplinas teológicas, sigo creyendo en mí y sigo pensando que «tengo derecho a estar donde estoy» sin que nadie haya de venir a regalarme salvaciones ni redenciones. Nunca me he vendido a nadie y por eso no necesito que nadie me redima.

¿Qué haremos, pues, con el mito cristiano? Dejarlo tranquilo, porque él se está muriendo solito. Se está muriendo a gran velocidad en las almas de los jóvenes, aunque todavía coletea en las de los adultos, porque ya no pueden vencer la vieja adicción que arrastran desde la infancia. Pero a lo que hay que estar muy atento es a que no vuelva a rebrotar. El mismo fanatismo que en nombre de Dios cortó cabezas y encendió hogueras, es capaz todavía en nuestros tiempos, por difícil que parezca, de volver a imponer censuras y obligar de nuevo a aprender el catecismo y a ir a misa. Los fanáticos creen que Dios está siempre de su parte y por eso nunca dudan y se atreven a cualquier disparate, incluso a quitar la vida. Porque Dios es dueño de la vida y ellos trabajan para Dios.

Esa ha sido, en el fondo, la filosofía de todos los muchos atropellos contra los derechos de la gente, que la Santa Madre Iglesia ha cometido a lo largo de los siglos. Dios dueño de todo; ella representante de Dios; luego ella dueña de todo. Esta filosofía güelfa fue llevada hasta sus últimas consecuencias políticas por algunos papas. Pero hoy ya le pasó su tiempo, a no ser que seamos tan ingenuos que nos dejemos imponer de nuevo la santidad por obligación.

Nos da pena el ver la lambisconería fingida con que muchos periodistas tratan a los dignatarios eclesiásticos y la lambisconería sincera con que lo hacen muchos hombres públicos. Tanto a unos como a otros les parece que les va a ir mal si no actúan así. Les parece que pierden puntos o ante sus jefes o ante los votantes. El mito sigue teniendo fuerza.

Pero ya va siendo hora de decir claramente que a España su nacional-catolicismo le ha hecho más mal que bien. En los manuales patrioteros que estudiábamos en las escuelas en mi niñez —y ojalá no siga sucediendo lo mismo— España era el baluarte del catolicismo y el catolicismo era el alma de España. Un mito más con el que nos emponzoñaron el alma por un buen tiempo. Sin embargo, la descarnada verdad es que, por culpa del catolicismo, España perdió en buena parte el tren del progreso. Nuestro integrismo nos hizo tomar la religión con demasiado ahínco, y en ella

gastamos lo mejor de nuestras energías. Si nuestro catolicismo no hubiese sido tan cerril, no nos hubiésemos enzarzado en aquella salvajada digna de la Edad Media que se llamó Alzamiento Nacional. De ninguna manera disculpo las quemas de conventos, etc., que le precedieron, pero tampoco se puede disculpar el abandono de todo tipo en que estaban aquellos fanáticos incendiarios, después de siglos de cristianos gobiernos de «orden y de ley».

Los pueblos europeos que obligadamente han tenido que practicar la convivencia entre diversos credos, aprendieron antes que nosotros, aunque también a fuerza de mucha sangre en siglos pasados, las ventajas de la tolerancia. Nuestro «catolicismo monolítico» nos perjudicó porque nos hizo intolerantes; y así, con este grave defecto, entramos en el siglo XX. Para colmo de males, los cuarenta años franco-católicos, con su castración mental, nos dejaron a la retaguardia de las naciones evolucionadas. Hoy, triste es decirlo, en las bibliografías de los libros de avanzada, apenas si se puede ver algún apellido español.

Pero lo curioso es que ni en teología descollamos. Nuestra fidelidad a la doctrina, nos ha hecho anclarnos en el Concilio de Trento y en el Syllabus. El «que inventen ellos», los teólogos lo han traducido: «que sean ellos los que modernicen la fe: ¡nosotros firmes!».

Si las jerarquías eclesiásticas se hubiesen preocupado más de enseñar a leer a los pobres y de ayudarles a buscarse su sustento y les hubiesen dicho a los ricos y a los políticos cuáles eran sus graves obligaciones con su dinero y su poder, y por otra parte se hubiesen preocupado menos de colaborar con el «Movimiento», la Iglesia hubiese cumplido mejor lo que Cristo le dejó dicho en el evangelio. En los últimos cuarenta años los españoles han estado hambrientos de justicia, y la jerarquía lo único que les dio fue catecismo.

Y a los que me digan que aquella no era misión de la Iglesia, les diré que tampoco era su misión el hacer guerras, ni quemar mujeres, ni construir palacios y sin embargo ha hecho las tres cosas en abundancia. Pero por otro lado les recordaré las palabras de su jefe: «Venid a mí… porque tuve hambre y me disteis de comer y tuve sed y me disteis de beber» (Mt. 25,35).

¡Cómo le pesan ya a la Iglesia sobre las espaldas, sus dos mil años de edad! ¡Cuánta ceguera, cuánta decrepitud, cuánta falta de elasticidad! ¡Y cuánto fariseísmo!

Todo esto que estoy diciendo de la Iglesia católica, se le puede aplicar de la misma manera al cristianismo en general. Sus odios internos y sus divisiones milenarias dan al traste con toda su credibilidad. ¿Quién puede creer en una religión que predicando el amor no es capaz de hacer que sus propios creyentes se amen? Y ¿quién puede creer en una religión que predicando la paz tiene su historia entretejida de guerras? Y ¿quién puede creer en una religión que predicando el respeto a la persona humana, ha obligado a creer, y ha destruido docenas de culturas? Y ¿quién puede creer en una religión que después de decir «no matarás» tiene sus entrañas llenas de cadáveres?

Al mito cristiano se le ven las orejas. Sus innegables paralelos con muchos otros mitos nos hicieron sospechar que los arquetipos seguidos por el cristianismo, eran los mismos que los seguidos por otras religiones. Pero cuando nos asomamos a su historia y nos encontramos con las mismas contradicciones, con los mismos errores y con las mismas barbaridades que vemos en las historias de los «reinos de este mundo», nos convencemos de que estamos ante algo totalmente humano, aunque sus seguidores y sus fundadores hayan pensado que es completamente divino.

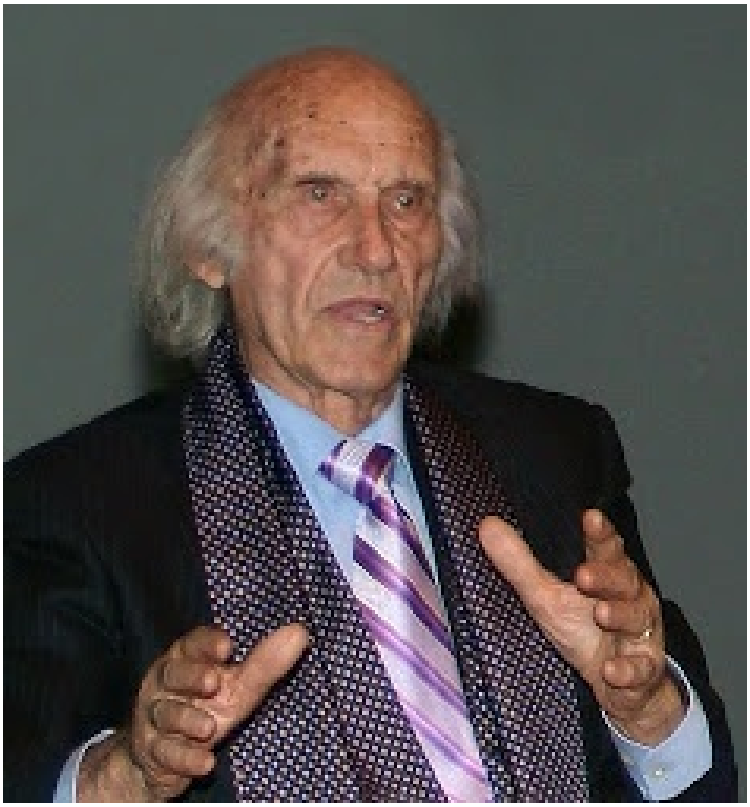
«Digitus Dei non est hic»: Aquí no hay nada de divino. Aquí hay muchos dedos, y muchas manos y muchas mentes humanas construyendo a lo largo de los siglos esta mastodóntica institución llamada Iglesia cristiana, que en este momento amenaza ruina por todas partes.

¿Merece la pena proclamar fidelidad a una institución así? Por otro lado, ¿merece la pena el tomarse el trabajo de abjurar de una fe mítica, basada en las fabulaciones de unos cuantos doctrinarios? Creo que ninguna de las dos cosas merece la pena.

Lo que sí merece la pena es vivir racionalmente, pensando que este bello planeta en que habitamos, tan amenazado por banqueros, políticos, militares e industriales irresponsables, es nuestro hogar, susceptible de ser perfeccionado y convertido en un paraíso.

Lo que sí merece la pena es vivir con optimismo, en buena armonía con todos y disfrutando de las muchas cosas buenas que pueden estar a nuestro alcance, si en vez de hacernos la guerra, trabajamos por mejorar nuestra vidas. Gozar no es pecado, contrariamente a la subconsciente filosofía trágica de la vida que el cristianismo nos ha infiltrado. Gozar de la vida es una obligación que todo ser racional tiene, o de lo contrario, no tendría razón de ser toda la cantidad de cosas bellas que en ella podemos encontrar. Que sufran los fanáticos masoquistas que se empeñan en seguir credos absurdos dictados por algún visionario demente o manipulado por sabe Dios quién.

Digamos que no, a todos los mitos religiosos, por muy arropados de divinidad que se nos presenten. Digamos que no, específicamente, al mito cristiano que tanto daño nos ha hecho y que tanto nos ha impedido progresar. Abramos nuestra mente al Universo, al bien, a la justicia, al amor y a la belleza. Esta tiene que ser en el futuro la única religión de los seres humanos realmente racionales.



SALVADOR FREIXEDO nació en Carballino (Orense, España), en 1923, en el seno de una familia profundamente religiosa (su hermano era jesuita y su hermana era monja), a los cinco años su familia se traslada a Ourense, y es aquí donde comenzaron sus primeros estudios, haciendo párvulos en las monjas de San Vicente Paúl y bachillerato en el Instituto Otero Pedrayo. A los 16 años ingresa en la Orden de los Jesuitas siendo ordenado sacerdote en 1953, en Santander (España), perteneciendo a dicha orden treinta años. Comenzó a residir en diversos países de América desde 1947 ejerciendo sus labores como jesuita, enseñando Historia de la Iglesia en el Seminario Interdiocesano de Santo Domingo (República Dominicana), y fundando el Movimiento de la Juventud Obrera Cristiana en San Juan de Puerto Rico siendo viceasesor nacional del mismo en La Habana (Cuba).

Cursó estudios de humanidades en Salamanca, de filosofía en la Universidad de Comillas (Santander, España), de teología en el Alma College de San Francisco (California), de ascética en el Mont Laurier (Quebec, Canadá), de psicología en la Universidad de Los Angeles (California) y en la Universidad de Fordham de Nueva York.

Desde la década de 1950 su posición crítica con las posturas de la Iglesia católica y la publicación de algunos libros le condujeron a la cárcel y a la expulsión de países como Cuba y Venezuela, así como a su exclusión de la Orden de los Jesuitas en 1969.

Desde los años 1970 se ha dedicado a la investigación en el campo de la parapsicología, en especial del fenómeno ovni, y su relación con el fenómeno

religioso y con la historia humana, habiendo publicado diversos libros al respecto, y fundando el Instituto Mexicano de Estudios del Fenómeno Paranormal, del cual presidió el Primer Gran Congreso Internacional organizado por dicha institución.

Notas

[1] Usaremos el término hinduisia-hinduismo de uso más común actualmente, prescindiendo del vocablo indoista-indoísmo utilizado por ilustres autores del siglo pasado. <<

[2] *Por qué agoniza el cristianismo*. Capítulo VI. La Biblia ¿Palabra de Dios o invento de los hombres? Quinta, 1985. <<

[3] En el año 1982 se publicó en Estados Unidos una nueva traducción de la biblia al inglés, a partir de originales árameos y hebreos. Su autor George Lamsa —un nativo de los lugares donde se desarrolló la acción bíblica— una vez más nos dice que en su traducción se ha apartado unas doce mil veces de las versiones corrientes inglesas. <<

[4] El 24 de febrero de 1616 los tribunales romanos citan por primera vez a Galileo y condenan a Copérnico. Al italiano se le prohíbe sostener que la Tierra gira alrededor del sol. Y por supuesto, esta condenación está apoyada en textos de la biblia. El primero de ellos procede del libro del Eclesiastés(1.4). Disfrútelo el lector:

«Una generación va y otra generación viene: pero la Tierra siempre permanece».

El segundo tiene relación con la toma de Jericó por Josué. Tomaré la cita desde más arriba porque en ella se nos muestra ingenuamente un aspecto de la personalidad de Yahvé que nos hace sospechar mucho de su espiritualidad y sobre lodo de su universalidad como Señor único de todo el Cosmos. La verdad, que no es muy edificante ver a Dios cayéndole a pedradas a unos pobres diablos que no eran ni mejores ni peores que sus niños mimados los israelitas:

»Yahvé los puso en fuga (a los cinco reyes amorreos) y les causó una gran derrota en Gabaón. Los persiguió por el camino de Bet-Jorón y los batió hasta Azecá y Maquedá. Mientras huían por la bajada de Bet-Jorón, Yahvé lanzó del cielo sobre ellos grandes piedras de las que morían. Y fueron más los que murieron por las piedras que los que mataron los israelitas al filo de la espada… Y Josué se dirigió a Yahvé y dijo:

»Detente, sol, en Gabaón. Y tú, luna, en el valle de Ayalón.

»Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.

»¿No está escrito en el libro del Justo?: El sol se paró en medio del cielo y dejó de correr un día entero hacia su ocaso» (Josué 10,6-13).

¡Qué extraña se hace en muchas ocasiones la «palabra de Dios»!. <<

[5] Estos seguidores de Montano, en el siglo II, podrían considerarse como los precursores de los pentecostales y carismáticos de la actualidad. Predicaban un despertamiento espiritual, la inminente segunda venida de Jesucristo, el derramamiento del Espíritu Santo, hablaban en lenguas, tronaban contra la mundanidad de la Iglesia oficial y tenían la misma tendencia hacía el fanatismo y el rigor. <<

[6] De esto nos han quedado bastantes restos: los nombres de los días de la semana dedicados cada uno de ellos a un dios-planeta (la Santa Sede quiso acabar con esta costumbre pagana pero solo tuvo éxito en el idioma portugués); el número de los dias de la semana (los planetas entonces conocidos) y el número de los meses del año. Aunque los escolásticos lo nieguen, el hecho de que los apóstoles fuesen precisamente 12 —cuando Judas apostató enseguida escogieron otro para conservar el número sagrado de 12— tiene mucho que ver con las 12 casas del Zodiaco al igual que los innumerables «doces» que nos encontramos en todo el Antiguo Testamento y en otras religiones antiguas. <<

[7] Incubo. Del latín incubus, acostarse encima. Espíritu que tiene comercio carnal con una mujer, bajo la apariencia de varón.

Súcubo. Del latín sucubus, acostarse debajo. Espíritu que tiene comercio carnal con un varón, bajo la apariencia de mujer.

Algunos historiadores antiguos como Flavio Josefo, Justino, Clemente de Alejandría y Tertuliano, afirmaban que los gigantes y héroes, así como otros seres legendarios, habían nacido como resultado de la unión de una mujer mortal y uno de estos espíritus. <<

[8] El famoso teólogo y escriturista jesuita, P. Cornelio a Lapide, en su «Comentario sobre el Génesis» opina que los «hijos de Dios» que se unieron a las hijas de los hombres eran demonios en forma humana. Otros autores eclesiásticos, entre los que se halla San Agustín, sostienen opiniones semejantes. <<

[9] He aquí la lista de algunos dioses-salvadores, «hijos de Dios», u hombres divinizados, prácticamente todos anteriores a Jesucristo:

Adonis Bochica Hércules Lao-Tse Osiris Serapis Alcestes Buda Hermes Manco-Capac Perseo Simon Anu Codom Hesus Marduc Pitágora Tamul Apolo Confucio Horus Memnon Prometeo Tien Apolonio Crishna laon Menandro Quetzalcoatl Tor Attis Crito la'c Manes Quirino Tulis Baco Esculapio Indra Mithra Ra Viracocha Bali Fo-hi Ixión Odin Rama Yu Bocquia Hau-ki Lan-Tu Orfeo Salivahana Zoroastro. <<

[10] Señalaré como hecho harto curioso, que en el bautismo de Cristo se apareció una paloma revoloteando, a la que, como era de esperar, la tradición identifica con el Espíritu Santo. Es un hecho bien conocido dentro de la paranormalogia la aparición de palomas extemporáneas en momentos cruciales de la historia. <<

[11] Es curiosísimo el hecho frecuente de que los nombres de los lugares y personajes míticos que desarrollan papeles semejantes (en culturas o religiones separadas por miles de años y de kilómetros), sean iguales o muy parecidos. Ello nos hace sospechar de causas profundas que se escapan a la lógica normal y nos indica también la importancia de los sonidos o mantrams, a los que tan poca atención les prestamos en Occidente. Los dioses, cuando adquieren familiaridad con un mortal, suelen cambiarle el nombre. La propia Biblia es testigo de ello en repetidas ocasiones. <<

[12] Esta frase podía leerse en nuestras Biblias hasta hace apenas algunas decenas de años. Ahora nuestras Biblias dicen: «Cuando (Moisés) bajó del monte… no sabia que la piel de su rostro se había vuelto radiante por haber hablado con El».

Los lingüistas comprobaron durante sus investigaciones que en los textos hebreos figuraba la palabra *qaran*, que significa «emitir rayos». Pero al no existir las vocales en la lengua hebrea, San Jerónimo interpretó la palabra como *qeren*, que significa «llevar cuernos».

Es posible que los cuernos de Moisés fueran una reminiscencia de los tiempos de idolatría ya que al dios Baal también lo representaban con cuernos. Y no solo él y los dioses paganos llevan cuernos, sino que también los luce Alejandro Magno en los medallones con su efigie. Los cuernos fueron símbolo de estatus social. (De «Lo que dijo verdaderamente la Biblia», Manfred Barthel).

Los cuernos de carnero eran el emblema de la religión aria y se vuelven a encontrar sobre la cabeza de una multitud de personajes en los monumentos egipcios. Ese tocado de los reyes y de los grandes sacerdotes es el signo de la iniciación sacerdotal y real. (De «Rama y Krishna». Schuré). <<

[13] Para alegrar un poco el tedio infernal de este capítulo, le contaré al paciente lector una refriega patrística —una de las mil que hubo— entre el famoso San Jerónimo, traductor de la Biblia al latín, y un presbítero barcelonés llamado Vigilancio, que viajó como piadoso peregrino a Palestina, en los últimos años del siglo IV. Llegado allá, se encontró con San Jerónimo que hacía vida de penitente junto con muchos otros fervientes cristianos. Hombre práctico, como buen catalán, no le gustó nada lo que vio y cuando volvió a su tierra escribió duras críticas contra el exagerado ascetismo del famoso Doctor de la Iglesia. Entre otras cosas criticó el fanatismo de los que allí hacían vida eremítica diciendo que eso era distorsionar la doctrina de Cristo; y además tuvo la osadía de escribir que para evitar esos excesos, todos los sacerdotes deberían ser casados. San Jerónimo, de pluma fácil, no tardó en publicar un folleto (el año 406) titulado «Contra Vigilancium», en el que, dejando aparte su santidad y su ascetismo, arremete duramente contra el catalán diciéndole en primer término, que tenía el nombre equivocado, ya que en vez de «Vigilancium» debería llamarse «Dor-milancium», porque parecía que en su visita a la tierra del Señor, había estado dormido. <<

[14] Transcribo una nota del libro *Los grandes mensajes* de S. R. de la Ferriére «Según las doctrinas esotéricas, Jesús vivió unos 40 años más después de su crucifixión. Descendió de la cruz después de 6 o 7 horas. Está científicamente probado que Cristo no murió en la cruz puesto que los reos expiraban 3, 4 o 5 días después. Trasladado el Maestre a un lugar seguro, magnetízado, curado, etc… se consagró exclusivamente a la instrucción de los discípulos de la Orden». Esta teoría está sostenida por los ocultistas más eminentes, por algunos historiadores y otros investigadores entre los cuales está Ernest Bloc en su *Vida esotérica de Jesús de Nazaret*. <<

[15] Este cambio de imágenes paganas por cristianas se ha dado con abundancia a lo largo de los siglos. Un ejemplo eminente de ello son las «Vírgenes negras» que vemos en muchos santuarios famosos por su antigüedad, que primitivamente eran imágenes de la diosa Isis con Horus en sus brazos, o de cualquiera de las madres-vírgenes mediterráneas precristianas que ordinariamente tenían un color de piel oscuro. <<

[16] Transcribo literalmente las acusaciones contra Juan XII consignadas por Liutprando, el interprete de Otón: «Celebrar misa sin comunión; ordenar a destiempo y en una cuadra de caballos; consagrar simoniacamente a algunos obispos, y a uno a la edad de diez años; hacer de su palacio un lupanar a fuerza de adulterios; dedicarse a la caza; haber cometido la castración y asesinato de un cardenal; haber producido incendios, armado de espada y yelmo; beber vino a la salud del diablo; invocar en el juego a dioses paganos; no celebrar maitines ni horas canónicas; no hacer la señal de la cruz. Todo un *Pastor Angelicus*». <<

[17] Observe el lector que en el año 1046 había simutáneamente cuatro papas ya que ninguno de ellos había renunciado al Papado. La pregunta sibilina es: ¿cuál de los cuatro sería el verdadero papa? Y la contestación, aún más sibilina, pero más próxima a la realidad es: todos y ninguno. <<

[18] Como nota curiosa transcribimos aquí lo que se consumió en la boda de una sobrina del papa Juan XXII; «8 bueyes, 55 carneros, 8 cerdos, 4 jabalíes, 200 capones, 690 pollos, 580 perdices, 280 conejos, 40 codornices, 37 patos, 50 palomas, 2 grullas, 2 faisanes, 2 pavos, 292 aves menores, 3.000 huevos, variedad abundante de pescado, 2.000 manzanas y peras, 4.000 panes, y unos 2.000 litros de vino». Total, que las bodas de Camacho fueron un asco. <<

[19] Aunque parezca increíble, en los primeros siglos del cristianismo hubo una ardua disputa entre los Padres de la Iglesia, acerca de esta memez. Basados en textos de la Biblia, como no podía ser menos, defendían la fealdad de Cristo, Justino, Ireneo, Clemente, Basilides, Tertuliano, Orígenes y Comodiano. Por el contrario, basados también en la Biblia, defendían su belleza, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Gregorio de Nisa, el Crisóstomo y otros. <<